Cincuenta Años Después

Francisco Cándido Xavier

Por el Espíritu Emmanuel

FRANCISCO CÂNDIDO XAVIER

.

Por el Espíritu EMMANUEL

.

50 AÑOS DESPUÉS

.

Esta Fundación no persigue fines de lucro, pues sus miembros trabajan ad honorem al servicio de la Causa Espírita.

.

Emmanuel no afirma, en su austeridad, que los sistemas religiosos son un montón de ruinas y ni insinúa, como los más eminentes filósofos de nuestro tiempo lo hacen, que la humanidad es un cadáver que se descompone. Pero deja entrever que se descompone el cuerpo que el Espíritu abandonó. Su obra, todo su pensamiento se oponen a que el hombre se conforme con esos destrozos. Por el contrario, enseña cómo hacer de ellos, por las bendiciones del trabajo, el material para la construcción del futuro.

No es tradicional, no es relativista. Hablando al hombre entre el crepúsculo y la alborada de un nuevo milenio, entre dos mundos, dos épocas, lo convoca a marchar y le dice con autoridad sin afectación:

_ Anda, tú te encuentras en el camino de Damasco.

WALLACE LEAL V. RODRIGUES

"Libros y autores, en la mediumnidad de Chico Xavier", EDICEL, San Pablo, Brasil, 1967.

.

FRANCISCO CÂNDIDO XAVIER

.

50 AÑOS DESPUÉS.

.

Episodios de la Historia del Cristianismo en el siglo II *Novela verídica dictada por el Espíritu* EMMANUEL Traducción del portugués por MAGDALENA RAGONESI .

.

FUNDACIÓN ESPIRITA HUMANISTA ALLAN KARDEC

.

Departamento Editorial 18 de Abril Av. Entre Ríos. 1181-Telefax 306-70301080-Buenos Aires-Argentina

.

.CARTA AL LECTOR

.

Amigo mío, Dios te conceda paz.

Si leíste las páginas sencillas de *Hace dos mil años*, es posible que busques aquí la continuación de las luchas intensas vividas por sus personajes reales, en el escenario de las lides redentoras de la Tierra. Es por este motivo que me siento obligado a explicarte algunos detalles con respecto al desarrollo de esta nueva historia.

Cincuenta años después de las ruinas humeantes de Pompeya, cuando el implacable senador Publio Léntulo se alejaba nuevamente del mundo para medir el valor de sus dolorosas experiencias terrestres, vamos a encontrarlo en estas páginas bajo la humilde vestimenta de esclavo, que su orgulloso corazón había despreciado tanto en otro tiempo.

La misericordia del Señor le permitió reparar con la personalidad de Nestorio los desmanes y arbitrariedades cometidos en el pretérito, cuando, como hombre público, suponía tener en sus manos vanidosas todos los poderes, por injustificable derecho divino.

Si observas a un hombre cautivo, reconocerás en cada uno de sus sufrimientos la venturosa redención de un pasado erróneo.

Siendo, además, el deber de satisfacer tu curiosidad con respecto a sus compañeros más directos en esta nueva peregrinación terrena, de la cual este libro es un testimonio real.

No obstante estar en la Tierra en la misma época los miembros de la familia Severo, Flavia y Marco, Léntulo, Saúl y Andrés de Gioras, Aurelia, Sulpicio, Fulvia y demás personajes del mismo drama, todos estos compañeros de lucha se encontraban en otros sectores soportando benditas penas, y no comparecen aquí, donde el senador Publio Léntulo aparece a tus ojos bajo la indumentaria de esclavo, ya en la edad madura, como elemento integrante de un cuadro nuevo.

De todos los personajes de *Hace dos mil años* se encuentra aquí, junto a otras figuras del mismo tiempo, como la de Policarpo, que no es mencionado en el libro anterior, un compañero que por lazos afectivos que lo ligaban a aquél, se había convertido en su cariñoso hermano, por la consagración a las mismas luchas políticas y sociales en la Roma de Nerón y de Vespasiano. Me refiero a Pompilio Craso, ese mismo hermano de destino en la destrucción de Jerusalén, cuyo corazón palpitante le arrancó del pecho Nicandro obedeciendo las severas órdenes de un jefe cruel y vengativo.

Pompilio Craso, es el mismo Helvidio Lucio y de estas páginas, resurgido

en el mundo para el trabajo renovador. Y aludiendo a este amigo esforzado y generoso, quiero decirte que este libro no fue escrito por nosotros y para nosotros, con el propósito de describir nuestras luchas en el mundo terrestre. Este libro es un cúmulo de verdades sobre un corazón sublime de mujer, transformada en santa, cuyo heroísmo divino fue una luz encendida en el camino de numerosos espíritus amargados y sufrientes.

En *Hace dos mil años* buscábamos destacar una época de luces y de sombras, donde el materialismo romano y el Cristianismo se disputaban la posesión de las almas en un escenario de miserias y esplendores, entre las extremas exaltaciones del César y los maravillosos ejemplos de los seguidores de Cristo. Allí, Publio Léntulo se movía entre desaciertos morales y deslumbramientos transitorios; aquí como el esclavo Nestorio, observa a un alma. Me refiero a Celia, figura central de las páginas de esta historia, cuyo corazón amoroso y sabio entendió y aplicó todas las lecciones del Divino Maestro en el doloroso transcurso de su vida. En la secuencia de los hechos del relato seguirás sus pasos de niña y de joven, como si contemplaras un ángel resistiendo por encima de todas las contingencias de la tierra. Santa por las virtudes y por los actos de su existencia edificante, su espíritu era un lirio nacido del lodo de las pasiones del mundo, para perfumar la noche de la vida terrestre con los aromas suaves de las más divinas esperanzas del cielo.

Por lo tanto, podemos afirmar, lector amigo, que este volumen no es una continuación integral de las experiencias purificadoras del viejo senador Léntulo, en los ambientes de redención de los trabajos terrestres. Es la historia de un sublime corazón femenino que se divinizó en el sacrificio y en la abnegación, confiando en Jesús cuando tuvo que derramar las lágrimas de su noche de dolor y de trabajo, de reparación y de esperanza. La iglesia romana guarda hasta hoy en sus archivos envejecidos su ejemplar tradición, aunque las fechas y los nombres, las descripciones y los apuntes se encuentren confusos y oscuros por la mano falsificadora de los narradores humanos.

Amigo y hermano mío, abre estas páginas reflexionando en el torbellino de lágrimas que se contiene en el corazón humano, y piensa en la parte de experiencias amargas que los días transitorios de la vida le trajeron. Es posible que también hayas amado y sufrido mucho. Algunas veces, sentiste el soplo frío de la adversidad helando tu corazón. Otras, te hirieron el alma bien intencionada y sensible la calumnia y el desengaño. En ciertas circunstancias miraste también al cielo y preguntaste, en silencio, dónde estaban la verdad y la justicia, invocando la misericordia de Dios en preces dolorosas. Mas, sabiendo que todos los dolores tienen una finalidad gloriosa en la redención de tu espíritu, lee esta historia real y medítala. Los ejemplos de un alma santificada en el sufrimiento y la humildad te enseñarán a amar el trabajo y las penas de cada día; observando sus martirios morales y sintiendo en forma vívida su profunda fe,

experimentarás un dulce consuelo que renovará tus esperanzas en Jesucristo.

Procura comprender la esencia de esta fuente de verdades confortadoras y, desde el plano espiritual, es espíritu purificado de nuestra heroína derramará en tu corazón un bálsamo consolador de sublimes esperanzas.

Que aproveches su ejemplo, como nosotros en la época de las luchas y de las experiencias pasadas, es lo que te desea un hermano y siervo humilde.

EMMANUEL

Pedro Leopoldo, 19 de diciembre de 1939.

.

PRIMERA PARTE.

.

CAPITULO I. - UNA FAMILIA ROMANA.

Por entre la multitud que se hallaba en la gran plaza de Esmirna, en una clara mañana del año 131 de nuestra era, marchaba un grupo de esclavos jóvenes y atléticos conduciendo una litera ricamente arreglada al gusto de la época.

De trecho en trecho se escuchaban las voces de los que la transportaban exclamando:

¡Dejad pasar al noble tribuno Cayo Fabricio! ¡Abrid paso al noble representante Augusto! ¡Paso…! ¡Paso…!

En cuanto el rostro de un patricio romano se asomó entre las cortinas de la litera con aire de enfado, para observar a la muchedumbre rumorosa, se deshicieron los pequeños grupos populares, formados de prisa alrededor del mercado de pescado y legumbres, situado en el gran paseo público.

Siguiendo a la litera, caminaba un hombre de unos cuarenta y cinco años, que dejaba ver en sus líneas fisonómicas un perfil israelita y un orgullo disconforme. Sin embargo, la actitud humilde evidenciaba que pertenecía a una clase inferior y, aunque no participaba del esfuerzo de los transportadores, se adivinaba en su semblante contrahecho la situación dolorosa de esclavo.

Se respiraba en la margen del espléndido golfo un aire aromatizado que los vientos del Egeo traían del gran archipiélago.

El movimiento de la ciudad crecía mucho en aquellos inolvidables días que siguieron a la última guerra civil, que había devastado a Judea para siempre. Millares de peregrinos la invadían por todos los flancos, huyendo

de las terribles circunstancias en que se encontraba Palestina, asolada por los flagelos de la pasada revolución, la que había aniquilado los últimos lazos de cohesión entre las tribus laboriosas de Israel y las había desterrado de la patria.

Allí se refugiaban hambrientos, restos de antiguas autoridades y de numerosos plutócratas de Jerusalén, de Cesárea, de Betel y de Tiberíades, con el afán de sustraerse a los tormentos del cautiverio, después de las victorias de Julio Sexto Severo sobre los fanáticos partidarios del famoso Bar-Coziba.

Venciendo los movimientos instintivos de la muchedumbre, la litera del tribuno se detuvo frente a un soberbio edificio, en el cual los estilos griego y romano se mezclaban armoniosamente.

Se quedó allí mientras era anunciado en el interior, donde lo esperaba con evidente interés, un patricio relativamente joven, de unos cuarenta años.

¯¡Por Júpiter_ exclamó Fabricio, abrazando a su amigo Helvidio Lucio_ no suponía que te iba a encontrar en una plenitud de vigor y elegancia tal que podría causar la envidia de los mismos dioses.

_ ¡Vaya, vaya!_ replicó el interpelado, en cuya sonrisa se podía leer la satisfacción que le causaban esas palabras cariñosas y amigas _son milagros de nuestros tiempos. Por otra parte, si hay alguien que merezca tales elogios eres tú, a quien Adonis siempre le rindió homenajes.

En ese momento un esclavo todavía joven se aproximó con una bandeja de plata, donde se alineaban pequeños recipientes que contenían perfumes y coronas de la época adornadas con rosas.

Helvidio Lucio tomó cuidadosamente una de ellas, mientras el visitante agradecía con una leve señal de cabeza.

Mas ¡oye! continuó el anfitrión sin disimular la alegría que le producía la visita_ hace bastante tiempo que aguardábamos tu llegada, para partir para Roma a la mayor brevedad posible. ¡Hace dos días que la galera está a nuestra disposición, dependiendo la partida tan sólo de tu arribo!...

Y palmeándole amistosamente un hombro le preguntó:

_ ¿A qué se debió la demora?...

Bien sabes explicó Fabricio_ que sumariar los estragos producidos por la última revolución es una tarea muy difícil para realizarla en pocas semanas, razón por la cual, a pesar de la demora a la que te refieres, no llevo al gobierno imperial un informe minucioso y completo, sino apenas algunos datos generales.

_Y a propósito de la revolución de Judea, ¿cuál es tu impresión personal

de los acontecimientos?

Cayo Fabricio esbozó una leve sonrisa, respondiendo con amabilidad:

_Antes de dar mi opinión, sé que la tuya es la de quien encaró los hechos con el mayor optimismo.

Sí, mi amigo dijo Helvidio Lucio como para justificarte_, es verdad que toda la venta de mi cría de caballos de Idumea para las fuerzas en operaciones, consolidó mi posición económica, dispensándome de mayores preocupaciones en cuanto al futuro de mi familia. Sin embargo, eso no impide que considere la penosa situación de los millares de personas que se arruinaron para siempre. Además, si la suerte me favoreció en el plano de mis necesidades materiales, lo debo principalmente a la intervención de mi suegro y del prefecto Lolio Urbico

_ ¿El censor Fabio Cornelio te ayudó tan decisivamente?_ preguntó Fabricio, algo admirado.

_Sí.

Está bien dijo Cayo, ya despreocupado_, yo nunca entendí nada de la cría de caballos de Idumea o de las bestias de Liguria. Por otra parte, el éxito de tus negocios no altera nuestra vieja y cordial amistad. ¡Por Pólux!...No hay necesidad de tantas explicaciones en ese sentido.

Y después se de beber un trago de Falerno solícitamente servido, continuó, como analizando sus reminiscencias más íntimas.

_El estado de la provincia es lastimero y, en mi opinión, los judíos nunca más encontrarán en Palestina el beneficio consolador de un hogar y de una patria. Según el conocimiento exacto de los hechos, en diversos encuentros murieron más de ciento ochenta mil israelitas. Fueron destruidas casi todas las poblaciones pequeñas. En la zona de Betel la miseria alcanzó proporciones inauditas. Familias enteras, desamparadas e indefensas, fueron cobardemente asesinadas. Mientras el hambre y la desolación causan la ruina general, llega también la peste, que proviene de las emanaciones de los cadáveres insepultos. Jamás hubiera supuesto ver a Judea en tales condiciones…

Pero ¿a quién debemos culpar por lo que ocurre? ¿El gobierno de Adriano no se caracteriza por la rectitud y la justicia? pregunto Helvidio Lucio con gran interés.

No puedo afirmarlo con certeza replicó atentamente Fabricio_; personalmente considero que el gran culpable fue Tineio Rufo_; legado pro-pretor de la provincia. Su incapacidad política se puso de manifiesto durante todo el desarrollo de los hechos. La reedificación de Jerusalén con el nombre de Elia Capitolina, obedeciendo a los caprichos del emperador, espanta a los israelitas dese osos de conservar las tradiciones de la ciudad

santa. El momento requería un hombre de cualidades excepcionales al frente de los asuntos de Judea. En cambio, Tineio Rufo no hace más que exacerbar los ánimos populares con imposiciones religiosas de todos los matices, contrariando la clásica actitud de tolerancia del Imperio en los territorios conquistados.

Helvidio Lucio oía a su amigo con singular interés, pero como si desease alejar de sí algún recuerdo amargo murmuró:

_Fabricio, mi querido, tu descripción de Judea me amedrenta…Los años que pasamos en Asia Menor me devuelven a Roma con el corazón temeroso. En toda Palestina campean supersticiones totalmente contrarias a nuestras tradiciones más respetables, y esas creencias extrañas invaden el propio ambiente familiar, dificultándonos la tarea de establecer la armonía hogareña.

_Ya sé_ replicó el amigo solícitamente_, te refieres ciertamente al Cristianismo, con sus innovaciones y sus partidarios.

Mas…_agregó Cayo, evidenciando una preocupación mayor_ ¿acaso Alba Lucinia habrá dejado de ser la segura vestal de tu casa? ¿Será posible?

_No_ dijo Helvidio, ansioso de ser comprendido_ no se trata de mi esposa, alerta centinela de todos los sucesos de mi vida desde hace muchos años, sino de una de mis hijas que, contrariamente a todas las previsiones, adhirió a semejantes principios, causándonos los más serios disgustos.

_ ¡Ah! Me acuerdo de Helvidia y de Celia, que de pequeñas eran dos sonrisas de los dioses en tu casa. ¿Pero tan jóvenes e inclinadas a meditaciones filosóficas?

_Helvidia, la mayor, no se interesó por tales brujerías, mas nuestra pobre Celia parece bastante perjudicada por las supersticiones orientales, tanto que cuando lleguemos a Roma tengo la intención de dejarla en compañía de mi padre por algún tiempo. Sus lecciones de virtud doméstica le han de renovar el corazón, según creemos.

Es verdad asintió Fabricio_, el venerable Cneio Lucio convertiría a los que poseen los sentimientos más bárbaros de nuestras provincias en seguidores de las tradiciones romanas.

Se hizo una ligera pausa en la conversación, mientras Cayo tamborileaba con los dedos, dando a entender su preocupación, como si evocase algún doloroso recuerdo.

Helvidio murmuró el tribuno fraternalmente_, tu regreso a Roma ha de causar aprensiones a tus verdaderos amigos. Recordando a tu padre, me he acordado instintivamente de Silano, el pequeño huérfano que llegó casi a adoptar oficialmente como hijo propio, deseoso de librarse de la calumnia

que se te imputó al comienzo de tu juventud…

_Sí_ dijo el anfitrión como si hubiese repentinamente despertado_, aunque no desconoces la acusación calumniosa que pesó sobre mí. Por otra parte, mi padre no ignora esto.

_A pesar de todo, tu venerable progenitor no vaciló en hacerse cargo de la criatura, hacia él encaminaba, con el mayor de los cariños…

Después de pasarse nerviosamente una mano por la frente, Helvidio Lucio preguntó:

_ ¿Y Silano?... ¿Sabes lo que se ha hecho de él?

_Las últimas informaciones lo daban como incorporado a las falanges nuestras que mantienen el dominio en las Galias, como un simple soldado del ejército.

Algunas veces agregó Helvidio preocupado_ he pensado en la suerte de este muchacho, protegido por la generosidad de mi padre, desde el tiempo de mi primera juventud. Mas, ¿Qué hacer? Desde que me casé hice todo lo posible para traerlo a nuestro lado. Mi propiedad de Idumea podría proporcionarle una existencia simple y libre de mayores cuidados, bajo mi atenta vigilancia; sin embargo, Alba Lucinia se opone terminantemente a mis proyectos, no solo recordando los comentarios calumniosos de los que fui blanco en el pasado, sino también alegando sus derechos exclusivos a un afecto, por lo que fui compelido a conformarme, teniendo en cuenta las nobles cualidades de su alma generosa.

Bien sabes que mi esposa es merecedora de recibir las mayores atenciones. No tengo más remedio que aceptar de buen grado sus afectuosas imposiciones.

Helvidio, buen amigo exclamó Fabricio, demostrando prudencia_, no debo ni puedo interferir en tu vida íntima. Problemas hay en la vida que solamente los cónyuges pueden solucionar entre sí, en la sagrada intimidad del hogar. Pero no es sólo por el caso de Silano que me siento temeroso por tu regreso.

Y mirando a su amigo fijamente le preguntó:

_ ¿Te acuerdas de Claudia Sabina?...

_Sí…_respondió vagamente.

_No sé si estás debidamente informado a su respecto. Claudia es hoy la esposa de Lolio Urbico, el perfecto de los pretorianos. No debes ignorar que ese hombre es la personalidad del día, como depositario de la máxima confianza del emperador.

Helvidio Lucio se pasó una mano por la frente, como si desease

ahuyentar un penoso recuerdo, contestando al final para tranquilizarse a sí mismo:

_No deseo exhumar el pasado, ya que hoy soy otro hombre; mas, si hubiera necesidad de obtener prestigio en la capital del Imperio, no podemos olvidar igualmente, que mi suegro es una persona de toda confianza, no sólo del prefecto al que aludes, sino también de todas las autoridades administrativas.

_ Bien lo sé, pero no ignoro también que el corazón humano tiene escondrijos misteriosos…No creo que Claudia, hoy elevada a las esferas de la más alta aristocracia por los caprichos del destino, haya olvidado la humillación de su amor violento de plebeya, pisoteado en otros tiempos.

_Sí_ confirmó Helvidio Lucio ensimismado en sus más íntimos recuerdos_, muchas veces he lamentado haber alimentado en su corazón un afecto tan intenso; mas, ¿Qué hacer? La juventud está sujeta a muchos caprichos y, en la mayoría de los casos, no hay advertencia capaz de rasgar el velo de la ceguera…

_ ¿Estarás ahora menos joven para que te sientas completamente libre de los múltiples caprichos de nuestra época?

El interpelado comprendió todo el alcance de aquellas observaciones sabias y prudentes, y como si no aprobarse el examen de las circunstancia y de los hechos, cuya penosa recordación lo atormentaría, replicó sin perder el aparente buen humor, aunque sus ojos evidenciasen una amarga preocupación:

_ ¡Cayo, mi buen amigo, por las barbas de Júpiter! No me hagas volver al pié fago oscuro del pasado. Desde tu llegada no me hablaste más que de asuntos penosos y sombríos. Primero de la miseria de Judea, como para erizar los cabellos con sus cuadros de desolación y de ruina, y después te has vuelto hacia el escabroso pasado, como si no te bastaran las actuales amarguras…Háblame más explicar el motivo, siento temores con respecto del futuro. La máquina de intrigas de la sociedad romana me resulta aborrecible. Y nunca pude encontrar la forma de huir de su ambiente detestable. ¡Mi regreso a Roma está lleno de perspectivas dolorosas, aunque no me atreva a confesarlo!...

Fabricio lo escuchó atento y compungido. Las palabras del amigo denunciaban el profundo temor de retornar al pasado tan lleno de aventuras. Aquella actitud dolorosa de mostraba que el recuerdo de los tiempos idos todavía palpitaba en su pecho, a pesar de todos los esfuerzos para olvidar.

Reprimiendo los propios recelos, dijo entonces afectuosamente: _Pues bien, no hablaremos más de eso.

Y acentuando la alegría que le causaba aquel encuentro, continuó conmovidamente:

_ ¿Podría tal vez haberme olvidado de algo que me pediste?

Sin más demora. Se encaminó para el atrio, donde los servidores de confianza esperaban sus órdenes. Luego regresó a la sala acompañado por el desconocido que había seguido su litera en la actitud humilde de esclavo.

Helvidio Lucio se sorprendió al ver al interesante personaje que le era presentado.

Se dio cuenta de inmediato de su condición de siervo, más que su asombro era causado por la profunda simpatía que aquella figura le inspiraba.

Sus rasgos de israelita eran notables, sin embargo en su mirada había una vibración de noble orgullo, atemperado por una singular humildad. Sobre la frente ancha le caían canas precoces, aunque su físico denunciaba la plenitud de energía orgánica de la edad madura. Su aspecto general, con todo, era el de un hombre profundamente desencantado de la vida. En su rostro se percibía la señal de sufrimientos y luchas indefinibles, huellas dolorosas compensadas por el fulgor enérgico de su mirada, transparente de serenidad.

He aquí la sorpresa subrayó Cayo Fabricio alegremente_ compré como un recuerdo, esta preciosidad en la feria de Terebinto, cuando algunos de los nuestros liquidaban la expoliación de los vencidos.

Helvidio Lucio parecía no escucharlo, como si procurase sumergirse profundamente aquella figura curiosa al alcance de sus ojos, y cuya simpatía le tocaba las fibras más sensibles y más íntimas.

_ ¿Te admiras?_ insistió Cayo, deseoso de oír sus apreciaciones directas y francas. _ ¿Querías, tal vez, que te hubiera traído un formidable Hércules? Preferí halagarte con un raro ejemplar de sabiduría.

Helvidio agradeció con un gesto expresivo, acercándose al silencioso esclavo con una leve sonrisa.

_ ¿Cómo te llamas?_ le preguntó solicito.

_Nestorio.

_ ¿Dónde naciste? ¿En Grecia?

_ Sí_ respondió el interpelado con una dolorosa sonrisa.

_ ¿Cómo pudiste llegar a Terebinto?

_ Señor, soy de origen judío, a pesar de haber nacido en Éfeso. Mis antepasados se trasladaron a Jonia hace algunos decenios. Por las guerras

civiles de Palestina. Me crié en las márgenes del Egeo, donde más tarde forme mi familia. La suerte, sin embargo, no me favoreció. He perdido prematuramente a mi compañera, debido a grandes disgustos. Pronto, víctima de persecuciones implacables, fui esclavizado por ilustres romanos, quienes me condujeron al antiguo país de mis ascendientes.

_ ¿Y fue allá que la revolución te sorprendió?

_Sí.

_ ¿Dónde te encontrabas?

_En las proximidades de Jerusalén.

_Hablaste de tu familia. ¿Tenías solamente mujer?

_ No, señor. Tenía también un hijo.

_ ¿También murió?

_ Lo ignoro. Mi pobre hijo, todavía niño, cayó como su padre, en la dolorosa noche del cautiverio. Separado de mí, que lo vi partir con el corazón lacerado de dolor y de angustia, fue vendido a poderosos mercaderes del sur de Palestina.

Helvidio Lucio miró a Fabricio, como para expresarle su admiración por las respuestas sosegadas del desconocido, continuando entretanto el interrogatorio.

_ ¿A quién servías en Jerusalén?

_ A Calio Flavio.

_Lo oí nombrar. ¿Cuál fue su suerte?

_ Fue de los primeros en morir en los enfrentamientos que hubo en los

alrededores de la ciudad, entre los legionarios de Tineio Rufo y los refuerzos judíos llegados de Betel.

_ ¿También combatiste?

_Señor, no me correspondía combatir sino en el desempeño de las obligaciones debidas a aquél que, conservándome cautivo a los ojos del mundo, hacía mucho que me había restituido la libertad, por su magnánimo corazón. Mis armas debían ser las de la asistencia necesaria a su espíritu leal y justo, Calio Flavio no era para mí un verdugo, sino el amigo y protector de todos los momentos. Para mi íntimo consuelo, pude probarle mi dedicación, cuando le cerré los ojos en el postrer aliento.

_ ¡Por Júpiter!_ exclamó Helvidio, dirigiéndose en voz alta a su amigo_ es la primera vez que escucho a un esclavo bendecir a su señor.

_ No es sólo eso_ respondió Cayo Fabricio de buen humor, mientras el siervo los observaba erguido y digno_, Nestorio es la personificación de la sensatez. A pesar de sus lazos de sangre con Asia Menor, su cultura acerca del Imperio es de la más vastas y notables.

_ ¿Será posible?_ expresó Helvidio, admirado.

_Conoce la historia romana tan bien como uno de nosotros.

_ ¿Pero llegó a vivir en la capital del mundo?

_ No. Según lo que dice solamente la conoce por tradición.

Invitado por los dos patricios, el esclavo se sentó para demostrar sus conocimientos.

Con desenvoltura, habló de las encantadoras leyendas que envolvían el nacimiento de la famosa ciudad, entre los valles de Etruria y los deliciosos paisajes de Campania, Rómulo y Remo, el recuerdo de Acca Larentia, el rapto de las sabinas, eran imágenes que, en boca de un esclavo, se teñían de nuevos e interesantes matices. En seguida pasó a explicar el extraordinario desenvolvimiento económico y político de la ciudad. La historia de Roma no tenía secretos para él. Remontándose a la época de Tarquinio Prisco, habló de sus construcciones maravillosas y gigantescas, deteniéndose en aguas lodosas del Tíber. Recordó la figura de Servio Tulio, que dividió a la población romana en clases y centurias. Numa Pompilio, Menenio Agripa, los Gracos, Sergio Catilina, Cipiao Nasica y todas las figuras famosas de la república fueron recordadas en su exposición, donde los datos cronológicos se vertían con admirable exactitud. Los dioses de la ciudad, las costumbres, conquistas, generales intrépidos y valerosos, estaban detalladamente grabados en su memoria en forma indeleble. Siguiendo el curso de sus conocimientos, se refirió al Imperio desde sus orígenes, destacando sus portentosas realizaciones desde el fastuoso brillo de la corte de Augusto. Las magnificencias de los Césares, expuestas por su fluida dialéctica, presentaban nuevos matices históricos, por sus consideraciones psicológicas acerca de todas las situaciones políticas y sociales.

Mucho tiempo había hablado Nestorio de sus conocimientos del pasado, cuando Helvidio Lucio sinceramente sorprendido lo interpeló:

_ ¿Dónde adquiriste esa cultura, basada en nuestras más remotas tradiciones?...

_ Señor, he leído todos los libros que se refieren a Roma que estuvieron a mi alcance desde que era joven. Además, sin que pueda explicar la razón, la capital del Imperio ejerce sobre mí la más singular de todas las deducciones.

_ Ahora bien_ agregó Cayo Fabricio satisfecho_ Nestorio tanto conoce un

libro de Salustino como una página de Petronio. Del mismo modo, los autores griegos no tienen secretos para él. Considerada su predilección por los asuntos romanos parecería que hubiera nacido cerca de nuestras puertas.

El esclavo sonrió levemente, mientras Helvidio Lucio aclaraba:

_Semejantes conocimientos evidencian un interés injustificable de parte de un cautivo.

Y después de una pausa, como si estuviese pensando en un proyecto íntimo, le dijo a un amigo:

_ Te felicito por tu elección. Mi gran preocupación actual era conseguir un siervo culto, que pudiese ocuparse de completar la educación de mis hijas, y que me ayudara al mismo tiempo en la administración de los procesos del Estado, a los que deberé atender con relación a mi futuro cargo.

El anfitrión todavía no había concluido su agradecimiento, cuando aparecieron en la sala la esposa y las hijas, formando un gracioso cuadro familiar.

Alba Lucinia, que todavía no había llegado a los cuarenta años, conservaba en el rostro la belleza de la juventud, que iluminaba su perfil de madona. Al lado de sus hijas, dos risueñas primaveras, su aspecto juvenil tomaba matices de noble expresión de castidad, y se confundía con las dos como si fuera su hermana mayor, en vez de la madre extremosa y afable.

Helvidia y Celia, aunque muy parecidas físicamente, evidenciaban diferentes temperamentos e inclinaciones espirituales. La primera tenía en los ojos la inquietud propia de su edad, indicando los sueños febriles que dominaban su alma, al tiempo que la segunda miraba serena y profundamente, como si la joven hubiera envejecido en forma prematura desde el punto de vida espiritual.

Las tres, que lucían graciosamente los delicados atavíos domésticos, y tenían recogidos los cabellos en preciosas redes de oro, ofrecieron a Cayo Fabricio una sonrisa de acogida.

Ahora bien murmuró el huésped con la vivacidad propia de su genio expansivo, avanzando hacia la dueña de casa_, mi gran amigo Helvidio encontró el altar de las tres Gracias y las entronizó egoístamente en su hogar. Por otra parte, aquí estamos en las regiones del Egeo, cuna de todas las divinidades.

Sus salutaciones fueron recibidas con general agrado.

No solamente Alba Lucinia, sino también las hijas se alegraban de la presencia del cariñoso y viejo amigo de la familia.

Pronto todo el grupo conversaba animadamente. Se comentaron las noticias de Roma, las impresiones sobre Idumea y de otras regiones de Palestina, donde Helvidio Lucio había residido con su familia, y también se emitieron opiniones encantadoras e íntimas acerca de las trivialidades cotidianas.

En un determinado momento, el dueño de casa hizo que su esposa se fijara en Nestorio, retirado hacia un lado de la sala, exclamando con entusiasmo:

_Lucinia, es el regio presente que Cayo nos trajo de Terebinto.

_ ¡¿Un esclavo?!..._preguntó la señora con tono de piedad.

_ Sí. Un precioso esclavo. Su extraordinaria memoria es uno de los fenómenos más interesantes que he observado en toda mi vida. Imagínate que puede relatar la larga historia de Roma sin omitir el más mínimo detalle.

Conoce todas nuestras costumbres y tradiciones como si hubiese nacido en el Palatino. Deseo sinceramente tomarlo a mi servicio particular, utilizándolo al mismo tiempo para la instrucción de nuestras hijas.

Alba Lucinia miró al desconocido con sorpresa y simpatía. Por su parte, las dos jóvenes lo contemplaban admiradas.

Saliendo, con todo, de su asombro, la noble matrona dijo reflexivamente:

_ Helvidio, siempre consideré el cuidado de una familia como una de las misiones más delicadas de nuestra vida. Si ese hombre dio pruebas de sus conocimientos, ¿te las ha dado también de sus virtudes para que lo utilicemos, confiadamente, en la educación de nuestras hijas?

El marido se sintió confundido para poder responder a una pregunta tan sensata y oportuna, mas en su auxilio fue la palabra firme de Cayo, que aclaró:

_ Yo se las doy, mi señora: si Helvidio puede garantizar su sabiduría, yo puedo dar testimonio de sus nobles cualidades morales.

Alba Lucinia pareció meditar por unos instantes, añadiendo, al final, con una sonrisa satisfecha:

_ Está bien, aceptaremos la garantía de su palabra.

En seguida, la graciosa dama miró a Nestorio con caridad y blandura, comprendiendo que si su doloroso aspecto era ciertamente el de un esclavo, los ojos revelaban una serenidad superior, saturada de extraña firmeza.

Después de un minuto de observación atenta y silenciosa, se volvió hacia su marido y le habló con voz casi imperceptible, como si buscase su aprobación, antes de dar cumplimiento a algún deseo. Helvidio, por su parte, sonrió ligeramente, haciendo una señal de aceptación con la cabeza.

Volviéndose, entonces a los demás, la noble señora dijo conmovidamente

_Cayo Fabricio, mi marido y yo resolvimos que nuestras hijas utilicen la cooperación intelectual de un hombre libre.

Y tomando una pequeña vara, que descansaba dentro de un jarrón oriental a un lado de la sala, tocó levemente la frente del esclavo, siguiendo las ceremonias familiares con las que el señor libertaba a los cautivos en la Roma imperial exclamó:

_ ¡Nestorio, nuestra casa te declara libre para siempre!...

Hijas_ continuó diciendo emocionada, dirigiéndose hacia las dos jóvenes_, ¡nunca humilléis a este hombre que es libre y que gozará de plena libertad para cumplir con sus deberes!...

Cayo y Helvidio se miraron satisfechos. Mientras Helvidia, altiva, felicitaba de lejos al liberto con una leve señal de cabeza, Celia se aproximó a Nestorio, quien tenía los ojos húmedos de lágrimas, y le tendió la mano aristocrática y delicada, en una congratulación sincera y cariñosa. Sus ojos se encontraron con los del ex esclavo en una onda de afecto y atracción indefinibles. El liberto, visiblemente emocionado, se inclinó y besó reverentemente la mano generosa que la joven patricia le ofrecía.

La escena conmovedora perduraba todavía, cuando con sorpresa general, Nestorio se levantó del rincón en que se hallaba y, caminando hasta el centro de la sala, se arrodilló antes sus benefactores y besó humildemente los pies de Alba Lucinia.

.

CAPITULO II - UN ANGEL Y UN FILÓSOFO.

.

El palacio donde residía el prefecto Lolio Urbico estaba situado en una de las más hermosas elevaciones de la colina en la que se levantaba el Capitolio.

La fortuna de su dueño era una de las más cuantiosas de la ciudad, y su situación política era de las más envidiables por su prestigio y por los respectivos privilegios.

Aunque descendientes de antiguas familias del patriciado, no había recibido una gran herencia de sus parientes más ilustres, y, sin embargo, el emperador bien temprano lo tomó a su cuidado.

Hizo de él, al principio, un tribuno militar lleno de esperanzas y de perspectivas promisorias, para promoverlo enseguida a los puestos más prominentes. Lo transformó después en su hombre de confianza. Le hizo valiosas donaciones en propiedades y títulos de nobleza. Sin embargo, la aristocracia de la ciudad se asombró cuando Adriano le aconsejó casarse con Claudia Sabina, plebeya de talento poco común y de rara belleza, que consiguiera con su favoritismo la más elevadas prerrogativas de la corte.

Lolio Urbico no vaciló en cumplir la voluntad de su protector y mejor amigo.

Se casó displicentemente, como si en el matrimonio debiese encontrar un total salvaguardia de todos sus intereses particulares, prosiguiendo, sin embargo, con su vida de aventuras alegres, en las diversas campañas militares, ya fuese en la capital del Imperio o en las ciudades de sus numerosas provincias.

Por otro lado, la esposa, ahora prestigiada por su nombre, ocupaba en el seno de la nobleza romana uno de los lugares de mayor relevancia. Poco inclinada a las preocupaciones de una matrona, no toleraba la vida hogareña y se entregaba a los desvaríos de la vida mundana, ora siguiendo los planes de sus amigos, ora organizando célebres festivales, famosos por el espectáculo artístico y por la discreta licenciosidad que los caracterizaba.

La sociedad romana, en franca marcha hacia la decadencia de las antiguas costumbres familiares, gustaba de sus maneras libres, mientras el espíritu discreto del emperador y la voluptuosidad de los cortesanos se regocijaban con sus emprendimientos, en el torbellino de las alegres iniciativas de los ambientes sociales más elevados.

Claudia Sabina había conseguido uno de los puestos de mayor importancia en los círculos elegantes y frívolos. Sabiendo transformar la inteligencia en arma peligrosa, se valía de su posición para aumentar cada vez más su propio prestigio. Y elevaba al nivel envisada, para satisfacer fácilmente sus caprichos.

Así que, alrededor de sus preciosas dotes de belleza física giraban todas las atenciones y todos los desvelos.

.

Atardecía.

En un elegante palacio próximo al templo de Júpiter Capitolino, reinaba un ambiente pesado de soledad y quietud.

Recostada en un diván de la terraza, encontramos a Claudia Sabina conversando reservadamente con una mujer de pueblo, en actitud de gran intimidad.

_ Hateria_ decía ella, interesada y discretamente_, te mandé llamar con el fin de aprovechar tu vieja dedicación en un asunto personal.

_ Ordene_ respondía la mujer de aspecto humilde, con maneras aparentemente sencillas, pero estudiadas. _ Estoy siempre dispuesta a cumplir sus órdenes, sean cuales fueren.

_ ¿Estarías dispuesta a servirme ciegamente en otra casa?

_ Sin duda.

_Pues bien, yo no he vivido sino para vengarme de las terribles humillaciones del pasado.

_Señora, me acuerdo de sus amarguras en el seno de la plebe.

Bien que conociste mis sufrimientos. Escucha continuaba Claudia Sabina bajando la voz intencionadamente_, ¿Sabes quiénes son los Lucios en Roma?

_ ¿Quién no conoce al anciano Cneio, señora? Antes de hablarme de sus penas, debo aclararle que conozco también sus disgustos, debidos a la ingratitud del hijo.

_Entonces, nada más necesito decirte respecto de lo que me compete hacer ahora. Tal vez ignores que Helvidio Lucio y su familia llegarán a esta ciudad dentro de pocos días, de regreso de Oriente. Tengo intención de colocarte al servicio de su mujer, con fin de que puedas ayudarme en la ejecución integral de mis planes.

_Ordene y obedeceré ciegamente.

_ ¿Conoces Tulia Cevina?

_ ¿La esposa del tribuno Máximo Cuntactor?

_Ella misma. Por lo que fui informada, Tulia Cevina tiene el encargo de su vieja compañera de infancia de conseguirle dos o tres siervas de entera confianza y capacitadas para satisfacer los imperativos de la Roma actual. Así que es importante que te presentes, cuanto antes, como candidata a ese cargo.

_ ¿Cómo? ¿Considera probable que la esposa del tribuno llegue a aceptar mis simples ofrecimientos, sin referencia que me recomiende su criterio?

_Precisamos tener mucho cuidado en ese sentido. Tulia jamás deberá saber que eres una persona que tiene trato conmigo. Podrías presentar referencias especiales de Crisotemis o de Musonia, mis amigas más íntimas; pero esa medida no me parece acertada. Suscitaría, tal vez alguna sospecha, cuando yo tuviese mayor necesidad de tu intervención o de tus

servicios.

_Ante todo, es preciso que te capacites en la utilización de tus propios recursos, en beneficio de nuestros proyectos. La adquisición de una sierva humilde es algo valioso y raro. Preséntate ante Tulia con la más absoluta sencillez. Háblale de tus necesidades, explícale tus buenos deseos. Tengo casi la certeza de que bastará eso para que venzamos en nuestros primeros pasos. Enseguida, como lo espero, serás admitida en el hogar de Alba Lucinia, la usurpadora de mi ventura. La has de servir con humildad, sumisión y esmero, hasta que conquistes su absoluta confianza. No precisaras verme frecuentemente para no despertar sospechas en torno de nuestras combinaciones. Vendrás a esta casa una vez por mes, para que establezcamos los acuerdos necesarios. Al principio, estudiarás el ambiente y me notificarás de todas las novedades y descubrimientos de la vida íntima de su morada. Más tarde, entonces, veremos la naturaleza de los servicios a ejecuta. ¿Puedo contar con tu dedicación y con tu silencio?

_Estoy enteramente a sus órdenes y cumpliré sus determinaciones con absoluta fidelidad.

_Confío en tus esfuerzos.

Y, así diciendo, Claudia Sabina le entregó algunas centenas de sestercios en prenda de los mutuos compromisos.

Hateria guardó el pago de la primera combinación ávidamente, lanzando una mirada codiciosa a la bolsa y exclamando con cortesía:

_Puede estar segura de que estaré vigilante y seré humilde y discreta.

Caían las sombras de la noche sobre los montes Albanos, no obstante la emisaria de Claudia entrevistó a Tulia Cevina a las pocas horas para los fines conocidos.

La esposa del tribuno Máximo Cuntactor, patricia de corazón bondadosa, recibió a aquella mujer de pueblo con generosidad y dulzura. Las insistentes solicitaciones de Hateria la confundían. Había comentado el pedido de su amiga Alba Lucinia en el círculo reducidísimo de amistades más íntimas; en tanto aquella sierva desconocida no le traía ninguna recomendación de los amigos con quienes hablara al respecto. Atribuyó, entonces, el hecho al chisme de alguna esclava que hubiese conocido el asunto indirectamente, a través de alguna conversación despreocupada.

La humildad y la sencillez de Hateria le parecieron encantadoras. Sus maneras revelaban extraordinaria capacidad de sumisión desvelada y cariñosa.

Tulia Cevina la aceptó compadecida de su situación y la acogió esa misma noche, acomodándola entre sus siervas.

A pocos días la Puerta de Ostia presentaba singular movimiento. Lujosos vehículos se encaminaban hacia el puerto, donde la galera de nuestros conocidos ya había anclado.

En las construcciones de la costa soleada se encontraban los ya mencionados, alegres y afectuosos. Un grupo de amigos y de representaciones sociales y políticas iba a recibir a Helvidio y a Cayo, con un diluvio de cariñosos abrazos.

Lolio Urbico y su esposa llegaban, igualmente, al lado de Fabio Cornelio y su mujer Julia Spinter, anciana patricia, conocida por sus tradiciones de orgullosa sinceridad. Tulia Cevina y Máximo Cuntactor también se encontraba allá, ansiosos por dar a sus amigos, que por tan largos años se habían ausentado, un abrazo fraternal. Numerosos parientes y conocidos se disputaban el instante de estrechar entre sus brazos a los queridos recién llegados, pero entre toda la multitud se destacaba la figura venerada de Cneio Lucio, aureolado por los cabellos blancos que las penosas experiencias de la vida habían santificado. Una atmósfera de amor y veneración se formaba en torno de su personalidad vibrante de cultura y de generosidad, que setenta y cinco años de luchas no habían logrado empañar. La sociedad romana había seguido el curso de todos sus pasos, conociendo de cerca sus hechos de nobleza y lealtad y respetando en él uno de los más sagrados exponentes de la educación antigua, llena de la belleza de Roma, en sus principios más austeros y más simples.

Cneio Lucio había sabido despreciar todos los puestos de dominio, comprendiendo que el espíritu militar provocaba la decadencia del Imperio, eludiendo todas las situaciones materiales preponderantes, de modo de conservar el ascendiente espiritual que le competía. En el acervo de sus servicios a la colectividad, se contaban las providencias tomadas por el gobierno imperial a favor de los esclavos que enseñaban las primeras letras a los hijos de sus señores, además de muchas obras de beneficencia social en el provecho de los más humildes y de los más pobres, a quienes la suerte no favoreciera. Su nombre era respetado no solamente en los círculos aristocráticos del Palatino, sino también en la Suburra, donde habitaban las familias anónimas y desventuradas.

En aquella mañana el rostro del viejo patricio dejaba entrever el júbilo sereno que palpitaba en su alma.

Estrechó a los hijos largamente junto a su corazón, llorando de alegría al abrazarlos; besó a las nietas con júbilo paternal. Pero, es tanto los más gozosos saludos eran cambiados por todos en el torbellino de expresivas demostraciones de afecto y cariño, Cneio Lucio notó que Lolio Urbico contemplaba con insistencia el perfil de su nuera, mientras Claudia Sabina, fingiendo absoluto olvido del pasado, concentraba su atención experimentado, cansado de agitarse entre los caprichos desengaños del mundo.

Nestorio, por su parte, desembarcado en Ostia, satisfacía el viejo sueño de conocer la ciudad célebre y poderosa. Sentía extrañas conmociones íntimas, como si volviese a ver lugares amigos y queridos. Tenía la convicción de que el panorama, ahora desplegado ante sus ojos ansiosos, le era familiar desde los más remotos tiempos. No podía precisar la cronología de sus recuerdos, pero conservaba la certeza de que por misterioso proceso toda Roma estaba en sus reminiscencias más entrañables.

Aquel mismo día, mientras Alba Lucinia y sus hijas se dirigían hacia la ciudad con Fabio Cornelio y su esposa, Helvidio Lucio lo hacía junto a su padre, sin que se dieran cuenta del paso de las horas ni de las características del camino completamente abstraídos, como se encontraban, en sus confidencias más íntimas.

Helvidio le confió todas las impresiones que traía de Asia Menor, rememorando escenas o evocando cariñosos recuerdos, pasando después a sus grandes preocupaciones morales respecto de su hija, cuyos conocimientos prematuros en materia de religión y filosofía lo atemorizaban, desde que accidentalmente se diera al placer de escuchar en boca de los esclavos de la casa peligrosas supersticiones de la creencia nueva que invadía el Imperio por todas partes. Aclaró, así, ante el sensible y generoso mentor espiritual de su existencia, la situación familiar, presentándole todos los pormenores y circunstancias con referencia al asunto.

El anciano Cneio Lucio, después de oírlo atentamente, le prometió auxilio moral con respecto de esa cuestión, para cuya solución su experimentada capacidad educativa prestaría el más provechoso concurso.

En pocos días nuestros amigos se instalaron en su magnífica residencia de Palatino, iniciando de ese modo un nuevo ciclo de vida ciudadana.

Helvidio Lucio estaba satisfecho con su nueva posición, consciente de que como sustituto inmediato de su suegro en las funciones de censor, le estaba reservado un relevante papel en la vida de la ciudad, con la anuencia generosa del emperador. En cuanto a Alba Lucinia, gracias a sus innatas condiciones artísticas, ayudada por Tulia, transformó el aspecto de la vieja propiedad según el gusto de la época, e hizo que cada rincón fuera una parte de la paz hogareña, donde su marido y sus hijas pudiesen reposar de las grandes inquietudes de la vida.

No es necesario decir que, avalada por Tulia, Heteria fue admitida en la casa, atrayendo a todos por su habilidosa humildad y conquistando en pocos días la plena confianza de los amos.

A la semana siguiente, con el pretexto de que descansara algún tiempo junto a su abuelo que la idolatraba, Celia fue conducida por los

padres a su residencia, sobre la otra margen del Tiber, en las faldas del Aventino.

Cneio Lucio habitaba un confortable palacete de cuidado estilo romano, en compañía de dos hijas ya maduras que llenaban de afecto la luminosa noche de su vejez.

Recibió a la nieta cariñosa con las más inequívocas pruebas de alegría.

Al día siguiente por la mañana, mandó preparar la litera particular para ofrecer en su compañía un sacrificio en el templo de Júpiter Capitolino.

Celia lo acompañó con calma y de buen grado, aunque reparó en las miradas expresivas que le dirigía el anciano, ansioso, tal vez, por conocer sus sentimientos más íntimos.

Cneio Lucio no se detuvo tan sólo en el santuario Júpiter, se dirigió también al templo Serapis, donde procuró hablar con la nieta sobre las más antiguas tradiciones de la familia romana. La joven no lo contradijo ni interrumpió la cariñosa alocución, sometiéndose con la mayor obediencia en lo que se refería al ritual de los templos, conforme a los reglamentos instituidos en Roma por los padres flamíneos.

La tarde ya caía, cuando el generoso anciano dio por terminada la peregrinación por las construcciones religiosas de la ciudad. El sol se escondía en el poniente, mas Cneio Lucio deseaba conocer toda la intensidad de los nuevos pensamientos de la nieta, y la condujo para eso al altar doméstico, donde se hallaban las soberbias imágenes de marfil de los dioses familiares.

Celia, mi querida dijo él por fin, descansando en largo diván enfrente de los ídolos_, te llevé hoy a los templos de Júpiter y de Serapis, donde ofrecí sacrificios a favor de nuestra felicidad; más que nuestra ventura, querida hija, yo deseo la tuya. Noté que acompañabas mis gestos, pero no demostrabas devoción sincera y ardiente. ¡¿Acaso trajiste de la provincia alguna idea nueva, contraria a nuestras creencias?!...

Escuchó la palabra del venerado abuelo con el alma sumergida en grandes luchas. De repente comprendió la situación, y acostumbrada a las rigurosas tradiciones de la familia, adivinó que su padre le había solicitado tal providencia, con la intención de que cambiasen sus pensamientos, así como sus convicciones más íntimas.

Querido abuelo respondió con ojos húmedos e impregnados de sublime inocencia_, yo siempre te amé con toda mi alma y tú me enseñaste a decir la verdad bajo cualquier circunstancia.

_Sí_ exclamó Cneio Lucio admirado, adivinando las emociones de la adorada criatura_, estás en mi corazón en todos los instantes. ¡Habla, hijita, con la mayor franqueza! Yo conocí otro camino que el de la verdad,

junto a nuestras tradiciones y a nuestros dioses…

_De antemano debo aclararte que me doy cuenta de que fue mi padre quien te solicitó la reforma de mis actuales sentimientos religiosos.

El venerable anciano hizo un gesto de asombro ante aquella observación inesperada.

_Sí_ continuó la joven_, tal vez mi padre no me pueda comprender enteramente…Él jamás podría oírme con satisfacción sin una protesta enérgica de su alma; sin embargo yo continuaría amándolo siempre, aunque su corazón no me entendiese.

_Entonces, hijita ¿por qué no le hiciste a Helvidio tu más íntimas confidencias?...

_Intenté hacerlas un día, cuando aún nos encontrábamos en Judea; pero comprendí inmediatamente que mi padre juzgaría mal mis palabras más sinceras. Percibí entonces que la verdad para ser totalmente comprendida, es necesario que sea dicha entre corazones de la misma edad espiritual.

_Pero, hija, ¿dónde dejas ahora los sagrados lazos de la familia?

_En el amor y en el respeto con que siempre los cultivé. Entre tanto, abuelito, en el campo de las ideas los vínculos de sangre no siempre significan coincidencia de opinión entre aquellos que el cielo unió en la institución familiar. Venerado y estimando a mi padre con afecto filial y en el respeto a las tradiciones de su nombre, acepté ideas a cuyo espíritu es imposible que me adhiera, por eso…

_Mas, ¿Qué quieres decir con edad espiritual?

_Que la juventud y la vejez, tal como las vemos en el mundo no pueden significar sino expresiones de una vida física que acaba con la muerte. No hay jóvenes ni viejos y sí, almas jóvenes en pensamiento o profundamente enriquecidas en el campo de las experiencias humanas,

_ ¿Qué quieres decir con eso?_ preguntó el anciano grandemente admirado…_ i¿Tanto has leído a los autores griegos?! Eso es de extrañar porque tu padre sólo hace poco que obtuvo un esclavo culto, especialmente destinado a enriquecer tu educación y la de tu hermana.

_ Abuelito, conoces bien el ansia de aprender que siempre me impulsó desde pequeña. Aunque joven siento en mi espíritu el peso de una edad milenaria. En todos estos años de ausencia en la provincia, pasé todo el tiempo disponible devorando la biblioteca que mi padre no podía llevar consigo para sus actividades de Idumea.

_Hijita, _ exclamó el anciano sinceramente consternado_ i¿No habrás hecho como los enfermos que a fuerza de buscar la virtud de todos los

medicamentos al alcance de su mano, acaban lamentablemente intoxicados?!...

_no, querido abuelo, yo no me envenené. Y si tal cosa hubiera sucedido, hace más de dos años tengo en mi corazón el mejor de los antídotos para la influencia corrosiva de todos los tóxicos de este mundo.

_ ¿Cuál?_ interrogó Cneio Lucio sumamente sorprendido.

_ Una creencia fervorosa y sincera.

_ ¿Pusiste tu pensamiento en ese sentido bajo la invocación de nuestros dioses?...

_ No, querido abuelo, me pesa confesártelo, mas siento en tu interior la misma capacidad de comprensión que vibra en mi alma y debo ser sincera. Los dioses de nuestras antiguas tradiciones ya no me satisfacen…

_ ¿Cómo es eso, querida hija? ¿A qué entidad de los cielos confías hoy tu fe sublime y fervorosa?...

Como si en sus grandes ojos vibrase una extraña luz, Celia respondió serenamente:

_Tengo ahora mi fe en Jesucristo, el Hijo de Dios Vivo.

_ ¿Te declaras cristiana?_ preguntó el viejo abuelo palideciendo.

_Sólo me falta el bautismo.

Mas, hija, dijo Cneio Lucio, confiriéndole a la voz una dulce inflexión de cariño_ el Cristianismo está en contradicción con todos nuestros principios, pues elimina todas las nociones religiosas y sociales que son la base de nuestra concepción de estado y de familia. Además de eso, ¿no sabes que adoptar esa doctrina es caminar hacia el sacrificio y hacia la muerte?...

_Abuelito, a pesar de tus largos y profundos estudios, estoy segura de que no llegaste a conocer las tradiciones de Jesús y la suave claridad de sus enseñanzas. Si tuvieses un conocimiento integral de su doctrina, si escucharas directamente a aquellos que están llenos de su fe, habrías enriquecido aún más el tesoro de bondad y comprensión de tu espíritu.

_Pero no se entiende que una idea tan pura encamine a sus adeptos para la condena y para el martirio, desde hace casi un siglo.

_Sin embargo, abuelito, tal vez todavía no consideraste la circunstancia de que la condena parte del mundo, al tiempo que Jesús prometió las alegrías de su reino a todos los que sufriesen en la Tierra por amor a su nombre.

_Desvarías, mi querida, no puede haber divinidad mayor que nuestro

Júpiter, ni puede existir otro reino que supere a nuestro Imperio. Además, el profeta nazareno, según lo que me informaron, pregonó una fraternidad imposible y una humildad que nosotros no podemos comprender.

Posó sobre su nieta sus ojos mansos, llenos de caridad misteriosa y sintió una emoción más intensa al encontrar los de ella serenos, piadoso, trasparentes de candor indefinible.

_Abuelito, _ continuó diciendo con una mirada abstracta, como si su espíritu vagase por recuerdos queridos y lejanos_ Jesucristo es el Cordero de Dios que vino a arrancar al mundo del error y del pecado. ¿Por qué no comprendemos sus divinas enseñanzas, si tenemos hambre de amor en nuestra alma? Aparentemente para el mundo, soy una joven y tú un anciano, en tanto siento que nuestros pensamientos son gemelos en el terreno del conocimiento espiritual…

De toda la Tierra nos llegan clamores revolucionarios y gritos de batalla… ¡Se mezclan la amargura de los oprimidos y las lágrimas de todos los que padecen la humillación del cautiverio!...

¡Conoces todos esos sufrimientos insondables que están esparcidos por el mundo! ¡Tus libros hablan de angustias inexplicables a tu espíritu sensible y cariñoso! ¡Esos lamentos de los que sufren llegan hasta nuestros oídos en todos los momentos!

¡¿Dónde están nuestros dioses de marfil que no nos salvan de la decadencia y de la ruina?! ¡¿Dónde, Júpiter, que no viene al escenario del mundo para restablecer el equilibrio de la maravillosa balanza de la justicia divina?! ¿Podremos aceptar un dios frío, impasible, que se complace en dirigir todas las torpezas de los poderosos contra los más pobres y los más desgraciados? ¿Será la Providencia del Cielo igual a la del Cesar, para cuyo poder el más querido es aquel que le trae las más ricas ofrendas? En cambio, Jesús de Nazaret trajo al mundo una nueva esperanza. A los orgullosos les advirtió que todas las vanidades de la Tierra quedan abandonadas en el pórtico de las sombras del sepulcro, a los poderosos dio lecciones de renuncia a los bienes transitorios del mundo, enseñándoles que las más bellas adquisiciones son las que constituyen las virtudes morales, imperecederos valores del Cielo; nos dio ejemplos en todos sus actos de luz indispensable para nuestro progreso espiritual, el que nos conducirá hacia Dios Todopoderoso, Padre de misericordia infinita, en nombre de quien nos trajo su doctrina de amor, con la palabra de vida y de redención.

Sobre todo, Jesús es la única esperanza de los seres desamparados y tristes de la Tierra, porque de acuerdo con sus dulces promesas, han de recibir las bienaventuranzas del Cielo todos los desventurados del mundo, entre las bendiciones de la simplicidad y de la paz, en la piedad y en la práctica del bien.

Cneio Lucio escuchaba a la nieta en conmovido silencio, sintiéndose tocado por una inquietud mezclada de encanto, como la podría sentir un filósofo del mundo que escuchase la más tiernas revelaciones de la verdad en boca de un ángel.

La joven, por su parte, dando curso a las sagradas inspiraciones que le embargaban el alma, continuó hablando, sumergiéndose en el tesoro de los recuerdos más gratos a su corazón:

Cneio Lucio escuchaba a la nieta en conmovido silencio, sintiéndose tocado por una inquietud mezclada de encanto, como la podría sentir un filósofo del mundo que escuchase la más tiernas revelaciones de la verdad en boca de un ángel.

La joven, por su parte, dando curso a las sagradas inspiraciones que le embargaban el alma, continuó hablando, sumergiéndose en el tesoro de los recuerdos más gratos a su corazón:

_Por mucho tiempo estuvimos en Antipatris, en plena Samaria, junto a Galilea…Allí la tradición de Jesús todavía está viva en todos los espíritus. Conocí de cerca a los que fueron beneficiados por sus manos misericordiosas. Me enteré de la historia de los leprosos, limpios al toque de su amor; la de los ciegos en cuyos ojos muertos fluyó una nueva vibración de vida, en virtud de su palabra cariñosa y soberana; la de los pobres de todos los matices, que se enriquecieron con su fe y con su paz espiritual.

¡En las orillas del lago de sus prédicas inolvidables, me parece ver todavía la señal luminosa de sus pasos, cuando el alma en la súplica, rogaba al Maestro de Nazaret sus bendiciones dulcificantes!...

_ ¿Mas, Jesús de Nazaret no es un peligroso visionario?_ preguntó Cneio Lucio profundamente_ sorprendido._ ¿No prometía otro reino, menospreciando las tradiciones de nuestro Imperio?

_Abuelito, _ respondió la doncella sin perturbarse_ el Hijo de Dios nunca deseó fundar un reino belicoso y perecedero, como los que poseen los pueblos de la Tierra. Ni se cansó jamás de aclarar que su reino no es de este mundo, y enseñó que su doctrina se destina a las almas que desean vivir lejos de las pasiones terrestres.

¿Revolucionaria la palabra que bendice a todos los afligidos y desheredados de la suerte, que manda perdonar al enemigo sesenta veces siete, que enseña el culto a Dios con el corazón, sin la pompa de las vanidades humanas, que recomienda la humildad como garantía de todas las realizaciones para el cielo?...

El Evangelio de Cristo, que tuve ocasión de leer en fragmentos de pergamino de manos de nuestros esclavos, es un cántico de sublimes

esperanzas en el camino de lágrimas de la Tierra, en marcha, sin embargo, hacia la excelsas glorias del infinito.

El respetable anciano esbozó una sonrisa complaciente, exclamando, bondadoso:

_Hija, para nosotros la humildad y el desprendimiento son dos postulados desconocidos. Nuestras águilas simbólicas jamás podrán descender de sus puestos de dominio, ni tampoco nuestras costumbres podrán adoptar el perdón como norma de evolución o de conquista…

No obstante, tus consideraciones me interesan mucho. Pero dime: ¿dónde adquiriste semejantes conocimientos? ¿Cómo pudiste bañar tu espíritu en esa nueva fe, hasta tal punto de argumentar fervorosamente en contra de nuestras tradiciones más antiguas?... ¡Cuéntame todo con la misma sinceridad que siempre aprecié en tu carácter!...

_Primeramente, conocí las enseñanzas del Evangelio escuchando por curiosidad las conversaciones de los esclavos de nuestra casa…

Después de haber pronunciado esas palabras reticentes, Celia pareció meditar con gravedad, como si en aquellas circunstancias experimentase una dificultad indefinible para atender los buenos deseos de su querido abuelo.

Enseguida, como si se entablara un diálogo silencioso entre su razón y su sentimiento, se ruborizó, recelosa de exponer toda la verdad.

Cneio Lucio captó de inmediato su actitud mental, exclamando:

_ Habla, hija, tu viejo abuelo sabrá atender tu corazón.

_ Te lo contaré_ respondió sonrojada, mirándolo con ojos suplicantes, con timidez de niña y de joven._ Abuelito, ¡¿será pecado amar?!

_ Por cierto que no_ respondió el anciano, adivinando un mundo de revelaciones en lo inopinado de la pregunta.

_ ¿Y cuando se ama a un esclavo?

El venerable patricio sintió una opresiva emoción al oír la penosa revelación de su adorada nieta; con todo respondió sin vacilar:

_Hijita, estamos muy distantes de la sociedad en que la hija de un patricio pueda unir su destino a alguno de sus siervos.

Mas_ añadió después de ligera pausa_ ¿llegaste a querer tanto a un hombre sujeto a tan dolorosas circunstancias?

Pero, viendo que los ojos de la joven se humedecían y adivinando que su espíritu estaba pasando por penosas emociones, obligada a aquellas confidencias, la atrajo con un beso junto a su corazón, murmurando a su

oído en tono cariñoso:

_ No temas los juicios de tu abuelito, completamente dedicado a tu bienestar. Revélame todo sin omitir ningún detalle de la verdad, por más dolorosa que ella sea. Por encima de todo, sabré comprender tu alma. Aunque tus aspiraciones amorosas y tus sueños dorados de joven se hayan posado en el ser más abyecto y despreciable, no te amaré menos por eso, y confiando en ti, sabré respetar tu dolor y tu dedicación.

Confortada por aquellas palabras, que dejaban translucir generosidad y franqueza absolutas, Celia prosiguió:

_ Hace dos años que papá nos llevó a una de sus encantadoras excursiones, por un extenso lago en la región donde teníamos nuestra casa. Además de mamá, de Helvidia y de mí, iba con nosotros un joven esclavo adquirido el día anterior, el cual, debido a su pericia con los remos, ayudaba en la tarea de abrir camino en las aguas.

Ciro se llamaba ese esclavo de veinte años, que la voluntad del Cielo dispuso que fuese a parar a nuestra casa.

Estábamos todos alegres, observando la línea del horizonte y el reflejo de las nubes en el claro espejo de las agitadas aguas.

De vez en cuando Ciro me dirigía una mirada lúcida y serena, que me producía una emoción cada vez más intensa e indefinible.

¿Quién podrá explicar ese santo misterio de la vida? Dentro de ese divino secreto del corazón, basta, a veces, un gesto, una palabra, una mirada, para que un espíritu se una a otro para siempre…

Hizo una pausa en la exposición de sus recuerdos, y viendo la emoción desbordando a través de sus ojos húmedos, Cneio Lucio la animó:

_Continúa, hijita, quiero escuchar y conocer toda tu historia.

_ Nuestro paseo_ prosiguió ella con el alma sumergida en sus más íntimos recuerdos_ se desarrollaba sereno y sin tropiezos, cuando en determinado momento se levantó una gran ola impulsada por un viento fuerte. Una conmoción muy violenta, justamente en el lugar donde me encontraba absorta en mis pensamientos, me hizo caer en el seno espeso de las aguas…

Pude escuchar los primeros gritos de mamá y de mi hermanita que me suponían perdida para siempre, y cuando me debatía inútilmente para vencer el peso enorme que me oprimía el pecho sobre la masa líquida, sentí que dos vigorosos brazos me arrancaban del fondo lodos del lago, subiéndome a la superficie merced a un desesperado e inmenso esfuerzo.

Era Ciro que me salvó de la muerte con su espíritu de sacrificio y lealtad, conquistando con ese acto espontáneo la gratitud si límites de mi

padre, y de todos nosotros un reconocimiento cariñoso y sincero.

Al día siguiente papá, muy conmovido por los sucesos de la víspera, le concedió la libertad.

En el instante de su emancipación el joven liberto me besó las manos con los ojos llenos de lágrimas y profunda y sincera gratitud. Mi padre lo conservó en nuestra casa como criado servicial y libre, casi un amigo, si otro hubiera sido su origen.

Ciro, sin embargo, no consiguió solamente mi agradecimiento y mi incondicional estima, sino también el afecto espontáneo y hondo de mi alma.

En las tardes serenas y claras, bajo los árboles del pomar, me contó su singular historia, llena de episodios interesantes y conmovedores.

Todavía pequeño fue vendido a un rico señor que lo condujo al país del Ganges_ tierra misteriosa e incomprensible para los romanos_, donde tuvo la ocasión de conocer los principios populares de consoladoras doctrinas religiosas.

En esa región de Oriente, llena de confortadores secretos, él aprendió que el alma no tiene solamente una existencia, sino numerosas vidas mediante las cuales adquiere nuevas facultades y se purifica al mismo tiempo de los errores cometidos en el pasado con otros cuerpos, o dicho de otro modo, se redime mediante el dolor de los crímenes o desvíos de otrora. ¡Además, después de la adquisición de esos conocimientos, fue llevado a Palestina, donde aprendió las enseñanzas cristianas, haciéndose adepto fervoroso del Mesías de Nazaret!…

Entonces, ¡era de verse cómo su palabra se impregnaba de inspiración divina y luminosa!... ¡Apasionado por las ideas generosas que trajera del ambiente religioso de la India, acerca de los hermosos principios de la reencarnación, sabía interpretar en forma simple y con claridad de raciocinio muchos pasajes evangélicos algo oscuros para mi entendimiento, como aquel en que Jesús afirma que "ninguno podrá alcanzar el reino de los Cielos sin haber nacido de nuevo!...

En el lánguido crepúsculo de Palestina o bajo la acariciadora claridad lunar de sus noches estrelladas, cuando descansaba de las fatigas del trabajo diurno, él me hablaba de las ciencias de la vida y de la muerte, de las cosas de la Tierra y del Cielo, con los dones divinos de su inteligencia, manteniendo a mi espíritu suspenso entre las emociones de la vida física y las gloriosas esperanzas de la vida espiritual.

Extasiada por la dulce caricia de sus expresiones y gestos de ternura, me figuraba que él era el alma gemela de mi destino, reservada por Dios para que la estime y la comprenda desde las vidas más remotas.

Durante un año nuestra existencia se desenvolvió en un mar de rosas, porque nos amábamos intensamente. En nuestros idilios calmos hablábamos de Jesús y de sus glorias divinas. Cuando yo me refería a la posibilidad de unirnos en este mundo, Ciro me hacia comprender que debíamos esperar la felicidad en el Reino del Señor, alegando que en la Tierra no era posible todavía un matrimonio feliz entre un mísero esclavo y una joven patricia.

Algunas veces me entristecía con sus palabras que eliminaban toda esperanza terrena, mas sus inspiraciones eran tan elevadas y tan puras que en un momento su corazón sabía estimular al mío para los actos de fe, que permiten esperarlo todo, no de la Tierra o de los hombres, sino del Cielo y del amor infinito de Dios.

El valeroso anciano escuchaba todo sin reproche, aunque estaba profundamente consternado.

Notando que la nieta hizo una pausa en el encantador y triste relato, Cneio Lucio le preguntó con benevolencia:

_ ¿Cuál era la actitud de ese joven para con tu padre?

_ Ciro admiraba su generosidad franca y espontánea, y guardaba en su alma la más santa gratitud por su acto de fraternidad cuando lo libertó para siempre. En todo momento me enseñaba a respetarlo cada vez más y a destacar sus cualidades más elevadas. Me hablaba constantemente con entusiasmo de sus actitudes bondadosas y admiraba su dedicación al trabajo y su singular energía.

_ ¿Y Helvidio nunca se enteró de tu amor?_ preguntó el abuelo admirado.

_ Lo supo, sí_ respondió Celia humildemente._ Te contaré todo sin omitir un solo detalle.

En nuestra casa había un jefe de servicio que dirigía las actividades de todos los siervos de la familia. Pausanias era un corazón amigo del escándalo y nada sincero. Mi padre, debido a la necesidad de viajar constantemente, lo conservaba casi como el mandatario de su voluntad, en función de sus numerosos intereses, y Pausanias muchas veces abusaba de esa generosa confianza para establecer la discordia en nuestro hogar.

Notó mi intimidad con el joven liberto, cuyas dotes morales tan intensamente habían impresionado a mi corazón. Cierta vez esperó el regreso de mi padre de un viaje a Idumea y le envenenó el espíritu con insinuaciones calumniosas de mi conducta.

_ ¿Y qué hizo Helvidio?_ preguntó el anciano bruscamente, cortando su palabra, como si adivinase el desarrollo de todas las escenas que habían ocurrido a distancia.

_ Reprendió a mi madre ásperamente, culpándola, y me llamó a su presencia para que escuchara sus amonestaciones y los consejos que creía necesarios, sin permitirse en ningún momento que le expusiese todo con la sinceridad y la franqueza que lo hago ahora.

_ ¿Y en cuanto al liberto?_ preguntó Cneio Lucio, ansioso de conocer el desenlace del caso.

_ Mandó que le pusieran hierros, ordenando a Pausanias que le diese el castigo que juzgase necesario y conveniente.

Atado a un tronco Ciro fue azotado varias veces, por el crimen de haberme enseñado a amar con el corazón y el espíritu, albergando el más cariñoso respeto hacia todas las tradiciones del mundo y de la familia, en el altar de la devoción silenciosa y el sacrificio espiritual.

Al segundo día de sus terribles padecimientos conseguí entrevistarlo, a pesar de la extrema vigilancia que todos habían resuelto ejercer sobre mis pasos.

Como en la época de nuestra tranquilidad feliz, Ciro me recibió con una sonrisa de dicha, y me dijo que no debía alimentar ningún sentimiento de amargura por la decisión de mi padre, porque su espíritu era bueno y generoso y que, si no podíamos quebrar preconceptos milenarios en la Tierra, tampoco debíamos dar cabida a pensamientos de ingratitud.

El sufrimiento, sin embargo, _ prosiguió la joven, enjugando las lágrimas provocadas por sus recuerdos_ era dilacerante para mi alma.

Reconociendo la penosa situación de aquel que polarizaba todas mis esperanzas, llegué a maldecir sinceramente mi posición afortunada. ¿De qué me valían los mimos de mi familia y la prerrogativa de mi nombre, si el alma gemela de mi destino estaba encarcelada en pavorosa noche de sufrimiento?...

Le expuse, entonces, mi tortura íntima y mis amargos pensamientos. Ciro me escuchó con resignación y dulzura, y me respondió después que ambos teníamos un modelo, un maestro, que no era de este mundo, y que el Salvador nos reservaría en el cielo un nido de felicidad si sabíamos sufrir con resignación y sencillez, a la manera de los bienaventurados de su palabra sabia y dulce. Agregó que Cristo también había amado mucho, y no obstante transitó los caminos de la incomprensión terrestre solo y abandonado. Si éramos víctimas de prejuicios o de persecuciones, tales sufrimientos debían ser justos, por cierto, dados los desvíos de nuestro pasado espiritual en tiempos pretéritos. En cambio, Jesús se sacrificó por la humanidad aunque tenía el corazón inmaculado como un lino y manso como un cordero.

_ ¿Qué son nuestros sufrimientos comparados con los de Él, en lo alto

de la cruz de la impiedad y de la ceguera humana?_ me decía valerosamente._ ¡Celia, mi querida, alza los ojos hacia Jesús y caminai…¿Quién mejor que nosotros podrá comprender ese dulce misterio de amor por el sacrificio?...Sabemos que los más felices no son los que dominan y gozan en este mundo, sino los que comprenden los designios divinos practicándolos en la vida, aunque nos parezcan criaturas más despreciables y más desventuradas… Además, querida, para los que se aman por los lazos sacrosantos del alma no existen preconceptos ni obstáculos en el espacio y en el tiempo. Así hemos de amarnos siempre, esperando la luz en el reino del Señor. Ahora vivimos el penoso instante de la separación mas, aquí o allá estarás siempre viva en mi pecho, porque te he de amar toda la vida como el gusano despreciado que ha recibido la suave sonrisa de una estrella…¿Acaso podrán separarse los que caminan con Jesús a través de la niebla de la existencia material? ¿No prometió el Maestro su reino dichoso a cuantos sufran con la mirada dirigida hacia el amor infinito de su corazón? ¡Conformémonos y tengamos coraje!...Además de estas espinas existen caminos floridos donde reposaremos un día bajo la luz de lo ilimitado. Si sufrimos ahora debe haber una causa justa que procede del tenebroso pasado de las sucesivas existencias terrenas. ¡Pero la vida real no es ésta, y sí la que viviremos mañana en el ilimitado plano de la espiritualidad radiante!...

_ Mientras sus expresiones consoladoras me levantaban el ánimo alterado, le veía el rostro macerado y los cabellos empastados por el copioso sudor, lo que me dejaba entrever un sufrimiento físico martirizante e infinito.

A pesar de su extrema palidez Ciro me sonreía y me confortaba. Su lección de paciencia y de fe me embargó el corazón y aquella valiente serenidad constituyó para mí un precioso estímulo de fortaleza moral frente a las pruebas.

Lo consolé, entonces, lo mejor que pude, testimoniándole mi comprensión profunda y sincera del sentido de aquellas palabras de bondad y enseñanza, comprensión que yo guardaría en mi ser para siempre.

Nos prometimos recíprocamente la más absoluta calma y confianza en Jesús, así como la eterna fidelidad en este mundo para unirnos un día en los cielos.

Una vez que pasaron los rápidos minutos que conseguí para hablar al encarcelado, reconstituí las energías interiores de mi fe, enjugando valientemente mis propias lágrimas.

Busqué a mi madre y le imploré su afectuosa intervención para que cesaran los crueles castigos que Pausanias había impuesto al bien amado de mi alma, dándole cuenta de la penosa situación en que lo había visto.

Ella se conmovió profundamente con mi relato y obtuvo de mi padre la

orden para que Ciro fuese libertado bajo ciertas condiciones que, a pesar de penosas, constituían para mí un dulce consuelo.

_ ¿Qué condiciones?_ preguntó Cneio Lucio, admirado ante el idilio conmovedor de la nieta, cuyos dieciocho años testimoniaban la más profunda intensidad del sufrimiento.

_ Mi padre accedió bajo la condición de que no volviese a ver al joven liberto ni para despedirme, determinando que esa misma noche él fuese escoltado por dos esclavos de confianza hasta Cesárea en cuyo puerto debería ser embarcado en una galera romana, desterrado a criterio de los que la comandaban.

_ ¿Y llegaste, hija, a alimentar algún rencor contra Helvidio por su actitud?

_No_ respondió con espontánea sinceridad_ Si debiera alimentar algún rencor, seria contra mi propio destino.

Además, Ciro me enseñaba siempre que no pueden caminar hacia Jesús los que no honran al padre ya la madre de acuerdo con los preceptos divinos.

Cneio Lucio se encontraba extremadamente sorprendido. Cuando Helvidio le solicitara su intervención moral para influir sobre la nieta, lejos estaba de suponer tan dolorosa historia de amor en un corazón de dieciocho años lleno de juventud y piedad. Su espíritu, que conocía el virus destructor que producía la decadencia de la sociedad sumergida en un abismo de sombras, se extasiaba con aquella narración simple de un amor dulce y cristiano, que aguardaba pacientemente el cielo para todas sus realidades divinas. Ninguna voz juvenil le había hablado así, con tanta pureza a flor de labios.

Admirado y enternecido, apoyó la cara arrugada en la mano derecha medio trémula, entregándose a una larga meditación para coordinar ideas.

Al cabo de algunos minutos, notando que la nieta aguardaba ansiosa su palabra, preguntó con la misma benevolencia.

_ Hija mía, ¿ese joven exclamo jamás abusó de tu confianza o de tu inocencia?

Ella fijó en él sus ojos serenos, en cuyo fulgor cristalino podían leerse una candidez y sinceridad a toda prueba, exclamando sin vacilar.

_ ¡Nunca! Ciro jamás permitió que mis propios sentimientos pudiesen tiznarse de cualquier tendencia menos digna. Para demostrarte la elevación de sus pensamientos, quiero contarte que día, cuando conversábamos a la sombra de un viejo olivo, noté que su mano se posaba suavemente en mis cabellos, mas, en el mismo instante como si nuestros corazones se dejasen

llevar por otros impulsos, la retiró, diciéndome conmovido:

_ Celia, mi querida, perdóname. No tengamos ninguna emoción que nos haga participar de las inquietudes del mundo, porque un día nos besaremos en el cielo, donde los clamores de la malicia humana no podrán alcanzaros.

Cneio Lucio miró a su nieta de frente; su sinceridad diamantina irradiaba en los ojos cándidos y valerosos, y le dijo:

_Sí, hija, el hombre al que te consagras posee un corazón generoso y diferente del que se podría esperar en el pecho de un esclavo, al inspirarte un amor tan distante de las concepciones de la juventud actual.

Y acentuando sus palabras, como si quisiese imprimirles nueva fuerza, continuó después de una breve pausa:

_ Además, esa nueva doctrina que aceptaste debe contener una esencia profunda, dado el maravilloso elixir de esperanza que destila para las almas sufrientes. Pienso, ahora, que Helvidio no sondeó bastante el asunto para conocerlo con sus múltiples facetas.

_ Es verdad, abuelo_ respondió confortada, como si hubiese encontrado un bálsamo para sus heridas más íntimas_, mi padre, al principio, no recelaba de que analizásemos los estudios evangélicos por considerarlos peligrosos ; solamente después de las intrigas de Pausanias supuso que las doctrinas de Cristo me habían provocado una deficiencia mental, en virtud de mi inclinación hacia el joven liberto.

_ Si, tu padre no podría entender un sentimiento de esa naturaleza en tu espíritu de joven de fortuna.

Mas, oye: ya me hablaste con una ponderación que no admite reprobaciones o correctivos, ¿cuáles son tus perspectivas para el futuro? Tus padres ya me comentaron los proyectos realizados para tu hermana. Dentro de algunos meses, después de completar su educación en Roma, Helvidia se casará con Cayo Fabricio, cuyo afecto la conducirá a uno de los puestos de mayor relieve social, de acuerdo con nuestros méritos familiares. Pero, ¿Y con respecto a ti? ¡¿Perseverarás, por ventura, en esos sentimientos?!...

_ ¡Abuelo mío!_ respondió con humildad_, Cayo Fabricio con sus maduros treinta y cinco años, lleno de delicadeza y generosidad, ha de hacer la felicidad de mi hermana, que bien ¡lo merece!... Delante de Dios Helvidia gozará las sagradas alegrías de la constitución de un hogar y de una familia. Junto a su corazón latirá otro que llenará su existencia de mimos y de ternura.

¡En cuanto a mí, presiento que no obtendré la felicidad como la soñamos en esta vida!

Desde la infancia he sido triste y amiga de la meditación, como si la misericordia de Jesús me hubiera estado preparando en todas las ocasiones para no faltar a mis deberes espirituales en el instante oportuno.

Y fijando en el anciano una mirada penetrante y calma, prosiguió:

_ Siento que me pesan en el corazón muchos siglos de angustia… ¡Debo ser un espíritu muy culpable que vino a este mundo, para redimirse de pasados tenebrosos!...

Desde que estaba en Palestina mis noches están pobladas de sueños extraños y conmovedores, en los cuales oigo voces cariñosas que me exhortan a la sumisión y al sacrificio.

¡Acusada de cristiana en el seno de la familia, siento que todos mis afectos quedan sin retribución y todas mis palabras de ternura mueren sin eco! Me doy, sin embargo, por inmensamente dichosa considerando que tu corazón vibra con el mío, comprendiendo mis intenciones y mis pensamientos.

Como si entreviese melancólicamente el camino de sombras del porvenir desdoblado ante sus ojos espirituales, Celia continuó hablando al corazón enternecido del viejo abuelo que la idolatraba:

_ ¡Sí!... ¡En mis sueños proféticos he visto una cruz a la que me debo abrazar con resignación y humildad!.. ¡Experimento en mi corazón un peso enorme, abuelito!...En innumerables ocasiones vislumbro cuadros penosos que deben radicar en mis existencias pretéritas. Presiento que nací en este mundo para pagar y rendirme. ¡Cuando oro y medito, me llegan al raciocinio las reflexiones del alma ansiosa!... ¡No debo aguardar primaveras risueñas ni flores de ilusión, que me harían olvidar la vía dolorosa del espíritu destinado a redimirse, pero sí inviernos de dolor y pruebas ríspidas, en días de luchas ásperas, que me han de reconducir a Jesús, con la divina claridad de la experiencia!...

Cneio Lucio tenía los ojos inundados de lágrimas ante las palabras conmovedoras de la nieta, a quien adoraba desde pequeña.

_ Hija_ exclamó con bondad_, no puedo comprender tamaño desaliento en un corazón de tu edad. El nombre de nuestra familia no permitirá tal abandono de ti misma…

_ Sin embargo, querido abuelo, no desdeñaré la realidad dolorosa del sacrificio, sabiendo de antemano que una parte me está reservada…

_ ¡¿Y nada esperas de la Tierra en lo que se refiere a la posible felicidad en este mundo?!

_ La felicidad no puede estar donde la esperamos con nuestra ceguera terrestre, pero no comprendemos la Voluntad Divina que sabrá otorgarnos

la dicha cuando sea oportuna. No tenemos una sola vida. Tenemos muchas. El secreto de la alegría reside en nuestra realización para Dios, a través del infinito. De etapa en etapa, de experiencia en experiencia, nuestra alma camina hacia las glorias supremas del espíritu, como si hiciéramos un trabajoso ascenso por una escalera tosca y larga… Hemos de amarnos siempre a través de esas numerosas existencias. Ellas serán como los eslabones de la cadena de nuestra unión dichosa e indestructible. ¡Entonces, más tarde, verás que tu nieta, dentro de su realidad espiritual, se encontrará contigo con la misma comprensión y con el mismo amor imperecedero, en la región de la felicidad real que la muerte nos abrirá con sus sepulcros de cenizas dolorosas!...

A tus ojos soy ahora triste y desventurada, pero en lo íntimo tengo la certeza de que mis dolores constituyen el precio de mi redención para la luz de la eternidad.

¡Según me hablan los augurios del corazón con sus voces silenciosas y secretas, no tendré un hogar constituido especialmente para mi felicidad en esta vida! ¡Viviré incomprendida, con el corazón dilacerado en el camino luminoso hacia el reino de la verdad y del amor, que Jesús prometió a todos los corazones que confiasen en su nombre y su bendita misericordia!

Los ojos de Celia se elevaban hacia lo Alto, como si su espíritu aguardase allí mismo, junto al viejo abuelo, las gracias divinas vislumbradas por su creencia llena de luminosidad y de esperanza.

Cneio Lucio la estrechó contra su corazón como lo hubiera hecho con una niña, hablándole con acentuada ternura:

_ ¡Hijita, estás cansada! No te justifiques por más tiempo. Conversaré con Helvidio de tus más íntimos pensamientos y aclararé tu situación.

Y llamando a Marcia, la hija mayor que representaba para su confortada vejez el papel de ángel tutelar y cariñoso, el respetable patricio acentuó:

_ Marcia, nuestra pequeña Celia necesita tranquilidad y reposo físico. Condúcela a tu cuarto y hazla descansar.

La nieta besó tiernamente su frente y se retiró con la tía, amable y generosa, que casi la tomó en sus brazos para conducirla hacia el interior.

La noche ya había avanzado y llenaba el cielo romano de caprichosas fulguraciones.

Cneio Lucio, absorto en profundas cavilaciones, se abismó en un mar de conjeturas.

Su viejo corazón estaba exhausto de palpitar por la incomprensión de los arcanos del mundo. También había sido joven y también había

alimentado sueños. En su lejana juventud muchas veces había aniquilado aspiraciones más nobles y los propósitos más generosos en el tumultuoso embate de las pasiones materiales y violentas.

Solamente las brisas acariciadoras de la reflexión en la edad madura le habían hecho cambiar sus concepciones espirituales hacia una comprensión cada vez mayor de la vida y de sus leyes profundas.

Desde que se había habituado a meditar sinceramente, se asombraba del acecho del dolor y de los espantosos contrastes de los destinos humanos. A pesar de su arraigo a las tradiciones más puras de los antepasados, y no obstante haberlas transmitido con fidelidad y amor a sus descendientes, su corazón no podía aceptar toda la verdad divina encarnada en Júpiter, antiguo símbolo que representaba todas las viejas creencias.

Deseoso de propiciarle una lección a aquella criatura con su autoridad educativa, había sido su espíritu el que se agitara y conmoviera ante las nuevas concepciones que provenían de los labios puros de un ángel. Él, que se había acostumbrado a investigar las causas profundas del dolor y a sentir los padecimientos de cuantos sollozaban en el cautiverio, acababa de recibir una llave maravillosa para solucionar los caprichosos enigmas del destino. La visión de las existencias sucesivas, la ley de compensaciones, los caminos de redención espiritual por la expiación y por el sufrimiento se presentaban a su raciocinio como soluciones providenciales.

Su conocimiento de los autores griegos le hacía sentir que el asunto no le era totalmente extraño, mas la palabra cariñosa y convincente de su nieta, testimoniándole la verdad con sus propios padecimientos prematuros, abría en su mente nueva senda para todas las meditaciones en tal sentido.

Reclinado en un diván del altar doméstico, sus ojos contemplaban, con el corazón lleno de angustia, la soberbia imagen de Júpiter Stator tallada en marfil, en el centro de otros dioses de su familia y de su casa.

Se levantó y caminó lentamente en torno a los nichos adornados de luces y de flores.

La imagen de Júpiter ya no le despertaba los mismos sentimientos de piadosa veneración como en las noches anteriores.

Ante las revelaciones dulces y profundas de Celia, íntimamente experimentaba la amarga sospecha de que todos los dioses de sus respetables ascendientes estaban rodando de los altares, confundiéndose en el torbellino de las desilusiones de las antiguas creencias. Con el alma oprimida, el venerado patricio veía que nuevas concepciones filosóficas y religiosas conquistaban precipitadamente su corazón… En ese momento, receloso y aturdido, Cneio Lucio escuchaba en su interior el dulce rumor de

unos pasos divinos… ¡Le parecía que la figura suave y enérgica del profeta de Nazaret, cuya filosofía de amor y perdón conocía a través de las prédicas entonces corrientes, surgía en el mundo para destruir todos los ídolos de piedra y para enseñorearse del corazón humano para siempre!...

El respetable anciano, si era amigo de la verdad, no lo era menos del sagrado acervo de las tradiciones austeras.

En la habitación consagrada a las divinidades del hogar, sintió que el ambiente asfixiaba su corazón y su raciocinio. Instintivamente abrió una de las amplias ventanas más próximas, por donde el aire de la noche penetró a raudales, refrescándole la frente atormentada.

Se tendió para contemplar la ciudad casi adormecida. Le parecía que su conversación con la nieta había durado un tiempo indefinido, tan grande había sido el efecto de sus aseveraciones profundas y conmovedoras…

Con los ojos humedecidos contempló el curso del Tiber por el paisaje que su mirada abarcaba. Descansaba el abatido pensamiento en los efectos de luz que la claridad lunar operaba caprichosamente sobre las aguas.

¿Por cuántas horas contempló las constelaciones fulgurantes, sondeando los divinos misterios del firmamento?

Solamente mucho después, en los albores de la madrugada, la voz cariñosa de Marcia fue a despertarlo de sus meditaciones graves e intensas, convidándolo a recogerse.

Cneio Lucio se dirigió entonces para su cuarto, con pasos lentos, la frente vencida por la angustia, los ojos profundos y tristes, como alguien que hubiese llorado amargamente.

.

CAPITULO III - SOMBRAS EN EL HOGAR.

.

La vida de nuestros personajes en Roma se reinició sin grandes acontecimientos ni sorpresas.

Helvidio Lucio, a pesar de su amor a la provincia, experimentaba la agradable sensación de haber vuelto a su antiguo ambiente para ocupar un cargo más elevado, en el cual habría de aumentar sobremanera los valores de su vocación política al servicio del Estado.

Una vez que concedió la libertad a Nestorio lo admitió en los trabajos de su cargo y de su casa como el ciudadano culto e independiente que realmente era. Fue así que le antiguo esclavo, quien había alquilado un lugar en una vivienda colectiva en las inmediaciones de la Puerta Salaria, se convirtió en el profesor de sus hijas y en auxiliar de su trabajo durante

ocho horas diarias, con remuneraciones regulares.

Fuera de eso el liberto quedaba enteramente libre para cuidar de sus intereses particulares.

Y supo aprovechar su tiempo libre, valiéndose de esa oportunidad para consolidar la mejoría de su situación. Fue así que por la noche enseñaba las primeras letras a discípulos humildes que contrataban sus servicios, granjeándose un vasto campo de relaciones, y dando expansión a sus propensiones afectivas en amigables reuniones que le brindaban nuevas energías a su corazón.

Bastó un mes para que conociera los centros más importantes de la ciudad, sus hombres ilustres, sus monumentos, sus clases sociales, y para que hiciera amistades sólidas en la esfera humilde en que vivía.

Apasionado por el Cristianismo, circunstancia que Helvidio Lucio desconocía, no se privó de la satisfacción de conocer a sus compañeros de ideal, para cooperar en la tarea bendita de elevar las almas hacia Jesús, en aquellos sombríos tiempos en los que el pensamiento cristiano se debatía entre grandes olas de incomprensión y de sangre.

La facilidad de palabra de Nestorio, aliada a las circunstancias de sus relaciones personales con el Presbítero Johanes, discípulo dilecto de Juan Evangelista en la iglesia de Éfeso, circunstancia que le había permitido el más amplio conocimiento de las tradiciones de Jesús, le proporcionó inmediatamente un lugar destacado entre los compañeros de fe, que dos veces por semana se reunían a la noche en el interior de las catacumbas de Vía Nomentana, para estudiar los pasajes del Evangelio e implorar el auxilio del Divino Maestro.

El reinado de Adriano aunque liberal y justo al principio, se caracterizó por la persecución y la crueldad después de los terribles acontecimientos de la guerra civil de Judea.

Posteriormente el año 131 todos los cristianos se vieron compelidos a buscar nuevamente el refugio de las catacumbas para hacer sus oraciones. Una persecución tenaz e implacable era instigada por la autoridad imperial contra todos los núcleos de ideas o de personalidades israelitas. Los adeptos de Jesús apenas reconocían entre sí en la ciudad por una vaga señal de la cruz, que los identificaba fraternalmente donde quiera que se encontrasen.

Nestorio percibía el peligroso ambiente y buscaba adaptarse a la situación cuanto le era posible, de manera de continuar sirviendo a Cristo según su fe íntima, sin traicionar el cumplimiento de los deberes que la conciencia le dictaba.

Les profesaba a Helvidio Lucio y a su familia extremado respeto y sincera

estima. Jamás habría podido olvidar que había recibido de sus manos generosas la plena libertad. Era así que llevaba a cabo el cumplimiento de sus responsabilidades devotamente y con satisfacción.

En poco tiempo llegó a la conclusión de que las dos jóvenes estaban debidamente preparadas para la vida, dado su gran caudal de conocimientos adquiridos a través de la lectura; mas Helvidio Lucio cultivando la simpatía que le había tenido desde el primer momento, lo conservaba en su gabinete de trabajo, donde el liberto tuvo ocasión de testimoniarle su reconocimiento y admiración, fortaleciéndose cada vez más los lazos de amistad recíprocos.

Hacía ya un mes que nuestros amigos habían regresado a Roma cuando el censor Fabio Cornelio dio una fiesta en su palacio para presentar a sus hijos a todas las figuras destacadas del patriciado.

A esa fiesta de larga proyección social concurrió el propio Adriano con el prefecto y Claudia Sabina, enalteciendo el esplendor del acontecimiento.

En esa noche memorable para los destinos de nuestros personajes, todo era un deslumbramiento de luz y de flores en la suntuosa residencia del antiguo barrio de las Carinas.

En los jardines lujosos brillaban antorchas artísticamente dispuestas, mientras que en el lago improvisado, graciosas embarcaciones estaban repletas de músicos y cantores. La melodía de las arpas se mezclaba con los sones de las flautas, los laúdes y los atabales, junto a los cuales esclavos esbeltos y jóvenes elevaban voces acariciadoras y cristalinas.

Más no era solamente eso.

Fabio Cornelio y Julia Spínter, movilizando todos los recursos materiales a su alcance, dieron una fiesta de cuyas características la aristocracia romana habría de guardar indeleble recuerdo.

Luces en profusión, mesas abundantes, flores preciosas, extravagantes adornos de Oriente, cantores y bailarines famosos, presentación de antílopes gigantescos que habrían de luchar con esclavos atléticos en la arena preparada para tal fin. Gladiadores y artistas se mezclaban con la legión de convidados en un soberbio cuadro de maravillosa actividad.

Claudia Sabina, después de algún esfuerzo, consiguió atraer la atención de Helvidio Lucio que se le mostraba alejado, interesando al emperador por su figura y sus hechos. De vez en cuando hacía una referencia cariñosa y vaga que el patricio recibía alarmado, receloso de volver a los tiempos inquietos de la juventud.

Mientras tanto, Lolio Urbico, ofreciendo su brazo a Alba Lucinia, la condujo suavemente hacia las alamedas extensas y floridas alrededor del lago artificial que brillaba deslumbradora.

Retenido a propósito por Claudia junto al emperador, Helvidio escuchaba la palabra generosa de César que demostraba evidente interés por su persona:

Helvidio Lucio exclamaba Adriano con una sonrisa afable y cortés_, me alegro mucho de volver a verlo en nuestro ambiente.

Y señalando a Claudia Sabina, de pie, a su lado, agregaba:

Nuestra amiga me habló de su preciosa capacidad de trabajo y lo felicito. Tengo ahora numerosas obras de importancia en Tíbur, donde necesito del concurso de un hombre emprendedor e inteligente que lleve en sí el ansia de actividad. Es cierto que esas construcciones llegan en ese momento a su término, mas determinadas instalaciones requieren la contribución de alguien con altos conocimientos de nuestras realidades prácticas. Confié a Claudia la solución de varios problemas de arte, en los que prima su sensibilidad femenina; pero preciso de una cooperación como la suya, dedicada y perseverante, en lo concerniente a la parte administrativa. ¿Sería de su agrado colaborar con vuestra amiga por algún tiempo en Tibur?

Helvidio comprendió la difícil situación que le fuera preparada. A conciencia no podía aceptar con satisfacción semejante encargo, mas César no necesitaba ordenar lo que deseaba.

_ Augusto_ replicó el interpelado con reverencia_, vuestra gentileza honra mis esfuerzos. La deferencia que tales responsabilidades implican constituye para mí un grato deber del corazón.

Claudia Sabina esbozó una complacida sonrisa, dirigiéndose satisfecha al emperador.

_ Muy agradecida, César, por la elección de un colaborador tan precioso. Pienso que las obras de Tíbur serán la maravilla insuperable del Imperio.

Adriano sonrió lisonjeado, exclamando cariñoso, como quien estuviese dispensando un raro favor:

_ ¡Está bien! Nos ocuparemos del asunto en el momento oportuno.

Y posando una enigmática mirada por las avenidas armoniosas y floridas, donde numerosas parejas paseaban alegremente, agregó:

_ Más, ¿qué hacéis aquí, tan jóvenes, atentos a mi palabra llena de rutina y austeridad?... ¡Divertíos! ¡La vida romana debe ser un hermoso jardín de placeres!...

Helvidio Lucio, obligado por las circunstancias, le dio el brazo a la seductora favorita y se retiró lentamente en su compañía, bajo la mirada generosa complaciente del emperador Augusto.

Claudia Sabina no consiguió disimular la irreprimible emoción que interiormente la afligía, en vista de la situación que la había conducido al lado del hombre que la polarizaba sus aspiraciones de mujer. Dados algunos pasos, fue la primera en romper el incómodo silencio:

_ Helvidio_ dijo con voz casi suplicante_ reconozco la clase de responsabilidades sociales que nos separan, mas ¿será posible que me hayas olvidado?

_ Señora_ respondió el patricio, emocionado y respetuoso_ dentro de nuestro fuero íntimo todo el pasado debe estar muerto. Sí hace tiempo os ofendí me confieso agradecido de vuestro olvido. De otro modo, cualquier aproximación entre nosotros representaría una fórmula de existencia odiosa e imposible.

La favorita de Adriano sintió profundamente la firmeza de aquellas palabras que le helaban el corazón inquieto y vehemente, pero replicó sin vacilar:

_ La mujer conquistada jamás podrá considerarse mujer ofendida. Las manos que amamos nunca nos llegan a herir, y yo nunca conseguí olvidar tu amor.

Imprimiendo a su voz una inflexión de humildad, agregó:

_ Helvidio, he sufrido mucho, mas te he esperado toda la vida. Vencida y humillada en la juventud, no sucumbí en la desesperación para aguardar, confiante, tu regreso mi amor. ¿Querrías, por ventura, aniquilarme ahora que te vengo a ofrecer, humildemente, todos los tesoros de mi vida reservados con celo para brindártelos?

Las últimas palabras fueron subrayadas con profundo desencanto reflejado en su propia cara, y Helvidio Lucio, comprendiendo su decepción, prosiguió sin vacilar:

_ Es preciso que consideres que juré fidelidad y dedicación a una criatura generosa y leal. Además de estar también tú casada con un hombre generoso y digno. ¿Acaso desearías quebrar un voto contraído delante de nuestros dioses?

_ ¿Nuestros dioses?_ repitió la interpelada con un asomo de ironía._ ¿Y llegan ellos a impedir los numerosos divorcios de tantas personalidades de la corte? Y esos ejemplos, por ventura, ¿no nos llegan de la cima, de los altos puestos donde domina la autoridad directa del emperador? No reparo en ningún obstáculo para, antes que nada, satisfacer mi sensibilidad femenina.

_ Bien se ve_ replicó Helvidio irónico_ que desconoces la tradición de un nombre de familia. Los que desean conservar los valores de los siglos que pasaron, no pueden aventurarse con las novedades de la época por

permanecer fieles al patrimonio recibido de sus antepasados.

Claudia Sabina nerviosamente se mordió los labios al recibir aquella alusión directa de su antigua situación de plebeya, murmurando con altivez:

_ No estoy de acuerdo contigo sobre este particular. Los triunfadores no pueden ser los tradicionalistas, que reciben un nombre hecho para brillar en el mundo y si, los que superando la propia condición y su medio, saben elevarse hasta las más altas posiciones sociales, como águilas de inteligencia y de sentimiento, obligando al mundo a reconocerles las conquistas y los méritos.

El orgulloso romano sintió la rudeza de la réplica, sin encontrar argumentos inmediatos para responderle con las mismas armas, entretanto la antigua plebeya agregó con una enigmática sonrisa:

_ A pesar de tu impasibilidad continuaré guardando mis esperanzas. Creo que no dejarás de aceptar el honroso encargo de Augusto para concluir las obras de Tíbur, que actualmente constituyen su preocupación de todos los instantes.

_ Sí_ murmuró el patricio algo mortificado_, habré de cumplir las determinaciones de César.

Se preparaba la favorita para replicar, cuando Publicio Marcelo, compañero de Lolio Urbico en sus notables hechos de armas, se aproximó ruidosamente quitándoles la posibilidad de proseguir en la confidencia y les hizo una amable invitación:

_ Amigos_ exclamó con exaltada alegría_, ¡acerquémonos al lago! ¡Virgilio Prisco va a cantar una de sus más bellas composiciones en homenaje a César!

Helvidio y Claudia, envueltos en una onda de llamados alegres, se separaron involuntariamente para atender a las afectuosas invitaciones.

En efecto, en los bordes de la gran piscina rodeada de árboles frondosos los convidados se agrupaban con impaciencia. Después de algunos instantes la voz aterciopelada de Virgilio llenaba el ambiente de sonoridades, entre las cuales se destacaban las notas melodiosas de las cítaras y de los laúdes que lo acompañaban.

Desde lo alto del trono improvisado. Adriano lo oía con embeleso, recibiendo el homenaje de los súbditos fieles a sus vanidades imperiales.

En rápida retrospección acompañemos, no obstante de su fisonomía de madona, mientras que su compañero se mostraba muy emocionado.

Conservando en apariencia despreocupado, el prefecto de los pretorianos parecía alejarse intencionalmente de los grandes grupos, deseoso de

manifestar los pensamientos secretos que lo atormentaban en lo íntimo.

En determinado momento, muy pálido, exclamó en actitud casi suplicante:

_ Señora, os vi por primera vez hace más de veinte años…¡Se celebraban vuestros esponsales con un hombre digno y lamenté sinceramente no haber llegado antes para disputaros!...Admito que vuestro corazón se alarme con estas inoportunas revelaciones mías, mas, ¿qué hacer, si un hombre apasionado es siempre la misma criatura en todos los tiempos, que no tiene en cuenta situaciones ni circunstancias para ser sincero?...Perdonadme si ofendo vuestra susceptibilidad superior y generosa, pero tengo la ineludible necesidad de afirmaros de viva voz mi amor…

Alba Lucinia lo escuchaba penosamente impresionada con esas declaraciones sinceras y apremiantes. Deseó responderle con la austeridad de sus elevados principios como esposa y madre, mas, amarga conmoción parecía paralizarle las cuerdas vocales en esas difíciles circunstancias.

_ Desperdicié mi juventud con los más dolorosos pesares íntimos…Mi alma buscó por todas partes en vano alguien que se pareciese. ¡Resbalé por aventuras escabrosas en mis tristes empresas militares, ansioso de encontrar el corazón que adivino en vuestro pecho! Mi existencia, aunque afortunada, está saturada de amarguras infinitas… ¿Será que no me concederéis el lenitivo de una esperanza? ¿Habré de morir así, extraño e incomprendido?... Displicentemente, di mi nombre y posición social a una mujer que se puede satisfacer las aspiraciones elevadas de mi espíritu. Dentro del hogar somos dos desconocidos… ¡Entretanto, señora, nunca pude olvidar vuestro perfil de madona, esa mirada divina y calma, donde leo ahora las páginas de luz de vuestra virtud soberana!...

En mi ambiente social tengo todo lo que a un hombre le es lícito desear; fortuna, privilegios políticos, fama y nombre, peldaños que escalé fácilmente entre las clases más nobles; el corazón, sin embargo, vive en un desaliento irremediable, aspirando a una felicidad que no puede alcanzar…Mientras permanecíais en la provincia, me fue posible contemporizar con las propias amarguras; mas, ¡desde que os he vuelto a ver experimento en el alma un desencadenado Vesubio de llamas!...Mis noches están pobladas de inquietudes y pesare, como las de un náufrago que ve en otra parte la isla de su ventura distante e inalcanzable.

Decid que vuestro corazón ha de recibir mis súplicas, que me veréis con simpatía a vuestro lado. ¡Si no pudieres corresponder a esta pasión, engañadme al menos con una amistad honrosa y ennoblecedora, reconociendo en mí a uno de vuestros siervos!…

La noble señora se puso pálida, el corazón le latía alarmado, en violento ritmo:

_ Señor Prefecto_ consiguió balbucear, casi desfalleciente_, muchísimo lamento haber inspirado sentimientos de esa naturaleza y no puedo honrarme con vuestro homenaje afectivo, porque vuestras palabras evidencian la violencia de una pasión insensata y desastrosa, Mis deberes sagrados de esposa y de madre me impiden considerar cuando acabáis de decir. Tengo el sincero propósito de considerarnos el caballero ilustre y digno, el amigo dedicado y honesto de mi padre y de mi marido, a cuyo destino, por natural afecto, estoy ligada para siempre.

Lolio Urbico, habituado a las transigencias femeninas de la corte, en razón de su posición y predicamentos, palideció de súbito, al oír el rechazo noble y digno. Valoró en un instante el quilate espiritual de la criatura ardientemente deseada por tantos años. En su interior, mezclado con su amor propio humillado, tenía también un resabio de vergüenza de sí mismo.

Bajando, sin embargo, la mirada despechada, habló casi suplicante:

_ ¡No deseo quedar ante vuestros ojos como un espíritu grosero e incomprensivo! La verdad, sin embargo, es que continuaré amándoos de la misma forma. Vuestro formal y delicado rechazo aumenta mi deseo de poseeros. ¿Por cuánto tiempo, oh dioses del Olimpo, proseguiré así, incomprendido y torturado?

Al levantar los ojos notó que Alba Lucinia lloraba entristecida. Aquel dolor sereno y justo le penetró el corazón como la punta de una espada.

Lolio Urbico sintió por primera vez que su pasión producía sentimientos de angustia y piedad.

Señora exclamó afligido_, perdonadme si os hice llorar con las expresiones imprudentes de mis tristes padecimientos. Os casasteis con un hombre honesto y digno y acabo de cometer la locura de proponeros su deshonra y desventura… ¡Perdonadme! Fui víctima de un instante penoso de criminal demencia… Tened piedad de mí que he vivido hasta ahora abatido y desolado.

¡Un mendigo del Esquilino es más feliz que yo, aunque tienda sus manos hacia la caridad pública! Soy un desgraciado…tened compasión de mi padecer angustioso. ¡Por muchos años guardé para mí estas emociones violentas y penosas y vos sabéis que el alma del soldado ha de ser cruel e insensible, reprimiendo los pensamientos más generosos!... ¡jamás encontré un corazón que comprendiese el mío, razón por la cual no vacilé en ofender vuestra respetable dignidad!...

Alba Lucinia escuchaba sus súplicas sin comprender los contrastes de esta alma violenta y sensible. Hubo un silencio penoso para ambos, cuando alguien, atravesando la arboleda exclamaba con voz sonora, muy cerca de sus oídos:

_ ¡Venid a escuchar a Virgilio Prisco! ¡Asociémonos a los homenajes a César!...

Lolio Urbico comprobó la imposibilidad de continuar con sus confidencias y ofreciendo el brazo a la noble señora que lo acompañó con una sonrisa triste, siguieron en dirección al lago, donde, momentos antes, veíamos llegar a Helvidio y a Claudia Sabina.

Alrededor del cantante se reunieron todos los invitados en una asamblea compacta y distinta, atenta al homenaje que el emperador recibía, sereno y envanecido.

La canción pedida por los anfitriones era un largo poema en el estilo de la época, donde los hechos de Adriano superaban, glorificados, a todas las realizaciones precedentes del Imperio. En las expresiones aduladoras del artista, ningún héroe lo había excedido en las hazañas brillantes de Roma. Generales y poetas, cónsules y senadores célebres no se podían comparar con aquel que había tenido la ventura de ser el hijo adoptivo de Trajano.

Erguido en lo alto del trono, el emperador daba rienda suelta a su vanidad personal con francas sonrisas.

Todos lo rodeaban. Numerosas autoridades estaban allí, asociándose al honroso homenaje de Fabio Cornelio y familia.

No podemos olvidar que Helvidia y Cayo Fabricio entonces se encontraban juntos y embebecidos en su risueña primavera de amor; en cuanto a Cneio Lucio, obligado por las circunstancias a estar presente, se apoyaba en el brazo de Celia, medio trémulo por su avanzada edad, deseoso de hacer evidente a sus hijos que su corazón también participaba del júbilo general.

Enmudecidos los laúdes, una legión de jóvenes quitó los pétalos a cientos de coronas de rosas traídas por esclavos en grandes bandejas plateadas, y envolvió al trono en una nueve de pétalos perfumados.

Vibraron nuevas armonías y los bailarines exhibieron nuevas danzas, llenas de movimientos interesantes y extraños.

El vino fue copioso, colmando casi todas las mentes de fantasía, y con una caza de fabulosos antílopes, terminó la fiesta, que permaneció grabada para siempre en la memoria de todo el patriciado.

Helvidio Lucio y Alba Lucinia regresaron a su hogar con el peso de una indefinible angustia.

Sorprendidos por los acontecimientos inesperados y por las penosas emociones de que habían sido víctimas, se observaba en ambos el recíproco efecto de una confidencia desagradable y dolorosa.

Refiriéndose a sentimientos íntimos, la noble señora le dijo a su esposo

con tono de amargura:

_ Helvidio, muchas veces deseé ardientemente retornar a Roma, por sentir nostalgia de nuestras amistades y del incomparable ambiente de la ciudad; mas hoy comprendo mejor la calma del campo donde vivíamos sin penosas preocupaciones. Los años en la provincia me desacostumbraron de las intrigas de la corte y de esta clase de fiestas que me cansan profundamente.

Helvidio la oyó sintiendo el mismo estado de ánimo, tal era el tedio que lo embargaba después de los espectáculos que le fuera dado observar, considerando también las penosas emociones que le había proporcionado aquella noche.

_ Sí, querida_ replicó algo confortado_, tus palabras le hacen un gran bien a mi corazón. De regreso en Roma, reconozco que estoy también harto de los ambientes de convención y de hipocresía. ¡Temo a la ciudad con sus numerosos peligros para nuestra felicidad, que deseamos sea imperecedera!

Y recordando más detenidamente las dolorosas emociones experimentadas horas antes con las confidencias de Sabina, atrajo a su esposa junto a su corazón, agregando con una mirada encendida de súbito esplendor;

_ ¡Lucinia, una idea nueva aflora en mi espíritu! ¿Qué me dirías de nuestra vuelta al campo acogedor y tranquilo? Acordémonos, querida, de que la revolución terminó y no será difícil readquirir las antiguas propiedades de Palestina.

Retornaríamos así a nuestra tranquila existencia en la provincia, sin las profundas y dolorosas preocupaciones que aquí nos asaltan. Cuidarías tus flores y yo continuaría guardando los intereses de nuestra casa.

¡Te prometo que haré todo por hacerte la vida menos triste lejos de tus padres! ¡Conservaría con nosotros solamente los esclavos de tu predilección y buscaría constantemente tu consejo para el desarrollo de todos los trabajos!...

Te llevaría conmigo en todos mis viajes…nunca más te dejaría sola en casa, preocupada y nostálgica…

Helvidio Lucio imprimía a su voz un tono singular y profundamente expresivo, como si estuviera pintado ante la mirada llena de lágrimas de la esposa las perspectivas agradables de un cuadro primaveral.

_ ¡¿Quizás_ continuaba con los ojos brillantes_ podríamos volver a Judea para ser aún más alegres y más felices?! ¡Nuestra Helvidia tiene el porvenir asegurado con su próximo enlace y quedaría Celia para enriquecer la felicidad hogareña!... ¡De vuelta recorreríamos toda Grecia, a fin de visitar

el más antiguo jardín de los dioses, y cuando estuviéramos en Samaria y en Idumea habrías de ver las maravillas de mi corazón en el afán de hacerte dichosa y risueña! Pasearíamos, entonces, juntos como antes por los caminos iluminados por la luz de la luna, en el silencio de las noches serenas, para sentir mejor la grandeza de nuestro venturoso amor.

Aquí siento nuestra paz familiar amenazada a cada paso… ¡Las intrigas de la corte atormentan mi corazón!...Sin embargo, somos todavía jóvenes y tenemos delante de nosotros un futuro promisor.

¡Cree, querida, que tengo el ferviente deseo de volver a nuestro remanso de paz, en el seno de la naturaleza calma y generosa!...

Alba Lucinia lo oía aliviada de las propias angustias. Una lágrima le brillaba a punto de resbalar por sus mejillas; tenía el corazón alborotado por la risueña perspectiva de regresar a la vida provinciana.

No obstante el júbilo de esas esperanzas, reflexionaba profundamente.

_ Helvidio_ exclamó confortada_, esa perspectiva de volver al ambiente campesino con nuestra felicidad y nuestro amor, consuela mi espíritu abatido. Mas, escucha: ¿Y nuestros deberes? ¿Qué dirá mi padre de nuestra actitud, después de haber luchado tanto para reajustar tu situación a la política administrativa del Imperio? En fin, deseo si llegase a asumir algún compromiso más serio.

Oyendo sus serenas argumentaciones, el patricio recordó súbitamente el compromiso con el emperador, concerniente a las construcciones de Tíbur, y se quedó helado, después de la eclosión de sus entusiastas esperanzas.

Le informó, entonces, a su compañera, sobre el encargo de César, y ella le respondió con un suspiro de pesar.

_ En este caso_ exclamó Alba Lucinia con un asomo de contrariedad_, es tarde para pensar en nuestro inmediato regreso a la provincia.

_ ¡En última instancia hablaré mañana con Fabio Cornelio, le expondré mis aprensiones al respecto y, aunque él no apruebe nuestro regreso, no perdamos las esperanzas, pues los dioses han de permitir nuestra vuelta más tarde!...

A pesar de la profunda intimidad de aquella efusión de sentimientos, ni uno ni otro tuvieron el coraje necesario para revelar las penosas emociones de aquella noche.

Y al día siguiente ambos todavía estaban resentidos del primer embate de las luchas sentimentales que los aguardaban en el ambiente de la gran metrópoli.

Helvidio Lucio, fue a ver a su suegro y le expuso sin reservas sus planes y deseos. Además de manifestar el propósito de volver a Palestina, habló

también de la pretensión imperial de utilizar sus servicios personales en las obras de Tíbur.

Fabio Cornelio escuchó esas argumentaciones muy sorprendidas, reprobando los proyectos del yerno y opinando que semejante intención demostraba mucha puerilidad de su parte en tales circunstancias. ¿No estaba su posición financiera consolidada? ¿No representaba un factor de paz su permanencia en Roma, al lado de toda la familia? ¿No había conseguido los favores de Adriano, a punto de integrarse en el mecanismo políticoadministrativo con todas las honras de un tribuno militar?

Ante el obstinado rechazo, en voz baja y en tono discreto, Helvidio le relató al suegro sus aventuras juveniles, y le habló de las nuevas pretensiones de Claudia Sabina y de su difícil situación hogareña, en el sagrado amparo de la familia.

El anciano censor oyó su confidencia un tanto sorprendido, mas respondió humildemente:

_ Mi hijo comprendo tus escrúpulos, sin embargo debo hablarte con la misma franqueza con que te confiesas, aclarándote que mi actual situación depende enteramente dl apoyo de Lolio Urbico y de su mujer en el mundo de la política y de los negocios. Mi posición financiera, infelizmente, es ahora muy precaria, en razón de los numerosos gastos impuestos por las circunstancias. Si te fuera posible, ayúdame en estas contingencias. No rechaces la oportunidad que Adriano te ofrece en Tíbur, y haz lo posible por no disgustar a la vengativa de Claudia, principalmente en la actual situación de nuestra vida.

Helvidio comprendió la imposibilidad de abandonar al viejo suegro y sincero amigo, en tal coyuntura, y buscó proveerse de energías íntimas, de modo de no dejar traslucir su compulsión.

_ Además_ exclamó el censor intentando hacer humorismos para disipar las sombras del ambiente creado entre ambos_, espero que no te dejes vencer por los recelos pueriles en las situaciones más difíciles… ¡No tengas miedo, hijo, de esta o de aquella circunstancia!...

Y esbozando una benévola sonrisa agregó:

_ ¿Sabes lo que decía Lucrecio hace más de cien años?, "¡que la mujer, es el animalito santo de los dioses!".

Ambos rieron, entonces, con espontaneidad y optimismo, aunque íntimamente Helvidio Lucio continuase teniendo sus aprensiones.

Por su parte, Alba Lucinia en la mañana de aquel mismo día buscó el consejo de su madre acerca de sus amargas reflexiones, pero Julia Spinter, después de escuchar la exposición de los episodios de la víspera con el corazón tocado de presentimientos angustiosos por la situación de la hija,

replicó con los ojos húmedos sin perder fortaleza moral:

_ Hijita_ le dijo besándola_, atravesamos un período de luchas amargas, en el que estamos obligados a demostrar toda nuestra capacidad de resistencia. Comprendo tu angustia íntima porque en mi juventud también experimenté esas penosas emociones en el torbellino de las actividades sociales. Si me fuese posible rompería con la situación y con todos, en beneficio de tu tranquilidad, más…

Aquellas reticencias significaban tal desaliento que Alba Lucinia se conmovió, interpelándola.

_ ¿Qué dices, mamá? Ese "mas" encierra tanta amargura que llega a sorprenderme, pues adivino en tu espíritu preocupaciones quizá más graves que las mías.

_ Ahora, hija, como madre, me importa tu felicidad como la mía propia. No obstante, estoy enterada de los negocios de tu padre y de los lazos que lo unen a la política del prefecto de los pretorianos; pienso que Fabio no podría desligarse por el momento de Lolio Urbico sin graves perjuicios financieros. Ambos se encuentran profundamente vinculados en la situación actual, de modo que, a pesar de la franqueza con que siempre subrayé mis palabras y actos, me veo obligada a aconsejarte la máxima prudencia en pro de la tranquilidad de tu padre que merece nuestros sacrificios.

Las palabras de la noble matrona fueron dichas con tono de amarga tristeza.

Alba Lucinia, muy pálida después de oír las penosas confidencias, preguntó:

_ ¿Pero la situación financiera de mi padre es tan precaria? La fiesta de ayer me daba a entender lo contrario…

_Sí_ aclaró Julia Spinter resignada_, infelizmente los hechos vienen a justificar mis disgustos íntimos. Conoces el temperamento de tu padre y que no puedo oponerme a sus caprichos. No consideraba necesaria una fiesta como la de ayer para dar a entender que te quiero. Juzgo que esos homenajes deben ser hechos en la intimidad del corazón y de la familia; pero tu padre piensa de modo contrario y debo acompañarlo. Sólo los gastos de anoche se elevan a muchos millares de sestercios. Y no es solamente eso. Tus hermanos han disipado casi todo el patrimonio familiar, asumiendo compromisos de toda especie que tu padre se ve obligado a cumplir con los más serios perjuicios para nuestra casa. Como ya sabes, los escándalos de Lucilia Veinto obligaron a Asinio a irse a África, donde prosigue, por lo que sabemos, en el mismo camino de placeres fáciles. En cuanto a Rubrio, fue preciso que tu padre le consiguiese una comisión en Campania, con el fín de intentar la restauración de nuestro equilibrio financiero. En tanto, hija, no ignoras cómo la sociedad nos exige la máscara

de la felicidad…En principio, no apruebo la actitud de Fabio, realizando fiestas como la de ayer, pero, al mismo tiempo, me veo forzada a darle la razón, porque un censor tiene que vivir de acuerdo con las convenciones sociales.

Alba Lucinia, al escuchar aquellas confidencias, sintió compasión por su progenitora y exclamó:

_ ¡Basta, mamá! Yo sé comprenderte. Este asunto debe quedar entre nosotras y yo sabré salar todos los obstáculos. ¡Hasta ayer Helvidio y yo pensábamos en regresar a la provincia, pero veo que papá requiere ahora nuestra ayuda y reconozco que tu corazón necesita del mío para enfrentar las circunstancias de la vida!...

Julia Spinter, conmovida, abrazó a su hija, advirtiendo su mirada brillante, como si presintiese algo peligroso para su felicidad.

_ ¡Que los dioses te bendigan, hijita!_ exclamó casi radiante_ ¡Te quedarás conmigo, sí, pues aquí he vivido muy incomprendida y muy sola!... ¡Apenas nuestra querida Tulia se conserva fiel a mi antiguo afecto, viendo en mí a la madre adoptiva que la Providencia le concedió!...Los hijos, desde temprano, se apartaron del hogar para tomar por malos caminos y tu padre está siempre ocupado, en conferencias y negocios de Estado…

Por algún tiempo, todavía, madre e hija se entretuvieron en la conversación confidencial y cariñosa.

La situación general continuó inalterable. Alba Lucinia y el esposo, abandonando el propósito de volver al ambiente provinciano, permanecieron en la capital del Imperio e hicieron todo por atender las necesidades domésticas.

Al poco tiempo Helvidio Lucio dejó a Nestorio como auxiliar del suegro y partió para Tíbur, de modo de cumplir las determinaciones imperiales. Allí encontró a Claudia Sabina ocupando una destacada posición. Fuese por el deseo de distinguirse a los ojos del patricio y de elevarse en su concepto, o fuese que, daba libre expansión a su vocación innata, la esposa del prefecto se hacía notar por sus providencias en la administración de las obras artísticas confiadas a su sensibilidad femenina.

Helvidio Lucio fue obligado por las circunstancias a aproximarse a ella, y comprobó de cerca su sorprendente aptitud y la admiró con sinceridad, aunque conservaba el espíritu precavido contra cualquier tentativa de retorno al pasado. Claudia Sabina, entretanto, a pesar de la modificación táctica de sus operaciones sentimentales, guardaba en su interior las mismas pretensiones de siempre.

Entretanto Alba Lucinia comenzaba a experimentar en Roma una larga

serie de padecimientos morales. Lolio Urbico no había cedido en sus propósitos, no obstante estar consciente de su elevadas virtudes conyugales, habiendo, con todo, moderado los impulsos. La sociedad romana de entonces amaba los divertimentos y procuraba conservar las tradiciones de libertad en el mecanismo de las relaciones familiares, circunstancia que le permitía visitar la casa del patricio ausente bajo la mirada benévola de Fabio Cornelio, que veía en su cariñoso interés un motivo de honrosa satisfacción para la familia. Empero, la noble señora, que conocía las necesidades paternas, no se sentía con el coraje necesario para confiar al anciano censor sus justos recelos, sometiéndose de ese modo a tolerar la amistad que el prefecto le ofrecía, aceptándola con la intangibilidad de su carácter.

Helvidio Lucio iba a su casa quincenalmente. Sin embargo esas estadías en Roma eran excesivamente cortas para poder solucionar debidamente con la esposa todos los asuntos que los preocupaban.

Y el tiempo transcurría, acumulando siempre sus reservas preciosas.

Había alguien que se interesaba mucho por la situación del prefecto, espiando fácilmente sus menores pasos.

Dos largos meses habían transcurrido en esa situación, cuando un día encontramos a Lucinia y a Tulia en la mayor intimidad, en una conversación amena y confortadora.

Después de referirse a hechos sociales sin importancia, la esposa de Helvidio habló confidencialmente de sus amargas impresiones íntimas. Le expuso a la amiga de la infancia sus recelos por la prolongada separación del esposo, que, obedeciendo a caprichosas determinaciones del destino, parecía continuar indefinidamente en la ciudad de predilección imperial.

Tulia Cevina la miró fijamente, murmurando en tono discreto:

_ ¡Justifico tu inquietud, todavía más porque Helvidio continúa junto a Claudia!

_ ¿Por qué le das tanta importancia a esa circunstancia?_ preguntó Alba Lucinia admirada.

_ ¿Nunca supiste, entonces?

_ ¿Qué?_ dijo la otra doblemente curiosa.

Tulia comprendió que la amiga, lejos de los ruidos de la corte por muchos años, no hubiera llegado a conocer en detalle el pasado.

_ Hace mucho oí decir que Claudia Sabina y Helvidio Lucio tuvieron un idilio en la juventud. Creo que no ignoras que en otros tiempos esa mujer poseía una belleza singular, mucho antes que el destino la arrancase de la pobreza de su condición social…

_ ¿Nunca oíste tampoco la historia de Silano?_ preguntó aún Tulia Cevina, aumentando el interés provocado por sus palabras.

_ Sí, sé que Silano es un joven que mi suegro adoptó como su propio hijo y también que cuando él nació mucha gente creyó que era hijo de Helvidio y de una muchacha del pueblo, fruto de sus aventuras juveniles.

_ ¿Pero conoces la historia con todos sus pormenores?

_ Sé apenas que el pequeño fue abandonado en la puerta de Cneio Lucio, que lo recogió con su habitual generosidad.

_ Muy bien, mi amiga, mas no faltó quien viese a Claudia Sabina, todavía joven y plebeya, dejar a la criatura en la madrugada en el lugar al que te referiste, dirigiéndole a Cneio Lucio una expresiva carta.

_ De todas formas_ aclaró Alba Lucinia, a pesar de estar impresionada por aquella revelación_, yo creo que Helvidio fue víctima de una infame calumnia.

_ No digo lo contrario_ repuso la amiga_, mismo porque Sabina, por lo que se dice, era de esas criaturas que viven acuciadas por ansiedades diferentes…

La esposa de Helvidio experimentaba en su interior un dolor inmenso. Deseaba llorar, para desahogar las penas que castigaban su pecho, pero su fortaleza moral dominaba todos los sentimientos. No le fue posible, sin embargo, disimular lo que sufría delante de la hermana espiritual de los primeros años, dejando traslucir en sus ojos húmedos sus amarguras y recelos.

Tulia Cevina la besó largamente, diciéndole a media voz:

_ Querida Lucinia, yo también ya padecí esas angustias que estás experimentando, pero encontré un eficaz remedio. ¿Quieres probarlo?

_ Sin duda. ¿Dónde puedo encontrar ese recurso?

_ Escúchame_ exclamó la amiga con su característica bondad confiante y casi infantil_, seguramente ya oíste hablar de Lucilia Veinto y de sus escándalos en la corte. Cierta vez Máximo dio muestras de su inclinación por esa mujer, llegando a perturbar seriamente nuestra felicidad doméstica; mas Salvia Subria me conectó con una reunión cristiana, donde pedí las oraciones de un venerado anciano que allí enseña la doctrina como un sacerdote. Desde que me valí de ese recurso, mi marido volvió al remanso del hogar, y fue mayor nuestra ventura conyugal.

_ ¿Pero, fuiste obligada a cumplir algún compromiso?_ preguntó Alba Lucinia eminentemente interesada en el asunto.

_ Ninguno.

_ ¿Mas los cristianos practicaron algún sortilegio en tu beneficio?

_ Tampoco. Me dijeron que la virtud de la plegaria está en la circunstancia de ser dirigida a un nuevo dios, a quien los creyentes llaman Jesús de Nazaret.

_ ¡Ah!_ exclamó Alba Lucinia, acordándose de Judea y de las convicciones de su hija_ la doctrina cristiana no me es extraña, pero mi marido no tolera las expresiones contrarias a nuestros dioses. Creo, pues, que antes de tomar una resolución de esa naturaleza será conveniente consultarlo con mi madre, a fin de seguir sus consejos.

_ Eso no.

_ ¿Por qué?

_Porque al recibir el consejo de Salvia también fui a ver a tu madre para hablarle del asunto, mas dentro de su espíritu formalista y de su franqueza intransigente se mostró hostil a mis deseos, alegando que la mujer romana rechaza nuevos dioses para ser la matrona incorruptible delante de la sociedad y de la familia. A pesar de todo resolví hacer uso de ese recurso y obtuve los mejores resultados.

_ Mi madre debe tener razón_ dijo Alba Lucinia convencida._ Además no puedo aceptar la idea de mezclarme en esas reuniones plebeyas.

Tulia oyó sus razonamientos; sinceramente deseosa de colaborar en la restauración de su felicidad conyugal, objetó con delicadeza:

_ Escucha Lucinia: sé que tu temperamento no se aviene a reuniones de esa naturaleza, mas si quisieras iría por ti como fui por mí…Esas asambleas son presididas por un hombre santo llamado Policarpo. Su palabra nos habla de un nuevo dios con una fe tan pura y una sinceridad tan grande, que no hay corazón que no se rinda a la belleza espiritual de sus afirmaciones…Sus expresiones arrebatan nuestra alma hacia un reino de felicidad eterna, donde Jesús de Nazaret debe estar al frente de todos nuestros dioses, esperándonos después de esta vida, con las bendiciones de una bienaventuranza eterna.

¡No soy cristiana como sabes, pero fui beneficiada por sus oraciones y, al contrario de los que afirman, puedo atestiguar que los adeptos a Jesús son pacíficos y buenos!...

La esposa de Helvidio recibía sus cariñosas sugestiones con el corazón inmensamente sensibilizado.

_ ¿E irás sola, sin la protección de un guarda?_ preguntó con admiración.

_ ¿Por qué me lo preguntas? Los cristianos son víctimas de medidas vejatorias por parte de las autoridades gubernamentales; no obstante me dirigiré a ellos confiadamente porque se trata de tu felicidad.

_ ¡¿Tienes una fe tan grande en esa providencia?!..._ interrogo Lucinia con interés y reconocimiento.

_Confianza total.

Y haciendo un gesto expresivo, como si se le hubiera ocurrido un nuevo recurso agregó:

_ Escucha, querida: ya me hablaste de la predilección de Celia por esa doctrina; a pesar de nuestro secreto familiar sobre el asunto, ¿Por qué no me permites el placer de su compañía? Esas reuniones se llevan a cabo en las viejas catacumbas de Vía Nomentana y el lugar es muy distante. Tengo plena confianza en el éxito de esas oraciones y bastará una sola vez para que la paz vuelva a reinar en tu casa y en tu corazón.

Alba Lucinia se sentía confortada con las promesas de la amiga, al notar su fe profunda y contagiosa, y con la grata perspectiva de la felicidad hogareña agregó:

_ Voy a pensarlo y después nos pondremos de acuerdo. Mas si necesitaras de una compañía, es a mí a quien corresponde acompañarte.

Se despidieron, entonces, con un beso afectuoso, mientras el cuerpo delgado de Hateria se apartaba rápido de una amplia cortina oriental, después de escuchar la singular entrevista.

Dentro de una sociedad como aquella, donde todas las clases desde los orígenes, en virtud de las influencias etruscas, recurrían a lo invisible y a lo sobrenatural en las más diversas contingencias de la vida, Alba Lucinia meditó en la preciosa oportunidad sugerida por la amiga de la infancia.

Aunque había encontrado confortación en la expectativa de ese intento, pasó el resto del día entre la indecisión y el sufrimiento moral.

Sintió impulsos de ir a Tíbur para arrancar a su esposo de todas las peligrosas situaciones en que se encontrara, mas primó su raciocinio sobre sus angustiosas zozobras.

A la noche, mientras todos dormían, se dirigió al santuario doméstico, y arrodillándose junto al altar de Juno, le suplicó llorando a la diosa que la amparase en los ásperos caminos del deber y de la virtud.

.

CAPITULO IV - EN LA VIA NOMENTANA.

.

Una semana después de lo que acabamos de narrar encontramos a Claudia Sabina por la noche en la terraza de su casa de Roma, conversando con Hateria en la más franca intimidad.

_ Entonces, Hateria_ decía en voz baja, después de la larga exposición de la cómplice_, de ese modo mi esposo parece querer facilitar la realización de mis proyectos. Nunca lo supuse capaz de apasionarse por alguien, fuera de lo tocante a sus armas.

_ Sin embargo, señora, en cada gesto suyo, en cada palabra, se infieren perfectamente los sentimientos que embargan su alma.

_ Está bien_ exclamó la antigua plebeya como si el asunto la enfadase_, mi marido no es el hombre que me interesa. Tus noticias de hoy significan que el azar también coopera en mi favor.

_ Además_ recordó Hateria, acentuando el carácter secreto de esas revelaciones; Lucinia y Tulia concertaron pedir una bendición en una reunión cristiana, a fín de que Helvidio Lucio vuelva inmediatamente de Tíbur para reintegrarse al ambiente familiar.

Claudia dejó escapar una risa nerviosa, pero preguntó con avidez:

_ ¿Sí? ¿Y cómo lo supiste?...

_ Hace una semana ellas cambiaron confidencias y ayer a la noche convinieron el proyecto, aunque la patrona se encuentra bastante abatida, yo creo que lo van a realizar en estos próximos cuatro días.

_ Conviene que estés atenta para acompañarlas sin que lo perciban, de modo que prosigas al tanto de los acontecimientos.

Y esbozando un gesto de malicia sentenció:

_ ¿Esas señoras desconocerán, por ventura, los edictos imperiales que disponen la eliminación del Cristianismo? ¡Qué desobediencia a las leyes! En fín, contribuiremos también de algún modo para que las autoridades localicen ese nuevo foco doctrinario. Después de tus informes hablaré con Quinto Bíbulo al respecto.

Hateria y Claudia prosiguieron la conversación por algún tiempo, examinando los detalles de sus intenciones criminales y conviniendo los abominables proyectos adecuados al caso.

A la mañana siguiente una itera modesta salía del palacio del prefecto conduciendo a alguien que se ausentaba de la casa con la máxima discreción.

Era Claudia Sabina que vestida muy simplemente ordenaba dirigirse hacia la Suburra.

Después del exhaustivo trayecto mandó que los esclavos de confianza la esperaran en un lugar convenido y se internó sola por callejuelas solitarias y pobres.

Llegó a una cuadra de casas humildes y pequeñas, se paró súbitamente como si deseara cerciorarse del sitio y detectó a pequeña distancia una casa verdosa, de una peculiar forma que la diferenciaba de todas.

La esposa de Lolio Urbico esbozó una sonrisa de satisfacción y acelerando el paso golpeó la puerta con visible interés.

Momentos después una mujer viejísima y de mal aspecto, con los cabellos desgreñados y anchos pliegues que arrugaban su rostro, la atendió con expresión de curiosidad en los ojos hinchados y pequeños.

Observando a la visitante que vestía una toga simple, pero rica, además de la red dorada que le sostenía su cabellera graciosa y abundante, la vieja sonrió satisfecha, presintiendo la buena situación financiera del cliente que buscaba sus servicios.

_ ¿Es aquí_ preguntó Claudia con mal disimulada perturbación_ que reside Plotina, antigua pitonisa de Cumas?

_ Sí, señora, soy yo misma, para servirla. Entrad. Mi choza se honra con vuestra visita.

La esposa del prefecto se sintió bien con la recepción aduladora y fingida.

_ Necesitando su cooperación_ dijo la visitante al penetrar en el interior con desembarazo_, vine a buscarla porque me la recomendó una de mis amigas de Tíbur.

_ Con mucho gusto, mi señora, espero corresponder a vuestra confianza.

_ Me dijeron que no precisaría exponer el objeto de mi consulta.

¿Es verdaderamente así?...

_ Perfectamente_ aclaró Plotina con voz enigmática_, mis poderes ocultos hacen innecesaria cualquier explicación de vuestra parte.

Sentándose en un viejo diván Sabina reparó que la hechicera buscaba un trípode y se colocaba junto al mismo, numerosos amuletos, entre los cuales se destacaba la moribunda claridad de una pequeña luz, encendida para atender las necesidades del momento. Luego después de una actitud contemplativa y reposada, Plotina dejó caer su cabeza entre las manos, mostrando una palidez cadavérica, como si su videncia misteriosa hubiera observado los más siniestros presagios en los planos invisibles.

Claudia Sabina seguía sus mínimos movimientos con singular interés, entre el temor y la sorpresa de lo desconocido, mas al rato la fisonomía de la intermediaria entre el mundo y las fuerzas del plano invisible se normalizó, atenuándose las contracciones nerviosas de su rostro y desapareciendo las expresiones de profundo cansancio que se escapaban de sus labios entumecidos.

Con el semblante sereno y curioso, como si su alma hubiera regresado de misteriosos parajes con las más grandes revelaciones, tomó las manos aristocráticas de Claudia exclamando en tono discreto:

_ Me han dicho las voces que amáis a un hombre ligado a otra mujer por los lazos más santos de esta vida. ¿Por qué no evitar a tiempo una tempestad de amarguras que recaerá más tarde en vuestro propio destino? ¡Vinisteis hasta aquí en busca de un consejo que os oriente en vuestras pretensiones, pero sería mejor que abandonaseis todos los proyectos que tenéis en mente!...

Claudia Sabina la escuchó asustada, mas respondió con humildad y vehemencia:

_ ¡Plotina, conozco la elevación de tu ciencia y recurro a tus conocimientos con una confianza absoluta! Si tu vista puede descubrir el pasado, procura resolver en el presente la única preocupación de mi vida… ¡Ayúdame! ¡Recompensaré regiamente tus servicios!

La consultante abrió la bolsa repleta y dejó caer gran cantidad de monedas en el trípode, como si hubiera vaciado allí una catarata de sestercios, mientras la vieja bruja abría mucho los ojos por la avaricia y la ambición de sus bajos sentimientos.

_ Señora_ dijo deseosa de obtener ganancias de tan grandes recursos financieros_, ya os di el primer consejo, que es de la sabiduría que me asiste; pero también soy humana y quiero corresponder a vuestra generosidad. ¡Conozco los proyectos que os animan y procuraré auxiliaros, a fin de que podáis llevarlos a buen término!... Debo, sin embargo, aclarar que vuestra rival está asistida por una figura angélica, aunque yo no puedo saber si esta criatura vive en la Tierra o en el Cielo. Por mi poder oculto vi a la mujer que odiáis nimbada por el aura intensa de un ángel que está junto a ella.

Y como si hubiera estado sosteniendo un duelo de conciencia por la envidiable situación financiera de la consultante, agregó:

_ Deberemos tener mucho cuidado, señora… Esta criatura celeste puede defender a vuestra rival de todos los sufrimientos extraños a su destino…

_ Más, ¡¿cómo puede ser eso?!_ preguntó Claudia Sabina profundamente impresionada.

_ ¿No tendrá hijos vuestra rival y, entre ellos, no existirá algunos de corazón puro y piadoso?

_ Sí_ exclamó la interpelada algo violenta_, aunque no sé si alguna de sus hijas se encuentra en tales condiciones. Pero no he venido aquí a preocuparme de ese asunto y sí de mi propio interés pasional. ¿Por qué me hablas, entonces, de esa protección angélica incomprensible para mí?

_ Señora, he de ayudaros con todas mis fuerzas, pues preciso dinero para atender a necesidades numerosas y apremiantes, pero debo aclararos que corremos riesgo de perder nuestro esfuerzo, porque un ángel de Dios puede rechazar los golpes del mal, ya que el sufrimiento no existe tal cual lo entendemos para sus corazones purificados. Mientras la inquietud y el dolor pueden arrastrar a las almas vulgares al torbellino de las pasiones y los padecimientos del mundo, el espíritu redimido ha realizado en sí la edificación de la fe que lo liga a Dios Todopoderoso. ¡Para esos corazones inmaculados, señora, la Tierra no puede engendrar tormento o desesperación!

Claudia escuchaba sus argumentaciones notablemente impresionada, mas observó con espíritu desembarazado:

_ Plotina, prefiero no creer en esa protección, aceptando la cooperación de tus poderes ocultos, plenamente confiada en el éxito de mis pretensiones. No me hagas digresiones filosóficas, pues quiero vivir mi propia realidad. ¡Dime! ¿Qué sugieres a favor de mi felicidad?

_ En vista de vuestra decisión hemos de examinar los hechos más concretos.

_ ¿Crees que deba pensar en la eliminación de la mujer que odio?

_ En vuestra situación y en vuestro caso, no debéis pensar en el aniquilamiento de su cuerpo, mas sí en la flagelación del alma, considerando que la única muerte que se debe aplicar al enemigo es la que se impone a una criatura fuera del sepulcro y en plena vida.

_ Tienes razón_ murmuró Sabina interesada_ Tus argumentos son más inteligentes y más prácticos. ¿Cuáles son los consejos en mi favor?

Plotina hizo una larga pausa como si estuviera formulando una nueva consulta íntima ante la luz del hachón pequeño y brujuleante, agregando enseguida:

_ Señora, ya tuvisteis el poder de hacer trasladar provisoriamente para Tíbur al hombre amado… Debo informaros que el emperador Elio Adriano, antes de retirarse a sus palacios en construcción en la ciudad aludida, donde deberá aguardar el fin de su existencia, ha de hacer un último viaje por las provincias, obedeciendo a su conocida vocación… Estaréis obligada a integrar su séquito, entreviéndose ahí la posibilidad de hacerlo igualmente el hombre de vuestra preferencia.

_ ¿Sí?_ preguntó Claudia visiblemente satisfecha._ ¿Y qué me aconsejas?

Entonces Plotina se inclinó colocando los labios cerca de su oídos y le sugirió un plan terrible y criminoso, que la consultante recibió con una significativa sonrisa.

Conversaron todavía largo tiempo como si sus mentes armonizasen con absoluta sintonía de principios, dentro de las mismas intenciones y fines, notándose que al despedirse Claudia tuvo en cuenta las necesidades de su nueva cómplice, y le prometió providencias confortadoras después de entregarle todo el dinero que llevaba.

Pasadas algunas horas la misma litera modesta entraba al palacio de Lolio Urbico por la puerta de los fondos.

Dos días después encontramos en casa de Helvidio Lucio a Alba Lucinia y a su amiga fiel, en una discreta conversación en la habitación más recóndita de la casa.

Tulia Cevina mostraba las mejores disposiciones físicas a pesar de la preocupación que fluctuaba en sus ojos. No le acontecía lo mismo a la esposa de Helvidio que, reclinada en el lecho, daba muestras del más profundo abatimiento.

_ Lucinia, mi querida_ exclamó Tulia afectuosa_, ya me avisaron que la reunión se efectuará esta noche. Esto a tu disposición para irnos sin recelo. Podremos salir en las primeras horas de la tarde.

_ ¡Imposible!_ replicó la pobre señora, visiblemente enferma y acentuando las palabras con dolorosa melancolía_, ¡me siento profundamente cansada y abatida! ¡Sin embargo, he decidido con el corazón que recurriré a esas oraciones!... Necesito algo sobrenatural que me devuelva la paz de espíritu. Es imposible proseguir en esta angustia moral que consume todas mis fuerzas.

Amargas lágrimas cortaron su palabra entristecida.

_ Iré de cualquier modo_ dijo Tulia abrazándola_ ¡Tengo fe en que el nuevo dios nos ayudará en la situación de penosa incertidumbre en que te encuentras!...

Al notar su dedicación cariñosa y constante, Alba Lucinia advirtió:

_ No me conformaría con saber que fuiste sola. Le pediré a Celia que te acompañe.

Tulia esbozó una sonrisa de satisfacción, mientras la amiga le ordenaba una joven esclava que fuese a llamar a su hija.

Después de un instante apareció la doncella de gracioso perfil.

_ Celia_ le dijo la progenitora, sensibilizada y melancólica_, ¿podrás ir hoy a la noche en compañía de Tulia a una reunión cristiana, a fin de que hagan un ruego por la tranquilidad de tu madre?...

La joven tuvo un gesto de sorpresa, más amplia sonrisa de satisfacción afloró a sus labios.

_ ¿Qué no haría por ti, mamita? Y la besó.

Alba Lucinia sintió el consuelo inmenso de aquella ternura, agregando:

_ Hijita, me siento cansada, doliente, y pensé recurrir a Jesús de Nazaret mediante tus oraciones. Sabes, sin embargo, la necesidad de no comentar con nadie esto, ¿comprendes?

La joven hizo un gesto expresivo, como el de quien recordase sus propias amarguras, exclamando:

_ Sí, madre mía. Queda tranquila. ¡Iré con Tulia sea donde fuere, de modo de hacer las súplicas necesarias! Rogaré a Jesús que te haga dichosa y espero que su infinita bondad derrame en tu corazón el bálsamo suave de su amor y que nos colme de vida y de alegría. Entonces verás cómo nuevas energías confortarán tu espíritu.

Tulia Cevina escuchaba esos conceptos muy interesada admirando los conocimientos de la joven, lo que Lucinia luego aclaró abrazando a la hija tiernamente:

_ Celia conoció profundamente en Judea los asuntos relacionados con el Cristianismo. Mi niña a pesar de que recién comienza a vivir ha sufrido bastante…

Celia, en tanto, intuyendo que su madre entraría en pormenores de su doloroso idilio de amor, exclamó con ternura:

_ Pero, mamita, ¿cómo podría yo sufrir si tengo siempre tu cariño?

Y cortando el tema relativo a su caso personal, preguntó humildemente:

_ ¿A la tarde?_ informo Tulia_, porque la caminata no será corta; la reunión es más allá de la Puerta Nomentana.

_ Estaré preparada a tiempo.

Entonces las tres se pusieron de acuerdo en todas las providencias que les parecían indispensables. Y al caer la noche, envueltas en togas muy simples, Tulia y Celia tomaron una litera que les evitó cansarse en gran parte del camino a través de los puntos más frecuentados de la ciudad.

Descendieron junto a la Puerta Viminal y despidiendo a los cargadores emprendieron la caminata con coraje.

La noche desplegaba su abanico de sombras a lo largo de la planicie. Hacía frío, mas las dos amigas se acurrucaron en las capas de lana que llevaban, ocultando la cabeza en la tela gruesa y oscura.

Era noche cerrada cuando llegaron a las ruinas de la antigua muralla que había fortificado la región en otros tiempos, pero avanzaban sin desánimo a través de largas calles.

Franqueada la Puerta Nomentana, se encontraron en frente de las colinas próximas, a lo largo de las cuales había cementerios desiertos y tristes, donde la luz de la luna se derramaba en tonos pálidos.

A medida que se acercaban a lugar de los sermones, observaban un número cada vez mayor de caminantes que se aventuraban por las mismas sendas con idénticos fines. Eran figuras embozadas en largas túnicas oscuras que pasaban al lado a paso apresurado o lento, unos en silencio, otros manteniendo diálogos casi imperceptibles. Muchos sostenían faroles pequeños que favorecían la iluminación del camino de los compañeros porque la débil claridad del astro nocturno no conseguía disipar las espesas sombras.

Las dos patricias vestidas con extrema simplicidad y con pesados mantos evitaban que fuese identificada su posición social por los compañeros que se dirigían al mismo destino, los cuales las consideraban cristianas como ellos, hermanados en la fe y en el mismo idealismo.

Estando enfrente de los muros lodosos que rodeaban grandes monumentos en ruinas, Tulia se cercioró de cuál era el lugar que daba acceso al recinto, haciendo la señal de la cruz característica de los cristianos que en los pórticos recibían la seña de todos los prosélitos, seña que consistía en la misma señal trazada con la mano abierta de modo especialísimo, pero de muy fácil imitación. Ambas pasaron, entonces, al interior de la necrópolis sin pormenores dignos de mención.

Ahí toda una multitud se acomodaba en bancos improvisados, destacándose que en general todos llevaban las capuchas levantadas, ocultando el rostro, algunos recelando del intenso frío de la noche, otros temiendo a los lobos de la traición que hubieran podido estar allí con la máscara de ovejas.

La claridad lunar que bañaba el recinto era aumentada por la luz de hachones y faroles, principalmente en torno de un monte de ruinas fúnebres, desde donde habría de hablar el apóstol de aquel grupo de seguidores de Cristo.

Por todos lados había alguien que balbuceaba una oración en voz baja, como si estuviera hablando al Cordero del Cielo, en el altar del corazón; mas desde el centro de la reunión se elevaba himnos llenos de sublime exaltación religiosa. Eran cánticos de esperanza, impregnados de un singular desencanto del mundo, exteriorizando el sueño cristiano de un reino maravilloso más allá de las nubes. En cada verso y en cada tonalidad de las voces en conjunto predominaban las notas de una tristeza dolorosa, de quien ha abandonado todas las ilusiones y fantasías terrestres, entregándose a la renuncia de todos los placeres, de todos los bienes de la vida, para esperar las recompensas luminosas de Jesús, en las bienaventuranzas celestes…

En los bancos improvisados de madera tosca o de piedras olvidadas, se acomodaban centenares de personas concentradas en absoluto recogimiento.

Un silencio profundo reinaba entre todos, cuando un estrado carcomido fue transportado para el lugar donde se centralizaban casi todas las luces.

Celia y Tulia se pusieron donde les pareció más conveniente a los pocos minutos un nuevo cántico se elevaba al Infinito en vibraciones de belleza indefinible… Era un himno de agradecimiento al Señor por su misericordia inagotable; cada estrofa hablaba de los ejemplos y martirios de Jesús, con sentimiento impregnado de la más alta inspiración.

Muy grande fue la admiración de Tulia Cevina cuando vio que su compañera levantaba también la voz desde su garganta cristalina acompañando el canto de los cristianos como si lo supiera de memoria. ¡La mujer de Máximo Cuntáctor no podía disimular la emoción contemplando a Celia que cantaba como si hubiera sido un ave desterrada del Paraíso!... Sus ojos serenos estaban fijos en el firmamento, donde parecía divisar la región de sus bienaventuranza, entre las estrellas que brillaban en lo alto como sonrisas cariñosas de la noche, y aquellos versos inspirados en la música que les era peculiar se escapaban de sus labios con tal riqueza melódica que la amiga se conmovió hasta las lágrimas, sintiéndose transportada a una región divina…

Sí, Celia conocía aquel cántico que llenaba su corazón de tiernas reminiscencias. Ciro se lo había enseñado bajo los árboles frondosos de Palestina, para que su alma supiese traducir el reconocimiento a Dios en las horas de alegría. En aquel instante de comunión con todos aquellos espíritus que vibraban también en la misma fe, ella se sentía distante de la Tierra, como si su alma hubiera estado impregnada de un júbilo divino…

Nuevamente se hizo silencio y un hombre de pueblo llamado Sergio Hostilio, desde la tribuna improvisada exclamó conmovido, después de abrir un rollo de pergaminos:

_ Mis hermanos, estudiaremos también hoy las enseñanzas del Maestro en los capítulos de Mateo. Versa la lección de esta noche sobre i”aquellos que son los verdaderos hermanos del Mesías!...”

Y desenrollando la hoja que el tiempo había decolorado, Sergio Hostilio leyó pausadamente:

“Estaba Jesús predicando a la multitud y su madre y sus hermanos de fe procuraban hablarle fuera. Entonces alguien le dijo_ “Tu madre y tus hermanos se encuentran ahí fuera, buscándote”. Respondiendo a quien se lo advirtiera dijo el Maestro: “¿Quién es mi madre y quienes son mis hermanos?” Y extendiendo la mano hacia todos sus discípulos y seguidores exclamó._ “He aquí mi madre y mis hermanos, por cuanto quien haga la

voluntad de mi Padre que está en los cielos, ese es mi hermano, mi hermana y mi madre”.

Terminada la lectura evangélica el mismo compañero de creencia que ocupaba la tribuna habló sensibilizado:

_ Mis amigos, me falta el don de la elocuencia para impartir la enseñanza; invito, pues, a alguno de nuestros hermanos presentes para desarrollar los indispensables comentarios de esta noche…

Todos los ojos buscaban ansiosos la venerable figura de Policarpo, el apóstol abnegado de todas las reuniones, inclusive Tulia Cevina que comprobaba su ausencia con gran desaliento, por la fe que tenía en sus oraciones y en sus palabras sabias y benevolentes; mas Sergio Hostilio explicó con la voz impregnada de amargura:

_ Hermanos, vuestros ojos buscan a Policarpo ansiosamente, pero antes de suministraros noticias de él, elevemos el corazón hasta Aquel que no desdeñó el ultraje y el sacrificio…

¡El apóstol de nuestra fe, a pesar de su santificada vejez, por orden del Subprefecto Quinto Bíbulo, fue encerrado ayer por la mañana en las cárceles del Esquilino!

Imploremos la misericordia de Jesús para que podamos aceptar el cáliz de nuestros dolores con resignación y humildad.

Muchas mujeres comenzaron a llorar la ausencia de aquel grande varón a quien amaban como a un padre. Y después de algunos minutos en que nadie se había adelantado a sustituirlo en la prédica sabia y amorosa, un hombre de la plebe caminó hasta la tribuna y se descubrió haciendo la señal de la cruz con fervorosa religiosidad.

La claridad de los hachones iluminó sus trazos fisonómicos, al mismo tiempo que Celia y su compañera reconocían su rostro humilde y decidido.

Aquel hombre era Nestorio, el liberto de Helvidio, que a pesar de ser auxiliar del censor Fabio Cornelio en el propio gabinete de la prefectura de los pretorianos, no se avergonzaba de dar público testimonio de su fe.

.

CAPITULO V - LA PREDICA DEL EVANGELIO.

.

Saludado por la mirada ansiosa y confiada de todos, Nestorio comenzó a hablar con emocionada sinceridad:

_ ¡Hermanos, siento que mi pobreza espiritual no puede sustituir al corazón de Policarpo en esta tribuna, mas es preciso que el fuego sagrado

de la fe se mantenga en las almas!

¡Asumiendo la responsabilidad de dirigiros la palabra esta noche, recordaré mi infancia para contaros que vi a Juan, el apóstol del Señor, que por largos años iluminó la iglesia de Éfeso!

El gran evangelista en sus éxtasis de fe nos hablaba del cielo y de sus visiones consoladoras… ¡Su corazón estaba en permanente contacto con el del Maestro, de quien recibía la inspiración divina como último discípulo en la Tierra, santificándose sus lecciones y sus palabras con el soplo elevado de las verdades celestiales!...

Evoco estas lejanas reminiscencias para recordar que el Señor es la misericordia infinita. En mi pobreza material y moral no he vivido sino por su inagotable bondad y quiero invocar en este momento para mi corazón su misericordiosa asistencia.

Desde pequeño he vuelto mis ojos hacia las sublimes enseñanzas de su amor, y me parece también haberlo visto en su apostolado de luz por nuestra redención en la faz oscura de la Tierra. A veces, como impulsado por un mecanismo de emociones maravillosas tengo la dulce impresión de que todavía lo estoy viendo junto al Tiberíades enseñando ¡la verdad y el amor, la humildad y la salvación!... Se me figura frecuentemente que aquellas aguas claras y sagradas me cantan en el corazón un himno de eterna esperanza y, a pesar de los velos espesos de mi ceguera, siento que lo contemplo en Nazaret

o en Cafarnaúm, en Cesarea o en Betsaida, juntando las ovejas extraviadas de su aprisco.

Sí, mis hermanos, el Maestro nunca nos abandonó en su apostolado divino. ¡Su mirada percuciente va a buscar al pecador al más recóndito escondrijo de iniquidad y es por su ternura infinita que conseguimos caminar indemnes por los desfiladeros del crimen y del infortunio!

Por mucho tiempo habló Nestorio de los recuerdos más gratos a su corazón.

Su infancia en Grecia, las encantadoras descripciones de Juan Evangelista a los queridos discípulos; los sermones y ejemplos del Señor, sus visiones de los planos celestiales, los recuerdos del Presbítero Johanes, a quien el inolvidable apóstol había confiado los textos manuscritos de su evangelio. Todo era expuesto a la asamblea por el liberto con los colores más vivos e impresionantes.

El auditorio escuchaba su palabra conmovido, como si los espíritus transportados al pasado en las alas de la imaginación, estuviesen contemplando todos los acontecimientos relacionados con el relato.

La misma Tulia Cevina, que no conocía el Cristianismo sino en forma

superficial, se mostraba profundamente sensibilizada. En cuanto a Celia lo recibía alegremente, admirando su coraje y su fe, en vista de su futura posición material junto a su padre, y meditando al mismo tiempo en la circunstancia de que él nunca le había revelado sus creencias, ni siquiera en las clases que le daba, evidenciando así el respeto que le merecían las creencias ajenas.

Después de haber narrado sus recuerdos de Éfeso con sus figuras más eminentes, habló para comentar la lectura de la noche:

_ Para tocar el punto evangélico de esta noche, acordémonos que Jesús no podía condenar los lazos humanos y sacrosantos de la familia, mas sus palabras proferidas para la eternidad abarcan y abarcarán todas las situaciones y todos los siglos venideros, de modo de demostrar que la fraternidad es su objetivo y que todos nosotros, hombres y grupos, colectividades y pueblos, somos miembros de una comunidad universal; fraternidad esa que un día nos integrará a todos como hermanos bien amados y para siempre.

¡Sus enseñanzas se referían a aquellos que, cumpliendo la voluntad soberana y justa del Padre que está en los cielos, marchan a la vanguardia de los caminos humanos, en demanda de su reino de amor, lleno de bellezas imperecederas!

¡Los que saben acatar en este mundo los designios de Dios con humildad y tolerancia, con resignación y con amor, llegarán más rápido junto a aquel que se nos reveló hace cien años como *Camino Verdad y Vida!* ¡Esos espíritus amorosos y justos, que se han iluminado interiormente por la comprensión y la aplicación de las enseñanzas a través de toda la vida, estarán más cerca de su corazón misericordioso, cuyas pulsaciones sagradas repercuten en nuestro propio ser, por la magnanimidad infinita que sentimos en torno de nuestra alma, en todos los pasos de nuestra vida!...Tales criaturas son desde ya sus hermanos más próximos, por la iluminación evangélica en el cumplimiento de las leyes del amor y del perdón.

Dentro, pues, de esas luces prodigiosas de verdad, nos sentimos obligados a ampliar el concepto de la familia en el plano universal, disminuyendo el criminoso egoísmo que a veces nos toma por asalto el corazón, creando los gérmenes de la discordia y del sufrimiento en el propio hogar.

Si un hombre es una partícula divina de la colectividad, el hogar es la célula sagrada de todo el edificio de la civilización. ¡Un hombre divorciado del bien y un hogar envenenado por los desvíos del sentimiento, producen los desequilibrios singulares que atormentan a los pueblos!...

Jesús conocía todas nuestras necesidades y apreció nuestra situación, no solo con miras a la época actual, sino a la de todos los siglos del futuro.

Creo que el Evangelio no podrá ser comprendido integralmente en nuestros amargos tiempos de división y decadencia. Sin embargo, mientras las fuerzas más poderosas del mundo se concentran en este Imperio lleno de orgullo e impiedad, otras energías profundas trabajan en su organismo atormentado preparando el advenimiento de las civilizaciones del porvenir.

¡Hasta ahora las águilas romanas dominan todas las regiones y todos los mares; mas vendrá un día en que esos deseos de ambición y tiranía han de rodar de sus pedestales, en una tempestad de cenizas y de sombras!...Otros pueblos serán llamados a dirigir los movimientos del mundo. Pero, en tanto el espíritu agresivo de la guerra permanezca entre los hombres cual monstruo de ruina y de sangre, es señal de que las criaturas no se han perfeccionado interiormente para ser los hermanos del Maestro, puros y pacíficos.

La Tierra vivirá fases evolutivas de sufrimiento y de experiencias dolorosas, hasta que la comprensión perfecta del Mesías florezca para las almas en todo el mundo.

Hasta ahora el Cristianismo se ha desarrollado con las lágrimas y con la sangre de sus mártires; mas los Espíritus del Señor, cuyas voces escuché en mi juventud en las sagradas reuniones de la iglesia de Éfeso, aseguraban a los discípulos de Juan que no pasará mucho tiempo sin que los seguidores de Cristo sean llamados a colaborar en las esferas políticas del mundo, para disipar las tinieblas y la confusión de su red de engaños…

En esta época, mis hermanos, tal vez la doctrina del Maestro sufra el insulto de aquellos que navegan en el vasto océano de los poderes terrestres, llenos de vanidad y despotismo. Es posible que espíritus turbulentos y endurecidos intenten tergiversar los valores de nuestra fe desvirtuándola con las exterioridades del politeísmo. Mas, ¡ay de los que ejecutaren semejante atentado, en vista de las verdades que nos orientan y consuelan!...

En los esfuerzos de la fe, jamás olvidemos la exhortación del Señor a las mujeres de Jerusalén, que lloraban al verlo maltratado bajo el madero infamante: "¡Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí! Llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos, porque días vendrán en que se dirá: ¡Dichosas las estériles, dichosos los vientres que nunca engendraron y los pechos que nunca amamantaron! Se pondrán todos los hombres a decir a los montes: ¡Caed sobre nosotros! Y a las colinas: ¡Cubridnos! ¡Porque si así proceden con el leño verde!, ¿qué se hará, entonces, con el leño seco?"

¡Ay de cuantos abusaren en nombre de aquel que nos asiste desde el Cielo y conoce nuestros más recónditos pensamientos, pues más tarde, conforme lo prometió, la luz de lo Alto se derramará sobre toda carne y la voz de los cielos será oída en la Tierra a través de las más dulces enseñanzas y de las más elevadas profecías! Si se desanimasen los

hombres, han de venir hasta nosotros los ejércitos de sus ángeles atestiguando su misericordia…

¡Es que, mis hermanos, el reino de Jesús debe fundarse en los corazones, en las almas, y no se conciliará nunca en este mundo con ninguna expresión política de egoísmo humano, o con las doctrinas de violencia que sustentan los Estados de la Tierra!

¡El reino del Señor sufrirá por mucho tiempo "La execración del lugar santo", por la falsa interpretación de los hombres, pero llegará la época en que la humanidad, hoy decadente y corrupta, se sentirá en el camino de una Jerusalén gloriosa y libertada!...

¡Tengamos la convicción de que el reino de Jesús no está en los templos ni en los manuscritos materiales que el tiempo se ocupará de aniquilar en su paso incesante, y sí de que los fundamentos divinos han de ser construidos en lo íntimo del hombre, de modo que cada alma pueda afianzarlos por sí misma, a costa de esfuerzos y lágrimas, en el camino de las moradas gloriosas del Infinito, donde nos aguardarán después de la jornada las bendiciones del Cordero de Dios, que se inmoló en la cruz para redimirnos del infortunio y del pecado!...

Después de una oración, Nestorio terminó bajo la mirada cariñosa y conmovida de cuantos seguían su palabra fluida a través de las consideraciones sobre el Evangelio.

Algunos asistentes lloraban sensibilizados en armonía con las impresiones del orador.

En esas asambleas primitivas, cuando el mesianismo doctrinario estaba saturado de enseñanzas puras y simples, el expositor de la Buena Nueva estaba obligado a explicar los puntos evangélicos en relación con la vida práctica de alguien que estuviese en duda.

Así fue que después de la alocución, numerosos compañeros se acercaron al orador y solicitaron su opinión fraterna y sencilla.

_ Mi amigo_ preguntó uno de los estudioso presentes_, ¿cómo explicar la sensible diferencia que existe entre el evangelio de Mateo y de Juan, o entre los relatos de Lucas y las epístolas de Pablo? ¿No fueron todos los apóstoles del Cristianismo e inspirados por el Espíritu Santo?

_ Sí_ aclaró el interpelado_, pero convengamos que a cada trabajador Jesús concedió una tarea. Si Lucas y Mateo nos mostraron al pastor de Israel encaminando las ovejas extraviadas al redil de verdad y de vida, Pablo y Juan nos revelaron al Cristo Divino, Hijo de Dios Vivo, en su sublime misión universalista para redimir al mundo.

_ Nestorio_ objetó otro con modestia, poco celoso de la paz interior alcanzada por la meditación y por el estudio_, ¿qué será de mí, víctima de

las intrigas y calumnias de los vecinos?...Quiero aprender y progresar en la fe, mas la provocación de la maledicencia no me lo permite.

_ ¡¿Y acaso podrás ir hacia Jesús dejándote encarcelar por las opiniones del mundo?!_ Le explicaba solícito el liberto de Helvidio._ La ciencia del buen vivir no reside solamente en no afligirnos con los pensamientos y actos de quienquiera que sea, sino en dejar también que los otros se interesen constantemente en nuestra propia vida.

_ ¡Maestro_ exclamó también una señora de semblante envejecido y triste dirigiéndose al ex esclavo_, mis sufrimientos se exceden del cáliz!... ¡Ora por mí para que Jesús atienda mis ruegos!...

_ Hermana_ le respondió Nestorio algo vehemente_, ¿olvidaste que Jesús nos recomendó que jamás nos llamásemos "maestros unos a otros? No soy sino siervo humilde de sus siervos, indigno de sacudir el polvo de las sandalias del único y divino Maestro. No se entregues a las tristezas y a las lamentaciones, porque en los problemas de la fe solamente tú misma puedes dar a Jesús el testimonio de tu amor y de tu confianza. Además hay que recordar que la Tierra no es el Paraíso, atentos a la recomendación del Mesías de que para alcanzar la ventura celestial es preciso tomar con humildad nuestra cruz y seguirlo.

En ese instante, Nestorio reconoció a Celia y a Tulia que atravesando la multitud de creyentes que lo rodeaban se acercaban respetuosamente. El liberto las saludó muy sorprendido, mientras la joven le dirigía palabras de júbilo y simpatía.

_ Nestorio_ exclamó Celia, radiante_ ¿por qué nunca me hablaste de tus convicciones, de tu fe?

_ Hija, no obstante mi fervor cristiano no podía menospreciar los principios de la familia que me concedió la libertad.

Ambos estaban alegres y felices experimentando la dicha de la mutua comunión en la misma fe, cuando una sorpresa mayor los conmovió.

Mientras casi todos los compañeros se disponían a regresar a la ciudad, pues se avecinaba la madrugada, se destacó entre ellos un joven fuerte y simpático, que se aproximó a la tribuna con los ojos fulgurantes de ansiedad y alegría. Se acercó a Nestorio y a Celia con los brazos extendidos, al mismo tiempo que el liberto y la joven patricia exclamaban con la misma voz impregnada de emoción y de profundo júbilo:

_ ¡Ciro!... ¡Ciro!...

_ ¡Padre mío! ¡Celia!

Y el mancebo los reunió casi en el mismo abrazo de amor y felicidad.

Tulia Cevina contemplaba la conmovedora escena con el corazón

sobresaltado. Alba Lucinia ya le había hablado del drama íntimo de su hija, y la mujer de Máximo le costaba conformarse con la circunstancia de haber conducido a la joven a aquel encuentro de consecuencias imprevisibles.

La ausencia de Policarpo, que la inhibía de solicitar la oración por la felicidad doméstica de su amiga conforme a su fe; el hecho de haberse visto con Nestorio, cuando prefería que su presencia allí se hubiera mantenido en secreto, y el encuentro inesperado con Ciro, eran acontecimientos que la contrariaban profundamente; pero Celia, radiante, sin poder expresar su júbilo al saber que Nestorio era el padre de su novio espiritual, le presentó al joven, al que la patricia fue obligada a saludar cortésmente en virtud de la circunstancia.

El ex cautivo abrazaba a su hijo con los ojos húmedos de llanto, enviando a Jesús su íntimo agradecimiento, y manifestando su real sorpresa al saber que era también un liberto de Helvidio Lucio, aumentando así su reconocimiento por sus libertadores.

Y mientras todos se retiraban, el grupo conversaba con creciente interés.

Contestando a una pregunta de Celia el joven explicó que en el puerto de Cesarea había sido entregado al comandante Quinto Vetus quien, amigo personal de Helvidio Lucio, se hizo cargo de conservar su libertad y lo condujo a las costas de la Campania con excepcional gentileza. Desde allí una embarcación lo había trasladado hasta Ostia entre el personal de su tripulación, y él entonces decidió permanecer en Roma con la vaga esperanza de obtener noticias de su padre y de aquella que llenaba su corazón de recuerdos cariñosos y continuos.

Celia sonreía satisfecha, y se sentía en aquel cementerio solitario y triste la más dichosa de las criaturas.

Entretanto la claridad de la luna ya había desaparecido. Apenas las estrellas en el manto oscuro del firmamento brillaban con fulguraciones más intensas, preludiando el despuntar de la aurora.

Tulia Cevina recordó entonces la conveniencia de que regresaran cuanto antes.

Nestorio deseaba vivamente que su hijo le relatara todos los hechos de su pasado, para conocer los más ocultos pormenores de su separación larga y dolorosa; pero observando su intimidad con la joven patricia, se abstuvo de hablar mucho y guardó una actitud expectante y calma, aunque adivinaba la historia de amor de esas dos criaturas apenas salidas de la adolescencia. El ex esclavo mantenía su actitud reservada, y mientras Tulia Cevina se mostraba aprensiva, y los dos jóvenes hablaban durante todo el trayecto de sus reminiscencias o de sus esperanzas en Jesús, la claridad, amiga de las estrellas, las hacía palidecer en el firmamento.

Mezclados con los que regresaban iban campesinos descuidados y felices, que se dirigían al perímetro urbano en las primeras horas de la madrugada, llevando los productos del campo para las ferias. Sin embargo, en el grupo de nuestros personajes ninguno observó que dos figuras los seguían de cerca con insistente atención, aunque irreconocibles por las capuchas que les cubrían el rostro.

Nestorio y Ciro acompañaron a las dos patricias hasta las proximidades de la residencia de Helvidio Lucio, adonde también se dirigió Tulia Cevina obedeciendo al plan preestablecido. Padre e hijo volvieron por los mismos caminos hasta las cercanías de la Puerta Salaria, donde se acomodaron en la vivienda del primero.

Fue allí que Nestorio, absolutamente insomne en virtud de las emociones de esa noche, escuchó el relato de su hijo hasta el amanecer, tomando conciencia de que una nueva etapa de sacrificios le sería impuesta por las circunstancias en juego.

El sol ya había derramado sus rayos de oro por todas partes, cuando el liberto de Helvidio, algo entristecido a pesar de haber encontrado al hijo querido, le habló abrazándolo con ternura:

_ Hijo mío, me regocijo en el Señor por la alegría de verte libre y salvo, con el pensamiento iluminado por nuestras profundas esperanzas en Jesucristo, mas temo por ti de ahora en adelante, como padre afectuoso y desvelado.

¡Creo que a pesar de la fe que me testimonias no supiste dominar tu corazón joven e idealista en el momento oportuno, pues ya que entendías la vida cual la comprendes ahora, estabas apto para reconocer la inutilidad de cualquier fantasía en lo que se refiere a la felicidad transitoria del mundo!... Más, por otro lado, reconozco tu honesta conducta y me alegro por tu esfuerzo en la santificación de tu afecto.

Opino que ahora seremos llamados a los más penosos testimonios de coraje moral, porque la familia de Celia no toleraría jamás una pretensión tuya…

¡Pero descansa, hijo! ¡Necesitas tomar nuevas energías y reposo! En cuanto a mí, ahora me sería imposible dormir… Aprovecharé el tiempo para ir a Velabro, donde me guiaré por tus informaciones, a fin de trasladar para aquí los objetos de tu pertenencia, y también avisaré al censor Fabio Cornelio que hoy me es imposible trabajar.

Y, acentuando las palabras con una sonrisa de satisfacción, concluyó:

_ En el futuro estaremos siempre juntos para la misma tarea, y aquí permaneceremos hasta cuando Jesús nos lo permita.

Ciro, en respuesta, besó sus manos conmovidamente.

Antes de dirigirse al Velabro, que era uno de los barrios más pobres y más populosos de Roma, el liberto fue a la Prefectura de los pretorianos. Allí habló con el lictor Domitio Fulvius, persona de confianza de sus jefes, y le solicitó que notificase al censor que ese día tenía un inconveniente para prestar sus servicios y enseguida hizo los arreglos necesarios para que la mudanza de su hijo se efectuara con la mayor presteza.

Sentía su corazón temeroso y triste debido a las circunstancias, y sin embargo, ponía su fe por encima de todo, rogando a Jesús que le concediese la inspiración necesaria para la solución de todos los problemas.

En cuanto a Tulia Cevina, por la mañana le comunicó, algo desilusionada, a su amiga los hechos singulares que habían ocurrido. Alba Lucinia la escuchaba muy sorprendida, con el corazón pleno de amargas expectativas. Llamó a su hija a su cuarto de reposo, mas notó su serenidad y recibió su promesa de que guardaría entera observancia de las recomendaciones paternas. Procuró entonces tranquilizarse para disminuir las propias penas.

Fabio Cornelio llegó a su gabinete cuando la mañana había avanzado bastante, y fue requerido con insistencia por Pausanias, que también en Roma era jefe de los siervos de la casa de su yerno. Después de una respetuosa reverencia le dijo:

_ Ilustre Censor, llegué hasta aquí obedeciendo un designio sagrado de los dioses, para informaros de graves acontecimientos ocurridos anoche.

_ ¿Pero cómo? ¿Graves acontecimientos?_ preguntó el suegro de Helvidio, visiblemente impresionado.

Y entonces Pausanias le contó todo lo ocurrido, aseverando haber seguido a las señoras debido a su celo cariñoso por todos los asuntos tocantes al nombre y a la posición de su amo. Sus afirmaciones estaban llenas de expresiones aduladoras o exageradas para impresionar mejor a un hombre de su autoridad y de su prestigio.

_ ¿Pero Nestorio es cristiano?_ preguntó el censor, admirado._ Me cuesta creerlo.

_ ¡Señor, por Júpiter que estoy diciendo la verdad!_ respondió Pausanias, con actitud humilde frente al más poderoso.

_ Helvidio actuó muy precipitadamente_ expresó el orgulloso patricio como si estuviese hablando consigo mismo_ confiriendo a tal hombre tamaña responsabilidad en nuestra esfera de trabajo. Entretanto tomaré hoy mismo todas las providencias que el caso requiere y agradezco tus buenos servicios.

Pausanias se retiró, mientras que Fabio Cornelio que tampoco ignoraba el idilio de Ciro y de su nieta, montaba en cólera en contra de los dos ex – esclavos, que venían a perturbar la tranquilidad de su hogar.

Debido a la ausencia de su yerno que todavía permanecía en Tibur, se ocupó de todas las providencias que juzgaba indispensables, sin vacilar en el cumplimiento de sus íntimas decisiones con relación al asunto.

En las primeras horas de la tarde un destacamento de pretorianos llegó a la residencia colectiva donde estaban alojados padre e hijo e hizo efectivas las órdenes emanadas de la justicia imperial.

Los dos libertos fueron llamados y comprendieron la gravedad de la situación, deduciendo que alguien los había denunciado y traicionado. Se abrazaron orando, como si desearan renovar sus afirmaciones sobre la confianza y la fe depositada en la Providencia Divina, y se prometieron mutuamente el máximo de coraje y de resignación para enfrentar los trances angustiosos que presentían.

Ya con los soldados Nestorio preguntó con serenidad al lictor que los mandaba:

_ ¿Para qué me buscas Pomponio?

_ Nestorio_ respondió el jefe del destacamento, que lo conocía y era su amigo_, vengo de parte del censor Fabio Cornelio, que ordenó tu prisión y la de tu hijo, recomendándonos el máximo cuidado para que no huyeses.

Y les mostró la orden manuscrita desenrollando el pergamino a lo que el liberto replicó:

_ ¿Por ventura llegaste a suponer que nos resistiríamos? Guarda la orden y no desenvaines la espada, pues la mejor arma no es la de quien ordena sino la de quien sabe obedecer.

Establecido eso, los prisioneros se pusieron al frente de los soldados en dirección de la Prefectura, donde al censor le interesaba interrogar a solas a su ex-auxiliar.

Separado de Ciro, quien fue recluido en una antesala bajo la vigilancia de los pretorianos, Nestorio fue conducido a un compartimento amplio, donde minutos después llegaba el anciano romano, evidenciando en la mirada la cólera por su honra ofendida.

_ Nestorio_ exclamó rudamente_, he sido informado de graves hechos ocurridos anoche. No puedo juzgar la situación sin oírte personalmente, de manera que puedas negar las denuncias que me hicieron en tu contra.

_ Preguntad, señor_ dijo el ex-esclavo con respetuosa tranquilidad_, y os responderé con la sinceridad que me caracteriza.

_ ¿Eres cristiano?_ preguntó el censor con profundo interés.

_ Sí, por la gracia de Dios.

_ ¡Qué absurdo!_ replicó Fabio Cornelio escandalizado._ ¿Y por qué nos engañaste de esa forma? ¿Consideras razonable defraudarnos en la consideración que nos debías? ¿Es así cómo retribuyes la estima y la confianza que te dispensamos?

_ Señor_ respondió el ex-esclavo apenado, _, siempre me conduje con el mayor respeto hacia las posiciones y las creencias ajenas. En cuanto a que os he engañado, pido autorización para aclarar mejor vuestras afirmaciones, pues aquí nadie hasta hoy me exigió una declaración concerniente a mis convicciones religiosas.

Fabio Cornelio percibió la serenidad del hombre que tenía enfrente, y consideró inútil apelar a cualquier circunstancia para arrancarle una negativa, como remedio a la situación planteada entre ambos. Mirándolo de arriba abajo con altivez acentuó con energía:

_ Considero tus afirmaciones lesivas para mi autoridad, además de recibir de tu parte el máximo de ingratitud para con quien te ofreció la mano de benefactor y de amigo.

_ Mas, señor, ¿será un insulto, por ventura, decir la verdad?_ preguntó Nestorio ansioso por ser comprendido.

_ ¿Y sabes el castigo que te espera?_ replicó el viejo censor malhumorado.

_ No puedo temer los castigos del cuerpo, tengo la conciencia tranquila.

_ ¡Esto es demasiado! ¡Tu palabra será siempre la de un esclavo intratable y odioso!... ¡Basta! Comunicaré a Helvidio tu detestable proceder.

Pomponio Gratus fue llamado para oír sus declaraciones, y el orgulloso patricio se retiró del recinto pisando fuerte. Mientras, Nestorio era obligado a relatar su condición de adepto y propagador del Cristianismo, confirmando ser padre de Ciro y aportando otros informes, para satisfacer a la autoridad con la exposición de sus antecedentes.

_ Nestorio_ exclamó Pomponio Gratus con aires de importancia, en su calidad de investigador del caso_, no ignoras que tus afirmaciones servirán de base a un proceso cuyo resultado será tu condena. Sabes que el emperador ha sido justo y magnánimo con todos los que se arrepintieron a tiempo de actitudes como la tuya irrazonables e infelices. ¿Por qué no renuncias ahora a semejantes brujerías?

_ Negar la fe cristiana sería traicionar la propia conciencia_ respondió el liberto serenamente._ Además, nada hice de lo que pueda arrepentirme.

_ ¿Pero no eras un esclavo? Si saliste de tu condición penosa y miserable, ¿por qué no transigir con tus ideas personales en señal de gratitud a aquellos que te dieron la libertad?

_ En el cautiverio nunca dejé de cultivar la verdad como la mejor manera de honrar a mis señores; mas, aún así, siempre tuve otro yugo suave y leve_ el de Jesús_. ¡Y ahora creo que el Divino Señor me convoca para dar testimonio de mi fe!...

_ Cavas el abismo de tus males con tus propias manos_ dijo el lictor con indiferencia.

Y acentuando las palabras con el más profundo interés, agregó:

_Ahora es necesario que digas dónde se reúnen esas asambleas para que las autoridades se orienten en la campaña de expurgar a la ciudad de los elementos más peligrosos.

_ Pomponio Gratus_ replicó Nestorio altivamente_, no puedo ayudarte en ese particular, pues un sincero adepto de Jesús no conoce la delación ni sabe huir de la responsabilidad que le impone su fe, acusando a sus hermanos.

El lictor se irritó y respondió con acritud: _ ¿Y no temes los castigos que te forzarán a hacerlo en el momento oportuno?

_ De ningún modo. Llamados a testimoniar nuestra fe en Jesucristo, no podemos temer intereses mundanos.

Pomponio, sin embargo, esbozó un gesto expresivo, como quien hubiera recordado un nuevo recurso, y acentuó:

_ Por otra parte tenemos otros métodos para encontrar a esos conspiradores idiotas. Escucharemos hoy mismo, en esta jefatura, a los que brindaron las correspondientes informaciones con respecto de ti.

_ Sí_ replicó el liberto sin perturbarse_, esos podrán ayudar mejor a la justicia del Imperio:

En seguida, un grupo de soldados armados según la época, salió de la Prefectura escoltando a los dos acusados hasta la Prisión Mamertina, donde fueron alojados en uno de los más húmedos calabozos.

No bastaron solamente los nuevos informes de Pausanias, a quien el lictor Pomponio Gratus, según la autorización del censor Fabio Cornelio, se vio en la necesidad de convocar para facilitar sus investigaciones.

En ese mismo día, una figura penetraba en la residencia de Lolio Urbico al caer las sombras del crepúsculo para hacer idéntica denuncia.

Era Hateria que, independientemente de Pausanias, también había ido a

las catacumbas para cumplir con sus odiosas actividades, poniendo en juego su habilidad y su astucia para tener a Claudia Sabina enterada de todo cuanto ocurría.

Así que antes de regresar a Tíbur después de una semana de descanso en su hogar, la antigua plebeya le comunicó a Quinto Bíbulo las reuniones del Cristianismo más allá de la Puerta Nomentana, pintándole cuadros terroríficos, con el fin de exacerbar el temor a las conspiraciones que caracterizaba a los funcionarios públicos de la época.

Numerosos destacamentos de pretorianos se hicieron presentes en el cementerio abandonando en la siguiente reunión.

Se llevaron a cabo cientos de detenciones.

Los calabozos oscuros del Capitolio y las cárceles del Esquilino quedaron repletos, y la circunstancia más grave era que entre los prisioneros figuraban personas de todas las clases sociales.

Irritado, el emperador ordenó que se instaurasen procesos individuales, a fin de comprobar todas las responsabilidades personales, designando varios dignatarios de la corte para la imprescindible investigación.

Elio Adriano nunca procedió como Nerón, que ordenaba el exterminio de los cristianos sin reflexionar en la culpabilidad de cada individuo, en conformidad con las disposiciones legales, según la reforma jurídica del Estado Romano; mas tampoco perdonó jamás a los adeptos de Cristo que tuviesen el coraje moral de no traicionar su fe delante de su autoridad o la de sus funcionarios.

La investigación comenzó terrible y sombría.

Familias desesperadas de dolor acudían a las prisiones, implorando piedad de verdugos.

Todos los que hubieran renegado de su fe en Jesús delante de la imagen de Júpiter Capitolino jurándole eterna fidelidad podían regresar a su hogar, siendo completamente libres. Los que no se hubiesen prosternado ante el ídolo romano, manteniendo inquebrantable la fe cristiana, deberían esperar el castigo y quizás la muerte.

Entre más de trescientas personas, apenas treinta y cinco ratificaron su fe en Jesucristo con sinceridad y fervor irreductibles.

Para ellas las puertas de la cárcel se cerraron sin piedad y sin esperanza. Entre los condenados estaban Nestorio y su hijo, que fieles a Jesús descansaban en sus designios misericordiosos, convencidos de que cualquier sacrificio a favor de su causa era una puerta abierta a la luz y a la libertad.

.

CAPITULO VI - LA VISITA A LA CARCEL.

.

La noticia de esos acontecimientos repercutió en la residencia de Helvidio Lucio, originando las más tristes inquietudes y angustiosas expectativas.

A pesar de la fe que fortalecía su corazón, la joven Celia se sintió embargada de profunda amargura, y su único consuelo era la posibilidad de conversar con su abuelo paterno, que en ese tiempo ya leía ávidamente los Evangelios y las Epístolas de Pablo, profesando en su interior la misma fe que iluminaba a tantos héroes y mártires.

Ambos intercambiaban confidencias agradables durante muchas horas, y permanecían en la terraza palaciega del Aventino, para mirar la cinta extensa y clara del Tíbur o embelesarse en la contemplación del cielo. El venerado Cneio Lucio reconfortaba su espíritu abatido con su palabra conceptuosa y experimentada. Citaban ahora los mismos textos evangélicos y exteriorizaban simultáneamente análogas impresiones.

En cuanto a Alba Lucinia, después de escuchar la más enérgicas reprobaciones de su anciano padre, concernientes a las denuncias de Pausanias, se sentía más confortada con la certeza de que el inesperadas órdenes del gobierno imperial.

La pobre señora atribuía esa alegría a las oraciones de Tulia y de su hija, y agradecía al nuevo dios en la intimidad de su espíritu, porque el regreso de Helvidio era un bálsamo para su corazón atormentado.

En efecto, transcurridos pocos días el tribuno volvió a su hogar con un suspiro de satisfacción y de alivio, después de cumplir integralmente con todas las obligaciones que lo hacían objeto de las distinciones del César.

Informado de la actitud de Nestorio el patricio se sorprendió penosamente, y deseó con sinceridad liberar al ex-esclavo de la delicada situación en que se encontraba; pero después que se enteró de que era el padre de Ciro, reaparecido en Roma para agravar sus preocupaciones morales, Helvidio Lucio hizo un gesto de espanto y de incredulidad. Escuchó hasta el fin el relato del suegro y se disgustó profundamente por la conducta de su esposa, que había permitido a su hija asistir a una reunión condenable, según su parecer.

Alba Lucinia, con todo, supo recibir todas las reprimendas con la humildad necesaria para conservar la armonía hogareña y , lejos de causar mayor disgusto con lamentaciones, calló sus propias amarguras, ocultándole el odioso proceder de Lolio Urbico, Así como sus recelos con respecto de Claudia Sabina por las confidencias de Tulia, que habían herido profundamente su corazón. La noble señora, por sus elevadas cualidades de devoción al hogar y de sentido común para enfocar los problemas

generales de la vida, obró verdaderos milagros de afecto y de dedicación para que su esposo recuperara su tranquilidad espiritual.

Al día siguiente de su regreso, Helvidio Lucio tomó todas las providencias para verse con Nestorio en la Prisión Mamertina.

La aparición de Ciro en la capital del Imperio representaba para él un hecho inverosímil. No podía creer que su liberto de confianza, cuyas actitudes le habían despertado gran simpatía, pudiese ser el padre de un hombre que su corazón detestaba. Quería averiguar la verdad por sí mismo. Además, si los acontecimientos no fuesen verdaderos, empeñaría todo su prestigio personal por estar cerca del emperador, a fin de evitar el martirio y la muerte del prisionero.

La realidad, sin embargo, habría de contrariar ese propósito, sin dar lugar a la fantasía.

Una vez llegado al presidio, consiguió de Sixto Plocio, oficial que dirigía el establecimiento, una licencia incondicional que le permitiría ver al prisionero cuando quisiese.

Al rato caminaba por corredores y descendía escaleras subterráneas, pasando junto a celdas inmundas, donde la luz era de una escasez terrible y llamativa. Y no tardó en encontrar a Nestorio al lado de su hijo. Ambos estaban flacos, desfigurados, a tal punto que el patricio, ya fuese por el abatimiento físico del joven, ya por las sombras que lo rodeaban no reconoció a Ciro y se dirigió al liberto en estos términos, que lo conmovieron profundamente.

_ ¡Nestorio, ya conozco los motivos que te trajeron a la cárcel, pero no vacilé en venir hasta aquí para escucharte personalmente, tal es la extrañeza que me causó el relato de los hechos!

Había en sus palabras un tono de sensibilidad y de simpatía heridas, a las que el ex-esclavo recibió como un dulce bálsamo para su corazón.

_ Señor_ respondió respetuosamente_, agradezco desde el fondo de mi alma vuestro generoso impulso… ¡En estas celdas habitan también locos y leprosos y sin embargo, no vacilasteis en traer a vuestro mísero esclavo la palabra de exhortación y de consuelo!...

_ Nestorio_ continuó Helvidio con generosa deferencia_, mi suegro me contó con relación a ti ciertos hechos que me cuesta creer, a despecho de su honorabilidad de hombre público y de su paternal interés para conmigo.

Mientras tanto, el padre y el hijo contemplaban ansiosos a aquel de quien habría podido depender su libertad, notándose que Ciro se encogía en un rincón, temiendo la actitud de ansiedad sospechosa con que Helvidio lo observaba.

El tribuno prosiguió:

_ No pude aceptar integralmente lo que me dijeron y vine a constatarlo por mí mismo, con tu explicación personal.

Y acentuando sus palabras preguntó abruptamente:

_ ¿Eres en realidad cristiano?

_ Sí, señor_ murmuró el interpelado, como si respondiese apenadamente, en vista de tan grade generosidad._ Le prometí a Jesús en el sagrario de mi conciencia que no renegaría de mi fe en ninguna ocasión.

El tribuno se pasó la mano por la cara en gesto muy suyo, mientras contrariado agregó con amargo tono:

_ Nunca pensé que había colocado a un cristiano en la intimidad de mi hogar, y en tanto, vine hasta aquí sinceramente deseoso de tramitar tu libertad.

_ Os agradezco, señor, de todo corazón, y jamás olvidaré vuestra intención_ dijo Nestorio con dolorosa serenidad.

_ Interesándome por tu suerte_ prosiguió Helvidio apenadamente_, me entrevisté con el senador Quirino Brutus, encargado por la autoridad imperial de la preparación del proceso atinente a los agitadores del Cristianismo, y me enteré hoy de que trece de los implicados recibirán la sentencia de destierro perpetuo y veintidós fueron condenados a muerte por suplicio.

A pesar de su fervor religioso, ambos prisioneros se pusieron pálidos.

Helvidio Lucio, sin embargo, continuó imperturbable.

_ Entre estos últimos vi tu nombre y el de un joven que me dijeron es tu hijo. ¿Qué me dices de todo esto? ¿No deseas, por ventura, abjurar de una fe que nada te reportará a no ser la muerte infamante por los suplicios más atroces? ¿Y ese hombre que te acompaña? ¿Es en realidad tu hijo? Dime una palabra que aclare esta situación o que me proporcione elementos para una defensa justa…

_ ¡Señor_ lo interrumpió el liberto, invocando todas sus energías para no fracasar en el testimonio_, mi gratitud por vuestro interés generoso ha de ser eterna! ¡Vuestras palabras sensibilizan todas las fibras de mi corazón!... Escuchándoos siento que debería seguir vuestros pasos con humildad y sumisión por todos los caminos; mas ¡es también por amor que no puedo ceder en mi fe, aun ante la tentación de conseguir la libertad!… Jesús ejerce sobre mí un yugo divino y suave…Aunque os ame, señor, no puedo traicionar a Jesús en las actuales circunstancias de mi vida… Si el Maestro de Nazaret permitió que lo inmolasen en la cruz, puro e inocente, por la redención de todos los pecadores de este mundo, ¿por qué habría de evitar

mi sacrificio, cuando me siento lleno del cieno del pecado? ¡Jamás podré abjurar a conciencia de una fe que constituye la luz de mi alma para toda la vida!... ¡La muerte no me atemoriza, porque más allá del martirio y del sepulcro, brilla una alborada inmortal para nuestro espíritu!

Helvidio Lucio escuchaba sorprendido aquella demostración de esperanza en una vida espiritual, que su mentalidad estaba lejos de comprender, mientras Nestorio continuaba hablando, posando entonces comprender, mientras Nestorio continuaba hablando, posando entonces en el joven que lo acompañaba los ojos húmedos y tiernos:

_ Sin embargo, señor, soy padre, y como padre ¡soy todavía muy humano! ¡No os intereséis por mí, inútil y doliente, para quien la condenación a muerte por la causa de Jesús debe representar una bendición divina!... ¡Mas si os fuera posible, salvad a mi hijo, de modo que él viva para serviros!...

Ciro tenía la misma actitud paterna con idéntico espíritu de fervor y decisión, estaba deseoso de protestar contra aquel ruego, demostrando también preferir el sacrificio; pero el liberto continuaba entre lágrimas mal contenidas dirigiéndose al tribuno, que lo escuchaba profundamente impresionado:

_ Estoy enterado, señor, de todo el pasado amargo y doloroso, y lamento el proceder de mi hijo en vuestra casa de Antipatris!...

¡Mas os pido perdón por las inquietudes de su juventud!... Mi pobre Ciro obedeció a los impulsos de su corazón, sin escuchar al raciocinio, cuyos consejos debería haber seguido; pero en medio de la tristeza de estas mazmorras sombrías me dio su palabra de que si vuelve a la libertad, nunca más alzará los ojos hacia la criatura adorable que es un arcángel del cielo en el seno de vuestro hogar… ¡Si así lo exigieres, señor, Ciro saldrá de Roma para siempre, de manera de no perturbar nunca más vuestra tranquilidad hogareña!...

Helvidio Lucio, sin embargo, cambió la expresión de su semblante, como la de quien toma una implacable decisión.

De la generosidad más pura pasó a la negativa más violenta, por la presencia de su ex –esclavo de Antipatris, a quien sus principios no tolerarían nunca.

_ Nestorio_ exclamó en tono casi rudo_, conoces la simpatía que siempre me inspiraste, pero si nunca supuse que eras cristiano y conspirador, mucho menos hubiera llegado a pensar que pudieras haber engendrado un hombre como ese. Como ves, no puedo hacer nada a favor de ambos… ¡Ciertos árboles mueren, a veces, por la putrefacción de sus retoños!... Vine aquí para socorrerte, mas encontré una realidad intolerable para mi espíritu. De esta forma antes que nada preferiré olvidarlos.

_ Señor…_ murmuró todavía el liberto, como si deseara retener a su amigo y pedirle perdón, para morir con la certeza de que el tribuno había reconocido su sincero agradecimiento.

Helvidio Lucio, sin embargo, les lanzó una mirada violenta y se ajustó la toga para retirarse cuanto antes, exclamando impulsivamente:

_ ¡Es imposible!

Dicho esto dio la espalda a los prisioneros y, llamando a los dos guardias que lo acompañaban, se marchó apresuradamente, mientras los dos condenados lo seguían con la vista para mirar su porte firme y austero, y aguzaban el oído para escuchar sus últimos pasos sobre las losas de la prisión, como si percibiesen por última vez la esperanza que los habría podido reconducir a la libertad.

Nestorio se sentía sofocado por una nube de lágrimas que necesitaba romperse para aliviar sus amarguras, mientras Ciro se lanzaba a sus pies y besaba sus manos murmurando

_ ¡Padre mío! ¡Padre mío!...

Ambos deseaban volver a disfrutar del claro sol de la vida y sentir las emociones de la naturaleza, más el ambiente irrespirable de la cárcel asfixiaba.

A la tarde siguiente, Sixto Plocio de acuerdo con las órdenes recibidas de la justicia imperial, separaba a los trece prisioneros destinados al exilio perpetuo y reunía a los demás en una celda menos triste y muy espaciosa.

Los dos libertos fueron retirados de la habitación en que se encontraban y conducidos junto a los demás condenados.

La nueva celda también estaba en la parte subterránea, pero de uno de sus lados podía verse el cielo a través de reforzadas rejas.

Avanzaba el crepúsculo derramando sobre la ciudad sus maravillosos tintes, y todos aquellos corazones atormentados contemplaban el conjunto de casas y el horizonte embargados de profunda alegría.

¡A lo lejos, en el firmamento, se encendían en el manto intensamente azul las primeras estrellas!...

Policarpo, el venerable orador de Puerta Nomentana, conducido del Esquilino hacia el Capitolio para que se reuniera con sus compañeros, trazó una cruz en el aire con la mano callosa y arrugada…

Entonces todos los hermanos de fe, en cuyo número se contaban algunas mujeres, se prosternaron y, contemplando el cielo romano hermoso y sembrado de estrellas, comenzaron a entonar himnos de devoción y de alegría. Esperanzas cantadas que debían elevarse hasta Jesús, traduciendo

el amor y la confianza de aquellos corazones resignados que vivían cautivados por las dulces promesas de su reino…

¡Las voces se elevaban armoniosas y argentinas en las estrofas de saludo y de esperanza! Seres espirituales imperceptibles se hincaban de hinojos junto a los condenados, a cuyos oídos llegaban los ecos suaves de las cítaras de lo invisible…

Entonces algunos pretorianos que hacían guardia, escuchando sus cánticos de fe, comparaban la voz de aquellos corazones angustiados a sollozos de ruiseñores apuñalados a la luz de la luna, en la vastedad del espacio.

Mientras los prisioneros aguardaban el día reservado para el sacrificio, acompañaremos a nuestros personajes en el desarrollo de su vida cotidiana.

Después de una visita a Tíbur, Eli Adriano comprobó el valioso concurso prestado por Helvidio Lucio para levantar sus caprichosas edificaciones, y lo invitó a visitarlo con su familia para testimoniarle su reconocimiento.

En el día fijado, con excepción de Celia, que no podía disimular su abatimiento, concurrieron al agasajo que el Emperador les ofrecía, el tribuno y su familia, acompañados por Cayo Fabricio y Fabio Cornelio.

Adriano los recibió con extrema amabilidad, versando las conversaciones de la tarde sobre los más variados asuntos atinentes a la vida social y política del Imperio.

En un determinado momento, después de las libaciones habituales, Adriano se dirigió a Helvidio Lucio en estos términos:

_ Mi amigo, el motivo principal de mi invitación es agradecerte la preciosa colaboración prestada a mis proyectos en Tíbur. ¡Francamente lo que realizaste ha excedido mi expectativa más optimista!

_ ¡Muchas gracias, Augusto!_ respondió el patricio, emocionado y satisfecho.

Y cambiando de tema, el emperador preguntó el patricio, emocionado y satisfecho.

Y cambiando el tema, el emperador preguntó con evidente interés:

_ ¿Cuándo se efectúa el enlace de tu hija? Quiero hacer un postergado viaje por Grecia antes de instalarme definitivamente en Tíbur, mas no desearía partir sin contemplar la felicidad de los prometidos.

Señalando a Cayo, que sentía gran alegría en vista del interés imperial por su situación, Helvidio respondió:

_ Augusto, mucho nos honramos con vuestra generosa atención. El enlace de mi hija depende tan sólo del novio, que está acopiando experiencia de vida antes de atender a los reclamos del amor.

_ ¿Qué es esto, Cayo?_ preguntó el emperador con una amplia sonrisa._ ¿Qué esperas todavía? Si Venus no te golpeó fuertemente aún las puertas del alma, no puedes entretener con promesas el corazón que te aguarda en la primavera de su amor.

_ Vuestra palabra, oh César_ respondió el interpelado_, conforta mi espíritu como los rayos del sol; sin embargo aspiro a sustituir a Venus por Juno en mi santuario familiar; aguardo la oportunidad propicia para mi tranquilidad futura.

Elio Adriano hizo un gesto expresivo, fijando en Helvidio Lucio una mirada enigmática, y agregó:

_ La oportunidad esperada debe estar próxima ahora. Afirmaba la sabiduría de los antiguos que mejor habla al corazón de los padres el bien que se hace a los hijos, razón por la que tomo la dote de la joven Helvidia a mi cargo. Resolví donarle una deliciosa propiedad de las inmediaciones de Capua, al pie del Vulturno, donde el fruto de las viñas y de los olivos bastaría para hacer la felicidad de una familia durante cien años de existencia sin otras preocupaciones de orden material.

Un soplo de alegría animó a todos los semblantes, resaltando en especial en los de Helvidio Lucio y su esposa, que se miraban felices, embargados de sincero reconocimiento por la espontánea generosidad del emperador, a quien Fabio Cornelio se dirigió con la más respetuosa cortesía, agradeciendo en nombre de todos, el regio obsequio.

Cayo Fabricio, no pudiendo contener su alegría, estrechó las manos de su novia exclamando:

_ ¡Después de las palabras de Fabio queremos confirmar nuestro reconocimiento a vuestra magnanimidad, oh Augusto! ¡Vuestro presente expresa la generosidad y el poder del señor del mundo!... ¡Y ya que depende de mí fijar la fecha de los esponsales, la hemos de determinar para el mes próximo, como os agrada!... ¡Todo nuestro deseo es que nos honréis con vuestra presencia, porque debido a vuestra paternal protección, sentimos que los dioses nos bendicen y nos guían!...

_ Sí_ alegó Adriano pensativo_, en el mes venidero pretendo hacer mi último viaje por Italia y Grecia. ¡Prometí a mis amigos de Atenas que no me retiraría a Tíbur antes de hacerles mi postrera visita! Antes de ausentarme quiero celebrar con festejos públicos la inauguración de los nuevos edificios de la ciudad*. Aprovecharemos, entonces, la oportunidad para que tu ventura se haga realidad.

Alba Lucinia con los ojos húmedos abrazó a su hija alegremente, y así terminó el banquete con gran júbilo general.

Al día siguiente el emperador ordenó todas las providencias para la donación y, mientras Helvidio Lucio y familia se preparaban convenientemente para el evento familiar, Cayo Fabricio se dirigía a la antigua "Tierra de la agricultura", con el fin de conocer la región en que estaba su futura vivienda.

Sin embargo, a la par de los grandes, júbilos, persistían las graves preocupaciones y los grandes dolores.

Helvidio y su mujer no podían liberarse de la contrariedad que los martirizaba íntimamente, al ver que Celia se consumía, a pesar de sus propios esfuerzos, merced a las energías poderosas de su fe, para no amargar el corazón de sus padres.

Comparando a su hija con una flor seca y triste, el tribuno aumentaba su odio a las ideas cristianas, recordando a Ciro con aversión y rencor. El doloroso contraste del destino de sus hijas era para él objeto de profundas meditaciones.

*Entre los numerosos edificios de Adriano durante su reinado, se cuenta como uno de los más modernos, el famoso Castel Sant' Angelo (Castillo de San Ángel).- Nota de Emmanuel

Se interesaba por ambas con el mismo cariño; con todo, a despecho de la buena intención, la más joven parecía apartada de su devoción paternal. No acostumbraba frecuentar los ambientes sociales, ni se integraba convenientemente al ritmo doméstico como era de desear. Sus ojos jamás habían manifestado algún interés por las fantasías de la juventud y, sumergidos en constantes preocupaciones melancólicas, parecían fijarse en otros rumbos que su espíritu paternal jamás había podido definir con acierto. En su concepto, ella era víctima de una de las tantas debilidades que, en su celo, atribuía a la influencia de los principios cristianos recibidos de los esclavos de Palestina… ¡Por suerte Helvidia sería dichosa y eso, de algún modo, lo consolaba!...

En cuanto a Celia, él y su esposa más tarde la habrían de llevar a tierras extrañas, donde su sensibilidad doliente pudiese transformarse en alegría.

Mientras el tribuno se esforzaba en disimular tales conjeturas, se multiplicaban en el hogar los preparativos festivos.

Mas. Al tiempo que aumentaban las esperanzas y las alegrías familiares, Celia comprobaba que su padecimientos morales superaban sus fuerzas.

La noticia de la condena de Ciro como conspirador apesadumbraba profundamente su corazón. Además, bastaba una sola palabra del emperador para que se consumasen los terribles suplicios. Aquellas

angustiosas perspectivas anulaban todas sus esperanzas. ¡A su lado el ajuar de su hermanita se cubría de perlas y flores! Por sí misma no le enviaba su felicidad, pero deseaba conservar la vida del elegido de su destino. Oraba siempre, mas sus ruegos, estaban contaminados por las angustias terrenas, sin la levedad suave de otros tiempos, que los hacía ascender a los cielos. ¡Ahora las vibraciones espirituales se mezclaban de ansiedades amargas y dolorosas!... Deseaba ver a Ciro, escucharlo, saber de su boca que su corazón continuaba fuertemente y resignado ante la muerte, para que el alma obtuviera valor por el coraje de él, mas no podía pensar en eso. Sus padres no lo habrían consentido nunca. Tan penosas reflexiones fueron invadiendo su cerebro, debilitándolo.

En pocos días no se mantenía en pie. Alba Lucinia, con el buen sentido que caracterizaba sus iniciativas, aludió a la conveniencia de transportarla al Aventino, donde habría de tratarse acertadamente junto al anciano abuelo y a Marcia, que la adoraban.

Aceptada la sugerencia, Cneio Lucio fue a buscarla personalmente con paternal solicitud.

En su casa la joven iba mejorando del estado febril que tanto la debilitaba, pero el singular abatimiento moral triunfaba entre todos los cuidados del venerable anciano, que inventaba mil modos para restablecer la alegría de su adorable nieta.

Cierto día, poniendo en juego un método psicológico, lleno de ternura se le acercó exclamando con profunda bondad.

_ Celia, mi querida, me apena muchísimo verte tan abatida y doliente, a pesar de todos los esfuerzos de nuestro desvelado amor.

Y como vio sus lágrimas brillando a punto de caer de sus ojos continuó cariñosamente:

_ ¡También yo, hija mía, en la profundidad de mi conciencia soy un adepto del Cristianismo con todo el fervor de mi espíritu! ¡Conozco la esencia de los Evangelios, estimulado por las afectuosas sugestiones de tu alma pura y generosa!... ¡Para mí ahora no tienen ningún valor los sacrificios a nuestros viejos dioses, silenciosos y fríos, sino solamente las ofrendas de nuestro propio corazón a aquél que vela por nuestros destinos desde su trono de las alturas! Mas escucha, hijita: ¿no sabes que Jesús no desea la muerte del pecador? ¿No conoces sus enseñanzas llenas de vida y de alegría?

Y como si hubiera adivinado las amarguras que laceraban aquel corazón afectuoso y creyente, tenía también los ojos húmedos.

La nieta recibió sus palabras como si fuesen un suave bálsamo respondiendo:

_ Sí, comprendo todo eso y le ruego a Jesús que me conceda fuerzas para encontrar en sus ejemplos la razón de mi propia vida…

No obstante esa respuesta dada a medias, una ola de lágrimas invadió sus grandes ojos serenos, como si vacilara en confesarle al venerable anciano su dolorosa e incesante preocupación.

Cneio Lucio, con todo, la abrazó tiernamente, al mismo tiempo que ella murmuraba con voz suplicante:

_ ¡Abuelito, prometo tener fe y sobreponerme a todos los sufrimientos, mas desearía ver a Ciro antes de su muerte!

El respetable anciano comprendió cuán difícil sería satisfacer tal deseo, pero respondió sin pestañear:

_ Lo has de ver conmigo mañana por la mañana. Hoy mismo hablaré a tus padres de este asunto.

La joven le dirigió una mirada jubilosa y profunda, en la cual se podía leer la más tierna de todas las alegrías, mezcla de amor y de gratitud.

Por la tarde, una litera salía del Aventino conduciendo al venerable patricio a la casa de su hijo que, junto a su esposa, recibió su pedido con gran contrariedad reflejada en su rostro.

Alba Lucinia con su sensibilidad femenina comprendió de pronto que los deseos de su hija eran justos, y se propuso apoya esa ansiosa súplica.

El tribuno, sin embargo, luchaba profundamente consigo mismo, y si no oponía una negativa formal, era en atención exclusiva del intermediario, que no sólo era su padre, sino también su maestro y su mejor amigo de toda la vida.

_ Mas, padre mío_ objetó con humildad después de larga meditación_, ese pedido de tu parte me sorprende profundamente. Tal medida si se pusiera en práctica atraería sobre nuestra casa y nuestro nombre numerosos comentarios y sospechas. ¿Qué dirían los administradores de la cárcel si viesen a mi hija interesarse por un condenado?

_ Hijo_ replicó Cneio Lucio imperturbable_, comprendo y justifico tus escrúpulos, pero debemos considerar que Celia puede empeorar fatalmente si le negamos la satisfacción de ese deseo. Además yo mismo me propongo acompañarla. Con respecto a nuestra entrada en la prisión, para que esté libre de la curiosidad difamante, ya pensé en el mejor medio de conseguirla. Llevaré a mi nieta en calidad de pupila de mi casa, como si fuera hija de un sentenciado, pues bien sabemos que los prisioneros no van a morir como cristianos, sino como conspiradores y revolucionarios. ¡Con las prerrogativas de que dispongo penetraré en la cárcel en su compañía, sin la presencia importuna de los funcionarios o de los pretorianos, de

modo que solamente yo presenciaré lo que vaya a ocurrir entre ambos!

Helvidio lo escuchaba silencioso. Mas el venerable patricio, sin desistir de sus propósitos, le tomó las manos entre las suyas, murmurando humildemente:

_ ¡Acepta! ¡No niegues a tu hija enferma la satisfacción de un deseo tan justo!...Además, hijo, recuerda que se trata de un simple encuentro por última vez…

Al espíritu del tribuno le repugnaba la idea de que su hija fuera a visitar al siervo odiado con su consentimiento; pero había tanta ternura en las palabras paternas que su corazón cedió de improviso ante aquella actitud de cariño y de humildad.

Mirando al generoso anciano, como si estuviese aceptando tan sólo por consideración a él, su padre y su mejor amigo, murmuró un tanto contrariado:

_ ¡Pues bien, padre mío, que se haga tu voluntad! Dejo a tu criterio la solución del caso.

Y dando a entender que el asunto le desagradaba habló de otras cosas y llevó al anciano hacia el interior, donde se intensificaban los preparativos para los esponsales de Helvidia.

Cneio Lucio que comprendía el alma de su hijo desde pequeño, alabó todas sus acciones emprendedoras con buen humor y alegría, opinó con optimismo sobre todas sus cosas, y se regocijo simultáneamente con sus iniciativas, evidenciando en su semblante una satisfacción espontánea y sincera, como si no tuviera ninguna preocupación.

En las primeras horas del día siguiente, la litera del venerable patricio estacionaba junto a la Prisión Mamertina. Él y su nieta que se había disfrazado con un traje muy simple y un largo pelo que disimulaba sus propios rasgos fisionómicos, entraron en el tenebroso edificio. Sixto Ploco, previamente avisado, fue a recibir a Cneio Lucio y a aquella que él le presentó como hija adoptiva de su casa, y les permitió la máxima libertad para tratar con los prisioneros.

En la espaciosa celda donde estaban reunidos los veintidós sentenciados, penetraban los primeros rayos solares como si fuesen una bendición.

Nestorio y Ciro estaban profundamente desfigurados. La alimentación deficiente, las perspectivas angustiosas, los castigos aplicados en la cárcel, todo se conjugaba para abatir sus fuerzas físicas. Sin embargo, en los ojos serenos de todos los condenados había una claridad sublime y ardiente, exteriorizando energías misteriosas. Vivían de la fe y por la fe, poniendo todas sus esperanzas en aquel reino divino que Jesús les prometiera en cada sermón.

Volusio y Lépido, dos pretorianos de plena confianza de los administradores del presidio, condujeron a los visitantes a la celda de los condenados.

Un grito de júbilo se escapó del pecho de Ciro al avistar la figura de Celia que caminaba hacia él con una sonrisa cariñosa, aunque amarga. Nestorio no sabía cómo expresar el agradecimiento que inundaba su alma, pues a pesar de que no se había declarado como un compañero de convicciones, Cneio les extendía sus generosos brazos.

Al principio la emoción y la alegría los enmudeció a todos; mas, la joven patricia en un impulso natural y muy femenino, observando la penosa situación del bien amado de su alma, prorrumpió en llanto convulsivo, mientras su anciano abuelo murmuraba con benevolencia y cariño:

_ ¡Llora, hija!... ¡Las lágrimas te hacen bien al corazón!...

Y bondadosamente, como si le dejara al joven liberto la tarea de consolarla, se apartó con Nestorio hacia otro ángulo de la celda, y el ex – esclavo le presentó a los demás condenados.

Casi a solas, los dos jóvenes podían cambiar sus últimas impresiones.

_ Celia, ¿cómo te entregas de ese modo al sufrimiento?_ preguntó el mancebo apelando a todas sus fuerzas para demostrar coraje y serenidad._ ¿No es mejor morir por el Maestro, a quien tanto amamos? Agradezco mucho a Jesús, por recibir tu visita en esta celda solitaria y triste. ¡Desde que me apresaron he suplicado fervorosamente a su misericordia que no me permitiese morir sin consolarte!...

Aún anoche, querida, soñé que había llegado al reino del Señor, donde había muchas luces y muchas flores… ¡Cuando había llegado a la entrada de esos paraísos indefinibles, me acordé de tu corazón y sentí una profunda nostalgia!... Quería encontrarte para entrar al cielo contigo… Sin tu compañía las moradas de luz me parecían menos bellas; pero un ser divino, de esos a quienes debemos llamar ángeles de Dios, se me acercó y me dijo: "¡Ciro, en breve golpearás estas puertas, libre de todos los lazos que todavía te ligan al cuerpo perecedero! ¡Expresa tu gratitud a ese Padre de misericordia que te concede tantas gracias, mas no pienses en el reposo cuando las luchas apenas comienzan! ¡Tendrás que resarcir aún muchos siglos de errores y de tinieblas, de ingratitud y de impenitencia!... ¡Levanta tu espíritu abatido en la contemplación de los planos sublimes de la creación, para que puedas amar a la Tierra con sus experiencias más penosas, que valen también como aprendizaje divino en la escuela del amor a Dios!...

Supongamos que voy a hacer un largo viaje impuesto por las circunstancias…Mas, si Dios lo permite, al día siguiente de mi partida estaré de vuelta en el mundo para encontrarnos nuevamente. ¿Cómo será ese

reencuentro? ¡No importa saberlo, porque de todos modos siempre nos amaremos en espíritu dentro de nuestras realidades inmortales!...

Prométeme que alegre y fuerte esperarás mi retorno. ¡No permitas que energías destructivas manchen tu corazón!...

Y pensando que más tarde la joven hubiera podido renegar del propio destino, agregó:

_ Confía en tu valor. Espero que nunca rechaces la posición social que el Señor te haya concedido. ¡En las horas angustiosas de la vida, recuerda que después del amor a Dios debemos honrar a nuestros padres por encima de todas las cosas, sacrificándonos por ellos con las mayores energías!...

Ella había dejado de llorar, pero una niebla de tristeza velaba sus ojos desesperanzados. Lo contemplaba con una ternura que su corazón jamás sabría definir. ¿Novio o hermano? A veces, en su interior, sentía que él podría también ser su hijo. Las almas gemelas se aman en el curso de la eternidad, confundiéndose en las alternativas eventuales de los lazos del espíritu. Aspiran a una felicidad pura e inmortal, y sólo viven dichosas cuando se integran en una unión eterna e indisoluble.

Con una fortaleza moral que ocultaba sus más profundas emociones, el mancebo continuó:

_ ¡Dime, Celia, que amarás siempre la vida, que tendrás mucha fe y me esperarás llena de confianza!... ¡Quiero enfrentar el sacrificio con la certeza de que proseguirás como siempre, fuerte en la lucha y resignada a los designios del Creador!...

_ ¡Sí_ murmuró ella con una fulguración de fe que le brillaba en los ojos_, por ti, nunca odiaré la vida! Por mi gran confianza en las promesas de Cristo, cuando llegues me alegraré mucho…volveré a sentir la suave caricia de tu afectuosa presencia, pues mi corazón identificará al tuyo entre mil criaturas, porque te he amado con dedicación celestial, como Jesús nos enseñó.

_ Así, querida_ murmuró el joven confortado_, fue siempre así que imaginé tu corazón humilde y generoso.

_ ¡Ciro_ dijo la doncella cándidamente_, le ruego a Jesús que conserve nuestra fe en las angustias de esta hora! ¡Esperaré tu vuelta llena de confianza en ti, sabiendo que me quisiste siempre, tal como yo te he amado!...

Después de una pausa, con los ojos humedecidos continuó emocionada:

_ ¿Sabes? Rememoro ahora nuestra excursión al lago de Antipatris… ¿Te acuerdas? Yo estaba sorprendida de verte cuando la ola impelida por el

viento me alcanzó…Hoy me pregunto si no hubiera sido mejor haber muerto, ¡Aprendería a amar a Jesús fuera de un mundo como este, y te esperaría en la otra vida con mi amor grande y santo!... ¡Todavía siento la emoción del minuto en que me salvaste, llevándome hacia la orilla!...

_ Es verdad_ replicó el joven haciendo lo posible por no delatar la emoción que le provocaban aquellas reminiscencias_, mas, recordando todo eso, ¿no somos impulsados a creer que Jesús deseaba, como todavía lo desea, tu vida? No fui yo quien te salvó, sino el Divino Maestro que te quería en la Tierra.

_ Sí_ objetó conmovida_, ¡continuaré implorando a Jesús que te permita volver, como me lo prometes! El mundo, Ciro, es siempre un lago revuelto por el viento de las pasiones y, en lo profundo de las aguas, hay siempre fango que sofoca las más nobles aspiraciones del espíritu. ¡Que en el futuro no me abandone Jesús ni tu compañía, pues quiero vivir para servirlo a la luz de tu memoria, a la que honraré durante toda la vida!...

_ Celia, no dudes del Señor ni de mi vuelta. Pensaré siempre en ti, y nunca te olvidaré…

Y para disipar las amargas expectativas del momento, se dio vuelta, buscó en un inmundo colchón colocado allí a modo de cama y retiró un trozo de pergamino que ofreció a la joven, agregando:

_ Anteayer aquí escribimos un himno para glorificar al Maestro en el día del sacrificio. Pensé que debía sugerir aquella música que te enseñé bajo los cedros de tu casa y fue aceptada mi idea. Desde ese momento, querida, mi gran preocupación fue conseguir los recursos necesarios para dejarte una copia, pues tenía la convicción de que Jesús me concedería la dicha de volver a verte. Aquí hay un pretoriano llamado Volusio, que simpatiza bastante con el Cristianismo, y me facilitó los elementos precisos para escribir estos versos.

Entregándole el trozo de pergamino añadió:

_ ¡Guarda este himno que constituye mi recuerdo antes de la partida! Todos nosotros colaboramos en la creación del poema, más acordándome de nuestro amor eterno, incluí algunos versos en los cuales traduje mis esperanzas. ¡Te las dedico a ti, para confirmarte la dedicación de todos mis instantes!

_ ¡Dios te bendiga y te proteja!_ exclamó la joven patricia guardando el precioso recuerdo.

Ambos se miraban con la poderosa atracción de sus sentimientos purificados, mas Cneio Lucio, después de haber conservado largamente con Nestorio y sus compañeros y de haber examinado todos los detalles de la prisión, se aproximó con una complaciente sonrisa.

Conociendo la sensibilidad de su nieta se dirigió a ella en estos términos:

_ Hija, las horas vuelan, estoy a tu disposición para cuando desees regresar.

Ella se acercó al respetable anciano que estaba acompañado por el liberto de su hijo, quien fue a su encuentro con estas palabras:

_ Celia, tu venida a esta cárcel representa para nosotros la visita de un ángel. No dejes que te impresione nuestra condenación, que a los ojos de Dios debe ser útil y justa. La inspiración de Pablo decía que la muerte es nuestro último enemigo. Venceremos, pues, esa etapa con Jesús y por Jesús. A pesar de eso, no te olvides de que la dádiva de la vida es un bien precioso que el cielo nos confía. ¡Para el alma fervorosa, el mejor sacrificio no es el de la muerte por el martirio o por el infamante oprobio de los hombres, sino aquel que se realiza durante toda la vida, por el trabajo y por la abnegación sincera, soportando todas las luchas en la renuncia de nosotros mismos, para ganar la vida eterna de la que os hablaba el Señor en sus lecciones divinas!

Celia sintió que su fe llegaba a un grado superior, debido a esas exhortaciones amigas y cariñosas, y volviéndose hacia Ciro, que con una mirada parecía recomendarle que las escuchase, respondió conmovida:

Se acercó al abuelo, le pidió permiso para despedirse de ambos condenados, y aproximándose al joven que ocultaba su emoción en el fondo de su alma, tomó sus manos entre las suyas por un momento se las besó levemente:

_ ¡Dios te proteja!_ dijo en voz baja, casi imperceptible y lo besó en la frente.

Ambos sentenciados deseaban demostrar su agradecimiento, pero no pudieron. Una fuerza poderosa parecía embargarles la voz. Se quedaron inmóviles, silenciosos, mientras Cneio Lucio, emocionado pro la conmovedora escena, se despedía con un leve movimiento de cabeza.

Sin embargo, hasta el fin Ciro mostró en su rostro una expresión de fortaleza, y una sonrisa cariñosa que consolaba profundamente su alma gemela…

Un gesto de adiós en aquel silencio que hubieran profanado las palabras, y la puerta de la cárcel rechinó de nuevo con sus goznes siniestros y terribles.

En ese instante la sonrisa del joven cristiano desapareció de su desfigurado rostro. Se dirigió hacia las rejas de la prisión y se tomó de los barrotes como un pájaro sediento de luz y libertad. Su ansiosa mirada se extendía por el exterior, tratando de ver por última vez la litera que debería transportar a su amada.

Mas, al momento, su inquieta juventud se volvió hacia Jesús con todo el fervor de todas sus apasionadas aspiraciones. Se desprendió de los rígidos barrotes y se arrodilló. La luz del sol que resplandecía en las primeras horas de la mañana bañó su rostro y sus cabellos. Oraba, pidiéndole a Jesús fortaleza y esperanza. La claridad solar parecía esparcir sobre su frente las gracias del cielo, sin embargo, dejó caer su cabeza y escondió la cara entre sus manos enflaquecidas para llorar humildemente.

.

CAPITULO VII - EN LAS FIESTAS DE ADRIANO.

.

Cneio Lucio notó que la visita de la nieta había producido efectos muy beneficiosos. A pesar de su abatimiento, Celia se mostraba valiente en su fe, más serena y bien dispuesta. Sin embargo, teniendo en cuenta la sensibilidad de su afectuoso corazón juvenil, el anciano abuelo, convenció a sus hijos para que ella se quedara en su compañía hasta que hubieren pasado las fiestas del casamiento de Helvidia.

E este ínterin, no debemos olvidar que la esposa de Lolio Urbico, nuevamente en Roma, iba con frecuencia a Suburra, donde mantenía íntimas conversaciones con la vendedora de sortilegios ya conocida.

Durante muchas horas Claudia y Plotina cambiaban ideas en forma secreta, haciendo proyectos criminales o pensando siniestros planes. Se destacaba el hecho de que Hateria, habiendo conquistado la estima máxima de los patrones, tenía informada a la antigua plebeya de todos los sucesos concernientes a la vida íntima de la casa.

En las vísperas del enlace de Helvidia, la capital del Imperio se encontraba con la agitación característica de las épocas festivas.

Mientras se preparaba para su último viaje hacia uno de los centros más antiguos del mundo, Adriano deseaba brindar al pueblo romano espectáculos inolvidables.

En tales ocasiones las autoridades políticas se acercaban al sentimiento popular estimulando sus demostraciones de extravagancia y de alegría. La inauguración de nuevos edificios, los preparativos del viaje y la adhesión del pue0blo al programa oficial, justificaban los más grandes caprichos de magnanimidad imperial. Por todas partes se comprobaba la agitación de los trabajos extraordinarios, que llenaban la ciudad de transformadoras improvisaciones. Construcciones con arcadas novedosas, puentes o acueductos provisorios, distribución de trigo y vino, organización de procesiones religiosas, homenajes a templos preferidos, sorteos populares y por fin, el circo con sus incomparables novedades.

El pueblo esperaba siembre tales manifestaciones con júbilo incontenible.

Instalado en el Palatino, Eli Adriano pensaba en distraer a la masa romana organizando actos de esa naturaleza, movilizando a las autoridades e induciéndolas a guardar, sin embargo, íntimamente, el motivo de estas actividades, que era el de su viaje a Grecia, cuya cultura era objeto de sus más amplias simpatías. El gran emperador, calificado históricamente como el mayor benefactor de las ciudades antiguas que eran cuna de la cultura y de la civilización, proyectaba las mejores construcciones para Atenas, así como el estudio especializado de las ruinas de toda la Hélade, de modo de beneficiar el patrimonio griego con los recursos a su alcance.

En el umbral de los acontecimientos encontramos al soberano con Claudia Sabina y Flegon, su secretario de confianza, analizando los pormenores del trayecto que las galeras imperiales habrían de recorrer por las aguas mediterráneas.

En cierto momento de la conversación Adriano le preguntó al secretario:

_ Senecio, ¿ya cumpliste mis órdenes concernientes al envío de las invitaciones?

_ ¡Por Júpiter!_ exclamó Flegon satisfecho_ nunca me olvidaría de cumplir una determinación de Augusto.

_ Como ve_ dijo el emperador, dirigiéndose a Claudia_, todo está pronto y listo para la marcha. Sin embargo, necesito de alguien que me acompañe, no tanto con sentido artístico o crítico, sino más bien con el propósito de trabajar, atento al deseo de transportar para Tíbur algunas columnas célebres y otras soberbias reliquias de las ruinas de Fócida y Corinto. Tengo la intención de adornar nuestros edificios con los tesoros del mundo antiguo. En mi retiro de Tíbur no podré prescindir de la visión del jardín de los dioses, con sus sugestiones tan caras a mi espíritu.

La mujer del prefecto lo escuchaba con particular atención y, aprovechando la oportunidad para llevar a la práctica sus planes, preguntó fingiendo el mayor desinterés:

_ Divino, ¿el hijo de Cneio figura en la lista de vuestros invitados?

_ No. Helvidio Lucio sería un excelente compañero, mas, me abstuve de incomodarlo, en atención de sus especiales condiciones de hombre casado y jefe de familia.

_ Sin embargo_ replicó displicentemente la antigua plebeya_, habréis de permitirme al respecto que no esté de acuerdo con vuestra manera de pensar. ¿Acaso y también no tengo un hogar que exige dedicación y cuidados? ¿No me voy a separar de mi esposo que aquí quedará retenido por los deberes de su cargo? No obstante me siento honrada de acompañaros, obedeciendo a la circunstancia me siento honrada de acompañaros, obedeciendo a la circunstancia de que representáis para

nosotros el soberano y el jefe magnánimo. Creo que el yerno de Fabio pensará como yo, sin discrepancia. De aquí a dos días se realizarán los esponsales de su hija mayor bajo vuestra protección. Él, que recibió tantos favores de vuestras generosas manos, ¿podría desdeñar la oportunidad de seros útil en algo?

Después de una pausa en la que sus ojos miraron profundamente al emperador, de modo de captar el íntimo efecto de sus palabras, continuó:

_ Conociendo personalmente las obras de Tíbur, de tan buen gusto artístico, pienso que solamente un conocedor de la estética como Helvidio podría operar el milagro de escoger el precioso material y encargarse de su transporte a Tíbur. ¡Además, Divino, creo que este viaje, que nos hará ausentar de Roma por más de una año, sería muy agradable para su espíritu de patricio!...Nuevas posibilidades, nuevas realizaciones y nuevas perspectivas, pienso, le reportarían ventajas para la propia familia, dado que el Imperio representado en vuestra magnanimidad sabría recompensar todos sus méritos.

Elio Adriano meditó un instante, mientras el secretario tomaba algunas notas.

Seguidamente, teniendo en cuenta las observaciones de Claudia que lo miraba ansiosa, respondió solícito:

_ Tienes razón. Helvidio Lucio es el hombre que necesito.

Sabina hizo un expresivo gesto de satisfacción, mientras el emperador encargaba a Flegon que llevara en su nombre la respectiva invitación.

Encontrado por el mensajero en medio de las actividades festivas del hogar, el tribuno se sorprendió muchísimo. No esperaba un acto de aquella naturaleza. Otro se hubiera sentido honrado con la gentileza; él, sin embargo, sentimental por índole, prefería la paz doméstica, lejos del torbellino de las frivolidades de la corte. Un viaje a Grecia en tales condiciones le parecía detestable e inoportuno. Además de eso, debería partir dentro de una semana. ¿Y quién podría pensar en el regreso? El soberano estaba acostumbrado a hacer largas y frecuentes excursiones a través del mundo antiguo. En el viaje de 124 había estado ausente de Roma por más de tres años consecutivos, y tanto se había apasionado por Atenas que llegó al extremo de iniciarse personalmente en los misterios de Eleusis.

Sin embargo, antes de que sus penosas reflexiones abatiesen por completo su ánimo llamó a su esposa para examinar juntos el asunto atentamente.

_ Por mí_ exclamó el tribuno con espíritu resuelto_, procuraré evitarlo, rechazar la invitación. Esas ausencias de Roma, separado de la familia,

trastornan mi pensamiento. Me siento desubicado, harto, insatisfecho.

Alba Lucinia escuchaba sus afirmaciones con el corazón alarmado. Para su espíritu sensible, semejantes perspectivas eran muy amargas y perturbadoras. Ciertamente Claudia Sabina iría también a la lejana Hélade, y por un lapso que ninguno podría precisar. Aceptar el viaje del esposo era entregarlo a la seducción inferior de esa mujer, cuyos sentimientos inconfesables presentía su intuición femenina. Más no sólo eso la preocupaba. Su situación en Roma se tornaría nuevamente penosa durante la ausencia de su compañero. Lolio, sin duda, volvería a asediarla con más vehemencia y obstinación.

Pensó en hablar con Helvidio, contarle todos los sucesos ocurridos en su ausencia, exponerle con sinceridad sus escrúpulos, pero luego le vino a la mente la figura paterna. Fabio Cornelio dependía totalmente del prestigio y del apoyo del prefecto, y de su anciano progenitor dependían su madre y sus hermanos sin experiencia.

En un instante la noble señora comprendió la imposibilidad de manifestar directamente sus quejas en tales circunstancias de la vida, y acordándose además de la gentileza del emperador para con su hija, a la que había asegurado generosamente su futuro, sintió que la voz de la gratitud debía hablar más alto que la de las conveniencias personales.

_ Helvidio_ murmuró después de vivir intensamente sus luchas íntimas_, ninguno más que yo podrá sentir tu ausencia. Sabes que tu presencia en el hogar constituye mi protección y la de nuestra familia, mas el deber, querido, ¿Dónde queda el deber en las actuales circunstancias de nuestra vida? ¿La invitación de emperador no debería representar para nosotros una prueba de confianza? ¿El regalo de Capua no se realizó de modo de atraernos para siempre?

_ Todo eso es verdad_ confirmó el tribuno serenamente_, mas yo odio este totalitarismo del Imperio que nos roba la autonomía individual y nos anula la propia voluntad.

_ Con todo, necesitamos reflexionar para adaptarnos a las circunstancias_ objetó la esposa, para confortar el abatido espíritu de su compañero.

_ ¡No es solamente la política lo que me impresiona desagradablemente_ dijo Helvidio desahogándose_, es también la perspectiva de nuestra separación por tiempo indefinido! Lejos de tu corazón prudente y cariñoso, me siento pasible de debilidad ante el asedio de tentaciones de toda especie, que entorpecerán las necesarias actividades. Además habré de partir en compañía de personas que me son antipáticas y con quienes detesto relacionarme socialmente.

Alba Lucinia comprendió las alusiones indirectas de su exacerbado

esposo y, tomando afectuosamente sus manos, exclamó con ternura:

_ Helvidio, muchas veces quien odia es quien no ha sabido amar convenientemente. Tratemos de mantener la armonía y la paz en nuestras relaciones. ¡Cómo el concepto del deber habla más alto en las tradiciones de nuestro nombre, creo que partirás y no habrás de experimentar sentimientos inferiores!...Mantente sereno y justo, seguro de que estaré orando por ti, amándote y esperándote. ¿Esa dulce perspectiva no será un consuelo de todas las horas?

Después de una pausa en que meditó las reflexiones de su compañera, el tribuno la atrajo hacia su corazón y la besó agradecido.

_ Sí, querida, los dioses han de escucharte los ruegos por nuestra dicha. También yo siento que la dote de Helvidia exige este sacrificio. Con todo, a mi regreso, tomaremos las providencias indispensables para modificar nuestra vida.

Alba Lucinia experimentó un suave alivio al reconocer que sus palabras habían tranquilizado a su compañero, mas, volviendo a su pequeño mundo doméstico, se puso a pensar en su amarga situación personal, considerando las penosas pruebas que el destino le reservaba en el curso de su vida. En vano se aislaba en el santuario de su hogar, en los intervalos de sus intensas actividades, implorando la protección de los dioses que habían presidido su matrimonio. A pesar del fervor con que lo hacía, los dioses de marfil le parecían fríos, implacables, y, en el torbellino de las alegrías domésticas, la sonrisa ocultaba muchas lágrimas, silenciosas que no manaban de sus ojos, pero abrasaban su corazón.

Entre las demostraciones de júbilo general, se celebraban las fiestas adrianas y con ellas, la auspiciosa fecha de los esponsales de la hija de Helvidio Lucio.

Las ceremonias nupciales constituían uno de los acontecimientos más notables para la sociedad de entonces, y a ellas concurría lo que Roma poseía de más distinguido dentro de las filas del patriciado.

Fabio Cornelio, que deseaba festejar la felicidad de su nieta predilecta, fue muy ingenioso al idear los más hermosos juegos de luces en el parque de la residencia de sus hijos.

Por todas partes había aromas de maravillosas flores, y en todos los rincones canciones y trovas apasionadas se confundían con los sones de las cítaras y de los timbales ejecutados por manos de eximios maestros… Mientras los esclavos se cruzaban ocupados en satisfacer el capricho de los invitados, bailarines famosos danzaban al compás rítmico de los laúdes. Pequeños lagos realizados como si de Oriente y peces exóticos provocaban la admiración de cuantos se deleitaban con las alegrías de la noche.

Todo el escenario festivo había sido preparado según la moda, con previsión y toques de buen gusto. En él se destacaba la piscina, donde graciosas y leves embarcaciones estaban cargadas de ninfas y trovadores, y la arena, en la cual como final de fiesta, dos jóvenes y atléticos esclavos habían perdido la vida bajo las poderosas espadas de luchadores más fuertes.

Ningún claro se observaba, excepto la ausencia de Cneio Lucio, que según informaban los anfitriones permanecía en el Aventino al lado de la otra nieta enferma.

Al día siguiente, mientras Helvidia y Cayo partían para Capua bajo una lluvia de flores, y a pesar de que las festividades del pueblo estaban en su apogeo. Alba Lucinia no conseguía disipar la ola de recelos que asaltaba su corazón. Su conciencia se sentía tranquila en relación de lo que había aconsejado a su marido, por considerar que la gratitud de ambos hacia el emperador no admitía vacilaciones con respecto del viaje a Grecia. Pero Helvidio le había hablado de sus propios temores en cuanto a las tentaciones…Sus manos aún sentían el calor de las suyas en el momento en que había terminado sus amargas confidencias. ¿Habría obrado bien al incitarlo a aceptar las nuevas obligaciones impuestas por el Imperio?

¿No debería de igual modo defender al esposo de todas las situaciones difíciles determinadas por la política, con sus corruptoras inquietudes?...

Entonces le nació la idea de entrevistar a Claudia Sabina para pedirle con humildad su interferencia. Semejante actitud no concordaba con el tradicional orgullo de su estirpe, más su buen deseo, aliado a la vibración de sinceridad pura, podría, según su modo de ver, modificar las bajas intenciones que quizá viviesen en el corazón de aquella fatal criatura.

Desde que había notado la indecisión de Helvidio sintió la necesidad de ayudarlo activamente para lograr su tranquilidad moral. Quería apartarlo de todos los peligros, apelando a todas las poderosas fuerzas de su amor, que vencía los imperativos de su orgullo innato.

Así fue que, después de mucho meditar, al día siguiente del casamiento de Helvidia decidió ver a Claudia Sabina por primera vez en su palacio del Capitolio.

Su litera fue recibida en el atrio con alegría general, pero la mujer del prefecto, no obstante el esfuerzo sobrehumano para disimular la contrariedad que le causaba la inesperada visita, la recibió con desagrado y altivez.

La mujer de Helvidio, sin embargo, a pesar del orgullo que la jerarquía de su nacimiento avivaba en su corazón, se mantenía serena y digna en su actitud de sincera humildad.

_ Señora_ explicó la hija de Julia Spínter después de los saludos acostumbrados_, vengo hasta aquí a solicitar sus buenos oficios para la tranquilidad de nuestro hogar.

_ ¡A sus órdenes!_ replicó la antigua plebeya asumiendo aires de superioridad y cortando la palabra de su interlocutora._ Tendré el máximo placer en serle útil.

No siéndole posible descubrir los sentimientos más íntimos de la esposa de Lolio Urbico hacia ella, la noble señora prosiguió con simplicidad:

_ Sucede que el emperador, con la caballerosidad y generosidad que lo caracterizan, invitó a mi esposo para acompañarlo a Grecia, donde tal vez se demore más de un año. Helvidio, sin embargo, tiene numerosas actividades en perspectiva que atañen a nuestra tranquilidad futura. Dicho viaje con el honroso cargo que le fue confiado, representa para nosotros un motivo de honor y de alegría y, a pesar de eso, resolví apelar a su generoso prestigio de persona cercana a César, a fin de que él dispense a mi marido de esa comisión.

_ ¡Oh! Pero eso sería trastornar completamente los planes de Augusto_ dijo Claudia Sabina con visible ironía_ ¿Entonces la esposa de Helvidio no se alegra de compartir con él la sagrada confianza del Imperio? No hubiera creído que una patricia de nacimiento se negara algún día a participar con su esposo en los preciosos esfuerzos que elevan a un hombre a las cumbres del servicio oficial.

Alba Lucinia la escuchaba sorprendida, comprendiendo totalmente aquellos conceptos irónicos y atrevidos.

_ Atender a un pedido de esa naturaleza es humanamente imposible_ prosiguió con expresiones fisonómicas casi brutales._ Helvidio lucio no podrá eximirse del programa administrativo, y opino, de este modo, que su corazón de mujer tiene que conformarse con las circunstancias.

La hija de Fabio Cornelio escuchaba sus palabras hirientes recordando las confidencias de Tulia relativas al pasado de su esposo. Observaba con atención los gestos de la antigua plebeya elevada por el destino a las mejores posiciones en los círculos de la nobleza, y sentía en todas sus expresiones contrahechas y extrañas un vasto complejo de odiosos sentimientos reprimidos. Solamente los celos podrían transformarla de tal modo, a punto de modificar los rasgos más graciosos de su fisonomía.

Ellas no tenían la misma edad, pero poseían los atractivos físicos de la mujer hermosa que todavía no ha llegado al otoño de su vida y guarda las mejores prendas de la primavera. Al tiempo que Alba Lucinia había cumplido los treinta y ocho años. Claudia tenía cuarenta y dos, y ambas mostraban las características de una madura juventud.

Notando que Alba Lucinia reparaba en todos sus gestos, analizaba sus mínimas expresiones con una inteligente observación, y mantenía toda su superioridad en vista de sus conceptos apresurados, la esposa de Urbico se irritó profundamente.

_ Al final_ exclamó casi áspera mientras la patricia la escuchaba en silencio_, la señora me pide lo imposible, pues sabe que atravesamos una época difícil en que las mujeres son obligadas a abandonar a sus compañeros a gusto de la suerte. Yo misma, poseyendo el prestigio por el cual viene a apelar, no consigo evitar semejantes contingencias. Casada con el prefecto de los pretorianos, ya escuché de sus labios la dolorosa afirmación de que no podrá quererme nunca.

Hablando así fijó en su interlocutora los ojos llameantes de cólera, mientras Alba Lucinia sentía que su corazón latía precipitadamente.

_ ¿Y sabe la señora quién es la mujer que tiene las preferencias de mi marido?_ preguntó la antigua plebeya con indefinible expresión vengativa.

La noble patricia recibió su atrevida alusión con los ojos húmedos, en los cuales se reflejaba la dignidad de su alma.

_ Y su silencio_ murmuró Sabina arrogante_ dispensa mayores explicaciones.

Alba Lucinia se levantó con las mejillas enrojecidas y exclamando con dignidad:

_ Me engañé lamentablemente, suponiendo que la sinceridad de una esposa honesta y madre dedicada conmoviese su corazón. A cambio de mis sentimientos leales recojo insultos de una ironía mordaz e injustificable. No la condeno. La educación no es la misma para todas las personas de una comunidad social y está sujeta a las circunstancias. Además cada cual con lo que tiene.

Y sin despedirse, caminó decididamente hasta el atrio, donde la esperaba la litera rodeada de siervos atentos; mientras Claudia Sabina, petrificada en su odio ante la lección de superioridad y desprecio recibida, esbozaba una risa nerviosa que explotaría después en una granizada de improperios contra las esclavas.

En la intimidad de su hogar Alba Lucinia oró suplicando a los dioses fortaleza y protección. El viaje de su esposo se efectuaría sin demoras y ella no creía oportuno comentar con Helvidio sus contrariedades íntimas. Resignada a los sucesos, se quedaría en Roma pensando que más tarde podrían florecer en su casa sus esperanzas de paz y de felicidad. Era preciso conservar la serenidad y el coraje moral de su compañero, de modo que su corazón pudiese soportar todas las dificultades y vencer gallardamente las situaciones más penosas. Ocultando sus lágrimas

íntimas, la pobre señora preparó todo su equipaje con mucho cariño. Helvidio partiría con su amor y su confianza, y eso le debía bastar a su corazón sensible y generoso.

Entretanto el último día de las fiestas adrianas había comenzado y los protocolos de la corte obligaban a Alba Lucinia a acompañar a su esposo a presenciar las exhibiciones finales del circo, donde Nestorio y su hijo habrían de ser sacrificados.

La perspectiva de semejante espectáculo le helaba la sangre, pues intuía el horror de las escenas brutales del anfiteatro, organizadas por espíritus insensibles.

Recordó que en la antevíspera había acompañado a Helvidia y a Cayo Fabricio al Aventino para que se despidieran del abuelo y de Celia, y había notado que la pobrecita estaba profundamente desfigurada por las amarguras de su grande e infortunado amor. El corazón materno sentía todavía el abrazo afectuoso de la hija que le había dicho al oído con voz casi imperceptible: en el último espectáculo Ciro morirá. Había desviado sus ojos húmedos al darle, resignada, semejante noticia. Recordaba también la generosidad con que Celia acogiera la ventura de su hermana, que sonriente feliz partía para las delicias de Capua, con sus votos fraternos de dicha y de paz.

Alba Lucinia meditó largamente sobre los dolorosos problemas que atormentaban su espíritu, viendo la necesidad de ocultarlos día a día bajo el velo de las alegrías disfrazadas y mentirosas, y se detenía apenada en los porqués del sufrimiento y en los contrastes de la suerte.

Era, sin embargo, imprescindible que intentase variar sus disposiciones espirituales.

En efecto, a las pocas horas Helvidio le recordaba las obligaciones protocolares y no fue sin penosas emociones que se ajustó la túnica de gala y dejó que las esclavas le hicieran el peinado de moda.

Por la tarde la tradición de los cortejos fue observada puntualmente, y la alegría popular desbordaba en el circo entre improperios y risotadas.

El séquito de César ya había llegado bajo una lluvia de ensordecedores aplausos.

En un anfiteatro dorado, Elio Adriano estaba rodado de los patricios y de los allegados al emperador de mayor renombre, entre los cuales se contaban los aristocráticos personajes de esta historia. En torno a la tribuna de honor estaban las vestales formando un magnífico cuadro, y las hileras jerárquicas de los más altos representantes de la corte. Senadores de purpúreos mantos, jefes militares con armaduras plateadas y brillantes, dignatarios imperiales confundían en líneas dispuestas simétricamente con

el verdadero océano de cabezas humanas, la plebe, que daba expansión a su alegría.

En la tribuna imperial se sucedían las libaciones, cuando el soberano se dirigió a Lolio Urbico en estos términos.

_ Decreté el suplicio y la ejecución de los conspiradores para la tarde de hoy, en atención a los importantes servicios con que la prefectura de los pretorianos da brillo a los hechos del Imperio.

_ Por una parte, Divino_ replicó el prefecto con una sonrisa_, debemos ese gran esfuerzo a Fabio Cornelio, cuya dedicación extrema al servicio del Estado se hace cada vez más notoria en los círculos administrativos.

El anciano censor agradeció con un movimiento de cabeza la referencia directa a su nombre, mientras Adriano agregaba:

_ Tuve el cuidado de excluir de la sentencia a todos los elementos reconocidamente romanos que figuraban entre los agitadores entregados a la justicia. Ordené libertar a la mayoría en el momento de las primeras sesiones procesales y han sido exiliados a las provincias los trece elementos más exaltados, y quedan apenan veintidós extranjeros, o sea, judíos, efesios y colosenses.

_ Divino, vuestras determinaciones son siempre justas_ exclamó el censor Fabio Cornelio, ansioso por cambiar de tema de modo de no recordar el caso de Nestorio que, protegido por su yerno, había trabajado en los propios servicios de documentación de la prefectura.

Aprovechando una pausa natural, el orgulloso patricio subrayó.

_ ¡Más, la grandeza del espectáculo de hoy es verdaderamente digna de César!

Todavía no había terminado la frase cuando todos los presentes dirigieron su mirada hacia el centro de la arena, donde, después de los movimientos exóticos de los bailarines, se iniciaban las cazas fabulosas. Atléticos jóvenes comenzaron a luchar con tigres feroces, también se aparecieron elefantes y antílopes, perros salvajes y peligrosos bueyes de cuernos puntiagudos.

De vez en cuando un cazador caía ensangrentado bajo delirantes aplausos. Todos los números de la tarde se desarrollaban al compás de himnos que exacerbaban el instinto sanguinario de la multitud.

A veces los gritos de “cristianos a las fieras” y “muerte a los conspiradores” partían siniestramente de la turba enfurecida.

Hacia el fin de la tarde, cuando los rayos de sol caían sobre las colinas del Celio y del Aventino, entre las cuales se levantaba el famoso circo, los veintidós condenados fueron conducidos al centro de la arena. Allí se

erguían negros postes, a los que los prisioneros fueron atados con gruesas cuerdas ligadas por hilos de bronce.

Nestorio y Ciro se confundían en aquel pequeño grupo de seres desfigurados por los más duros castigos corporales. Ambos estaban esqueléticos y casi irreconocibles. Helvidio y su mujer, extremadamente afligidos por el infamante suplicio, apenas habían notado la presencia de sus antiguos libertos entre los mártires, y hacían lo posible por esconder el malestar que la cruel escena les causaba.

Los condenados, con excepción de siete mujeres que vestían una camisa, estaban casi desnudos, cubiertos solamente por un taparrabos desde la cintura hasta las caderas. Cada cual fue atado a un poste diferente, mientras treinta atletas negros de Numidia y Mauritania comparecían en la arena al son de las arpas que se mezclaban extrañamente con los gritos de la plebe.

Hacía mucho que Roma no presenciaba aquellas escenas, dado el carácter moderado y tolerante de Adriano, que había hecho lo posible por evitar las dificultades religiosas, y en ese instante veían un espectáculo espantoso.

Mientras los gigantes africanos preparaban los arcos ajustándoles flechas envenenadas, los mártires del Cristianismo comenzaron a entonar un dulce cántico. Nadie hubiera podido definir esas notas saturadas de angustia y de esperanza.

En vano las autoridades del anfiteatro ordenaron intensificar el sonido de los tamboriles y los sones estridentes de las flautas y de los laúdes, con el fin de apagar las voces intraducibles del himno cristiano. La armonía de esos versos resignados y tristes se elevaba siempre y en majestuosa melancolía superaban todos los ruidos.

Nestorio y Ciro también cantaban con la mirada puesta en el cielo, donde el sol iluminaba las últimas nubes crepusculares.

Las primeras saetas fueron dirigidas al pecho de los mártires con puntería singular. Ellas abrían rosas de sangre que inmediatamente se transformaban en gruesos hilos de sufrimiento y muerte, mas el cántico proseguía como un angustiado arpegio que se extendía por la tierra oscura y dolorosa…

En su melodía se mezclaban, indistintamente, la nostalgia y la esperanza, las alegrías del cielo y los desengaños del mundo, como si aquel puñado de seres desamparados fuese una bandada de alondras apuñaladas que volaban desde la Tierra hacia el Paraíso:

¡Santo Cordero de Dios, Señor de toda la Verdad, Salvador de la Humanidad, Sagrado verbo de Luz!... ¡Pastor de la Paz, de la Esperanza,

desde tu mansión divina, Señor Jesús, ilumina los dolores de nuestra cruz!...

También padeciste el calvariode dolor, de angustia, de escarnio, ofreciendo a todo el mundo las luces de la redención.¡Padeciste sed, el tormento, mas bajo la hiel, bajo los dolores, redimiste a los pecadores de la más triste esclavitud!

Tú también sorbiste el cálizde amargura y de ironía, nosotros somos hijos del error,del padecer y llorar… Aunque ovejas descarriadas, nosotros tenemos la alegría que en este mundo de destierro gozamos con la esperanza puesta en Ti

Permítenos, Señor, que podamosvivir la felicidad en la gracia de la eternidad que se halla aquí. ¡El júbilo de reencontrarte en los últimos dolores, enciende en nosotros el placer de bien morirnos por Ti!

Permítenos, Señor, que podamosvivir la felicidad en la gracia de la eternidad que no se halla aquí. ¡El júbilo de reencontrarte en los últimos dolores, enciende en nosotros el placer de bien morirnos por Ti!...

¡Señor, perdona a los verdugos de tu doctrina santa! Protege, ampara, levanta a quien vive en el mal al morir…¡En el camino a tu reino, todo dolor se transfigura, toda lágrima es ventura, el bien consiste en sufrir!... Consuela, amado Jesús, a aquellos que queremos, que permanecen en los extremos de la nostalgia y de la amargura; ¡Concédeles la fe que transforma los sufrimientos y los llantos en tesoros sacrosantos de la vida de tu amor!...

Otras estrofas se elevaban al cielo como sollozos de resignación y de esperanza…

Con el pecho acribillado por las flechas que debilitaban su corazón, y contemplando el cadáver de su hijo que había muerto antes que él, dada su debilidad orgánica, Nestorio sintió que un torbellino de recuerdos indefinibles afloraban en su pensamiento ya vacilante, confuso, en los estertores de la agonía. Con los ojos sin brillo por la angustia de la muerte que le arrebataba sus fuerzas, percibió a la multitud que los insultaba, y escuchaba aún sus alaridos animalizados…Miró hacia la tribuna imperial, donde seguramente estarían cuantos habían merecido su puro y sincero afecto, pero sintiendo inefables emociones, se veía también en sus confusos recuerdos en una tribuna de honor con la toga de senador y ataviado de púrpura…Coronado de rosas* aplaudía también él la matanza de cristianos que, sin los postes de suplicio ni las flechas envenenadas que les traspasaran el pecho , eran devorados por fieras hediondas e insaciables…

Quería andar, moverse, sin embargo, al mismo tiempo se sentía arrodillado junto a un extenso lago, delante de Jesús de Nazaret, cuya mirada dulce y

profunda le llegaba hasta lo más profundo de su corazón…Prosternado, extendía sus manos hacia el Divino Maestro implorando amparo y misericordia… Ardientes lágrimas quemaban sus mejillas descarnadas y tristes…

Para sus ojos moribundos las turbas furiosas del circo habían desaparecido…

Fue cuando una figura de ángel o de mujer** se dirigió hacia el extendiéndole sus manos cariñosas y translúcidas…El mensajero del cielo se arrodilló junto al cuerpo ensangrentado, le acarició los cabellos y lo besó suavemente.

*Nestorio era la reencarnación del orgulloso senador Publio Léntulo Cornelio. (Véase *Hace dos mil años*) **Livia (Véase Hace dos mil años) _ Notas de Emmanuel.

El ex esclavo sintió la caricia de aquel ósculo divino y su espíritu cansado y sin fuerzas se adormeció levemente como si fuera un niño. Por toda la arena vibraban radiaciones invisibles de los más elevados planos de la espiritualidad...

Seres abnegados y resplandecientes extendían fraternalmente los brazos hacia los compañeros que abandonaban la envoltura perecedera en los testimonios de su fe, por la injuria y por el sufrimiento.

A los pocos minutos, mientras los servidores del anfiteatro retiraban de los postes de martirio los despojos sangrientos y la turba enloquecida gritaba y aplaudía, Helvidio Lucio en la tribuna de honor apretaba nerviosamente las manos de su esposa, dándole a entender las emociones inexplicables que lo embargaban. En cuanto a ella, obligada a mantener la actitud protocolar, clavaba en su compañero los ojos húmedos.

Sin embargo, en aquella tarde límpida y serena, en el palacio del Aventino el espectáculo era tal vez más conmovedor por su majestad dolorida y silenciosa.

Apartados en una sala de reposo, Cneio Lucio y su nieta observaban todos los movimientos externos de las fiestas adrianas, y repararon que la muchedumbre se apretujaba en el circo para presenciar los últimos números del programa.

Cuando El cielo romano palidecía, la joven buscó el fragmento del pergamino en el que Ciro le había escrito las octavas rimadas del último himno y exclamó suavemente:

_ ¡Abuelo, a esta hora Nestorio y Ciro deben estar caminando hacia el sacrificio!

¿Crees, abuelito, que nuestros seres amados pueden regresar del

Cielo para suavizar nuestro destino?

_ ¡Cómo no, mi hija!, Pues si Jesús prometió ir al encuentro de cuantos se reúnan en su nombre en este mundo, ¿cómo no les permitirá volver a sus mensajeros que nos aman ya en esta vida?

Celia levantó hacia el anciano sus grandes ojos tristes iluminados por una candidez maravillosa.

En seguida se levantó muy serena y se dirigió a la gran ventana que daba hacia el Tíbur, cuyas aguas reflejaban los matices de la hora crepuscular.

Sosteniendo el pergamino leyó todo su contenido silenciosamente, y cantó después con voz casi imperceptible todos los versos del himno cristiano, deteniéndose de modo particular en la última estrofa, a la que releía con lágrimas en los ojos procurando adivinar en ella el pensamiento de su elegido.

El venerable patricio oía su tierna voz como si escuchase un ave implume, abandonada sola en los inviernos del mundo, sin poder exteriorizar las emociones que asaltaban a su espíritu dolorido.

Las más tristes meditaciones poblaban su mente y sentía su corazón latir acelerado, con un ritmo aterrador.

Con el alma angustiada, observaba a su nieta que se volvía hacia el cielo, como si buscase entre las nubes del azul vespertino el corazón que idolatraba.

Algunos minutos pasaron rápidamente, pero fueron largos y penosos para su pensamiento exhausto y afligido.

En un determinado momento, cuando el firmamento había perdido todo su color, la joven fijó en lo Alto sus ojos tiernos y profundos con más atención, como si estuviese vislumbrando alguna visión que la extasiara.

Parecía abstraída de todas las sensaciones del mundo exterior, de todo lo que la rodeaba, inclusive de la presencia del propio abuelo, que percibía su éxtasis conmovidamente.

Transcurridos algunos instantes, movía de nuevo los brazos, como si las actitudes que le eran características retomasen el curso de la realidad y de la vida.

_ ¡Es verdad!_ suspiró Cneio Lucio casi en murmullo.

_ Abuelo_ dijo entonces con una placidez divina que le brillaba en los ojos_, ¡vi una bandada de palomas blancas en el cielo como si hubiesen salido del circo del martirio!...

_ Si, hija_ respondió Cneio Lucio angustiado, después de levantarse para contemplar el azul sereno_, ¡deben ser las almas de los mártires volando hacia la Jerusalén celeste!...

Entre ellos se produjo un profundo silencio.

En la grandeza melancólica del momento, la ansiedad de sus corazones hablaba más que todas las palabras.

Celia, sin embargo, rompió aquella divina quietud preguntando:

_ Abuelo, ¡¿ya leíste el Sermón de la Montaña en el que Jesús bendice a todos los que sufren?!...

_ Sí…_ respondió el anciano con amargura.

_ ¡Seguramente_ prosiguió la joven su candorosa inocencia_ Jesús prefirió que yo permaneciese en el mundo sin el amor de Ciro, sufriendo el sacrificio de la separación y de la nostalgia con el fin de salvarme un día para el Cielo, donde se reúnen todos sus bienaventurados!...

Cneio Lucio sintió profundamente la dulce resignación de esas palabras. Hubiera deseado responderle exhortándola a la sublime perseverancia del sacrificio, pero tenía el pecho sofocado. Sin embargo la atrajo contra su corazón y le besó la frente con ternura. Sus cabellos blancos se mezclaron con la abundante cabellera joven, como si su venerada vejez fuese una noche estrellada besando a una aurora.

A lo lejos se escuchaban todavía los últimos clamores del pueblo, mientras el firmamento de Roma mostraba una belleza sublimada y misteriosa. La inmensa tranquilidad del crepúsculo parecía poblarse de sagradas apelaciones al Infinito.

Entonces, los dos, mirando el Tíber y el cielo en ruego silencioso, comenzaron a llorar...

FIN DE LA PRIMERA PARTE .

.

SEGUNDA PARTE.

.

CAPITULO I - LA MUERTE DE CNEIO LUCIO.

.

Hacía dos meses que el emperador y sus cortesanos preferidos habían dejado Roma.

Hacia el fin de la primavera del año 133, la vida de nuestros personajes en la capital del Imperio transcurría con aparente serenidad.

Alba Lucinia dedicaba a su hija y a sus padres su actividad de cada día; no obstante se sentía muy abatida, debido a las intensas preocupaciones morales, no sólo por la ausencia de su esposo, sino por la actitud de Lolio Urbico que, viéndose dueño de la situación y abusando de la autoridad de que disponía en ausencia de César, redoblaba sus asedios con más empeño y vehemencia.

La noble señora hacía todo lo posible para ocultar una situación tan amarga y, sin embargo, el conquistador proseguía implacable con sus desatinados propósitos, soportando mal el aplazamiento indefinido de sus esperanzas inconfesables.

En otro tiempo la esposa de Helvidio tenía en Tulia Cevina la amistad de una hermana cariñosa y dedicada, que sabía confortarla en los días de pruebas más ásperas; pero antes del viaje de César, el tribuno Máximo Cuntactor había sido designado para una larga misión en la distante Iberia y había llevado a la esposa en su compañía.

Alba Lucinia se veía en su angustia moral casi sola, porque no podía revelar a sus ancianos padres, tan afectuosos, las lágrimas ocultas de su corazón atormentado.

Frecuentemente conversaba con su hija durante horas, y se sentía encantada pro su simplicidad y su fervor religioso, mas por mayores que eran sus esfuerzos, no conseguía sobreponerse a la debilidad orgánica que comenzaba a preocupar a su familia.

Un hecho perturbó aún más la existencia aparentemente tranquila de nuestros amigos en la capital del Imperio. Cneio Lucio había enfermado gravemente del corazón, lo que para los médicos era cosa natural, debido a su avanzada edad.

En vano fueron empleados elixires y cordiales, tisanas y panaceas. El venerable patricio día a día se mostraba más debilitado. Sin embargo Cneio deseaba vivir un poco más, hasta el regreso de su hijo, para poder estrecharlo entre sus brazos antes de morir. Por su excesivo afecto paternal, quería recomendarle la protección de sus hermanas Publicia y Marcia y comunicarle a Helvidio todos sus deseos. Mas su experimentado conocimiento de las obligaciones políticas lo forzaba a resignarse con las circunstancias. Elio Adriano de acuerdo con su costumbre, no regresaría antes de un año en el mejor de los casos. Y una voz interior le decía que antes su cuerpo agotado debería bajar deshecho en cenizas a la paz del sarcófago. Algo triste, no obstante los valores de la fe que sustentaba, el venerable anciano hacía meditaciones graves y profundas acerca de la muerte.

Sólo Celia con sus visitas lograba arrancarlo por algunas horas de sus dolorosos pensamientos.

Con una sonrisa de sincera satisfacción se abrazaba se abrazaba a su nieta y se dirigían ambos hacia la ventana que daba al Tíber, y cuando la joven le hablaba de la alegría de su espíritu por poder orar en un lugar tan bello, Cneio Lucio acostumbraba a aclarar:

_ Hija, en otro tiempo sentía la necesidad del santuario doméstico con sus expresiones externas... No podía privarme de las imágenes de los dioses sin prescindir de la ofrenda de los más ricos sacrificios; hoy, sin embargo, reniego de todos los símbolos religiosos para auscultar mejor el propio corazón, recordando la enseñanza de Jesús a la samaritana al pie del Garizín, acerca de que ha de llegar el tiempo en que el Padre Todopoderoso no será adorado en los santuarios de piedra, sino en el altar de nuestro propio espíritu...Y el hombre hijita, para encontrarse con Dios, en lo íntimo de su conciencia jamás tendrá templo mejor que el de la naturaleza, su madre y maestra...

Tales conceptos eran expresados a cada instante en las conversaciones con su nieta.

Ella, por su parte, transformaba las esperanzas deshechas en aspiraciones celestiales, convirtiendo el sufrimiento en consuelo para el corazón del idolatrado anciano. Su espíritu fervoroso, con la sublime intuición de la fe que hacía que se ampliara su esfera de comprensión, adivinaba que el adorado abuelo no tardaría mucho en irse también camino hacia el túmulo. Lamentaba anticipadamente la ausencia de aquella alma cariñosa y amiga, convertida en refugio de su pensamiento desilusionado, mas, al mismo tiempo rogaba al Señor coraje y fortaleza.

En un día de gran abatimiento físico. Cneio Lucio vio que Marcia abría la puerta de su cuarto suavemente, con una sonrisa de sorpresa. Su hija mayor iba a anunciarle la llegada de alguien muy caro a su espíritu generoso. Era Silano, el hijo adoptivo, que regresaba de las Galias. El patricio ordenó que entrara con júbilo afectuoso y sincero. Se levantó trémulo para abrazarlo y él, con la vigorosa juventud de sus veintidós años, lo estrechó también entre sus brazos casi llorando de alegría.

_ ¡Silano, mi hijo, hiciste bien en venir!_ exclamó serenamente_ Mas, ¡cuéntame! ¿Viniste a Roma a cumplir alguna orden de tus jefes?

El joven explicó que no, que había solicitado una licencia para volver a ver a su padre adoptivo a quien extrañaba mucho, y expresó su propósito de quedarse en la capital del Imperio, si él lo consentía, porque su comandante en las Galias, Julio Saulo, era un hombre grosero y cruel, que lo sometía a constantes malos tratos con el pretexto de mantener la disciplina. Le rogó al padre que intercediese ante las autoridades para impedir su regreso.

Cneio Lucio lo escuchó con interés y respondió:

_ Haré todo en la medida de mis recursos para satisfacer tus justos deseos.

A continuación meditó profundamente, mientras su hijo adoptivo notaba su gran abatimiento físico.

Saliendo, sin embargo, de sus austeros pensamientos, Cneio Lucio agregó:

_ Silano, no desconoces el pasado; ya un día te hablé de las circunstancias que te trajeron a mi corazón paternal.

_ Sí_ respondió el joven con tono resignado_, conozco la historia de mi nacimiento, mas los dioses quisieron conceder al mísero repudiado del mundo, un padre cariñoso y abnegado como vos, y no maldigo mi destino.

El anciano se levantó y después de abrazarle conmovido, caminó por el cuarto con esfuerzo. En un determinado instante detuvo sus lentos pasos delante de un cofre de madera decorado con acanto, y lo abrió cuidadosamente.

De entre los pergaminos de esa caja fuerte retiró un pequeño medallón y se dirigió al joven con estas palabras:

_ Hijo mío, los abandonados no existen para la Providencia Divina. Ni siquiera pensando en tu pasado debes abrigar en tu interior ninguna amargura por tu suerte. Todos los destinos son útiles y buenos cuando sabemos aprovechar las posibilidades que el Cielo nos concede a favor de nuestra propia felicidad...

Y, como si hubiese arrojado su pensamiento al abismo de sus recuerdos más lejanos, prosiguió después de una pausa:

_ Cuando Marcia te atendió por primera vez en esta casa, encontró sobre tu pecho de recién nacido este medallón, que guardé para entregártelo más tarde. Nunca lo abrí, hijo mío. Su contenido no podía interesarme, pues sea cual fuere, habías de ser para mí un hijo muy amado...Ahora, sin embargo, siento que ha llegado la ocasión de entregártelo. Me dice el corazón que no viviré mucho tiempo. Debo estar agotando los últimos días de una existencia de tiempo. Debo estar agotando los últimos días de una existencia de cuyos errores pido perdón al Cielo con todas mis fuerzas. Si bien yo me encuentro cercano al túmulo, tú eres joven y tienes amplios derechos a la vida terrena...Posiblemente vivirás en Roma de ahora en adelante, y es muy probable que llegue el momento en que tengas necesidad de un recuerdo como este...Guárdalo, pues contigo.

Silano estaba tocado en las fibras más sensibles de su corazón.

_ Padre mío_ exclamó conmovido, tomando el medallón con cuidado_,

guardaré este recuerdo sin que me interese el contenido. Tampoco yo, de cualquier modo, reconocería otro padre sino vos mismo. En vuestra alma generosa encontré justamente el cariño maternal que me faltó en los días de mayor necesidad de la vida.

Ambos se abrazaron con ternura, y continuaron la conversación afectuosa sobre hechos interesantes de la provincia o de la corte.

Esa misma noche el patricio recibió la visita de Fabio Cornelio, a quien solicitó que se ocupara de las gestiones favorables para las pretensiones de su hijo adoptivo.

El censor, muy emocionado en vista de las solemnes circunstancias en que el pedido era hecho, examinó el asunto con el máximo interés, de modo que en poco tiempo obtuvo la transferencia de Silano para Roma. Lo empleó en los servicios de su propia gestión administrativa e hizo del joven un funcionario de su entera confianza.

Considerando el ingreso de este nuevo personaje en el círculo de sus relaciones familiares, Alba Lucinia recordó las confidencias de Tulia, mas procuró guardar con cuidado sus impresiones íntimas, y aceptó de buen grado la amistad respetuosa que Silano le prestaba.

En el hogar de Helvidio Lucio, sin embargo, la situación moral se complicaba cada vez más por las arremetidas de Lolio Urbico, que de ningún modo se decidía a abandonar sus ilícitas pretensiones.

Cierto día por la tarde, cuando Alba Lucinia y Celia regresaban de uno de sus habituales paseos, al Aventino, recibieron la visita del prefecto de los pretorianos, cuya fisonomía torturada demostraba inquietud y profundo abatimiento.

La joven se retiró hacia el interior, mientras la noble patricia iniciaba la conversación amistosa y dignamente. El prefecto, sin embargo, después de algunos minutos se dirigió a ella, casi desvariando, en estos términos:

_ Perdóneme la osadía reiterada e impertinente, mas no puedo evitar el imperativo de los sentimientos que avasallan mi corazón. ¡¿Será posible que la señora no pueda concederme una leve esperanza?!...En vano he procurado olvidarla... ¡El recuerdo de sus atractivos y de sus peregrinas virtudes está grabado en mi alma con caracteres poderosos e indelebles!... ¡El amor que la señora despertó en mí es una luz indestructible, ardiente, encendida, en mi pecho para toda la eternidad!...

Alba Lucinia escuchaba sus declaraciones amorosas llena de temor y de espanto, sintiéndose incapaz de expresar la repugnancia que esas afirmaciones le causaban.

Enceguecido, no obstante, por su pasión, el prefecto de los pretorianos continuaba:

_ La amo profunda y locamente... Desde hace mucho, desde que era joven, he hecho todo lo posible por olvidarla obedeciendo las líneas paralelas de nuestros destinos; pero el tiempo no hace más que aumentar esta pasión que invade y anula todos mis buenos propósitos. ¡Confío ahora en su magnanimidad y quiero guardar en mi mísero pecho una tenue esperanza!... ¡Atienda mis súplicas! ¡Concédame una mirada! Su indiferencia hiere mi corazón con la dolorosa perspectiva de no poder realizar nunca el sueño divino de toda mi vida... ¡La adoro! Su imagen me persigue por todas partes como una sombra... ¿Por qué no puede corresponder a la dedicación sublime que vibra en mi alma? ¡Helvidio Lucio no podría ser nunca el corazón destinado al suyo en lo que se refiere a la comprensión y al amor!... Quebremos la barrera de convenciones que nos separan, vivamos los anhelos de nuestra alma. ¡Seamos felices con nuestra unión y nuestro amor!...

Estupefacta, Alba Lucinia callaba, sin atinar con las respuestas precisas por la tortura de sus emociones.

Mientras tanto por detrás de las cortinas se desarrollaba una significativa escena.

Dirigiéndose distraídamente hacia la sala de recepciones. Celia sorprendió la actitud de Hateria, que cual sombra se había detenido en el corredor para escuchar las palabras del prefecto proferidas en voz alta e imprudente.

Al aproximarse al lugar ella también escuchó las últimas frases apasionadas del marido de Claudia, y se puso pálida por la dolorosa sorpresa.

A pesar de haber oído claramente cuanto el prefecto había pronunciado, notó que su madre se mantenía en un extraño silencio. ¿Sería posible una relación amorosa bajo ese techo? Su corazón inocente no deseaba dar cabida a pensamientos inferiores e injuriosos para la castidad materna. Deseaba orar antes que nada, con el fin de no caer en juicios precipitados y menos dignos; pero urgía apartar a la criada de allí antes de que la situación se complicase hasta el punto de provocar la maledicencia y la curiosidad de los propios siervos.

_ Hateria, ¿qué haces aquí?_ preguntó bondadosamente.

_ Vine a traer las flores de la patrona_ respondió fingiendo despreocupación_, mas temía perturbar la tranquilidad de la señora y del señor prefecto, que tanto se estiman.

La cómplice de Claudia Sabina subrayó las últimas palabras con tanta simplicidad que la propia Celia, en la santa ingenuidad de su alma cariñosa, no percibió ninguna malicia.

_ Está bien. Dame las flores que yo misma las entregaré a mamá.

Hateria se retiró inmediatamente para evitar sospechas, mientras Celia colocaba las rosas en un jarrón de la antesala. La joven se retiró a su cuarto con el corazón oprimido, derramando en su sincera oración las lágrimas dolorosas de su alma intranquila.

El silencio de su madre la había impresionado profundamente. ¿Sería posible que ella amase a aquel hombre? ¿Habrían surgido divergencias íntimas tan profundas entre sus padres como para que una hecatombe sentimental se abatiese sobre esa casa siempre favorecida por afectos tan puros?...No había escuchado que su madre respondiera al conquistador con la energía merecida. Ese mutismo turbaba su corazón. ¿Sería posible que las pasiones del mundo hubiesen dominado a su progenitora, tan digna y tan sincera, en ausencia de su padre? Las más penosas conjeturas poblaban su mente sobreexcitada y dolorida.

Sin embargo, hizo el propósito íntimo de no dejar traslucir sus dudas e inquietudes. Su corazón de hija rehusaba creer en la falta materna, pero asimismo pensaba, de acuerdo con los preceptos cristianos, que si Alba Lucinia algún día cometiese alguna falta, habría llegado el momento de testimoniarle el más santificado amor filial con la sublime demostración de una renuncia suprema.

Albergando esas determinaciones su espíritu cariñoso se sintió confortado y recordó las preciosas enseñanzas de Jesús.

En tanto, la esposa de Helvidio, sin que la hija llegase a escuchar sus palabras indignadas, después de una larga pausa, replicó con energía:

_ Señor, he tolerado siempre vuestros insultos con resignación y caridad, no sólo por los lazos que os ligan a mi padre, sino también por la cordialidad existente entre vos y mi esposo; mas la paciencia también tiene sus límites.

¡¿Dónde adquirió tan bajo nivel vuestra dignidad de patricio, inconcebible en los más viles malhechores del Esquilino?! Allá, en el ambiente provinciano, nunca supuse que en Roma los hombres de gobierno se valiesen de sus prerrogativas para humillar mujeres indefensas con la hediondez de pasiones inconfesables.

¿No os avergonzáis de vuestra conducta, intentando enlodar la reputación de una casa honesta y de una mujer que se honra en cultivar las más elevadas virtudes domésticas? ¡En qué condiciones intentáis ese crimen inaudito! ¡Vuestras increíbles declaraciones en ausencia de mi marido representan una vergonzosa traición y la más torpe de las cobardías!...

¡Advertid bien mi actitud para vuestro increíble proceder! ¡Las puertas

acogedoras de esta casa que se abrieran constantemente para recibiros como amigo, están abiertas para expulsaros como un monstruo!...

Con las mejillas encendidas, Alba Lucinia ponía de manifiesto su indeclinable resolución en tan angustiosas circunstancias, Indignada, le señalaba la puerta al conquistador, invitándolo a retirarse.

_ Señora, ¿es así como ser recibe un amor sincero?_ masculló Lolio Urbico con voz sorda.

_ No conozco el código de los delitos y nunca pude comprender la amistad por el camino de la injuria_ aclaró la noble señora con el heroísmo de su energía femenina.

Escuchándola y comprobando su indomable virtud, el prefecto de los pretorianos abrió la puerta para retirarse y exclamó colérico.

_ Ha de oírme con más benevolencia en otra ocasión. ¡Tengo inagotable paciencia!

Y salió precipitadamente hacia las sombras de la noche, que ya se había cerrado sobre el cielo oscuro.

Cuando se vio sola la patricia dio libre expansión a las amargas lágrimas que reprimía en su interior. La nostalgia del marido, las preocupaciones morales, la falta de un corazón amigo que pudiese compartir sus amarguras, todo contribuía a hacer más densas las nubes que oscurecían sus pensamientos.

En vano su hija intentó consolarla en sus angustiosas inquietudes. Tres días pasaron amargos y tristes.

Celia podía apreciar la angustia materna, pero no conseguía establecer la causa de sus pesares, y se sentía todavía atormentada y confusa por las declaraciones del prefecto. Sin embargo, se abstenía de cualquier pensamiento que pudiese disminuir la dignidad de su madre. Intentó olvidar el asunto multiplicando sus demostraciones cariñosas.

Alba Lucinia, por su parte, consideraba con amargura la nefasta influencia que Lolio Urbico y su mujer ejercían en los destinos de su familia, y rogaba con fervor a los dioses tutelares compasión y misericordia.

La situación proseguía con las mismas características dolorosas cuando, un día, el viejo siervo Belisario, persona de confianza de Cneio Lucio y de sus familiares, les avisó que el estado de salud del anciano se había agravado inesperadamente. Marcia les comunicaba el hecho esperando que fuesen al Aventino con la mayor urgencia posible.

Una hora más tarde la litera de Helvidio estaba en camino.

Al rato Celia y su madre estaban enfrente del bondadoso anciano, que las

recibió con una amplia sonrisa a pesar de su visible abatimiento orgánico. La cabeza encanecida reposaba en la almohada de donde no se podía erguir más, pero sus manos arrugadas y blancas acariciaban a la nuera y la nieta con inefable ternura. Alba Lucinia notó su agotamiento general, sorprendiéndose por su aspecto. La fulguración extraña de sus ojos provocaba las más tristes perspectivas.

El enfermo respondió a las primeras preguntas con serenidad y lucidez:

_ No hubo nada que justificase tantos temores de Marcia...Creo que mañana mismo habré recuperado el ritmo normal de vida. El médico ya me vio y recetó lo necesario y oportuno...

Y notando el profundo abatimiento de la esposa de Helvidio, agregó:

_ ¿Qué es esto, hija mía? ¿Vienes a atender a un doliente más enferma y abatida que él mismo?...Tu delgadez me preocupa... ¡Tienes los ojos hundidos y la cara descolorida y triste!...

En ese momento, percibiendo que el abuelo deseaba dirigirse más íntimamente a su madre, Celia se apartó junto a Marcia, quien le confió sus temores sobre el estado de salud del venerable anciano.

Alba Lucinia se sentó en la orilla del lecho y besó la diestra del enfermo con amor y ternura.

Quería borrar la impresión que le había causado, pretextar una jaqueca o agregar cualquier otro motivo trivial con que pudiese justificar su abatimiento, pero una soberana tristeza se apoderaba de su espíritu. Además de todos sus pesares, algo le decía a su corazón que su anciano suegro, amado como un padre, estaba a punto de partir hacia las sombras del túmulo. Ante esa dolorosa perspectiva, sus ojos lo contemplaban con la piadosa ternura de su corazón femenino. En vano buscó un pretexto en su interior para no perturbarlo con sus amarguras. Mientras tanto, una mirada extraña y fulgurante de Cneio Lucio parecía escrutar la verdad en sí misma.

_ ¿Callas, hija?..._ murmuró él después de esperar unos minutos la respuesta a sus cariñosas preguntas._ ¿Alguien llegó a herir tu corazón afectuoso y desvelado? Tu silencio me da a entender un dolor moral muy grande...

Sintiendo que el enfermo percibía el angustioso estado de su alma, Alba Lucinia dejó rodar una lágrima, hija de su lacerado corazón.

_ Padre mío, ¡no os preocupéis por mí, ni os asustéis por esta lágrima! Me siento presa de las más extrañas y torturantes ideas...

¡La ausencia de Helvidio, los problemas del hogar y ahora vuestra salud abatida, constituyen para mí un cúmulo de pensamientos amargos e indefinibles!... ¡Pero los dioses han de apiadarse de nuestra situación,

protegiendo a Helvidio y devolviéndose la preciosa salud!...

_ ¡Sí, hija, mas no es sólo eso lo que te aflige_ replicó Cneio Lucio con una mirada serena y penetrante_, otras penas pesan sobre tu corazón!... Hace mucho tiempo que vengo meditando en el contraste de la vida que llevabas en la provincia con la que tienes aquí, en el infierno de nuestras convenciones sociales... ¡Tu espíritu sensible, por cierto, se está hiriendo con las espinas de los caminos ásperos de nuestros tiempos de decadencia y de dolorosas contradicciones!...

Y como si su análisis la hubiera explorado más profundamente agregó:

_ ¿Ya escuchaste decir que tenemos varias vidas terrenas?

_ ¿Cómo, padre mío? No comprendo.

_ Sí, algunos filósofos antiguos han dejado en el mundo esas verdades consoladoras. ¡Luché contra ellas desde la época de mis estudios de juventud, fiel a nuestras tradiciones más respetables; sin embargo, la vejez y la enfermedad poseen también sus grandes virtudes!... Las experiencias humanas me han enseñado que necesitamos varias existencias para aprender y purificarnos... Ahora que me encuentro en el umbral del sepulcro, las más profundas meditaciones invaden mi mente. La cuestión de las vidas sucesivas se me aclaró con toda la belleza de sus prodigiosas consecuencias. La vejez me hace sentir que el espíritu no se modifica tan sólo con las lecciones o con las luchas de un siglo, y la enfermedad me hace ver al cuerpo como pobre vestimenta que se deshace con el tiempo. Viviremos más allá del túmulo con nuestras impresiones más vivas y más sinceras, y volveremos a la Tierra para continuar las mismas experiencias en favor de nuestra evolución espiritual.

Percibiendo que su nuera escuchaba sus conceptos filosóficos, profundamente sorprendida el venerable anciano destacó:

_ Estas consideraciones, hija, me llegan de lo íntimo para aclararte que, a pesar de la decrepitud portadora de la muerte, tengo el espíritu vivaz y repleto de las mismas disposiciones y esperanzas.

Sin la certeza de la inmortalidad, la vida terrestre sería una comedia estúpida y dolorosa. Mas yo sé que más allá del túmulo otra vida florece y nuevas posibilidades se brindarán a nuestro ser.

Por esa razón vibro con tus dolores de ahora, creyendo, sin embargo, que en el futuro la Providencia Divina nos concederá nuevas experiencias y nuevos caminos... Los que hoy nos odian y nos persiguen podrán ser convertidos al bien por nuestro amor dedicado y compasivo. ¿Quién sabe? Después de esta vida podremos volver rescatando nuestros corazones para el Cielo y auxiliando a la redención de los enemigos. ¡Tengamos fe, piedad y esperanza, considerando que el tiempo debe ser para nosotros un

patrimonio divino!... De acuerdo con el elevado principio de las vidas múltiples, los lazos de sangre nos brindan las más sublimes posibilidades de transformar la torpeza del odio o de los sentimientos inconfesables, en agradables cadenas de abnegación y de amor...

Sin fuerzas físicas para defender a mis queridos hijos de las celadas y peligros del mundo, tengo afectuosas esperanzas en el porvenir todavía lejano, sin perder la fe en la sabiduría que rige los trabajos y las pruebas de la existencia terrena.

Cneio Lucio estaba fatigado. Las sabias e inspiradas palabras salían de su garganta con indescriptible dificultad. Además, Alba Lucinia no comprendía sus exhortaciones cariñosas y transcendentes. Las atribuía, íntimamente, a posibles alteraciones mentales debidas a su estado físico. Se mostró más fuerte considerando sus propias amarguras, y le hizo notar al anciano que su estado requería reposo y debería abstenerse de esfuerzos prolongados e inadecuados para el momento.

El sabio patricio percibió la incomprensión de su nuera y esbozó una sonrisa cariñosa y resignada.

Luego, la esposa de Helvidio confió a los de la casa sus impresiones relativas al estado mental del enfermo, lo que, conforme aclaró Marcia, no era sorpresa, desde que el generoso anciano había manifestado sus simpatías por las doctrinas cristianas.

Solamente Celia comprendía la situación y corrió a consolarlo. Con su ternura inmensa abrazó al abuelo, mientras é advertía:

_ Sé por qué me abrazas y me besas así... ¡Es una lástima que todos los nuestros no puedan comprender los principios que nos iluminan y consuelan el corazón!... A los otros no es conveniente que les hable con la franqueza con que cambiamos nuestros pensamientos... A ti, por lo tanto, me cumple confesarte que mi cuerpo está viviendo las postreras horas. Dentro de poco habré partido hacia el mundo de la verdad, donde cesan todos los convencionalismos humanos. ¡En vez de confiarte a tus padres, confío mis hijos a tu corazón!... Siento que Helvidio y Lucinia sufren muchas amarguras en el ambiente de Roma, del cual hace mucho tiempo se habían desacostumbrado... Sacrifícate por ellos, hijita... Si sobrevinieren situaciones difíciles, ámalos todavía más...Tú, que me iniciaste en el Evangelio, recordarás que Jesús se afirmaba como el remedio de los enfermos y pescadores... Su palabra misericordiosa no era para los sanos, sino para los dolientes, y sus manos, para salvar las ovejas extraviadas de su aprisco divino... No temas a la renuncia o al sacrificio de todos los bienes del mundo... El dolor es el precio sagrado de nuestra redención... Si Dios se apiada de mi indigencia espiritual, vendré desde el misterio del túmulo para fortalecerte con mi amor, si fuera preciso...

Mientras la nieta, altamente emocionada, pero serena e su fe, los

escuchaba, el venerable patricio continuó después de una larga pausa:

_ Desde ayer siento que voy penetrando en una vida nueva y diferente... Oigo voces que me llaman desde lejos, y seres imperceptibles para los otros rodean mi lecho, desolados... Presiento que el cuerpo no tardará en caer en agonía... mas, antes de eso, quiero decirte que estarás siempre en el corazón de tu abuelito, sea donde y como fuere.

Su palabra se tomaba lenta y jadeante, mas la joven, comprendiendo la situación del querido enfermo, sostenía su cabeza blanca de nieve con más cuidado y mayor ternura.

Celia murmuró con dificultad_, todos los deseos referentes a la vida... material... están expresados... en una carta a Helvidio. En el cofre de mis recuerdos... Mi conciencia de pecador... está en oración y sé... que Jesús no despreciará mis súplicas... Pero desearía... que recitases la oración del Señor en esta hora extrema...

Sus labios se movían con dificultad, como si la declinación súbita de las energías le impidiese hablar, mas su nieta, alma templada en la fe ardiente y en las grandes emociones de las angustias terrestres, comprendió la mirada serena y agonizante, y comenzó a murmurar conteniendo las propias lágrimas:

_ Padre nuestro que estás en los Cielos, santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad así en la Tierra como en el Cielo...

Terminó tranquilamente, como si sus palabras hubieran alcanzado el Paraíso.

El anciano detuvo en ella una mirada cariñosa, como si en el silencio de la hora extrema hubiera concentrado en su afecto los últimos pensamientos.

Cuidadosamente Celia acomodó las almohadas, y después de darle un beso húmedo por el llanto, fue a contarle a su madre lo que ocurría.

Cneio Lucio había caído en su abatimiento profundo. La implacable disnea le impedía hablar, y entró en una lenta agonía que habría de durar más de setenta horas...

De nada valieron los recursos médicos de la época, con sus fricciones y brebajes. Poco a poco el moribundo perdía vitalidad en medio de las más dolorosas aflicciones.

Las lágrimas de Marcia y Publicia se mezclaban con las de Alba Lucinia y su hija, ante los grandes padecimientos del querido anciano. Un siervo fue enviado a toda prisa hacia Capua para avisarles a Cayo Fabricio y su mujer, que podrían, tal vez, llegar a Roma para asistir a los postreros homenajes.

En la mañana del tercer día de la dolorosa agonía, como suele acontecer con las personas de edad avanzada, Celia percibió que al abuelo le quedaban pocas horas de existencia terrestre. La respiración era casi imperceptible y un frío intenso comenzaba a invadir sus pies y sus manos.

Todos los familiares comprendieron que había llegado el momento supremo... Marcia, con resignada amargura, se sentó junto a su venerado progenitor y, cariñosa, acomodó su cabeza entre sus rodillas, mientras Celia tomaba sus manos frías y arrugadas... Con el alma en fervoroso ruego, suplicaba a Jesús que recibiese a su abuelo en la luz de su misericordia. La joven cristiana, en el éxtasis de su fe, vio que la espaciosa habitación se llenaba de claridades extrañas e indefinibles. Le parecía divisar seres luminosos, aéreos, que cruzaban la alcoba en todas las direcciones... A veces llegaba a percibir sus rasgos fisonómicos, aunque no los identificaba, y se sorprendía con la visión de túnicas de inmaculada blancura, semejantes a largos peplos de nieve translúcida...

Sin embargo, entre esos seres radiantes entrevió a alguien que le era conocido. Era Nestorio, que la consolaba con una afectuosa sonrisa. Comprendió, entonces, que los bien amados que nos preceden en el túmulo vienen a dar la bienvenida a los han llegado a su último día en la Tierra... En aquel minuto luminoso, su corazón estaba henchido de carioso júbilo y de radiantes esperanzas... Deseaba hablarle a la figura de Nestorio para preguntarle por Ciro, mas se abstuvo de pronunciar ninguna palabra, temerosa de que su bendecida visión se deshiciese... Con todo, como si los pensamientos más íntimos fuesen oídos por su amigo desencarnado, percibió que el ex esclavo le hablaba, y escuchaba su voz extrañamente, como si el fenómeno obedeciese a un nuevo medio de audición intercerebral.

_ Hija_ parecía decirle afectuosamente el espíritu de Nestorio_,

¡Ciro ya ha venido y lo verás pronto!... ¡Serena tu corazón y mantén tu fe sin rechazar el sacrificio!... ¡Adiós!... ¡Junto con algunos amigos protectores aquí venimos a buscar el corazón de un justo!...

Con sus ojos nublados por el llanto la hija de Helvidio notó que Nestorio se abrazaba al moribundo, mientras una fuerza invisible la arrancaba del éxtasis y la hacía volver a la vida común.

Como si hubiera llegado de otro plano, escuchó que Marcia y su madre lloraban y se dio cuenta de que el moribundo había dejado escapar el último suspiro.

Cneio Lucio, con la conciencia depurada por los numerosos padecimientos de una larga vida, partió al amanecer, cuando el maravilloso sol romano comenzaba a dorar las elevaciones del Aventino con los primeros besos de la aurora.

Entonces un pesado luto se abatió sobre el palacio que por tantos años había servido de nido a sus grandes sentimientos. Durante ocho días, sus despojos permanecieron expuestos para posibilitar el homenaje de la gente, en el cual se confundían nobles y plebeyos, y todos llevaban un pensamiento agradecido.

La noticia del infausto acontecimiento fue enviada a Helvidio pro el correo propio del emperador. Cayo y su esposa llegaron de Campania para asistir a los postreros homenajes al ilustre y querido muerto.

Cneio Lucio no había tenido el consuelo de la presencia de Helvidio, pero Cornelio se preocupó por tomar todas las providencias para que no le faltasen honras de Estado. Así, el venerado patricio, justamente conocido y estimado por sus virtudes morales y cívicas, antes de bajar al túmulo recibió los homenajes de la ciudad entera.

.

CAPITULO II - CALUMNIA Y SACRIFICIO.

.

Cuando llegó la noticia del fallecimiento de su padre. Helvidio Lucio se encontraba entre Tesalia y Beocia. Era inútil pensar en ir a Roma para confortar el corazón desolado de los suyos, no solamente porque habían pasado ya muchos días, sino también debido a las intensas tareas en el cargo que se le había confiado por los caprichos del emperador.

Entre los mármoles y preciosidades de las antigua Fócida, de cuyas ruinas seleccionaba el material aprovechable para las obras de Tíbur aplicando toda su habilidad, sentía en el corazón un vacío inmenso. Su progenitor era para él un amparo y un símbolo. Aquella muerte le dejaba en el alma una añoranza imperecedera.

Los largos meses de separación de su hogar transcurrían pesadamente.

En vano se abocaba al trabajo para huir del desaliento que a menudo invadía su corazón.

Aunque la comitiva imperial permanecía en Atenas junto a Adriano, él nunca estaba libre de las convenciones sociales y políticas en el marco de sus prolongadas actividades. Sobre todo Claudia Sabina nunca lo abandonaba en la tarea de esfuerzo común; cooperaba en su trabajo con decisión y con éxito, reconquistando su simpatía y amistad de otros tiempos. Si bien admiraba su capacidad de trabajo, Helvidio Lucio no podía transigir en lo tocante a los sagrados deberes conyugales, ya que guardaba la imagen de la esposa en el santuario de sus recuerdos más queridos con lealtad y veneración. Recibía sus cartas afectuosas y confidenciales como un estimulo indispensable para su tarea, y acariciaba la esperanza de regresar a Roma en breve tiempo como alguien que aguardase,

ansiosamente el día de paz y libertad.

Desde hacía mucho, sin embargo, el generoso patricio se sentía cargado de inquietudes y de sombras.

La esposa de Lolio Urbico había modificado sus métodos de seducción, y se presentaba entonces a sus ojos como amiga devota y fiel, hermana en sus ideales y preocupaciones. En su interior la antigua plebeya conservaba la pasión desvariada de siempre, acompañada de los mismos propósitos de venganza para con Alba Lucinia, a quien consideraba como usurpadora de su felicidad.

El tribuno, entretanto, observando su dedicación reiterada y aparentemente sincera, comenzó a creer en su desinterés y comprobó la confortadora transformación de sus sentimientos, debida a su profunda capacidad de disimulo. Sin embargo, Claudia Sabina continuaba amándolo desatinadamente. El constante aplazamiento de sus esperanzas reprimía su pasión con más violencia. En su interior experimentaba los padecimientos de una leona herida, ya que a cada embestida de su afecto. Helvidio le hacía percibir el carácter sagrado de las obligaciones matrimoniales de ambos, indiferente a su mirada ansiosa y a sus aspiraciones inconfesables. Sabía tan sólo que amaba a Helvidio Lucio con todos los impulsos de su temperamento lascivo. Para realizar sus vergonzosos propósitos, no retrocedería. Odiaba a Alba Lucinia y no vacilaría en tomar la venganza más cruel que consiguiese restituirle las delicias del antiguo amor, hecho de egoísmo y de violencia.

Claudia había percibido que el tribuno, apegado a las concepciones del deber, podría ser vencido por una disimulación a toda prueba, y por eso rodaba a Helvidio de afectuosas atenciones y dedicación constante. Cuando accidentalmente se refería a su esposa ausente, tenía el cuidado de elogiarla, esforzándose por subrayar los conceptos con el mejor tono de sinceridad.

De ese modo el hijo de Cneio Lucio se fue prendiendo nuevamente en la tela de encantos de esa mujer y le concedió una atención indebida, sensibilizado en las fibras más íntimas del corazón, aunque nunca llegó a olvidar sus obligaciones sagradas.

Claudia Sabina, sin embargo, alimentaba nuevas esperanzas. Pensaba que bastaría apartar de su camino la figura incómoda de Alba Lucinia para asegurar su bastarda felicidad.

Cierto día la esposa del prefecto fingiendo distracción en sus palabras, como de costumbre, le dijo a Helvidio en una conversación íntima:

_ La última carta de una de mis amigas de Roma me da a conocer un pormenor curioso de la vida de mi marido. Musonia me comenta que Urbico pasa en su casa casi todo el tiempo de que dispone después de sus labores

de Estado.

_ ¿En mi casa?_ preguntó el tribuno ruborizado, adivinado la malicia de semejante información.

_ Sí_ respondió Claudia aparentando la mayor indiferencia_, siempre noté en mi marido singular predilección por su familia. Lucinia y su hija siempre fueron blanco, de especiales gentilezas suyas. Por un lado, eso no nos puede sorprender. Desde hace muchos años Fabio Cornelio ha sido su mejor amigo.

_ Sí, eso es indudable_ exclamó Helvidio, algo contrariado con semejantes alusiones a su hogar.

Sabina percibió que aquel instante era favorable para iniciar su tenebroso plan y, fingiendo interés por la paz doméstica de Helvidio Lucio, agregó sin piedad:

_ Amigo mío, aquí entre nosotros, debo decirle que mi marido no es exponente de las más preciosas costumbres del ambiente romano. Imagínese cuánto me cuesta hacerle esta confidencia, pero deseo velar por la paz de su hogar por encima de todo. Hipócrita e impulsivo por naturaleza, Lolio Urbico ha hecho numerosas víctimas en el campo de sus aventuras de conquistador inveterado. La frecuencia con que visita su casa me hace tener por su mujer y por su hija.

Helvidio se puso pálido, pero Claudia, notando el efecto de sus palabras, prosiguió cruelmente:

_ Vivimos una época de temibles sorpresas, en la cual las más sólidas reputaciones caen imprevistamente... Desde que me casé con el prefecto estuvo sometida a una serie de pruebas. Sus aventuras amorosas me han acarreado grandes sinsabores, dado que el clamor de las víctimas repercutió en mi corazón...

_ ¡Por Júpiter!_ murmuró el tribuno fuertemente impresionado_, no puedo contestar a sus apreciaciones, mas quiero creer que Fabio Cornelio no se pudo engañar en tantos años haciendo del prefecto uno de sus mejores amigos.

_ Sí, ese argumento parece de peso a primera vista_ respondió Sabina con argucia_, pero conviene recordar que usted, amigo mío, ha recomenzado su vida en la capital del Imperio después de muchos años acostumbrado a la tranquilidad de la provincia. El tiempo demostrará que el censor y el prefecto se han identificado mucho a través de todos los intereses del Estado. Ambos han sido compelidos a respetarse y a quererse mutuamente, mas con respecto de la conducta individual, saben los dioses de la realidad de mis afirmaciones.

Helvidio Lucio desvió la conversación hacia otros asuntos, reconociendo

la delicadeza de esas observaciones sobre la honorabilidad de otro y a propósito de su hogar; pero cuando Sabina se retiró se sintió envenenado por preocupaciones injustificables y profundas. ¿Qué significaban las visitas reiteradas de Lolio Urbico a su casa? ¿Por ventura Alba Lucinia se habría olvidado de sus sagrados deberes? ¿Fabio Cornelio se dejaba arrastrar tanto por los intereses materiales, al punto de olvidar el nombre y las respetables tradiciones de la familia? En la mente del tribuno, las numerosas reflexiones íntimas se mezclaban como en una tormenta. Felizmente, esa dolorosa ausencia estaba por finalizar. Elio Adriano ya había dado las órdenes para que enviasen de Italia las galeras para el regreso.

En Roma, entretanto, la situación de Alba Lucinia y su hija llegaba al máximo del sufrimiento moral. Varias veces Celia había escuchado las conversaciones de su madre con el impío conquistador, mas dada su timidez no podía percibir el rechazo de su progenitora ante la infamia y la cruel osadía. Lucinia, por su parte, algunas veces se había encontrado con que el prefecto de los pretorianos visitaba su casa, mientras ella estaba con sus amigas durante una ausencia corta. Entonces el implacable perseguidor conversaba con su hija, que lo atendía con la tolerancia de sus buenos sentimientos para no herir el corazón materno, pues era evidente que la esposa de Helvidio temía sinceramente la presencia de aquel hombre cruel, transformado en demonio de su hogar.

La noble señora, abatida y doliente, pensó en exponer la situación a su anciano padre. Además consideraba que el censor ya debía haber percibido desde hacía mucho tiempo su situación angustiosa desde el punto de vista moral, y suponía, por lo tanto, que si él guardaba silencio, era que le sobraban poderosas razones para ello.

Muchas veces había intentado hablarle a su hija sobre tan delicado asunto, suponiéndola también víctima de las persecuciones insidiosas del enemigo de su paz; pero Celia, debido a su natural recto, jamás les dio oportunidad a las confidencias maternales, desviando el curso de las conversaciones y multiplicando las demostraciones de cariño para con ella, en cuyo corazón adivinaba la más angustiosas inquietudes.

Finalmente, cuando faltaban dos meses para el regreso definitivo de Helvidio, Alba Lucinia debió guardar cama, extremadamente abatida.

Hacía más de un año que el emperador se había ausentado.

Habían sido catorce meses de angustia para la hija de Fabio Cornelio, cuya salud no había podido resistir el embate de pruebas tan penosas. Celia, igualmente, tenía las mejillas descoloridas y tristes. En sus rasgos podía observarse su debilitamiento orgánico. Las preocupaciones filiales se traducían en sus largas noches de insomnio, que acabaron por arruinarle la salud antes vigorosa. Con su ternura innata, hacía todo lo posible por

consolar a su madrecita enferma.

De los puertos de Italia habían sido enviados cuatro grandes galeras para el regreso de Adriano y su comitiva. La primera embarcación llegada al litoral del Ática fue disputada por los elementos más ansiosos por retornar al ambiente romano, entre los cuales se encontraba Claudia Sabina, que pretextaba la necesidad de volver cuanto antes por los requerimientos de su círculo doméstico.

Helvidio Lucio se extraño por esa prisa, mas no podía adivinar el alcance de sus planes. Él también hubiera querido regresar urgentemente, pero estaba obligado a aceptar la invitación del emperador para hacerle compañía en la embarcación del honor, que llegaría a Ostia ocho días después que las primeras galeras.

Transcurridos algunos días, la mujer del prefecto de los pretorianos, llegó a la capital del Imperio con la anticipación de una semana, justo para pensar en la realización de los siniestros proyectos de venganza que atormentaban su mente. El marido la recibió con la frialdad habitual y los siervos de la casa, con la angustia que su presencia les provocaba.

Claudia Sabina buscó los medios para hacerle llegar a Hateria la noticia de su vuelta y le pidió encarecidamente que la visitara con la mayor urgencia posible:

Frente a su cómplice, a quien dispensaba el máximo de generosidad, la antigua plebeya le dijo ansiosamente:

_ Hateria, ha llegado el momento de jugar la última carta en mi partida. Realizaré mis proyectos sin vacilar en las acciones que se llevarán a cabo y, en cuanto a ti, recibirás ahora el premio de tu dedicación.

_ Sí, señora_ respondió la sierva con una mirada codiciosa, pensando en la recompensa.

_ ¿Cómo está la mujer de Helvidio?

_ La patrona está muy abatida y doliente.

_ En buena hora_ murmuró Sabina satisfecha_, eso favorece la ejecución de mis planes.

Y después de fijar en su cómplice sus ojos ansiosos, agregó de manera singular:

_ Hateria, ¿estás preparada para lo que pueda suceder?

_ Sin duda, mi señora. Entré en la casa del patricio Helvidio Lucio exclusivamente para serviros.

_ No te arrepentirás de eso_ dijo Sabina con decisión._ Escúchame:

estamos al término de la misión que te retiene junto a Alba Lucinia. Espero de tu esfuerzo el último servicio de colaboración en mi tarea de amplio desagravio del pasado doloroso. He sido generosa contigo, pero deseo asegurar tu futuro por los buenos servicios que me has prestado. ¿Qué deseas para descanso de tu vejez en el seno de la desamparada plebe?

Después de pensar un momento, la anciana sierva murmuró satisfecha, como si ya hubiese realizado en su interior todos los cálculos imprescindibles para una muy exacta respuesta:

_ Señora, sabéis que tengo una hija casada, cuyo marido viene luchando con la mayor miseria en días de tormento y de pobreza. Valerio, mi yerno, tuvo siempre gran amor a la vida de campo; mas, en su penosa condición de liberto pobre jamás consiguió ahorrar lo suficiente para adquirir un terreno, donde pudiese concretar la felicidad de la familia. Mi ideal, es , por lo tanto, poseer un sitio alejado de Roma, donde pueda refugiarme junto a mis hijos y nietos, que me estimarán como hoy, en mis cercanos días de decrepitud y de invalidez para el trabajo.

_ Tus deseos serán satisfechos_ exclamó la mujer del prefecto, mientras Hateria la escuchaba llena de alegría_, voy a averiguar el costo de un sitio apacible y, en el momento oportuno, te daré la cantidad necesaria.

_ ¿Y qué debo hacer ahora para lograr semejante ventura?

_ Escucha_ dijo Claudia con gravedad_, dentro de una semana Helvidio Lucio estará de vuelta. En la tarde de su llegada deberás verme para recibir instrucciones. Ese mismo día tendrás el dinero necesario para realizar tus deseos. Por ahora vete en paz y confía en mí.

Hateria estaba radiante con las perspectivas de su futuro, sin tener en cuenta los medios criminales que habría de emplear para conseguir sus fines.

Al día siguiente por la mañana, una litera modesta salía de la residencia de Lolio Urbico en dirección a Suburra.

Es innecesario aclarar que se trataba de Claudia Sabina que se dirigía a la conocida casa de la vendedora de sortilegios, con quien habría de concluir sus siniestros proyectos.

La hechicera de Cumas la recibió sin sorpresa, como si la estuviese esperando.

Después de sugerir sus ávidas manos en el aluvión de sestercios que Claudia le había llevado, Plotina se concentró delante del trípode que ya conocemos y enseguida dijo:

_ ¡Señora, el momento es único! En cuanto a lo que a vos os cumple hacer, deberemos cuidar todos los pormenores para que no se pierdan

nuestros mejores esfuerzos.

Claudia Sabina se puso a meditar en un minucioso plan que la hechicera sometía a su criterio.

Plotina hablaba en voz baja, como si recelase de las propias paredes, tal era la ignominia delas criminales sugerencias.

Terminada la larga exposición, la consultante preguntó pensativa:

_ ¿Pero no sería mejor exterminar a mi rival? Tengo alguien en su casa que se podrá encargar del último golpe. Sé que conoces los filtros más violentos y que me los puedes proporcionar hoy mismo.

_ Señora, vuestras reflexiones son razonables, mas debéis recordar que la muerte del cuerpo sólo es útil para los asuntos de orden material, y en nuestro caso, ellos son de orden espiritual, por lo que se hace indispensable un golpe infalible. ¿Quién nos asegura que el hombre amado volverá a vuestros brazos si la compañera desciende a las cenizas del túmulo? Los que parten para el Más Allá acostumbran a dejar una nostalgia duradera, alimentando siempre una pasión inextinguible.

Mientras la esposa del prefecto consideraba las extrañas insinuaciones como ciertas y justas, Plotina continuaba:

_ Para que vuestra ventura sea efectiva es preciso insuflar odio en el corazón del hombre deseado. Para alcanzar ese objetivo se hace necesario flagelar el alma, abatiéndola y destruyéndola.

_ Sí, tus advertencias son muy razonables y no debo despreciarlas, mas de conformidad con tu plan, mi marido deberá desaparecer...

_ ¿Y qué os importa eso si su muerte se hace necesaria? ¿No forzáis el destino para gozar la posible felicidad con otro hombre?

_ Sí, tu proyecto es lo mejor, porque llegaste a prever todas las consecuencias.

Y, como si apostrofase a la figura imaginaria de su rival, víctima de su locura y de su odio, agregó con los ojos perdidos en el vacío:

_ ¡Alba Lucinia deberá vivir!... ¡Relegada a un plano inferior con su vergüenza, padecerá el desprecio y la execración que yo he padecido!...

Plotina se levantó. De un exquisito armario retiró frascos y paquetes que entregó a su cliente con indicaciones especiales.

Aceptando de buen grado el odioso plan, Claudia Sabina salió prometiendo volver.

Pasados unos días, Elio Adriano con su imponente comitiva entraba por la Puerta Ostia, aclamado por la compacta muchedumbre compuesta por el

patriciado y por el pueblo.

El emperador, dada su predilección por las reliquias de la antigüedad, recomendó a Helvidio que se encargase de dirigir el servicio de descarga de las piezas curiosas de Fócida destinadas a Roma. El tribuno, sin embargo, delegó la tarea a uno de sus subordinados de confianza y se dirigió a la ciudad para abrazar a su esposa y a su hija.

Lucinia y Celia lo recibieron con transportes de indecible júbilo. Pero el tribuno las abrazó enormemente sorprendido. Ambas se encontraban desfiguradas y dolientes. No obstante, cambiaron cariñosas impresiones, llenas de encanto y de la alegría del reencuentro. Subrayando ese momento de conmovedora dicha, el generoso patricio, amante del hogar, retiró de una pequeña caja un soberbio brazalete de piedras preciosas, que entregó a su esposa como recuerdo de Atenas, y le dio a su hija una hermosa perla adquirida en Acaya, como recuerdo de lejana Grecia.

Después fue un largo desfilar de recuerdos íntimos y dulces. Alba Lucinia le contó a su esposo todas las peripecias de la enfermedad, la agonía y la muerte de Cneio Lucio.

Mientras la ciudad estaba llena de espectáculos para celebrar el regreso del emperador, Helvidio Lucio y los suyos se entretenían en agradables conversaciones, mitigando de ese modo todo lo que se habían extrañado durante la obligada separación.

Sin embargo, cuando los últimos rayos del sol anunciaban el crepúsculo, el patricio le dijo a su esposa con gran ternura:

_ Ahora, querida, regresaré a Ostia donde debo pasar la noche de hoy. Mañana estaré definitivamente reintegrado al hogar, y podremos organizar una vida nueva. Ya vi a Fabio Cornelio, quien acompañaba al emperador al lado del prefecto, pero solamente mañana podré estar con Marcia, para que me hable de mi padre y de sus últimos deseos.

_ Pero, ¿las responsabilidades en Ostia son tan imperiosas?_ preguntó Alba Lucinia preocupada. _ ¿Para servir al emperador no ha bastado la ausencia de más de un año?

_ Sí, querida, pero se hace necesario cumplir con el deber aunque nos imponga sacrificios. Adriano me encargó que me ocupara de todas las reliquias transportadas desde Grecia y no puedo confiar tan sólo en el trabajo de los siervos, dado el considerable valor de la carga. Mas, ¡no te disgustes por esto!...Recuerda que estaré aquí mañana para que planeemos nuestro futuro.

Alba Lucinia asintió con una triste sonrisa, como si estuviese delante de lo inevitable. Su corazón, sin embargo, deseaba tener la presencia de su compañero para confiarle de inmediato sus íntimos sinsabores.

Al caer la tarde la litera de Helvidio salía de la casa aceleradamente.

Alba Lucinia se acostó con el alma llena de nuevas esperanzas mientras su hija volvía a sus meditaciones.

Alguien, sin embargo, salía de la residencia del tribuno con cautela y con premura, sin despertar la curiosidad del servicio doméstico. Era Hateria que se dirigía hacia el Capitolio.

Claudia Sabina la recibió ansiosa, la hizo entrar en un gabinete más discreto y le habló en estos términos:

_ ¡En buena hora llegaste antes! Tengo que tomar muchas providencias.

_ Aguardo vuestras órdenes_ respondió con fingida humildad.

_ Hateria_ dijo Sabina con voz casi imperceptible_, estoy viendo horas decisivas para mi destino. Confío en ti como si confiase en mi propia madre.

Y entregándole una pesada bolsa con el precio de traición agregó:

_ Aquí está la recompensa a tu dedicación en favor de mi felicidad. Es el dinero con el que podrás adquirir una propiedad lejos de Roma, como deseas.

La ambiciosa Hateria recibió la pequeña fortuna dejando translucir extraña alegría en sus ojos fulgurantes.

La mujer de Lolio Urbico aún continuaba en tono discreto:

_ A cambio de mi generosidad te exijo secreto sepulcral, ¿entendiste?

_ Creedme que esa exigencia me resulta muy grata_ dijo la cómplice.

_ Confío en tu palabra.

Y después de una pausa, con los ojos perdidos en el vacío, como previendo sus horribles actos, agregó:

_ ¿Conoces la columna lactaria, en el mercado de legumbres?*

*La columna lactaria en el mercado de legumbres o el Foro Olitorio era un lugar donde se exponían diariamente los recién nacidos abandonados.

_ Sí, no queda lejos del Pórtico de Octavia. Hace muchos años deambulé por ahí con el fin de observar a las criaturas abandonadas. _ En este caso no me será difícil explicarte lo que pretendo.

Comenzó a hablar con la vieja sierva en voz muy baja, exponiéndole sus proyectos, mientras Hateria la escuchaba muy admirada, pero asintiendo ante todas sus sugestiones.

Claudia Sabina, parecía alucinada: la mirada perdida en el vacío, la expresión de su rostro tenía algo de siniestro. Como si estuviera concentrada en el solo propósito de concretar sus planes, se dirigía a la vieja sierva maquinalmente:

_ Hateria_ dijo entregándole un pequeño frasco_, este filtro da reposo físico y produce sueño prolongado...Adminístraselo a Alba Lucinia, es preciso que descanse con tranquilidad...

Confiándole otro frasco agregó audazmente:

_ ¡Lleva también éste! ¡Necesitarás todo esto!...

Y, mientras la sierva guardaba todos los elementos del crimen, expresó:

_ Que los dioses de mi venganza nos protejan... Por fin llegó el instante del desquite... Sí, Hateria, mañana, al presentarle el fruto de un crimen, Helvidio Lucio sabrá, con todas las consecuencias, que la esposa le fue infiel... La elección de la criatura quedará a tu criterio... ¿Puedo contar incondicionalmente contigo?

_ Por la fe en el poder de Júpiter, podéis confiar en mí, señora. Iré a la columna lactaria después de medianoche y llevar-e conmigo al niño. Los recién nacidos son abandonados allí diariamente por decenas...

Acordaba la siniestra combinación, la noche ya había extendido sobre Roma su manto de sombras espesas.

Mientras Hateria regresaba a la casa de sus amos, Claudia Sabina se privaba de las fiestas nocturnas del emperador y se encaminaba apresuradamente hacia la Puerta de Ostia.

Allí se encontró con el hijo de Cneio Lucio y le solicitó hablar en forma privada, a lo que él accedió inmediatamente.

_ Helvidio_ dijo la perversa mujer con su facilidad para el disimulo_, estoy aquí para prevenirte reservadamente sobre graves acontecimientos, por otra parte ya previstos por mí en Grecia.

_ Pero, ¿qué acontecimientos?_ preguntó el patricio con ansiedad.

_ Debes estar preparado para escucharme... Creo que el prefecto de los pretorianos llegó a marchar la honra de tu casa.

_ ¡Imposible!_ exclamó el tribuno con vehemencia.

_ Sin embargo, debes oír a Alba Lucinia inmediatamente, comprobando hasta qué punto Lolio Urbico consiguió introducirse en su hogar.

_ Yo no puedo dudar de mi mujer ni siquiera un instante_ replicó con sinceridad.

_ ¿No quieres, entonces, escucharme hasta el fin para conocer los pormenores del hecho?_ preguntó Sabina encolerizada.

_ He de oírla con placer ya que el asunto no se refiere a mi familia y a la honra de mi casa.

_ Es posible que tu opinión se modifique mañana.

Se despidió bruscamente del hombre que era objeto de su pasión y que sabía defender las tradiciones de su hogar y de su familia. Entonces la antigua plebeya se dirigió al Capitolio, interesada más que nunca en llevar a cabo sus siniestros designios. El genio del mal que le hablaba a su corazón preparaba para aquella noche los acontecimientos más terribles.

Mientras las vemos, a la madrugada, examinar documentos y pergaminos en el gabinete de Lolio Urbico, acompañaremos a Hateria hasta el mercado de legumbres.

La sociedad romana ya se había habituado a ver junto a la columna lactaria a los pobres niños abandonados. Ese lugar de triste memoria, donde muchas madres abnegadas recogían a míseras criaturas, era el antecedente de los famosos hospicios de expósitos, de los establecimientos de la caridad cristiana que el mundo conoció más tarde.

Antes del amanecer, bajo la insuficiente claridad de la luna, la vieja sierva comprobó la presencia de tres desventurados pequeñitos. Uno de ellos le llamó la atención por sus suaves vagidos de recién nacido. Hateria lo tomó en sus brazos casi con arrobamiento, pensando: ¡Esta criatura debe ser el digno hijo de patricios romanos!... ¡Qué penosa historia se ocultará en sus ropas rotas y ordinarias!...

Lo llevó consigo y penetró en la casa de los amos con todo cuidado

Amanecía...

Por la noche la criminal agregó el narcótico a los medicamentos de su señora.

Entró en el cuarto donde la esposa de Helvidio reposaba tranquilamente, depositó la criatura a su lado, envolviéndola en el ambiente tibio de las coberturas. Enseguida reparó allí toda la escenificación necesaria, sin que la pobre víctima del filtro que la sumergiera en un largo y pesado sueño pudiese percibir lo que sucedía.

Mientras tanto el pequeñito comenzó a llorar débilmente, aunque la criminal sierva hiciese lo posible por calmarlo.

Dado el ruido insólito, Celia, que dormía en el cuarto contiguo al de su madre, se despertó.

Estaba aturdida y sensibilizada. Acababa de soñar que se encontraba

nuevamente en el triste cementerio de la Puerta Nomentana, como en la memorable noche en que había podido volver a ver al bien amado de su alma. Le pareció que había contemplado a Ciro a su lado, mientras Nestorio mantenía la misma actitud de sus antiguas prédicas, preguntando: _ ¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos? Tenía la mente llena de dulces emociones y los más tiernos recuerdos de niña y de joven...

En ese instante un ruido insólito llegaba hasta sus oídos. ¿Vagidos de una criatura? ¿Qué significaría aquello?

Se levantó apresuradamente y con ansiedad, pensando en dolorosas perspectivas.

Notando que alguien se aproximaba, Hateria intentó retirarse a prisa, mas la joven ya había traspuesto la puerta y la había visto.

Contemplando a la criatura al lado de su adormecida madre y las señales evidentes de cuanto caracterizaba a un lugar donde hubo un parto, creyó adivinar el drama con las amargas sospechas de su corazón filial.

Un torbellino de penosos pensamientos se agitaba en su cerebro debilitado. Sí, esa criatura debía de haber nacido allí, como fatal consecuencia de una tragedia inolvidable.

_ Hateria_ exclamó en un gemido_, ¿qué significa todo esto?

_ Vuestra madre, esta noche, mi buena niña_ respondió la criminal sierva sin perturbarse_, dio a luz a un pequeñito...

_ ¡Es increíble!_ sollozó la hija de Helvidio con la voz estrangulada.

_ ¡Sin embargo, es la verdad_ respondió Hateria en voz muy baja_; no dormí porque estuve auxiliando a la señora en sus sufrimientos!

Y señalando a la infortunada consorte de Helvidio, exclamó casi tranquila:

_ Ahora ella duerme...necesita reposar.

Celia no podía definir la intensidad dolorosa de los pensamientos que la dominaban. Nunca hubiera creído que su madre pudiese faltarle a su padre en su ausencia. Nunca hubiera creído que su madre pudiese faltarle a su padre en su ausencia. Su corazón cariñoso siempre había sido para ella un modelo de virtudes, un símbolo de honestidad.

Ciertamente Lolio Urbico había llevado la infamia a los extremos más pavorosos. ¡Ella bien le había escuchado sus palabras de conquistador desalmado y cruel! Además, su madre hacía mucho que estaba enferma. Con seguridad que su corazón bondadoso y honesto estaba lleno de tormentos, de compunción y de arrepentimiento. Sentía por la madre un enternecimiento infinito. Su padre había regresado en la víspera lleno de

nuevas esperanzas. Ella había sorprendido lágrimas en los ojos maternos, llanto que debería ser de júbilo intenso y de conmovedora alegría. ¡Cuánto habría sufrido el corazón materno en aquellos largos meses de expectativas angustiosas! Alba Lucinia, sin embargo, su madre y mejor amiga, tenía ahora un hijito que no era una flor de su tálamo conyugal. Helvidio Lucio no la perdonaría nunca. Celia conocía el temperamento de su padre, muy generoso, pero demasiado impulsivo. Y por sobre todo, la sociedad romana era intransigente con tragedias como esas en el seno del patriciado. Con lágrimas que brotaban a borbotones de sus ojos durante aquellas ríspidas y singulares meditaciones, la joven cristiana se acordó del sueño de aquella noche y le parecía todavía escuchar a Nestorio repetir las palabras del Evangelio:

"_ ¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos?_ Llevando sus reminiscencias todavía más lejos, recordó su exhortación en las vísperas del sacrificio, cuando afirmara que la mejor renuncia por Jesús no era propiamente la de la muerte, sino la del testimonio que el creyente brinda con los actos de su vida. Después la figura de su abuelo surgió espontánea en su mente. ¡Le parecía que Cneio volvía del túmulo para recomendarle una vez más la tranquilidad del padre y la felicidad de la madre en las pruebas extremadamente duras!...

Con los ojos húmedos se aproximó al pequeñito que abría los suyos por primera vez a las primeras luces del día... El niño abandonado hizo un movimiento con sus minúsculos brazos como si los levantara hacia ella suplicándole confortación y afecto. Celia sintió que sus lágrimas caían sobre el rostro blanco y pequeño, y una ternura infinita embargó su corazón. Lo alzó con cuidado como si se tratara de un hermanito... Percibió que su corazoncito latía al encontrarse junto al suyo como el de un ave asustada sin dirección y sin nido... Su espíritu, como si hubiese sido tocado por sentimientos misteriosos e inexplicables, experimentaba también las más profundas emociones maternas...

Después de algunos minutos en que Hateria la contemplaba sorprendida, Celia se arrodilló a los pies de la sierva exclamando conmovedoramente con sublime espíritu de sacrificio:

_ Hateria, ¡mi madre es honesta y pura! ¡Esta criatura que ves en mis brazos es mi hijo! Ha de ser mi hijito ahora y siempre, ¿comprendes?

_ Jamás lo diré_ respondió la cómplice de Claudia, aterrada.

_ Más, ¡escucha! ¡Tú que fuiste la confidente de mi madre ayúdame a salvarla!... ¡Por lo que más quieras, secúndame en mis propósitos!... ¡Mi madre necesita cuidar a mi padre durante toda su vida y mi padre la adora! Si ella se equivocó, ¿por qué no la hemos de ayudar a reconstruir su felicidad devolviendo a su alma la ventura que se merece? ¡Mi madre nunca cometería un yerro por propia voluntad!... Siempre fue buena, cariñosa y

fiel... ¡Sólo un hombre muy perverso podría inducirla a cometer una falta de esa naturaleza por los caminos del crimen!...

Con lágrimas en los ojos, mientras la criada la escuchaba aterrada, continuó:

_ ¡Cede a mis deseos! ¡Olvida lo que viste esta noche, considerando que los tiranos de estos tiempos acostumbran a raptar nobles damas suministrándoles filtros que provocan falta de memoria! ¡Mi pobre madre debe haber sido víctima de esos miserables procedimientos!... ¡Quiero salvarla y cuento contigo!... Te daré todas mis joyas preciosas. Mi padre no acostumbra a darme dinero, pero tengo de él y de mi abuelo obsequios muy valiosos... ¡Serán para ti! Podrás venderlos donde quieras... Reunirás una pequeña fortuna.

_ Pero, ¿la joven?_ murmuró Hateria espantada con lo imprevisto de los acontecimientos_ ¿ya pensó que esa idea del sacrificio es imposible? ¿Con quién se quedaría en el mundo? ¡¿Su padre por ventura, soportaría verla como madre de una criatura infeliz?!

_Yo..._ exclamó la joven con actitud reticente, como si desease recordar a alguien que la pudiese ayudar en tan dolorosas circunstancias_ yo... ¡me quedaré con Jesús!...

En seguida, ante el silencio de Hateria que le obedecía maquinalmente, toda la escenificación fue transportada a su cuarto. Mientras Celia apretaba al pequeño contra su corazón, le entregó a la ambiciosa sierva todas sus joyas más preciosas, guardando apenas la perla que Helvidio le había dado en la víspera.

Alba Lucinia, con todo, salió de su sopor repentinamente. Aturdida por los efectos del narcótico, se sorprendió al escuchar en el cuarto de su hija los vagidos de una criatura.

Al divisar la figura de Hateria a través de una cortina, la llamó en voz alta para enterarse de lo que ocurría.

La criminal sierva se presentó pálida y aterrada...

_ ¡Señora!... ¡Señora! ¡Qué gran desgracia!...

La esposa del tribuno, con el corazón que le saltaba en el pecho, pálida y aturdida, iba a interrogar a la sierva, cuando alguien traspuso la puerta y penetró en el aposento.

Era Helvidio. El yerno de Fabio no había conseguido conciliar el sueño. Después de las pérfidas insinuaciones de Sabina, parecía que un atroz veneno destruía todas las fuerzas de su corazón. Trabajó intensamente para que las horas de la noche le fueran menos amargas, y al despuntar de la aurora montó un veloz caballo que lo transportó rápidamente a su casa

para lograr la tranquilidad espiritual junto a su esposa y su hija.

Cuando llegaba escuchó a la vieja sierva exclamar desesperada:

_ ¡Una desgracia!... ¡Una gran desgracia!...

Mientras Lucinia lo contemplaba con gran amargura, Helvidio Lucio caminaba hacia ella y hacia la criatura con el semblante sombrío y triste...

_ ¡Explícate, Hateria!..._ la pobre señora tuvo fuerzas para murmurar afligidamente.

En este instante y después de una larga plegaria, la joven cristiana surgió casi tambaleante en la puerta de la alcoba materna.

Tenía los ojos enrojecidos y tristes, la ropa mal puesta, los cabellos en desaliño. Cobijado en sus afectuosos brazos, el pequeño se había calmado como un pájaro que hubiese reencontrado su cálido nido.

Helvidio y su mujer contemplaban a la hija sorprendidos y aterrados.

_ Pero, ¿qué significa todo esto?_ estalló el tribuno dirigiéndose a la sierva.

Celia quiso explicarse, mas la voz se le estrangulaba en la garganta, mientras Hateria aclaraba:

_ Mi señor, la joven, esta noche...

Sin embargo, ante la mirada dura del patricio, su voz vacilaba por los remordimientos y las dudas, dadas las terribles consecuencias de su infamia.

Celia, no obstante, llena de fe en la Providencia Divina y sinceramente deseosa de sacrificarse por su madre, se arrodilló humilde y con voz casi firme exclamó:

_ Sí, padre mío... madre mía... me pesa la confesión de mi falta, pero ¡esta criatura es mi hijo!...

El tribuno sintió que una agitación desconocida invadía todo su ser. La cabeza le daba vueltas, al mismo tiempo que una palidez de mármol cubría sus facciones contraídas por la cólera y la angustia. Los mismos fenómenos fisiológicos se producían en su esposa, cuyos ojos aterrados no encontraban lágrimas para llorar. Alba Lucinia, sin embargo, tuvo energía para murmurar mirando hacia lo Alto:

_ ¡Dios del cielo!...

Mientras Hateria levantaba la cabeza, fría e impasible, Celia, arrodillada, exclamaba llorando humildemente:

_ Si pudieres, ¡perdonad a la hija que no consiguió ser feliz! ¡Soy

consciente de la gravedad de mi pecado y acepto de buena voluntad las consecuencias de mi falta!

Con los ojos bajos y mientras sus lágrimas humedecían el rostro del inocente, la joven continuaba dirigiéndose a su padre que la escuchaba aterrado, como si el pavor de ese momento lo hubiese petrificado:

_ ¡En vuestra ausencia anduvo en esta casa el espíritu de un tirano!... Recibido como amigo, asedió a mi madre de todas las maneras que le dictaba su infamia... ¡Ella, sin embargo, como sabéis, fue siempre fiel y pura!... ¡Reconociendo su virtud incorruptible, el prefecto de los pretorianos abusó de mi inocencia llevándome a lo que veis!... ¡Nunca le confesé a mamá las faltas de mi alma, pero esta noche sentí la realidad de mi desventura! ¡En el instante de mis grandes sufrimientos busqué la ayuda de Hateria para salvar la vida de este inocente!...

Y levantando sus ojos suplicantes hacia la impasible criada, la joven agregó:

_ ¿No es verdad, Hateria?

_ ¡Sé que nuestras tradiciones no perdonan mi falta_ continuó Celia tristemente_, mas toda mi pena proviene del hecho de haber manchado el hogar paterno, permitiendo una afrenta y dando lugar a la deshonra!... ¡No puedo ser perdonada, pero ved mi arrepentimiento y tened compasión de mi espíritu abatido! ¡Expiaré mi crimen como lo exigen las circunstancias, y si fuera indispensable la muerte para lavar la macha, sabré morir con humildad!...

Las lágrimas empañaban su voz, a pesar de sentirse amparada por brazos invisibles del plano espiritual en el penoso instante del sacrificio.

Helvidio Lucio salió de su estupefacción, dio algunos pasos en dirección de su esposa y le preguntó con voz extraña y casi siniestra:

_ ¿Lolio Urbico es realmente ese infame?

Alba Lucinia, sintiendo que le faltaban las fuerzas, recordaba su calvario doméstico por las embestidas del conquistador, cuya persecución a su hija su espíritu había adivinado. Lejos de comprender toda la tenebrosa realidad de esas escenas que había planeado el genio criminal de Claudia Sabina, murmuró débilmente:

_ ¡Sí Helvidio, el prefecto ha sido el verdugo implacable de nuestra casa!

_ Pero mi corazón no puede creer lo que mis ojos ven_ murmuró el tribuno sordamente.

Celia continuaba arrodillada, con los ojos nublados por las lágrimas y amparando al pequeño que lloraba.

Alba Lucinia contemplaba a su hija con asombro y amargura. Ahora creía comprender las negativas de su hijita a realizar paseos en los últimos tiempos, para encerrarse en el aislamiento de su cuarto dedicada a plegarias y meditaciones. Atribuía su retraimiento a la muerte de su abuelo, cuya ausencia las había sumido a ambas en una honda pena. Su desconfianza de madre entendió recién en ese momento que el cobarde conquistador había abusado de la inexperiencia de su hija. Muchas veces había recelado salir dejándola sola en el hogar, porque su intuición materna hacía mucho que le había advertido que Lolio Urbico buscaría vengarse ejecutando sus terribles amenazas. En ese instante la amarga realidad torturaba su alma.

_ Lucinia_ continuó Helvidio sombríamente_, ¡explícate!... ¿No has ejercido en esta casa la preciosa vigilancia materna? ¿Es verdad que el prefecto de los pretorianos insultó tu dignidad?...

_ ¡Helvidio_ sollozó con voz trémula: todo lo que ocurre es absolutamente extraño e increíble, mas el hecho está patente aquí dando testimonio de la más amarga realidad! Sospechaba que nuestra pobre hija pudiera también ser víctima del perverso amigo de mi padre, ya que, por mi parte, estuve sufriendo desde que partiste las más atroces persecuciones, traducidas en continuas amenazas por la resistencia que yo oponía a sus inconfesables deseos...

Cuando se disiparon sus últimas esperanzas al escuchar las palabras sinceras de la esposa que estaba amargada y sorprendida, el orgulloso patricio se dejó dominar completamente por la aparente realidad de ese trágico momento.

Con los puños cerrados, los ojos duros y sombríos que revelaban la inflexible intención de vengarse, y dominaba toda su fisonomía por un rictus de angustia, Helvidio Lucio exclamó con voz terrible:

_ ¡Me vengaré del infame sin piedad!...

Y contemplando a la hija que permanecía de rodillas y con los ojos bajos como si evitase la mirada paterna, agregó violentamente:

_ ¡En cuanto a ti, deberás morir para pagar tu crimen hediondo!... ¡Iniciaste mis disgustos al preferir a los esclavos y acabaste arruinando mi nombre llevando a esta casa a una situación execrable! ¡Mas sabré lavar la mancha criminal con implacables decisiones!...

Dicho eso, el orgulloso tribuno sacó un acerado puñal que relució bajo la luminosidad del sol matinal, pero Alba Lucinia de un salto, adivinando su inflexible resolución, sostuvo su brazo exclamando angustiada:

_ Helvidio, por los dioses y por quien eres... ¡¿No basta el inmenso dolor de nuestra vergüenza y de nuestra desventura?!... ¿Quieres agravar

nuestros padecimientos con la muerte y con un crimen? ¡No! ¡Eso no!... ¡Por encima de todo Celia es nuestra hija!

En ese instante el tribuno se acordó repentinamente de los amorosos ruegos de su padre, como si le pidiese calma, resignación y clemencia. Le parecía que Cneio Lucio había regresado de las sombras del sepulcro para suplicar por su idolatrada nieta uniéndose a las exhortaciones de su esposa.

Entonces sintió el corazón saturado de un sufrimiento moral indescriptible, y dijo con voz cavernosa:

_ Los dioses no permitirán que sea un miserable filicida... ¡Pero aplastaré al traidor como se aplasta a una víbora!

Y volviéndose de repente hacia su humillada hija sentenció con energía:

_ ¡Te perdono la vida, mas de ahora en adelante estarás definitivamente muerta para nuestra inmensurable desdicha, porque tu indignidad no te permite vivir un minuto más bajo el techo materno!... ¡Te maldigo para siempre!... ¡Huye a cualquier parte sin acordarte de tus padres o de tu nacimiento, porque dentro de pocos días Roma asistirá a tu funeral! ¡Para nosotros serás una extraña!... ¡No nos recuerdes nunca ni intentes volver al pasado, pues en uno de mis impulsos yo podría matarte!...

Celia continuaba humildemente de rodillas, pero en sus oídos resonaban las palabras del padre orgulloso y ofendido en su amor propio.

_ ¡Vete, huye, maldita!...

Ella se levantó entonces tambaleante y le dirigió a su madre una postrera mirada, en la cual parecía concentrar toda su fe y toda su esperanza... Alba Lucinia le retribuyó la expresión cariñosa contemplándola con dolorida ternura. Le parecía descubrir en la limpidez de esa mirada toda la inocencia del alma piadosa y cristiana de su desventurada hija, y su corazón maternal agradecía a los dioses el haberle salvado la vida...

Comprendiendo la inflexibilidad de la orden paterna, Celia dio algunos pasos vacilantes y, saliendo por una puerta lateral, se encontró en plena calle sin dirección ni destino, mientras detrás de sí se cerraban para siempre las puertas del hogar paterno.

Después de desaprobar la conducta de su esposa culpándola por indiferencia y falta de vigilancia, y después de prometerle a Hateria una recompensa por su silencio, amenazándola con la cárcel en caso de que comprobase lo contrario, mandó a uno de los siervos más eficaces a la residencia de sus suegros para que fueran a su casa con la mayor urgencia.

Una hora más tarde Fabio Cornelio y su esposa se encontraban junto a la pareja y se enteraron de todo lo ocurrido.

Mientras el corazón de Julia Spínter experimentaba la más dolorosas

emociones, el anciano y orgulloso censor exclamaba con convicción:

_ ¡Sí, Helvidio, buscaremos al traidor cuanto antes para matarlo, sean cuales fueran las consecuencias; pero debías haber matado también a tu hija, pues la sangre debe lavar la mancha de la vergüenza según nuestro código de honor!... Más, en fin, ella estará moralmente muerta para siempre. Después de eliminar a Lolio Urbico haremos que las cenizas de Celia sean transportadas desde Capua para ser enterradas en Roma en la sepultura de la familia.

Mientras que las dos señoras, madre e hija, permanecían abatidas en el aposento, consolándose recíprocamente y rogando la protección de los dioses para esa tragedia tan inesperada como dolorosa, Fabio y Helvidio se dirigieron apresuradamente hacia el Capitolio para exterminar al enemigo como si se tratase de una serpiente inmunda y venenosa.

Todavía los esperaba una sorpresa tan grande como la primera.

En el palacio del prefecto de los pretorianos el movimiento era desusado y extraño.

Antes de que llegaran al atrio los dos patricios fueron informados de que Lolio Urbico había fallecido minutos antes y de que se creía que se trataba de un suicidio.

La muerte del marido constataba el siniestro plan de Claudia, ahora dueña de un opulento patrimonio financiero. De ese modo no quedaría voz alguna que pudiese aclararle a Helvidio Lucio todo respecto de la infamia que la antigua plebeya creía haber arrojado al nombre de su esposa. Además, durante la madrugada, Sabina había tomado uno de los pergaminos en blanco firmados por el prefecto y escribió con perfecta imitación caligráfica un lacónico billete, en el cual se confesaba cansado de la vida, y le rogaba a Fabio Cornelio, amigo de todos los momentos, que le perdonase el daño moral que le había causado.

Cuando penetraron aturdidos en la casa del enemigo muerto, Fabio y Helvidio fueron abordados por Claudia Sabina que en aquella mañana trágica se presentó lacrimosa.

Después de lamentarse comentando la tétrica resolución de su esposo al quitarse la vida, le entregó al censor el billete de Urbico sobre el cual dijo que su esposo lo había escrito a última hora dejando translucir curiosidad con respecto a aquel pedido de perdón, injustificable y extraño. Deseaba así conocer los primeros resultados del trabajo tenebroso de Hateria. Esperaba ansiosamente de los labios de Helvidio o de alguna alusión de Fabio las informaciones indirectas que su espíritu vengativo aguardaba con anhelo.

El censor y su yerno recibieron el supuesto billete de Urbico con

sequedad e indiferencia. Y como era preciso decir algo en vistas de aquel imprevisto, Fabio Cornelio expresó:

_ Guardaré este billete como prueba de su desequilibrio mental en los últimos momentos, pues sólo así se justifica este pedido. Y ahora, señora mía_ agregó enigmáticamente para Claudia que lo escuchaba con atención_, ha de perdonarnos que nos retiremos ya que cada cual tiene sus infortunios...

El anciano patricio le extendió las manos en actitud de despedida, pero sintiendo su curiosidad fundadamente aguzada por esas expresiones, la antigua plebeya preguntó con interés, como para provocar alguna aclaración de Helvidio Lucio que se había encerrado en un mutismo enigmático.

_ ¿Infortunios? ¿Pero qué queréis decir con eso? ¿Pretendéis abandonarme en esta situación? ¿Cuál es la razón por la que salís así de esta casa cuando cadáver de un amigo y superior exige testimonios de veneración y amistad? ¿Por ventura le ocurrió algo grave a Alba Lucinia?...

Se notaba que la última pregunta tenía un sentido misterioso. Ella esperaba que Helvidio le hablase de su tragedia hogareña, de sus profundos disgustos conyugales, de la infidelidad de su esposa, conforme lo había previsto en sus planes. Su corazón bastardo aguardaba que el hombre amado le dispensase en aquel momento las atenciones amorosas tan ardientemente anheladas en los últimos meses, en los que sus mezquinos sentimientos habían acariciado esperanzas tan grandes. El tribuno, sin embargo, se mantenía impasible, como si tuviese los labios petrificados.

Fabio Cornelio, sin traicionar su orgullosa fibra le explicó a Sabina en estos términos:

_ ¡Mi hija está bien, gracias a los dioses, pero también nosotros acabamos de ser heridos en lo más profundo del corazón! Un emisario de Campania nos trajo esta mañana la dolorosa noticia de la muerte repentina de mi nieta soltera, que se encontraba con la hermana en un período de reposo. ¡Esta es la razón que nos impide prestar al prefecto los postreros homenajes, ya que veníamos justamente a comunicarle nuestra inmediata partida para Capua con el fin de ocuparnos del traslado de las cenizas!...

Dicho eso, los dos hombres se despidieron secamente y salieron con paso firme en medio del murmullo de los amigos y de los activos siervos que competían por expresarle a Lolio Urbico la postrera adulación.

Ante la enigmática escena, Sabina dejaba vagar su pensamiento en conjeturas. ¿Hateria se habría olvidado de cumplir ciegamente sus órdenes? ¿Qué habría ocurrido con su rival, cuyas noticias la dejaban perpleja, cuando había premeditado todo con tanta seguridad? Los preconceptos

sociales, las obligaciones de aquella hora extrema, que su propia maldad había provocado, no le permitían correr como loca en busca de su cómplice para satisfacer su curiosidad.

En tanto, su espíritu se perdía en ansiosas divagaciones, Fabio Cornelio y su yerno se dirigían al emperador para obtener la licencia necesaria para hacer el viaje a Campania. Se les cedió, entonces, una confortable galera que los recibiría en Ostia, de modo de abreviar el viaje cuanto era posible.

En aquella misma tarde la embarcación salía del puerto mencionado conduciendo a la familia a su destino. Se destacaba el hecho de que Helvidio Lucio no se había olvidado de llevar a Hateria con sus otros servidores de confianza.

Mientras el patriciado romano rinde homenaje al prefecto de los pretorianos y la galera de Helvidio se aleja conduciendo en su seno cuatro corazones angustiados, sigamos a la joven cristiana en sus primeras horas de amargura y de sacrificio.

Cuando salió de la casa paterna Celia atravesó calles y plazas, recelosa de encontrar a alguien que la reconociese en su doloroso camino...

Apretaba al pequeño contra su corazón, como si él fuera su propio hijo, tal era la ternura que le inspiraba.

Después de vagar mucho sumida en amargas meditaciones, percibió que el sol ya estaba alto y era necesario ocuparse de la nutrición del pobre inocente. Atravesó los barrios aristocráticos y se encontraba junto al puente Fabricio* muy extenuada. Más allá del Tiber surgían las modestas casas de los judíos y de los libertos pobres; allí estaba la famosa isla del Tíber, donde otrora se levantaban los templos de Júpiter Licaonio y de Esculapio... A su lado pasaban los hijos de la plebe inquietos y apresurados. De vez en cuando aparecían soldados de marina de la flota de Ravena acuartelados en Trastevere y le dirigían miradas libidinosas. Cansada, se encaminó a una casa de judíos donde una mujer del pueblo le dio de comer y la proveyó de todo cuanto necesitaba el pequeñito.

Más confortada, llevando un poco de leche de burra, la hija de Helvidio continuó la dolorosa peregrinación por las vías públicas, como si aguardase una inspiración feliz para su penoso destino.

Por la tarde, sin embargo, volvió al mismo punto en las proximidades del cual había sido socorrida por los más humildes.

*El puente Fabricio fue después denominado "Puente de las Cuatro Cabezas" por su estatua de Janus Quadrifons (Jano, el de las Cuatro Fuentes) puesta a la entrada de la plaza. Fue construida en piedra y después de la conjuración de Catilina- Nota de Emmanuel.

Triste y sola, descansó en uno de los ángulos del puente Fabricio, ora

contemplando los transeúntes mal vestidos, ora mirando las aguas del Tíber con el corazón envuelto en dolorosas meditaciones.

Al poco rato el sol se escondía lentamente, dorando a lo largo las últimas nubes del horizonte.

Un viento frío, cortante, comenzaba a soplar en todas las direcciones. Observando a los operarios pobres que se dirigían a sus hogares, la joven cristiana apretó más fuertemente contra su pecho a la mísera criatura. Sintiéndose desalentada comenzó a orar y se acordó de que Jesús también había estado en el mundo desamparado, y con esa reminiscencia evangélica experimentó un dulce consuelo. Sin embargo, una dolorosa nostalgia de su hogar le hería el corazón sensible y cariñoso. Mujeres del pueblo, después de las faenas penosas del día, regresaban a sus casas con una aureola de júbilo tranquilo que se translucía en sus rostros, mientras que ella, hija de patricios, se sentía agobiada por la incertidumbre de su suerte y expuesta al frío cortante del crepúsculo...

¡Estrechando siempre al pequeñito como si quisiera protegerlo del frío glacial de la tarde, a pesar de su fe y resignación, no pudo contener el llanto pensando amargamente en su penoso destino!...

Las grandes nubes, iluminadas por el sol, perdían poco a poco su color dando lugar a las primeras estrellas.

.

CAPITULO III - CAMINO DE AMARGURA.

.

Cuando desembarcaron en el puerto de Campania en las proximidades de Capua, Helvidio Lucio se adelantó a todos sus familiares con el fin de preparar a sus hijos para la realización de sus deseos.

Cayo Fabricio y su esposa sufrieron un rudo golpe con las inesperadas revelaciones respecto a su hermana, y acatando las determinaciones del tribuno crearon el ambiente necesario para que los círculos aristocráticos de la ciudad recibiesen la noticia. En cuanto a los sacerdotes del templo, sin despreciar las grandes recompensas financieras que Helvidio les había ofrecido, facilitaron la solución del asunto y así se conservó para siempre el recuerdo de la joven en un puñado de cenizas.

Después de recibir el saludo de la sociedad patricia de Capua, que no dejó de extrañarse de lo misterioso del acontecimiento. Fabio Cornelio y toda su familia regresaron rápidamente a Roma, donde se hizo el funeral con la mayor simplicidad, a pesar de lo que se acostumbraba en la época y de las exigencias de la tradición familiar.

Todavía, mientras las supuestas cenizas de Celia bajaban al sarcófago,

un nuevo dolor asaltó a nuestros personajes.

Profundamente herida en las fibras más íntimas de su corazón materno, Julia Spínter no pudo soportar un disgusto tan grande, sumado a los muchos que ya minaban su existencia, y abandonó la Tierra repentinamente sin que los íntimos pudiesen, por lo menos, prever la aproximación de la muerte, la que se produjo una noche a consecuencia de un colapso cardíaco.

Un nuevo luto envolvió entonces la casa de Helvidio y Alba Lucinia sintió los más atroces padecimientos íntimos. En ese tiempo Fabio Cornelio, dada la desaparición de Lolio Urbico, había recibido nuevos encargos del emperador, encargos que le otorgaban grandes poderes y graves responsabilidades en la solución de todos los problemas financieros.

La muerte de la esposa llenó su corazón de extraño pesar. Buscó, sin embargo, luchar contra las fuerzas que deprimían su ánimo, y prosiguió su tarea de dominio con el mismo orgullo que templaba su carácter.

Sintiéndose muy solos Helvidio Lucio y su esposa habían planeado regresar a la tranquilidad provinciana de Palestina, pero el fallecimiento imprevisto de la noble matrona les impidió nuevamente la ejecución de esos proyectos tan largamente acariciados, por evitar la soledad del anciano censor, cuyo corazón orgulloso y frío les había dado siempre las más inequívocas pruebas de amor y dedicación.

Aclarada la situación de todos los personajes, nos resta mencionar la de Claudia Sabina, después del desenlace singular de los dolorosos acontecimientos que ella misma siniestramente provocara. Muerto el marido y sabiendo que todos sus planes estaban frustrados procuró ver a Hateria, la que elevada a una posición de re redoblada confianza en el hogar de Helvidio Lucio, no abandonó jamás la casa por miedo a sus represalias. Después de la gran suma que le diera el tribuno a cambio de su silencio, la anciana sierva llamó a su yerno y a su hija a la residencia de sus patrones, donde les entregó parte de la pequeña fortuna para que adquirieran en su nombre un bello sitio en Benevento y se trasladaran allí hasta que ella decidiese instalarse en el campo.

Claudia Sabina no la pudo ver nunca más a pesar de todos sus esfuerzos, ya que si Hateria jamás salía de la casa, también Fabio Cornelio tenía poderes cada vez más grandes en la ciudad imperial, obligándola indirectamente a mantenerse en silencio y a distancia. Fue así que la antigua plebeya se marchó de Roma hacia Tíbur, siguiendo las frivolidades de la corte de Adriano, cuyos últimos tiempos de gobierno se caracterizaron por una indiferencia cruel.

Rodeada de siervos, pero en pleno ostracismo social, la viuda del prefecto de los pretorianos adquirió una tranquila chacra, donde habría de pasar largos años exacerbando su odio en detestables meditaciones.

Después de estas breves noticias retomemos el camino de Celia para acompañarla en su dolorosa peregrinación.

Dejó el puente Fabricio y marchó al descubierto procurando llagar a la isla del Tíber, donde se reunían todos los pobres.

Bajo las últimas luces de la tarde quería atravesar el puente Cestio. En una parte del camino encontró a una mujer del pueblo de semblante alegre y humilde. Celia se sentó por unos instantes y arregló al pequeñito. Sintió entonces que la mirada de la desconocida penetraba dulcemente hasta su corazón.

Entretanto, por la secreta confianza que le inspiraba aquella mujer simple, trazó con la diestra en el polvo de la tierra una pequeña señal de la cruz, mediante la cual todos los cristianos de la ciudad se reconocían.

Ambas cambiaron entonces una expresiva mirada de simpatía, mientras la desconocida se aproximaba exclamando bondadosamente:

_ ¿Eres cristiana?

_ Sí_ susurró Celia en voz baja.

_ ¿Estás desamparada?_ preguntó discretamente la desconocida, revelando en sus pocas palabras la máxima cautela, de modo de no ser sorprendidas como adeptas del Cristianismo.

_ Sí, mi señora_ respondió Celia algo confortada por aquel interés espontáneo_, estoy sola en el mundo con este hijito.

_ Entonces ven conmigo, es posible que te sea útil en alguna cosa.

La nieta de Cneio Lucio la siguió, deseosa de protección en el piélago de incertidumbres en el que se hallaba. Atravesaron el puente Cestio tranquilamente como viejas amigas que se hubiesen encontrado, y se dirigieron hacia una manzana de casas pobres.

Distanciadas de la multitud, la mujer del pueblo, siempre cariñosa, comenzó a hablar:

_ ¡Mi buena niña, me llamo Orfilia y soy tu hermana de fe! ¡Desde que te vi comprendí que estabas sola y desamparada en el mundo y que necesitabas del auxilio de tus hermanos! Eres joven y Jesús es poderoso... Sorprendí lágrimas en tus ojos, pero no debes llorar cuando tantos hermanos nuestros han padecido atroces sacrificios en los amargos tiempos en que nos ha tocado vivir...

Celia la escuchaba consolada, mas, íntimamente, no sabía cómo proceder en tan difíciles circunstancias, en las cuales una compañera de creencias se le revelaba con toda sinceridad.

Cuando Orfilia calló por un instante, la hija de Helvidio le agradeció con breves palabras:

_ Sí, mi señora, estoy conmovida y no sé cómo agradecerle.

_ ¡Soy lavandera_ continuó la plebeya con su simplicidad de corazón_, pero tengo la dicha de tener un marido piadoso y cristiano, que no se cansa de proporcionarme en el trabajo y en el amparo del hogar los más sagrados testimonios de nuestra fe! ¡Vas a conocerlo!... Se llama Horacio y tendrá mucho gusto si te podemos ayudar en algo... Tengo también un hijo que se llama Junio, quien es nuestra esperanza para el futuro, ¡cuando en nuestra pobreza material estemos imposibilitados de trabajar!...

Y aproximándose cada vez más a la casita pobre agregó:

_ Y tú, mi hermana, ¿qué te ocurrió para que tengas el semblante tan triste y atribulado?... ¿Tan joven y con un hijo en los brazos, tan hermosa y tan desventurada?...

_ Quedé viuda y sola_ exclamó Celia con los ojos húmedos_, pero confío en que Jesús me ayudará a mí y a mi hijo...

Todavía no había terminado sus explicaciones tímidamente formuladas, cuando traspusieron el umbral de una sala muy pobre y casi desguarnecida.

Dos hombres conversaban bajo la débil luz de una antorcha y se levantaron para recibirlas.

Debidamente presentada al padre y al hijo, Celia notó que Horacio en verdad un aspecto paternal y bondadoso, observando, sin embargo, en el hijo, algo que le desagradó de pronto, una mirada de joven lascivo y frívolo, lleno de fantasías y de locuacidad.

_ ¡Sabes, madre!_ exclamó el muchacho como si tuviese todas las cualidades de un correveidile_, ¿el grande acontecimiento que sacudió a toda la ciudad?

En tanto Orfilia hacía un gesto de extrañeza, Junio continuó:

_ ¡La primera noticia que conmovió hoy por la mañana en las proximidades del Foro fue la muerte del prefecto Lolio Urbico, que se suicidó escandalosamente, obligando al gobierno a numerosos homenajes!

_ Es extraño_ exclamó la interpelada_, muchas veces vi en público a ese hombre hidalgo, de porte orgulloso y varonil. Aún ayer lo vi en los carros de triunfo en las fiestas del emperador. Su rostro trasuntaba alegría, en tanto...

_ Ahora_ intervino el jefe de la familia_, estamos en una época dolorosa de terribles sorpresas para todas las clases sociales.

¿Quién podría afirmar con certeza que el prefecto de los pretorianos se ha realmente suicidado? En el mes pasado la ciudad asistió a dos acontecimientos como ese, y se supo después que los dos patricios suicidas habían sido asesinados cruelmente por sicarios de su propia grey.

Celia, apartada del grupo como si fuera una joven mendiga, escuchaba esas noticias amargamente impresionada. La extraña muerte de Lolio Urbico la aterraba. Aunque inquieta, hacía lo posible por no traicionar sus más vivas emociones.

_ Pero el día no se caracterizó solamente por eso_ continuó Junio, locuaz_; me dijeron en el Foro que algunos cristianos fueron apresados cuando estaban reunidos en las proximidades del Esquilino, y que el censor Fabio Cornelio y su familia partieron para Capua, con el fin de trasladar hacia aquí las cenizas de una hija del tribuno Helvidio Lucio, recientemente fallecida allá...

La joven cristiana recibió la noticia con espanto y comprendió la gravedad de su situación con respecto de sus familiares orgullosos e inexorables. Estaba tristemente conmovida por tan amargas noticias... Le vino a la mente la idea de regresar a su casa para hacer reposar su cuerpo fatigado... Nunca se había alejado de su hogar, a no ser cuando descansaba junto a su abuelo enfermo en el palacio del Aventino. Se acordó de los siervos amigos y dedicados, invocó todos los rincones del nido paterno con sus aspectos peculiares. Un deseo inmenso de ver a su madre invadió su alma, y sin embargo su corazón le decía por secreta intuición que sus ojos no volverían nunca más a reflejar la placidez del hogar paterno, a no ser cuando abandonase la cárcel del mundo. De acuerdo con las informaciones de Junio, comprendió que para ella las puertas de la casa paterna estaban cerradas para siempre... Simbólicamente muerta, no podría volver hacia los suyos sino como una sombra...

Observando sus ojos húmedos y notando su enorme cansancio, Orfilia intentó cambiar la frivolidad de los asuntos dirigiéndole bondadosamente la palabra:

_ Y tú, mi querida niña, por poco no continuamos nuestra historia. ¿Dices que eres viuda? ¡Pero qué lástima!... ¡¿Así, tan joven?!

Tomándola de la mano para conducirla al interior bajo la sorprendida mirada de los dos hombres, que repararon en la nobleza de los rasgos de la desconocida, continuó:

_ ¡Entremos, hija!... Hace mucho frío y pareces fatigada Además es necesario que nos ocupemos de la alimentación del pequeño. ¡Ven!

Mientras Celia le rogaba a Jesús que la inspirase en tan difíciles circunstancias, porque comprendió después de las noticias de Junio que no

podría explicarle a aquella amiga ocasional la realidad de su situación, Orfilia proseguía con interés:

_ Más ¿cómo te llamas, hermana mía? ¿Hace mucho tiempo que enviudaste? ¿Y no tienes ninguna otra amistad?

La hija de Helvidio comprendió la delicadeza del momento, dio un nombre supuesto y exclamó:

_ Enviudé apenas hace cuatro meses y estoy completamente desamparada con este hijito de pocos días. He experimentado todos los sufrimientos de una infortunada hija de la plebe, pero he conservado la fe en Jesús como único refugio. ¡Aún ahora, su caridad fraterna al recibirme en esta casa, es para mí testimonio vivo de la protección del Divino Maestro, a cuya misericordia he dirigido todas mis súplicas!...

No solamente Orfilia, sino también el marido y el hijo la escuchaban apenados.

_ ¿Y cuáles son tus proyectos, hija mía?_ preguntó la dueña de casa, compungida.

Ante tal pregunta Celia se acordó de Cneio Lucio, quien le había prometido amparo en todos los momentos difíciles si el Señor se lo permitía, e implorándole un pretexto valioso con las vibraciones silenciosas de su pensamiento, contestó con cierta firmeza:

_ Quiero salir de Roma en la primera oportunidad. Desgraciadamente me faltan los recursos necesarios, pero espero que Jesús me ayude... Tengo algunos parientes en los alrededores de Nápoles y en los confines de Campania. Deseo recurrir a ellos, ya que no podría vivir aquí sin elementos para sustentarme a mí y a mi pobre hijito.

_ Me parece bien_ respondió Orfilia dulcemente_, Horacio y yo podremos ayudarte en las primeras providencias.

_ ¡Además_ replicó el jefe de la familia con un gesto paternal_, Junio viajará en este mes como empleado del Foro para llevar a Gaeta documentos de poca importancia! Con los escasos recursos que podremos brindarte, estarás en condiciones de intentar reunirte con tus parientes.

Celia lo escuchó confortada y agradecida. En tanto Orfilia se ocupaba de alimentar convenientemente a la criatura, obligó a la joven a tomar un plato de caldo.

_ Esa idea está bien pensaba_ dijo Orfilia dirigiéndose al marido_, los nobles podrán trasladarte a Nápoles en lujosas galeras, pero nosotros, los humildes, hemos de valernos de los más pobres recursos.

_ Todo, sin embargo, está en manos de la misericordia divina replico Horacio, convencido.

Y dirigiéndose a su hijo mientras su esposa guardaba silencio preguntó:

_ ¿Cuándo partes?

_ Creo que dentro de dos semanas.

_ Pues bien, Orfilia, desde ahora procuraremos proveer a nuestra hermana de todo lo indispensable para su viaje.

Celia esbozó una sonrisa de agradecimiento y se sintió bien al lado de aquellos corazones sencillos y generosos.

Poco después reposaba con el pequeñito en una cama humilde pero limpia, que la dueña de casa le había preparado junto a su propio cuarto.

La hija de Helvidio acomodó cariñosamente a la criaturita entre las coberturas pobres, y comenzó a orar pensando en las dolorosas peripecias de ese día inolvidable. Cuando se sufre, la vida es como un torbellino de intensas pesadillas. Con el espíritu abatido, le parecía que estaba separada de los suyos desde hacía años, tal había sido la angustia martirizante de las interminables horas en que vagara por la vía pública sin destino y sin ninguna esperanza... Sin perder de vista al pequeñito, sintió que al rato el organismo exhausto cedía al sueño reparador. Se durmió entonces tranquila, como si en las alas de la noche el espíritu huyese de la cárcel, libre de la dolorosa realidad.

Durante dos semanas, valiéndose de la protección de Orfilia y de su esposo, la joven cristiana preparó el vestuario del pequeñito y el suyo. Con los elementos que los amigos le proporcionaran hizo ropas pobres y sencillas, con las cuales emprendería su camino de humildad.

¿Adónde iría? No podía saberlo con certeza.

No conocía Nápoles sino a través de las descripciones del anciano abuelo, cuando hacía viajes imaginarios con la intención de ilustrar a su nieta.

Posiblemente no llegaría a Nápoles ni tampoco a Campania, lugar que le hacía acordar de su hermana y de Cayo Fabricio, quienes vivían en Capua. Era inútil esperar algún auxilio de la hermana, porque seguramente Helvidia y su esposo, conocedores de lo que ocurriera en Roma, no podrían perdonarla bajo ningún concepto.

Sin embargo se predisponía a partir llena de confianza en Dios. En el momento oportuno Jesús habría de bendecir sus pasos guiándola hacia su destino cierto. En la complejidad de sus meditaciones recordaba sin cesar las palabras de su abuelo en el día del sacrificio de Ciro y Nestorio, esperando que los mensajeros del Señor o las almas de los seres queridos regresaran del túmulo, para orientar su corazón en el laberinto de ansiedades angustiosas.

Por miedo a las complicaciones, la joven nunca salió del barrio adonde

fuera acogida, hasta que un día al despuntar de la aurora se despidió de su amiga con lágrimas en los ojos.

El carro de Junio había sido preparado la víspera para que la partida pudiera efectuarse al amanecer. Orfilia y Horacio estaban igualmente emocionados, pero obedeciendo al imperativo de las pruebas terrenas, Celia se acomodó en el interior del vehículo, construido a modo de las diligencias de los tiempos medievales; allí colocó la bolsa de ropa y la gran provisión de alimentos para el pequeñito, que Orfilia no se había olvidado de preparar cariñosamente.

Afectuosos abrazos, votos de ventura y, de ahí en adelante, bajo el frío intenso de la mañana, Junio hizo estallar el pequeño látigo en el dorso de los animales a través de las calles.

Celia rogaba a Jesús que fortaleciese su espíritu angustiado, dándole coraje para atravesar las sendas tempestuosas de la vida... Cuando se despedía de Roma con los ojos nublados por el llanto, le pareció más intenso su martirio íntimo y sintió el corazón lastimado por la implacable nostalgia. Pero contemplando al pequeñito medio adormecido entre sus brazos, sabía que una fuerza irreprimible la sustentaría en todos los sacrificios.

Los primeros rayos del sol comenzaban a invadir el cielo descampado cuando el carro traspuso la Puerta Caelimontana*, y después los caballos entraron al trote largo en la Vía Apia...

Al llegar a las campiñas romana en el trecho en que se levantaba el admirable acueducto de Claudio, la hija de Helvidio estaba absorta en la contemplación de la naturaleza, con el espíritu sumergido en dulces plegarias y profundas meditaciones.

Pasaron poco más de diez horas cuando llegaron a Alba Longa, con sus viviendas simples y confortables.

Junio, con enigmáticos reflejos en su mirada, hizo que la compañera de viaje y el pequeño tomasen una ligera refacción antes de iniciar el ascenso de los montes del Lacio.

Prosiguiendo por caminos bordeados de árboles y flores silvestres, llegaron a Aricia, rodeada de olivos lozanos y huertos inmensos. Más tarde arribaron a Genciano, villa encantadora y afortunada, al pie del lago Nemi, en cuyas orillas florecían innumerables rosales.

Celia tenía el espíritu engolfado en agradables meditaciones por el maravilloso encanto del paisaje, cuya belleza sobrepasaba todos los panoramas de Palestina, conservados para siempre en su memoria. Por todas partes olivares exuberantes, naranjales en flor, huertos grandes y bien cuidados, rosedales perfumados y preciosos detalles que el hombre de

campo hiciera crecer.

Fuese por la influencia agradable del aire impregnado de aromas, o por el cansancio de la larga travesía, mientras acariciaba su pequeño rostro con los más tiernos desvelos, la criatura se había dormido apoyada en el cuello de la joven madrecita que el cielo le había dado.

*La puerta Caelimontana fue llamada más tarde Puerta de San Juan. Nota de Emmanuel

En tanto la sombra de los árboles atenuaba los rayos ardientes del sol vespertino, Junio, que nunca estaba silencioso llamando la atención de su compañera de viaje hacia uno u otro pormenor del camino, comenzó a hablarle de un asunto extraño. La joven sintió vergüenza y le pidió que recordase la tradición cristiana de sus padres, quienes la habían tratado generosamente, y le pidió que la dejase seguir su destino en paz en su dolorosa viudez. Se dio cuenta de que el joven estaba saturado de los vicios de la época, y le pareció que el hijo de sus protectores era insensible a sus ruegos más ardientes. Rechazadas sus propuestas indecorosas, el hijo de Horacio le dijo a su víctima, dejando trasuntar en semblante una repugnante expresión de buitre herido:

_ Estamos cerca de Velitrae, donde pernoctaremos, y como habrás de proseguir conmigo hasta Gaeta, espero convencerte mañana. De lo contrario...

Celia soporto el insulto recordando su deber de orar y de vigilar, y elevó el pensamiento en plegarias fervorosas, a fin de que el Divino Maestro a través de sus mensajeros le inspirase el mejor camino.

Después de unos instantes entraron en la bella ciudad edificada en tiempos remotos por los volscos y cuna del gran Augusto. Velitrae, más tarde Veltri, asentada en una gran colina, ofrecía al viajero las más hermosas perspectivas topográficas. Sus crepúsculos están impregnados de suave y maravillosa belleza... Contemplando el oriente se ven los montes de Sabina unidos a los profundos barrancos de la ciudad y por la tarde, cuando el sol desaparece, la nieve de las montañas se mezcla con la neblina de la noche, proporcionando prismas visuales del más deslumbrante efecto.

Junio se detuvo delante de una posada de muy humilde aspecto. Fue recibido con demostraciones de alegría por antiguos conocidos, se ocupó inmediatamente del hospedaje de Celia con la criatura, y llevó a los animales a la caballeriza.

La joven cristiana después de la refacción de la tarde buscó el silencio de su cuarto para reflexionar y orar. Junio había decidido que le viaje continuaría al amanecer. Ella estaba angustiada y llena de incertidumbre. El hijo de sus benefactores no parecía dotado de los elevados sentimientos

paternos. Su mirada huraña parecía la ponzoña de un oficio. Sus gestos eran atrevidos, sus ideas, ajenas a las nociones del deber y de la responsabilidad.

Entrada la noche, una sierva de la casa le preguntó si necesitaba algo y la encontró inquieta y afligida, pensando en lo que podría ocurrirle en su porvenir doloroso lleno de amenazas.

Después de amargas reflexiones, inspirada por sus amigos invisibles decidió marcharse de la posada en las primeras horas de la madrugada, para huir de cualquier perversidad del enemigo de su paz interior.

Así, antes del alba se alejó con recelo del la desconocida casona. Con el pequeñito contra su pecho sentía que el corazón le latía aceleradamente. Jamás había enfrentado situaciones tan difíciles, pero confiaba en que Jesús la socorrería con los recursos necesarios.

Dejó Veletri a su izquierda y tomó valientemente por un largo camino abrazando al pequeñito y a su bolsa de objetos pobres. Caminó hasta que amaneció por completo y se encontró en la antigua villa de Cora, famosa por su templo de Cástor y Pólux. Allí una mujer de pueblo la acogió por unos momentos y le dio nuevas provisiones, considerando su penosa caminata con una criatura en brazos.

Continuó la marcha poseída de una extraña fuerza, como si alguien guiase sus pasos a pesar del rumbo incierto, y en seguida se halló a orillas del río Astura. Atravesó aldeas pequeñas donde había siempre un buen corazón que le prodigaba una gentileza fraterna.

Antes del mediodía se encontró con humildes carreteros contratados por los ricos señores de la región para trabajos de transporte, y uno de ellos de aspecto patriarcal le ofreció un lugar a su lado, mitigando de ese modo su dolor de pies.

Al poco tiempo, así instalada en un vehículo bastante ligero para la época, la joven cristiana divisaba a su frente las famosas Lagunas Pontinas, vasto terreno llano hacia donde convergían las pesadas masas de agua de algunos ríos.

Celia atravesaba numerosos grupos de casas, aldeas nacientes o antiguas ciudades en ruinas, deteniendo sus ojos tristes con más insistencia en las humildes construcciones de Forapio (Forum Appii), donde la tradición cristiana de Roma aseguraba que se había efectuado el encuentro de Pablo de Tarso con sus hermanos de la ciudad de César.

Siempre sumida en sus meditaciones, la viajera se halló en Anxur, más tarde Terracina, de donde salió por la escarpada cuesta de la montaña, pasando por las ruinas bien conservadas de castillos antiguos de los más remotos dominadores. Desde la cúspide sus ojos abrazaron toda la región

de las famosas lagunas, así como la vasta extensión del mar Tirreno.

Ahí, sin embargo, sintió su corazón helado y dolorido. Era desde ese camino hostil y montañoso que el anciano benefactor, el cochero amigo, debía retomar según las órdenes recibidas.

Atardecía. El viejo trabajador de la gleba se despidió de la compañera con los ojos húmedos. Durante todo el camino Celia había estado triste y silenciosa, mas percibiendo que su benefactor estaba receloso y apenado por tener que abandonarla en un lugar tan ingrato y a tales horas, le dijo con coraje:

_ ¡Adiós, mi buen amigo! Que el cielo recompense su bondad. ¡Su generoso ofrecimiento me evitó el gran cansancio del camino!...

_ ¿Va a Fondi?_ preguntó el bueno del anciano con cariñoso interés.

_ No necesito llegar hasta allá_ respondió la joven con valentía inaudita_, la propiedad de mis parientes está mucho más próxima.

_ En buena hora_ replicó él, más conforme_, temía que tuviese que caminar todavía mucho, pues estas regiones están infectadas por fieras y bandidos.

_ Quede tranquilo_ dijo Celia ocultando su propia angustia_, estos caminos no me son desconocidos. Además estoy segura de que el cielo me protegerá amparando a mi hijito...

El generoso carretero, al escuchar la invocación al cielo, se mostró respetuoso por su simplicidad de alma devota a Dios y, después de extender su diestra a la joven desconocida, se preparó para descender la montaña, adonde fuera tan sólo para satisfacer el pedido de su graciosa pasajera. Y bajó por las mismas sendas escarpadas con el fin de cumplir en Anxur con el encargo que hasta allí lo había llevado.

Celia lo vio desaparecer por las empinadas curvas y acompañó al vehículo con una mirada triste y ansiosa. Deseaba también retroceder, más un terror inmenso a los hombres implacables que no sabrían respetar su castidad, la impulsó a buscar lo desconocido entre las espesas sombras de las flores del Lacio.

Con el pensamiento en oración caminó casi mecánicamente, observando angustiada que se avecinaban las sombras del crepúsculo...

La senda corría por un estrecho valle, de un lado se veía el océano y del otro, las cadenas de montañas. Los últimos rayos del sol doraban la cúpula inmensa, cuando sus ojos divisaron hacia la izquierda una gruta providencial formada por los elementos de la naturaleza. Era una construcción tan imponente que bastó un examen más cuidadoso para que recordara las lecciones del abuelo en otros tiempos, e identificó el lugar por

sus reminiscencias de los estudios con su abuelito. Aquella gruta era el famoso lugar donde Sejano había salvado la vida de Tiberio, cuando el antiguo emperador, aún príncipe, se dirigía con algunos amigos hacia las ciudades de Campania. Se sintió rodeada por la claridad mortecina de la tarde y se dirigió hacia el interior, donde una cavidad natural parecía apropiada para descansar una noche. Le agradeció a Jesús el haber encontrado un refugio como ese. Arregló las ropas pobres que traía para acomodar al pequeñito, recogió en seguida grandes brazadas de musgo salvaje que caía de los árboles añosos y forró el lecho de piedra con el mayor cariño. Cuando procuraba tapar el paso hacia la cavidad en que reposaría con piedras y ramas verdes, ante la posibilidad de la aparición de algún animal bravío, fue que llegó hasta sus oídos un tropel de caballos trotando aceleradamente por el camino...

Tomando al pequeñito en sus brazos corrió hacia la entrada deseosa de comunicarse con alguien, para alejar de su espíritu la triste impresión de soledad, esperanzada en que la Providencia Divina por intermedio de un corazón bondadoso le evitase la amargura de esa noche que se prefiguraba angustiosa y dolorida...

¿Sería un carro o serían caballeros generosos que le extenderían manos fraternas? También podrían ser ladrones a caballo, perdidos en la floresta en busca de aventuras... Considerando esta última hipótesis, intentó retroceder, pero tres figuras aparecieron a su lado en las sombras de la noche impidiéndole la retirada, ya que frenados con fuerza, los garbosos caballos interrumpieron el trote acelerado y ruidoso.

Tomando nuevo aliento bajo el influjo de las energías poderosas que fluían de lo Invisible hacia su espíritu, la hija de Helvidio preguntó:

_ ¿Vais a Fondi caballeros?

Al escuchar su voz, alguien que parecía el jefe de los otros dos exclamó con voz aterrada:

_ ¡Urbano! ¡Lucrecio!_ enciendan las antorchas.

Celia reconoció esa voz en la noche con terrible espanto.

Se trataba de Cayo Fabricio que regresaba de Roma sin su esposa, a quien había dejado con sus padres, compelido por sus imperiosas obligaciones en Capua. En la ciudad había participado del supuesto funeral de Celia, de acuerdo con lo dispuesto por la familia.

Al reconocerlo por su voz, la joven cristiana sintió los más angustiosos recelos entremezclados con esperanzas. ¿Quién sabe si su situación no podría cambiar por ese encuentro imprevisto?

Antes de que sus reflexiones pudiesen durar mucho, en el ambiente brillaron dos antorchas.

El esposo de Helvidia la contempló aterrado. La visión de Celia, sola y abandonada, teniendo en sus brazos a una criatura que él suponía su hijo, conmovió si corazón. Sin embargo, comprendiendo la gravedad de los acontecimientos de Roma, conforme a las dolorosas informaciones que recibiera de su suegro, trató de disimular su emoción, imprimiendo en su rostro la más fría indiferencia:

_ ¡Cayo!... imploró la joven con una intraducible inflexión de voz, mientras la luz bañaba su semblante abatido.

_ ¿Me conocéis?_ preguntó el orgulloso patricio.

_ ¿Por ventura, no me conoces tú?

_ ¿Quién sois?

_ ¿Será preciso abrirte los ojos?

_ No os reconozco.

_ ¿Estaré acaso con la fisonomía transformada hasta tal punto?

¿No te acuerdas de la hermana de tu mujer?_ preguntó suplicante.

_ Mi esposa_ dijo el viajero, mientras los dos siervos la contemplaban extremadamente sorprendidos_ tenía solamente una hermana que murió hace dieciocho días. Evidentemente estáis equivocada, ya que justamente ahora vengo de Roma, donde asistí a su funeral.

Esas palabras fueron pronunciadas con frialdad indefinible.

La hija de Helvidio Lucio fijó en él sus ojos nublados por las lágrimas y el semblante transfigurado por infinita amargura. Comprendió que era inútil abrigar ninguna esperanza de volver al seno de su familia. Para cualquier efecto estaba muerta, y para siempre. Le pareció despertar más intensamente a su dolorida realidad, mas sintiendo que alguien amparaba su espíritu en tan angustioso trance, exclamó:

_ ¡Comprendo!...

El esposo de Helvidia, aparentando la máxima indiferencia para no traicionar sus sentimientos delante de los siervos, replicó:

_ Señora, si os valéis de este expediente para obtener dinero preciso para vuestras necesidades, yo os lo doy de buen grado.

Pero, cuando el orgulloso romano revolvía en su bolsa para cumplir con ese designio, ella le respondió con nobleza y dignidad:

_ ¡Cayo, sigue en paz tu camino!... ¡Guarda tu dinero, pues una bendición de Jesús vale más que un millón de sestercios!...

Extremadamente confundido, el marido de Helvidia guardó la bolsa y se

dirigió contrariado a los servidores en estos términos:

_ ¡Apaguen las antorchas y prosigamos el viaje!

Y observando la consternación de los esclavos muy impresionados por aquella escena, agregó con altanería:

_ ¿Qué más esperan para cumplir mis órdenes? No nos impresionemos con los incidentes del camino. ¡Nunca pasé por Anxur sin encontrar una loca como ésta!

Como si hubiesen sido despertados repentinamente por órdenes más severas, Urbano y Lucrecio obedecieron las exigencias del señor y apagaron las luces que brillaban pálidamente en la oscuridad de la noche. En seguida los tres caballeros se pusieron en marcha como si nada hubiese ocurrido.

Cayo Fabricio era generoso, pero la falta de Celia a los ojos de la familia era demasiado grave para que pudiese ser perdonada. No revelaría a ninguno aquel encuentro, además porque entre él y su mujer existía el compromiso de absoluto sigilo con respecto al asunto. Resolvió, entonces, ahogar todos los impulsos de compasión hacia la infeliz cuñada.

En cuanto a ésta, quedó como petrificada y con los ojos llenos de lágrimas al escuchar el acompasado trote de los animales que se alejaban, hasta que un silencio profundo y misterioso se hizo sentir por todas partes en la sombría floresta.

Por su fragilidad femenina, viendo que Cayo se alejaba, tuvo deseos de pedirle que la socorriera y le hiciera la caridad de conducirla hasta el poblado de Fondi, donde seguramente encontraría a alguien que la alojase por una noche. Sin embargo permaneció muda, como si la insensibilidad de su cuñado le hubiera helado su propia alma.

Lloró largamente con los ojos fijos en el cielo donde apenas brillaban algunas estrellas, mezclando sus plegarias con amargas lágrimas.

Con paso vacilante volvió a la gruta salvaje que la naturaleza había construido.

Ya adentro, acomodó a la criatura de la mejor manera posible y se puso a meditar con gran aflicción.

Los vientos del Lacio comenzaron a susurrar una sinfonía triste y extraña, y de vez en cuando hasta sus oídos llegaban los ecos del ulular de los lobos salvajes en la floresta...

Celia se encontró más que nunca abandonada. Un profundo desánimo se apoderó de su espíritu, y sintió que a pesar de su fe, su fortaleza moral desfallecía ante tan penosos padecimientos...Recordó una a una todas las alegrías de su hogar y a cada familiar, con todas las características encantadoras que su extremo afecto le hacía percibir. ¡Nunca el sufrimiento

moral había herido tan profundamente su sensible corazón!...Mientras silenciosas lágrimas rodaban por sus mejillas, rememoró más que nunca la exhortaciones de Nestorio en las vísperas del sacrificio, rogando a Jesús que le concediera fuerzas para los renunciamientos purificadores...

Sumergida en profunda oscuridad acariciaba el rostro del pequeñito temiendo un ataque de reptiles y enjugando sus lágrimas, para poder pensar en el futuro sin perder la confianza en las misericordia de Jesús.

Fue entonces que con gran sorpresa vio que ante sus ojos afligidos emergía de la sombra un punto luminoso que se agrandaba con rapidez prodigiosa, sin que ella atinase a comprender qué era lo que pasaba... Con aturdimiento y asombro, acabó por divisar a su lado la figura del abuelo que le enviaba a su corazón atormentado la más tierna de las sonrisas...

Tan grande era su amargura, tanta la hiel de su corazón angustiado, que no manifestó ninguna extrañeza. Iluminada por su fe, recordó de pronto la enseñanza evangélica de las apariciones del Divino Maestro a María Magdalena y a sus discípulos, y extendió hacia su abuelo los brazos ansiosos. Para su espíritu dolorido la visión de Cneio Lucio era una bendición del Señor después de sus inenarrables martirios íntimos. Quiso hablar, pero ante la figura radiante del buen anciano, la voz se moría en su garganta sin conseguir articular una palabra. Todavía tenía los ojos húmedos pro el llanto y había en su rostro una expresión tal de sublimidad, que parecía en estado de profundo éxtasis.

_ Celia_ susurró el espíritu cariñoso y bienhechor_, ¡Dios te bendiga en las tormentas asperísimas de la vida material!... ¡Feliz de ti que elegiste el sacrificio, como si hubieses recibido una determinación grata del Maestro!... ¡No desfallezcas en las horas más amargas, pues entre las flores del cielo hay quien te acompaña en tus sufrimientos, fortaleciendo las fibras de tu espíritu desterrado! Jamás creas que estas abandonada, porque del Más Allá nosotros te extendemos manos fraternas. Todos los dolores, hijita, pasan como la velocidad del rayo o como la niebla deshecha por el sol...Sólo la alegría es perenne, sólo la alegría alcanza la eternidad. ¡Dedicándonos interiormente a Dios, comprendemos que todos los sufrimientos son vísperas divinas del júbilo espiritual en los planos de la verdadera vida! ¡Conocemos la intensidad de tus padecimientos, pero de acuerdo con tu fe, conserva el pensamiento siempre puro! Creyendo que te sacrificas por tu madre, estás cumpliendo una de las más hermosas misiones de caridad y amor a los ojos del Cordero... ¡No pienses que el sentimiento materno pudo desviarse en algún momento del código de lealtad y de de la virtud doméstica, pero recibe todos los sufrimientos como elementos sagrados de tu propia redención espiritual! Tu madre nunca dejó de respetar la fidelidad conyugal y tu espíritu de abnegación y renuncia recibirá de Jesús la más abundante cosecha de bendiciones.

Escuchando estas palabras que caían como bálsamo divino en su corazón

desalentado, la hija de Helvidio dejaba que las lágrimas de confortación íntima rodasen por sus mejillas, como si solamente el llanto pudiese lavar todas sus amarguras. Ella veía a su abuelo afectuoso y amigo allí, a su lado, como en los días más venturosos de su existencia. Nimbado por una agradable y suave luz, Cneio Lucio le sonreía con la bondad de corazón que siempre le había demostrado. Cuando escuchó la revelación sobre la integridad moral de su progenitora, Celia reconsideró los sucesos dolorosos de su hogar, Bastó que le aflorasen tales pensamientos, si llegar a manifestarlos en voz alta, para que la respetable entidad le hiciese la aclaración en estos términos:

_ Hija, no pienses sino en cumplir bien los designios que el Señor te tiene destinados... ¡No permitas que tus pensamientos vuelvan al pasado para que se contaminen con las aflicciones y amarguras de la vida terrestre! ¡No desees averiguar quién es culpable, ni señalar el desvío de quien quiera que sea, porque hay un tribunal de justicia incorruptible que legisla por encima de nuestras cabezas!... ¡Para él no hay procesos oscuros ni informaciones inexactas! Si esa justicia sublime determinó que tú marcharas por sendas de calumnia y de sacrificio, es que esos caminos convienen más a tu perfeccionamiento y a las formas de trabajo que te competen. ¡Nunca más volverás al amparo del hogar paterno, al que te sentirás ligada por los lazos inquebrantables de la nostalgia y del amor a través de todos los senderos, pero esa separación de tu alma de nuestros afectos más queridos será como un punto de luz imperecedera, señalando la transformación de nuestros destinos! ¡Tu sacrificio, hijita, ha de ser siempre el marco renovador de nuestras energías espirituales, en el gran movimiento de las reencarnaciones sucesivas en busca de amor y de la sabiduría! Ampliando más recursos para regresar a las luchas terrestres, bendigo tu dolor porque tu renuncia es grande y meritoria a los ojos de Jesús.

Fue en ese momento en que ella consiguió dominar las emociones que la asfixiaban y exclamó con voz triste y dolorida:

_ ¡Más que las palabras, mi corazón, que vuestro espíritu puede penetrar, puede deciros de mi alegría y reconocimiento!... ¡Protector y amigo, guía desvelado de mi alma, ya que habéis venido de las sombras del túmulo para traerme las más consoladoras verdades, ayudadme a vencer en los embates dolorosos de la vida!... ¡Ayudadme! ¡Inspiradme con vuestra sabiduría y con vuestro amor piadoso! ¡No me dejéis desorientada en estos peñascos peligrosos!... ¡Abuelo, mi corazón se ha sentido triste como esta noche, y el desaliento y la amargura claman en mi interior como los lobos feroces que se oían en esta selva!... ¡De ahora en adelante, sin embargo, sabré que os tengo junto a mí!... ¡Caminaré consciente de que seguís mis pasos en busca de la real felicidad!... ¡Rogad a Jesús que yo desempeñe austeramente todos mis deberes! ¡Y, sobre todo, amparad también al inocente cuya vida protegeré en todas las circunstancias!...

La voz de Celia se detuvo. Escuchando sus súplicas con la misma expresión de serenidad y de cariño en la mirada, Cneio Lucio avanzó lentamente hasta el lecho improvisado del pequeñito y le iluminó su blanco rostro con su diestra radiante, exclamando con una sonrisa:

_ ¡Aquí está, hijita_ dijo señalando a la criatura_, Ciro cumplió su promesa regresando rápidamente al mundo para estar más cerca de tu corazón, bajo las bendiciones del Cordero!...

_ ¿Cómo no me lo revelasteis antes?_ dijo la joven íntimamente poseída de sublime alborozo.

_ Es que Dios_ exclamó la entidad generosa, adivinando sus pensamientos_ quiere que todos espiritualicemos el amor a través de las expresiones más puras y más sublimes. ¡Recibiendo a un niño abandonado como a tu hermano, sin que nada te desviara del deber, supiste santificar, además, tu amor por Ciro, por el lazo indisoluble de las almas gemelas, en el camino de las más brillantes conquistas espirituales de la redención suprema!...

_ ¡Sí!_ dijo la joven patricia con gran júbilo_, ¡ahora comprendo mejor mi enternecimiento, y ya que trajiste a mi corazón una alegría tan dulce, enseñadme cómo debo proceder, dadme una orientación adecuada para que yo pueda cumplir perfectamente con todos mis deberes!...

_ ¡Hija, la orientación de todos los hombres está dada en los ejemplos de Jesucristo! ¡No tenemos el derecho de impedir la iniciativa y la libertad de los seres que nos son más queridos, porque en el camino de la vida el esfuerzo personal es indispensable! Lucha con energía, con fe y perseverancia, para que el reino del Señor florezca en luz y paz en tu propia vida... Mantén tu conciencia siempre pura y si algún día la duda viene a perturbar tu corazón, pregúntate a ti misma lo que haría el Maestro en tu lugar en idénticas circunstancias... ¡Así aprenderás a proceder con firmeza, iluminando tus resoluciones con la luz del Evangelio!...

Después de una pausa en la que Celia no sabía si fijarse en la figura sobreviviente del abuelo, o si despertar a la criatura para volver a ver en sus ojos los recuerdos de su bien amado una vez más, Cneio agregó:

_ ¡Luego de tantas sorpresas conmovedoras y de tantas fatigas necesitas descansar! Reposa el cuerpo dolorido, que todavía habrá de sustentar muchas luchas... ¡Continúa con la misma oración y vigilancia de siempre, pues Jesús no te abandonará en el proceloso mar de la vida!...

Entonces, como si un poder invisible le anulase las posibilidades de resistencia, Celia se sintió envuelta en un magnetismo dulce y suave. En seguida dejó de ver la figura radiante del abuelo, que se había colocado a su lado cual centinela afectuoso, para protegerla de todos los peligros... Un suave sueño cerró sus párpados cansados y, abrazada al pequeñito, durmió

tranquilamente hasta que los primeros rayos del sol penetraron en la gruta anunciado el día.

.

CAPITULO IV - DE MINTURNES A ALEJANDRIA.

.

Mientras la vida de familia de Fabio Cornelio transcurría en la ciudad imperial sin acontecimientos dignos de mención, sigamos a la hija de Helvidio Lucio por su dolorosa senda.

Después de levantarse a la mañana, Celia llegó a la población de Fondi, en cuyas cercanías una persona generosa la acogió por un día con ternura y bondad. Fue lo suficiente para que se repusiera de las caminatas fatigosas y largas, y al día siguiente se puso nuevamente en marcha en dirección a Itri, la antigua "Urbus Mamurrarum", aprovechando el mismo trazado de la Vía Apia.

En el camino tuvo la satisfacción de encontrar la carreta de Gregorio, el mismo carretero humilde que la había dejado en la víspera en las montañas de Terracina, circunstancia que llenó de alegría su corazón. En las dificultades y dolores del mundo la fraternidad tiene ligaduras profundas, jamás producidas por los goces mundanos, siempre fugaces y transitorios.

Gregorio le ofreció el mismo lugar a su lado, en un gesto de protección que la joven aceptó, considerándolo una bendición de lo Alto.

En esa oportunidad se reconocieron como dos buenos amigos de otros tiempos. Hablaron del paisaje y de los pequeños incidentes del viaje. Entonces Gregorio le preguntó con sumo interés:

_ ¿La señora tiene otros parientes más allá de Fondi? No me parece pequeño sacrificio al aventurarse a una jornada tan larga como la de anteayer... ¿Cómo permitieron que hiciese otro viaje a pie?

_ Sí, mi amigo_ respondió buscando desviar su afectuosa curiosidad_, mis parientes de Fondi son muy pobres y no deseo volver a Roma sin ver a un tío enfermo que reside en Minturnes*.

*Minturnes más tarde se llamó Trajetta._ Nota de Emmanuel.

Afortunadamente_ dijo el generoso plebeyo, satisfecho con la respuesta_, siendo así hoy podré llevarla hasta el fin de su trayecto, pues voy más allá de las lagunas de la ciudad.

La marcha continuó entre las gentilezas de Gregorio y el agradecimiento de Celia, que conmovida apreciaba su bondad.

Recién al caer la tarde el vehículo llegó a los alrededores de la famosa ciudad.

Después de despedirse del afectuoso compañero, la joven cristiana observó el soberbio paisaje que se presentaba ante sus ojos. Una hermosa vegetación surgía de los terrenos pantanosos con un diluvio de flores. La primera puerta de la ciudad estaba a algunos metros, pero su amor por la naturaleza la hizo permanecer junto a los grandes árboles del camino. El sol crepuscular enviaba al manto florido sus rayos agonizantes. Dominada por elevados pensamientos y experimentando un nuevo aliento de vida por las palabras de verdad y de consuelo que el abuelo le había dicho en la víspera, desde los confines del túmulo, comenzó a orar agradeciendo a Jesús sus beneficios sublimes e infinitos.

Con agradable embeleso, contempló la figurita mimosa que se agitaba en sus brazos y besó su frente en un arrobo de espiritualidad.

El día anterior había recibido la hospitalidad de la naturaleza, pero en ese momento, ante las hileras de casuchas próximas al camino, se preguntaba a sí misma sobre el mejor medio de recurrir a la piedad ajena, contando, sin embargo, como en otras oportunidades, con el amparo de Jesús, que le daría la inspiración más acertada por intermedio de sus lúcidos mensajeros.

Fue entonces que reparó en una choza rodeada de naranjas, donde la vida parecía ser muy simple y solitaria. Su sencillo aspecto emergía de la arboleda a doscientos metros del lugar en que se encontraba. Se sintió atraída por algo indefinible, llegó hasta ella y golpeó a su puerta. Brillaban en el cielo las primeras estrellas.

Después de mucho llamar escuchó que alguien se aproximaba con dificultad y daba vueltas al cerrojo.

Y no tardó en tener delante de sus ojos una figura patriarcal y venerable que la acogió con solicitud simpatía.

Era un anciano de cabellos y de barba completamente blancos. Las canas plateadas realzaban sus nobles y perfectos rasgos romanos. Aparentaba más de setenta años, pero su mirada estaba llena de ternura y de vida, como si su raciocinio estuviese en la plenitud de su madurez. Cuando le extendió sus manos arrugadas y trémulas, Celia notó que una pequeña cruz pendía de su pecho, sobre la toga descolorida y gastada.

Muy emocionada y comprendiendo que se encontraba frente a un anciano cristiano, murmuró humilde:

_ ¡Loado sea Nuestro Señor Jesucristo!

_ ¡Por siempre, hija mía!_ respondió el anciano, demostrando en una sonrisa el júbilo que aquel saludo le había causado._ Entra en la choza de un humilde siervo del Señor y dispone de él, también siervo tuyo.

La hija de Helvidio explicó, entonces, que se encontraba desamparada en el mundo con un hijito de pocos días, y que bendecía la hora feliz en que había golpeado la puerta de un cristiano, a quien desde ese instante consideraría como un maestro. En seguida se estableció entre ellos una cordialidad y un afecto mutuos tan expresivos, tan puros, que parecían consolidados en la eternidad.

Una vez que escuchó su relato, el anciano Minturnes le habló con ternura y sinceridad:

_ Después de examinar tu situación, hija mía, has de permitirme que te ayude como un padre o un hermano mayor en la fe y en la experiencia. Es que también tuve una hija que he perdido hace poco tiempo, justamente cuando venía para que me acompañara en mi voluntario y bendito exilio en el África. Se parecía mucho a ti y sería muy dichoso si me tuvieras la misma simpatía que me inspiraste. Te puedes quedar en esta casa el tiempo que quieras o que necesites... Vivo solo, después de una existencia llena de placeres y amarguras... ¡Antes, el cariño hacia mi hija todavía me mantenía sujeto a intereses materiales, mas ahora vivo solamente para mi fe en Jesucristo, esperando que su palabra de misericordia me llame pronto a su reino para la comprobación de mi indigencia!

Su voz se entrecortaba con suspiros, como si los más atroces de regresar a Alejandría, pero el debilitamiento físico parece advertirme que en breve me veré obligado a entregar el cuerpo a la tierra de Campania, a despecho del deseo de morir en el paraje solitario al que transporté mi espíritu...

Mientras él hacía una pausa la joven dijo despreocupadamente:

_ Sois romano, presumo, por los rasgos inconfundibles de vuestra fisonomía.

Mirándola a los ojos, como si quisiese comprobar toda la pureza y la simplicidad del alma de su interlocutora, el anciano respondió pausadamente:

_ ¡Hija, tu condición de cristiana y la candidez que se irradia de tu alma me obliga a una mayor sinceridad para contigo!...

¡En esta ciudad ninguno conoce mi identidad real!... Desde el día en que me consagré en el lejano Egipto a la institución cristiana de la cual participo, tomé el nombre de Mariño. Dentro de nuestra comunidad de hombres sinceros y creyentes, desprendidos de los bienes materiales, hicimos voto solemne de renuncia a todos los privilegios efímeros de la Tierra, a todas sus alegrías, de modo de unirnos al Señor y Maestro con la comprensión clara y profunda de su doctrina. ¡Mientras los déspotas del Imperio traman la muerte del Cristianismo, creyendo aniquilarlo con el sacrificio de los adeptos, fuera de Roma se organizan las fuerzas poderosas que han de actuar en el futuro en defensa de las ideas sagradas! ¡En todas

las provincias de Asia y de África los cristianos se congregan en sociedades pacíficas y laboriosas, y aguardan los preciosos escritos de los discípulos del Señor y de sus abnegados seguidores, protegiendo el tesoro de los creyentes para una posteridad más piadosa y más feliz!...

Mientras Celia lo escuchaba con cariñoso interés, el anciano de Minturnes continuó después de una pausa, como para organizar su pensamiento en una clara exposición de recuerdos.

_ A otro, hija, no podría confiarle lo que te revelo en esta noche, llevado por un impulso del corazón... Tal vez mi espíritu se esté acercando al sepulcro y el Amado Maestro quiera advertirle indirectamente al alma culpable y dolorida. Hay algo que me compele a confesarte el pasado con sus inquietudes e incertidumbres... No podría explicarte lo que es... ¡Sé apenas que la inocencia de tu mirada de cristiana, de hija bondadosa y tierna, hace renacer en mi exhausto pecho los bienes divinos de la confianza!...

Mi verdadero nombre es Lesio Munacio, hijo de antiguos guerreros, cuyos antepasados se destacaron en los hechos de la República... Mi juventud fue una larga estela de crímenes y desvíos a los que mi espíritu débil se entregó porque no conocía las enseñanzas de Jesús... En otros tiempos no trepidé en esgrimir la espada homicida diseminando la ruina y la muerte entre los seres más humildes y desesperanzados... ¡Cooperé en la persecución de los núcleos del Cristianismo naciente llevando a mujeres indefensas al martirio y a la muerte, en los días de las fiestas execrables!... ¡Ay de mí!... ¡No sabía que un día resonaría en mi interior la misma voz divina y profunda que sonó para Pablo de Tarso en el camino de Damasco! ¡Después de esa vida aventurera me casé tarde, cuando las flores de la juventud ya perdían sus pétalos en el otoño de la vida! ¡Mejor no lo hubiera hecho!... ¡Para conquistar el amor de mi compañera me vi obligado a gastar lo imposible, echando mano a todos los recursos! ¡Sin preparación espiritual, construí un hogar la más triste indigencia! ¡Al poco tiempo una graciosa hijita vino a iluminar la oscura esencia de mis reflexiones sobre el destino, pero atormentado por las más duras necesidades por mantener en Roma nuestro nivel de vida social, me di cuenta de que mi pobre esposa, llena de ilusiones, no bebería conmigo el cáliz de la pobreza y de la amargura!... ¡En efecto, transcurrido poco tiempo, mi hogar estaba ultrajado y desierto!

El cuestor Flavio Hilas, abusando de la amistad y de la confianza que yo le dispensaba, sedujo a mi mujer y ostensiblemente la desvió del santuario doméstico, para escarnio de mis esperanzas y de mis sufrimientos... Quise quitarme la vida para huir de mi vergüenza, pero el apego a mi hijita me advirtió que ese gesto extremo significaba tan sólo cobardía... Pensé, entonces, en buscar a Flavio Hilas y la esposa infiel para decapitarlos rápidamente con un golpe de espada, mas cuando trataba de ejecutar el

siniestro intento, encontré a un anciano mendigo junto al templo de Serapis, que me extendió su diestra dilacerada, no para implorarme una limosna, sino para darme un trozo de pergamino que tomé ansioso, como si recibiese un mensaje secreto de un amigo. Después de dar algunos pasos, reconocí con asombro que allí se hallaban grabados pensamientos de Jesucristo, los que después vine a saber eran los del sermón de la montaña...

¡Junto a ese himno de bienaventurados, estaba la información de que algunos amigos del Señor se reunirían aquella noche junto a los viejos muros de la Vía Salaria!... Retrocedí para recoger informes del mendigo; sin embargo no lo encontré, ni pude jamás saber noticias de él.

Aquellas enseñanzas del Profeta Galileo colmaron mi corazón... Parece que solamente en los grandes dolores el alma humana puede sentir la grandeza de las teorías del amor y de la bondad... Volví a casa sin cumplir los criminales propósitos y, considerando la inocencia de mi hija, cuya infantil necesidad de cariño me invitaba a vivir, fui a la asamblea cristiana, donde tuve la felicidad de escuchar a valerosos predicadores sufrientes y humillados, entre los cuales se hallaban algunos conocidos míos, que las furias políticas habían lanzado al sufrimiento y al ostracismo... Criaturas humildes oían la buena nueva mezclados con elementos del patriciado, a quienes los cambios de la suerte habían conducido a la adversidad... Para todos, la palabra de Jesús constituía un dulce consuelo y una energía misteriosa... Bajo la triste claridad de las antorchas, se notaba en todos los semblantes una expresión de vida nueva que se contagió a mi espíritu cansado y dolorido... ¡Aquella noche regresé a casa como si hubiera renacido para enfrentar la vida!...

Al día siguiente, sin embargo, cuando menos lo esperaba y cuando mi alma había encontrado sosiego, fue que un pelotón de soldados rodeó mi casa y me condujo a la cárcel bajo la más injusta acusación... Es que aquella noche el infeliz Flavio Hilas había sido apuñalado en misteriosas circunstancias. Delante de su cadáver, mi propia mujer juró que yo era el asesino. Argumentada la calumnia, intenté interponer mis relaciones amistosas para recuperar la libertad y poder cuidar de mi pobre hija recogida, entonces, por manos generosas y humildes del Esquilino; pero los amigos me respondieron que sólo el dinero podría mover en mi favor el aparato judicial del Imperio, y yo ya no lo poseía...

Abandonado en la cárcel, imposibilitado de justificarme ya que esa noche había estado en la asamblea cristiana, preferí callar a comprometer a los que habían proporcionado consuelo a mi espíritu abatido... Pisoteados mis sentimientos más sagrados, esperé las decisiones de la justicia imperial embargado de indescriptible angustia. Finalmente dos centuriones fueron a notificarme la injusta sentencia. Las autoridades, considerando la extensión del crimen, me quitaron todos los títulos y prerrogativas del patriciado, y

me condenaron a muerte, porque el cuestor asesinado había sido hombre de confianza del César... Recibí la sentencia casi sin sorpresa, aunque deseaba vivir para servir a aquel Jesús, cuyas grandiosas enseñanzas habían sido mi luz en las espesas sombras de la cárcel y cumplir igualmente los deberes paternales para con la hijita abandonada por la ternura materna...

Esperé la muerte con el pensamiento en oración, mas en ese tiempo vivía en Roma un hombre justo algo menor que yo, cuyo padre había sido compañero de infancia del mío. Ese hombre conocía mi carácter defectuoso, pero leal. Se llamaba Cneio Lucio y fue a ver personalmente a Trajano para abogar por mi libertad. Afrontando las iras de Augusto, no vaciló en solicitar clemencia para mí, y consiguió que el emperador conmutase la pena por la de expulsión de la corte, con la supresión de todas las regalías que mi nombre me otorgaba...

Mientras el anciano hacía una pausa, la joven comenzó a llorar, emocionada por la alusión del abuelo, cuyo recuerdo llenaba su corazón de viva nostalgia.

_ Una vez libre_ prosiguió el anciano de Minturnes_, me acerqué a antiguos compañeros que habían probado del mismo cáliz que yo, por las persecuciones de orden político, y que participaban de la misma fe en Jesucristo... Desterrados de Roma y humillados, nos dirigimos al África, donde fundamos un establecimiento solitario, no lejos de Alejandría, con la finalidad de dedicarnos al estudio de los textos sagrados y conservar, al mismo tiempo, los tesoros espirituales de los apóstoles.

Dejé la capital del Imperio después de haber confiado mi única hija a una pareja amiga, cuya pobreza material no desmerecía sus nobles sentimientos. ¡Me ocupé del futuro de mi hija con todos los recursos a mi alcance, y partí hacia Egipto lleno de nuevos ideales a la luz de la nueva creencia! ¡Por las severas meditaciones y los austeros ejercicios espirituales a los que me sometí, llegué a olvidar las grandes luchas y las penosas amarguras de mi destino!...

El descanso de la mente en Jesús me alivió de todos mis pesares. El único hilo que todavía me unía a la península era justamente mi hija, entonces ya en la juventud, y cuyo cariño quería llevarlo conmigo al África lejano... Después de veinte años en el seno de nuestra comunidad, pasados en plegarias y meditaciones provechosas, solicité de nuestro director espiritual el permiso necesario para acoger a un familiar en nuestro retiro. Me referí a un familiar, pues deseaba convencer a mi pobre Lesia de que debía partir en mi compañía con vestimenta masculina, considerando la enseñanza de Jesús con respecto a que existen en el mundo los que se hacen eunucos por amor a Dios...

Los estatutos de la comunidad no permiten mujeres en la misma por

decisión del Aufidio Prisco, allí venerado como jefe bajo el nombre de Epifanio... No era mi propósito menospreciar las leyes de nuestra orden y sí arrebatar a mi hijita del ambiente de seducciones de esta época de decadencia, en la que las intenciones más sagradas son devoradas por los lobos de la vanidad y de la ambición que ululaban en el camino... ¡Deseaba conservarla junto a mí en el más santo de los anonimatos, hasta que consiguiese modificar las disposiciones de Epifanio acerca de los reglamentos de nuestra orden, por las circunstancias especiales de mi vida!...

Obtuve el permiso necesario para venir a la península; llegué aquí hace casi dos años y experimenté la angustia de encontrar a mi Lesia en los últimos instantes de vida... Describirte mi sufrimiento por la separación de mi querida hija después de tantos años de ausencia y de haber acariciado tan grandes esperanzas, es tarea superior a mis fuerzas... ¡Acompañé sus restos hasta el sepulcro, adonde ordené transportar poco después los de los dos afectuosos amigos que le habían servido de padres, también víctima de la peste que hace tiempo flageló a toda la población de Minturnes!...

¡Ay de mí, que no merecí sino angustias y tormentos en las sendas ásperas de la existencia por los crímenes innombrables de mi juventud!...

Me queda, sin embargo, la esperanza del amor del Cordero de Dios, cuya misericordia vino a este mundo a arrebatarnos de la humillación y del pecado...

Cercano al túmulo, le ruego al Señor que no me desampare... ¡Más allá del sepulcro, siento que resplandece la luz de sus enseñanzas, en un reino de paz misericordiosa y compasiva! Seguramente allá me esperan mi hija idolatrada y los amigos inolvidables. ¡Presiento que la tierra floreciente de Campania guardará dentro de poco mi abatido cuerpo; pero más allá de las exhaustas fuerzas de la vida material, espero encontrar la verdad consoladora de nuestra sobrevivencia! ¡Recibiré de buena voluntad el juicio más severo sobre mi pasado delictuoso y, renunciando a todos los sentimientos personales, he de aceptar plenamente los designios de Jesús, porque su justicia es ecuánime y misericordiosa!...

El anciano de Minturnes hablaba conmovido, con la mirada brillante fija en lo Alto y con la serenidad de su fe robusta y ardiente, como si estuviese delante de una asamblea celeste.

Mas, cuando finalizó sus dolorosas confidencias, notó que Celia tenía los ojos anegados de lágrimas, al punto de no poder hablar, tal era la emoción que estrangulaba su voz en el interior de su pecho dolorido.

_ ¿Por qué lloras, hija mía_ preguntó con ternura_, si mi pobre historia de viejo no puede llegar directamente a tu corazón?

Dominada por la emoción del momento, la hija de Helvidio no respondía,

sin embargo el anciano continuó sorprendido y melancólico:

_ ¿Acaso has vivido una historia tan amarga como la mía? A pesar de la fe ardiente que presiento en tu espíritu, a tu edad no se justifica tamaña sensibilidad. Dime, hija, si tienes también el corazón herido por una úlcera dolorosa... Si las penas oprimen tu alma desalentada, recuerda las palabras del Maestro cuando exhortaba en Cafarnaum: _ "Venid a mí todos los que traéis en vuestro interior los tormentos del mundo y yo os aliviaré"... ¡Es verdad que no estás enfrente del Mesías de Dios, pero, aun aquí, debemos recordar la lección de Jesús, al aceptar la caridad del cirineo que lo ayudó a transportar la cruz!... Él, que era la personificación de toda la energía del amor, no vaciló en aceptar el amparo de un hijo humilde del infortunio... También yo soy un mísero pecador, hijo de las pruebas más duras y espinosas; sin embargo, si puedes, lee en mi corazón y verás que en mi interior palpita hacia ti el afecto de un padre. Tu presencia me despierta inexplicable y misteriosa simpatía... Te confié lo que le diría solamente a la hijita adorada que me precedió del mundo, cuéntame algo de tus penas. ¡Compartirás conmigo tus sufrimientos y la cruz de las pruebas te parecerá más liviana!...

Escuchando esas exhortaciones cariñosas y espontáneas, que no había oído más desde la muerte de su abuelo, cuyo nombre fue mencionado allí por el anciano de Minturnes y que le servía como punto de referencia para entrar en confianza, Celia, después de acomodar al pequeñito adormecido, se sentó al lado del benefactor con la intimidad de quien lo conociese de mucho tiempo atrás, y, con la voz entrecortada por las reticencias de una profunda emoción, comenzó a hablar:

_ Si me habéis llamado hija, permitidme que bese vuestras generosas manos y os llame padre, en virtud de las afinidades más puras del corazón.

Habéis invocado un nombre que me obliga a llorar de emoción, en el tumulto de recuerdos también amargos y dolorosos... Confiaré en vos, cual lo hice siempre con el cariñoso abuelo que recordasteis agradecido. También yo vengo de Roma por los mismos ásperos caminos de amargura y sacrificio. Segura de que puedo teneros confianza, os contaré yo también mi desdichada historia, la que comenzó cuando la juventud parecía sonreírme en plena florescencia primaveral.

¡Abandonada y sola, recibiré, por cierto, por vuestra experiencia en las sendas de la vida, el buen consejo que me permita establecerme en cualquier parte, con el fin de cumplir la misión de madre con este pobre inocente! de comunicarme con un corazón afectuoso y partes hombres sin piedad, que me envolvían con miradas corruptas y voluptuosas... ¡Algunos llegaron a insultar mi castidad, sin embargo rogué insistentemente a Jesús que me brindara la oportunidad de encontrar un espíritu caritativo y cristiano para que me fortaleciese!...

Sintiéndose embargada por inexplicable confianza, mientras el anciano de Minturnes la escuchaba sorprendido por la gran serenidad que translucía en su mirada, la hija de Helvidio Lucio comenzó a relatar su historia, llena de sucesos intensos y conmovedores. Le confesó ser nieta del magnánimo Cneio, lo que emocionó profundamente a su interlocutor, y le narró todos los episodios de su vida, desde las primeras contrariedades de niña y de joven en Palestina, hasta la visión de su abuelo en la noche anterior, cuando se vio forzada a pernoctar en la gruta de Tiberio, con lo que terminó su largo relato.

Al concluir tenía los ojos hinchados de llorar, como alguien que se hubiera demorado mucho en aliviar su corazón del peso de la amargura.

El anciano, que acariciaba sus cabellos conmovidamente, como si fuera una hija reencontrada después de una larga ausencia llena de angustiosa nostalgia, exclamó por fin:

_ ¡Hija mía, me proponía confortarte y tu corazón de joven, con los más bellos ejemplos de sacrificio y coraje es el que me consuelos más bellos ejemplos de sacrificio y coraje es el que me consuela!... ¡Para mí, que muchas veces favorecí el mal y me extravié en el crimen, los sufrimientos de la Tierra significan la justicia del destino humano; pero para tu espíritu afectuoso y bueno, las pruebas de la vida constituyen un heroísmo del cielo!... Dios bendiga tu corazón fustigado por las tempestades del mundo antes del florecimiento de la primavera. Desde las alegrías del reino de Jesús. Cneio Lucio debe regocijarse con el Señor por tus heroicos hechos... ¡Siento que su alma, ennoblecida en la práctica del bien y de la virtud, sigue tus pasos como centinela fidelísimo!...

Después de una larga pausa, en la que Mariño parecía meditar en el futuro de su bonita compañera, dijo paternalmente.

_ ¡Mientras me narrabas tus padecimientos íntimos, yo consideraba la mejor manera de ayudarte en el ocaso de mi vida! Comprendo tu situación de joven abandonada y sola en el mundo, con la pesada responsabilidad de cuidar de una criatura encontrada en tan extrañas circunstancias. Aconsejarte que vuelvas a tu hogar, no lo puedo hacer, ya que conozco la rigidez de las costumbres de determinadas familias del patriciado. Además, la casa paterna te considera muerta para siempre. La afectuosa palabra de Cneio Lucio sólo puede tener inestimable valor para nosotros, que comprendemos su alcance y su sublime revelación. Por lo que dijo, debemos admitir la plena inocencia de tu madre, pero, si regresaras a Roma, la aparición de esa noche no bastaría para aclarar todos los problemas de la situación, y seguirían sospechando de ti. Y tú sabes que entre la duda y la verdad es siempre mejor el sacrificio, pues la verdad es de Jesús y vencerá en el momento en que su misericordia juzgue oportuna la victoria.

Viejo conocedor de nuestros tiempos de decadencia y de desarreglo moral, sé que, por tu juventud, casi todos los hombres jóvenes, llenos de sensualidad, se humillarán con ignominiosas propuestas. La destrucción de mi hogar será siempre un testimonio vivo de las miserias morales de nuestra época. Teniendo en cuenta tus dificultades, deseo salvarte de todos los peligros y evitarte las asechanzas de los caminos insidiosos; pero la enfermedad y la crepitud no me permiten salir en tu defensa... En Minturnes casi todos me odian gratuitamente en virtud de las ideas que profeso. Un cristiano sincero, por mucho tiempo todavía, ha de sufrir la incomprensión y la tortura de los verdugos del mundo, y no me llevan al sacrificio en las fiestas regionales que aquí se efectúan, tan sólo en atención a mi avanzada y dolorosa vejez, llena de arrugas y cicatrices... Presentar un mísero anciano a las potentes fieras o al ejercicio de los atletas del desenfreno y la impiedad, podría parecer extraña cobardía, razón por la cual me considero exceptuado.

No poseo, pues, ninguna amistad que te pueda ayudar en este trance.

Acuérdate de que te hablé de mi antiguo proyecto de llevar a mi hija a Egipto con vestimenta masculina para arrancarla de este antro de corrupción dey de impenitencia. Mi actitud obedecía a la preocupación de un corazón amoroso en franca desesperación por el porvenir espiritual de esta región de iniquidad.

Contemplando tu inerme juventud con la carga de tan nobles sacrificios, temo por tus días futuros, mas ruego a Jesús que nos esclarezca el pensamiento.

Después de algunos minutos de recogimiento, la joven respondió:

_ ¿Pero, mi desvelado amigo, no me consideráis como vuestra propia hija?...

El anciano de Minturnes, por la serena claridad de sus grandes ojos dejó translucir que había entendido la alusión y bondadosamente dijo:

_ Comprendo, hija, el alcance de tus palabas, mas, ¿estás sinceramente decidida también a este noble sacrificio?

_ ¿Cómo no, si alrededor de mí surgen las más temibles persecuciones?

_ Sí; tus nobilísimas acciones me dan a entender que debo confiar en lo que resuelvas. ¡Pues bien, si tu espíritu se siente dispuesto a la lucha por el Evangelio, no vacilemos en prepararte los caminos futuros! Te quedarás en esta casa todo el tiempo que desees, aunque estoy convencido de que no tardará mucho el momento de mi viaje para el Más Allá. Mañana mismo te vestirás con tu nuevo traje, con el fin de facilitar tú partida para África en el momento oportuno. A los ojos del mundo serás "mi hijo". Mañana haré venir a esa casa al pretor de Minturnes con el fin de que él se ocupe de tu

situación legal en el caso de que yo fallezca. Tengo el dinero necesario para que te marches a Alejandría y antes de morir te dejaré una carta de presentación para Epifanio, como mi sucesor legítimo en la sede de nuestra comunidad. Allá tengo invertidos todos los ahorros que conseguí llevar de Roma en otros tiempos. Es posible que no te pongan obstáculos para que te entregues a una vida de reposo espiritual en plegaria y meditación, durante los años que quisieres.

Epifanio es un espíritu enérgico y algo dogmático en sus concepciones religiosas, pero ha sido mi amigo y mi hermano por largos años, durante los cuales nos unieron en esta vida las mismas aspiraciones. A veces suele ser riguroso en sus decisiones mostrando una tendencia hacia el sacerdocio organizado, lo que el Cristianismo de los apóstoles del Señor, ¡Más, si algún día fueres herida por sus austeras resoluciones de jefe, acuérdate de que la humildad es el mejor tesoro del alma y la llave maestra de todas las virtudes, y recuerda la suprema lección de Jesús crucificado en el madero!... ¡En todas las situaciones la humildad puede servir como elemento básico de solución de cualquier problema!...

_ Sí, amigo mío, me siento abandonada y sola en el mundo y temo el asedio de los hombres pervertidos. Jesús me perdonará la decisión de adoptar otro traje a los ojos de nuestros hermanos de la Tierra; pero por su infinita bondad, él conoce las apremiantes necesidades que me compelen a tomar esta insólita actitud. Además, prometo en nombre de Dios honrar la túnica que posiblemente vestiré en Alejandría al servicio del Evangelio... ¡Llevaré conmigo al hijito que el cielo me concedió, y le suplicaré a Epifanio que me permita velar por él en tierra africana, bajo las bendiciones de Jesús!

_ ¡Que el Maestro bendiga tus buenos propósitos, hija!..._ respondió el anciano con una expresión de sereno júbilo.

Ambos se sentían dominados por una intensa alegría interior, como si fueran dos almas profundamente hermanadas desde otros tiempos, en un reencuentro feliz después de prolongada ausencia.

Ya los gallos de Minturnes saludaban a los primeros albores la madrugada. La joven patricia besó las manos de su anciano benefactor con los ojos llenos de lágrimas, y se dispuso al reposo nocturno con el alma satisfecha, sin la angustiosa preocupación por el día siguiente, agradeciendo a Jesús con una plegaria de amor y de reconocimiento.

Al otro día, la gente pobre de aquel arrabal de Minturnes se enteró de que un hijo del anciano había llegado de Roma para asistirlo en sus últimos días.

Aprovechando los trajes antiguos que su benefactor le había ofrecido para resolver la situación, Celia no vaciló en tomar la nueva vestimenta por huir de la persecución irreverente de cuantos podrían abusar de su

fragilidad femenina.

El anciano Mariño la presentó a los pocos vecinos que se interesaban por su salud, como un hijo muy querido, y les explicaba que había enviudado recientemente y que le había llevado un nieto para iluminar las sombras de su desolada vejez.

La hija de patricios, transformada por la fuerza de las circunstancias en un garboso joven imberbe, se ocupaba con cariño de todas las tareas domésticas, procurando atender al generoso anciano con la más desvelada solicitud.

Un hecho, sin embargo, golpeó amargamente el corazón sensible de Celia. Fuese por el trato deficiente que había recibido hasta allí, o por las privaciones soportadas en tantas millas de camino, el pequeñito comenzó a desmejorar y presentó rápidamente todos los síntomas de una muerte inevitable.

El anciano empleó en vano todos los recursos a su alcance para asegurar la vacilante vida del inocente.

Tocada en las fibras más sensibles de su corazón por las revelaciones del abuelo con respecto a la personalidad de Ciro, la joven sentía profundamente dolorida la repercusión de todos los padecimientos físicos del pequeñito. Deseaba salvar su existencia con todas sus amorosas fuerzas para arrebatarlo de las garras de la muerte, pero en vano mezcló lágrimas y plegarias en sus arrebatos emotivos.

Mientras velaba su agonía, la criatura parecía hablarle a su alma cariñosa y sensible con una mirada fulgurante y profunda, en la cual predominaba la expresión de un dolor extraño e indefinible.

Por fin, después de una noche de penoso insomnio, Celia le rogó a Jesús que hiciese cesar, por su misericordia, aquel cuadro de intensa amargura. Llena de fe imploraba al Cordero de Dios que recondujese a su bien amado al plano espiritual, si esos eran sus inescrutables designios. Ella, que tanto lo amaba y tanto se había sacrificado para que no se apagara la luz de su vida, se resignaría a las decisiones de lo Alto, como en el día en lo viera marchar al sacrificio, expuesto a la perversidad de los hombres impíos.

Como si su dolorosa plegaria, llena de lágrimas de fe y esperanza en la bondad del Señor, hubiera sido escuchada, el inocente cerró los ojos de la carne para siempre al despuntar la aurora, como a su corazón fuese una golondrina celeste que, recelosa de los inviernos rigurosos del mundo, se hubiera remontado veloz hacia el Paraíso.

Sobre su rígido cuerpecito, la hija de Helvidio expresó su intraducible dolor con lágrimas ardientes, experimentando la amargura de sus esperanzas deshechas y de sus sueños maternos desmoronados...

Por suerte estaba allí la palabra sabia y evangélica del anciano de Minturnes para sacarla de todos los abatimientos y, después de la angustiosa hora de la separación, ella procuró entronizar la nostalgia en el santuario de sus plegarias humildes y fervorosas.

Sí, su afectuoso corazón sabía que Jesús no desampara nunca a las ovejas perdidas en los abismos del mundo, y refugiándose en la oración esperó que llegasen de lo Alto todos los recursos espirituales necesarios para su consuelo. Los humildes vecinos se impresionaron sobremanera con aquel joven, de cuyo semblante delicado se irradiaba una tierna simpatía mezclada con una permanente tristeza, que le daba a su personalidad singulares encantos.

Una noche serena, cuando el alma agradable de la naturaleza se había aquietado plenamente, Celia se retiró a descansar después de la habitual tertulia con el generoso anciano y sintió que una fuerza extraña adormecía su cerebro exhausto y dolorido.

A poco, sin darse cuenta por la sorpresa y el aturdimiento, se vio delante de Ciro, que le extendía sus manos afectuosas con una mirada de súplica y de reconocimiento intraducible.

_ ¡Celia_ comenzó a decir con suavidad, mientras ella lo escuchaba atentamente con dulce emoción_, no rechaces el cáliz de las pruebas redentoras, cuando las más puras verdades nos alegran el corazón!... ¡Después de algún tiempo en tu compañía, heme otra vez aquí, donde debo tomar nuevas fuerzas para recomenzar la lucha!... No te entristezcas por las circunstancias penosas de nuestra separación en las sendas oscuras del destino. ¡Eres mi áncora de redención a través de todos los caminos! Jesús, por la infinita extensión de su misericordia, permitió que tu alma, cual estrella de mi espíritu, descendiese de los planos sublimes y radiantes para iluminar mis pasos en el mundo. ¡Luz de abnegación y de martirio moral que salva y regenera para siempre!...

¡Si las manos sabias y justas de Dios me hicieron regresar al mundo invisible, regocijémonos en el Señor, pues todos los sufrimientos son premisas de una ventura excelsa e inmortal! ¡No te entregues al desaliento, porque en otros tiempos, Celia, mi espíritu se tiñó de luto casi perenne en la fastuosa situación de tirano! ¡Mientras brillabas en lo Alto como un astro de amor para mi corazón cruel, yo decretaba la miseria y la muerte! ¡Abusando de la autoridad y del poder, de la cultura y de las confianzas ajenas, no trepidé en destruir agradables esperanzas, respaldando el crimen, la ruina y la desolación en hogares indefensos! ¡Fui casi un réprobo, si no hubiera contado con tu espíritu de renuncia y dedicación ilimitadas!

¡Al tiempo que yo descendía peldaño a peldaño la escala abominable del crimen en el pasado lejano y amargo, tu corazón amoroso y leal le rogaba

al Señor del Universo la posibilidad del sacrificio!...

¡Y, sin medir la tiniebla agresiva y pavorosa que me rodeaba, descendiente a la cárcel de mis impenitencias!... ¡Esparciste en torno de mi miseria el aroma sublime de la renuncia santificante, y yo acepté transitar los caminos de la regeneración y de la piedad! ¡Me tomaste de las manos como lo hubieras hecho con una criatura desventurada, y me enseñaste a elevarlas hacia lo Alto para implorar la protección y la misericordia divinas! ¡Hace ya algunos siglos que tu espíritu me acompaña con dedicación santificada y suprema! Es que las almas gemelas prefieren llegar juntas a las regiones sublimes de paz y de sabiduría y, por tu amor desvelado y compasivo, no vacilaste en extenderme tus manos dedicadas y generosas como una estrella que renuncia a las bellezas del cielo para salvar a un gusano enlodado en un pantano, en noche de permanente oscuridad. Y anhelé, Celia, las bellezas del amor y de la luz, y no contenta todavía por haberme despertado, me vienes ayudando a pagar todas mis onerosas deudas... ¡Tu espíritu afectuoso e impoluto no vaciló en sostenerme a través de los caminos pedregosos y tristes que yo había trazado con mi terrible y desvariada ambición! Has sido el punto de referencia de mi alma en todos sus esfuerzos de paz y de regeneración en la reconquista de las glorias espirituales. ¡Bajo tu regeneración en la reconquista de las glorias espirituales! ¡Bajo tu influjo pude dar testimonio de mi fe en el circo del martirio, sellando así por primera vez mi convicción en pro de la fraternidad y del amor universal! ¡Por tu destierro de mí el egoísmo y el orgullo y sostengo todas las batallas íntimas con la certeza de la victoria!

¡De vuelta en el mundo fui nuevamente arrebatado de tus brazos a causa de las ríspidas pruebas que todavía he de pasar por largo tiempo! ¡Jesús, sin embargo, que nos bendice desde su trono de luz y misericordia, de perdón y de bondad infinita, permitirá que yo esté contigo en tus testimonios de fe y de humildad, destinados a la elevación espiritual de todos los seres bien amados que gratan en la órbita de nuestros destinos! ¡Y si Dios bendice mis esperanzas y mis plegarias sinceras, volveré nuevamente junto a tu corazón en las ásperas luchas!... ¡Espera y confía siempre!... Por su magnanimidad indefinible, el Señor permite que podamos volver de los caminos vivificadores del túmulo para consolar los corazones ligados a los nuestros y todavía retenidos en el tormento de la carne... ¡Solamente allá, en las moradas del Señor, donde la ventura y la concordia se confunden, podremos gozar del amor grande y santo, marchando tomados de la mano hacia los triunfos supremos, sin las inquietudes y las rudas pruebas del mundo!...

¡Por mucho tiempo la cariñosa voz de Ciro le habló a su corazón y le brindó a su sensible espíritu el más santo consuelo y las más dulces esperanzas! En el momento culminante de su deslumbramiento espiritual, la joven cristiana sintió la más conmovedora alegría y deseó que aquel minuto glorioso se prolongase hasta el infinito...

Cuando las palabras de su bien amado parecían finalizar envueltas en vibraciones silenciosas y profundas, Celia le rogó que la acompañase en todas sus luchas terrestres y le imploró su asistencia y protección para todas las circunstancias de la vida; le confió sus pesares más secretos y su angustiosa expectativa con respecto a su nueva situación. Ciro parecía sonreírle bondadosamente, y le prometió constante cariño durante todas las contrariedades y reafirmó su confianza en el amparo del Señor que no habría de abandonarlos...

Al día siguiente estaba reanimada y en su semblante se notaba la serenidad de su espíritu.

El anciano percibió aquel cambio con alegría y, como si estuviese en constantes preparativos para su viaje hacia el túmulo, no perdió la oportunidad de informarle a la joven sobre los problemas que la esperaban en la solitaria vida de Alejandría. Con extrema solicitud le explicó todos los pormenores de la nueva vida que iba a emprender, le dio el nombre de antiguos compañeros de fe y le contó todas las costumbres de la comunidad.

Celia, con traje masculino, escuchaba su palabra y benevolente, con el íntimo deseo de prolongar indefinidamente aquella trémula vida, para no separarse más de ese corazón generoso y amigo; pero al contrario de sus más caras esperanzas, el estado del anciano se agravó repentinamente. Todos sus esfuerzos por restituir la vitalidad de su físico fueron en vano y, asistido por la joven que hacía todo lo posible por verlo restablecido, el anciano Mariño recibió la visita del pretor de la ciudad, quien cediendo a insistentes pedidos iba a recibir las últimas recomendaciones.

Presentando a la joven como su hijo, el moribundo ordenó que le fueran entregados todos sus exiguos ahorros y le dijo que él debía partir hacia el África, inmediatamente después de que se produjera su muerte.

_ Mariño_ le interpeló la autoridad, después de las necesarias anotaciones_, ¿es posible que este joven participe de tus supersticiones?

El generoso anciano comprendió el alcance de la pregunta y respondió con tranquilidad:

_ ¡Con respecto a mí, no es preciso que hagamos referencia a mis convicciones religiosas, conocidas aquí por todos desde que entré en esta casa! ¡Soy cristiano y sabré morir íntegro en mi!...

En cuanto a mi hijo, que deberá partir para Alejandría con el propósito de ocuparse de nuestros intereses, tiene el espíritu libre para escoger la idea religiosa que más le convenga.

El pretor miró con simpatía al joven triste y abatido y exclamó.

_ ¡En buena hora!

La autoridad se despidió del moribundo, cuya vida parecía presta a extinguirse y les dejó a ambos la necesaria libertad para que cambiaran las últimas impresiones.

Entonces Mariño hizo ver a su protegida que aquella respuesta hábil estaba destinada a hacer que el pretor de Minturnes cumpliese su voluntad sin oposición dentro de las disposiciones legales, y la recomendó todas las precauciones que su muerte exigiría a causa de su inexperiencia. Celia escuchaba sus exhortaciones roncas y entrecortadas con gran pesadumbre, pero como en todas las circunstancias de su vida, confiaba en Jesús.

Después de una dolorosa agonía de largas horas, en la que la hija de Helvidio vivió momentos de indescriptible emoción, el generoso Mariño abandonó el mundo después de una prolongada existencia, llena de pasajes terribles y penosos. Con lágrimas, sus ojos se cerraron para siempre al declinar el día. Delante de algunos pocos asistentes, Celia cerró sus párpados piadosamente y con gesto cariñoso. Se arrodilló como si quisiese transformar las brisas de la tarde en mensajeras de su apelación al cielo, y dejó que su corazón se diluyese en lágrimas de nostalgia, suplicando a Jesús que recibiese al benefactor en su reino de maravillas, concediéndole un rincón de paz, donde el alma exhausta pudiera olvidar las dolorosas tormentas de la existencia material.

Dada su calidad de cristiano confeso, el anciano de Minturnes tuvo una sepultura más que sencilla, que la hija del patricio llenó con las flores de su afecto y sumergida en la sombra de una soledad casi absoluta.

A los pocos días el pretor le entregó la pequeña suma que Mariño le había dejado, un poco más que lo suficiente para el viaje hacia el África distante. Y, en una radiante mañana de primavera, con su triste e inalterable serenidad interior, la joven cristiana, después de una plegaria larga y angustiosa sobre las tumbas humildes del pequeño y del anciano, a quienes les rogó protección y asistencia, ocupó el lugar que le correspondía en una galera napolitana que periódicamente llevaba pasajeros hacia Oriente.

Su melancólica figura vestida con ropas masculinas atraía la atención de cuantos le hacían ocasional compañía en el extenso crucero por el Mediterráneo, pero profundamente desencantada del mundo, la joven se mantenía en un silencio casi absoluto.

El desembarco en Alejandría se realizó sin incidentes dignos de mención. Siguiendo las recomendaciones de su benefactor y las de los que lo conocían en la ciudad, se enteró de que el monasterio quedaba a algunas millas de distancia, por lo que hubo de contratar a un guía hasta el lugar de su recogimiento.

El monasterio, aislado, distaba de la ciudad más o menos diez leguas en marcha de casi un día, a pesar de los buenos caballos atados al vehículo.

La hija de Helvidio se enfrentó con el enorme y silencioso edificio en el crepúsculo, y le llamó la tención el aspecto del gran caserón entre la vegetación agreste. Sintió, sin embargo, un singular descanso mental en aquella soledad imponente que parecía acoger a todos los corazones desolados.

Agitó el cordel que pendía de la puerta de entrada y escuchó a lo lejos el sonido de la pesada campanilla, cuyo extraño ruido parecía despertar a un gigante adormecido.

A los pocos instantes los viejos goznes rechinaban pesadamente dejando entrever a un hombre vestido con una túnica de un ceniciento oscuro y de rostro grave y triste, el que interpeló a la muchacha transformada en un joven de melancólica fisonomía en estos términos:

_ Hermano, ¿qué deseas de nuestro retiro de plegaria y meditación?

_ Vengo de Minturnes y traigo una carta de mi padre destinada al señor Aufidio Prisco.

_ ¿Aufidio Prisco?_ preguntó el portero asombrado.

_ ¿Aquí no es él vuestro superior?

_ ¿Os referís al padre Epifanio?

_ Eso mismo.

_ Escuchadme_ dijo el hermano portero complaciente_, ¿sois por ventura, el hijo de Mariño, el compañero que partió de aquí hace cerca de dos años con el fin de traeros a nuestro lugar de recogimiento?

_ Es verdad. Mi padre arribó hace mucho tiempo a los puertos de Italia, donde nos encontramos; sin embargo, siempre enfermo, no logró la dicha de acompañarme a la soledad de vuestras meditaciones.

_ ¿Murió?_ inquirió su interlocutor, extremadamente admirado.

_ Sí, entregó el alma al Señor hace ya muchos días.

_ ¡Que Dios lo tenga en su santa gloria! Dicho eso se puso a meditar un instante, como si tuviese el pensamiento sumido en fervorosas plegarias. En seguida contempló con mucha ternura al joven humilde y triste y exclamó significativamente:

_ ¡Ahora que ya sé de donde venís y quien sois yo os saludo en nombre de Nuestro Señor Jesucristo!

_ Que el Maestro sea loado_ respondió la hija de Helvidio Lucio con sus modales sencillos.

_ No reparéis en que a primera vista os haya recibido con prudencia...

Atravesamos una época de intensas y amargas persecuciones, y los siervos del Señor que estudian el Evangelio deben ser los primeros en observar si los lobos llegan al redil con apariencia de corderos.

_ Comprendo...

_ No deseo molestaros con indagaciones inoportunas, pero ¿pretendéis adoptar la vida monástica?

_ Sí_ respondió la joven tímidamente_, y procediendo así, no solo obedezco a una vocación innata, sino que también satisfago una de las mayores aspiraciones de mi padre.

_ ¿Estáis informado de las exigencias de esta casa?

_ Sí, mi padre me las reveló antes de morir.

El hermano portero miró hacia todos lados y comprobando que se encontraban a solas exclamó en voz baja:

_ Si traéis a esta casa una vocación pura y sincera, creo que no tendréis dificultad en observar nuestras disciplinas más rígidas, sin embargo debo aclararos que el padre Epifanio, como director de esta institución, es el espíritu más áspero y arbitrario que he conocido en mi vida. Este retiro de oración es el fruto de una experiencia que él comenzó con vuestro digno padre hace más de veinte años. Al principio todo iba bien, pero en los últimos años el anciano Aufidio Prisco viene abusando extremadamente de su autoridad, máxime después de la partida del hermano Mariño hacia Italia. Desde ese momento el padre Epifanio se tornó despótico y casi cruel. Poco a poco va transformando este paraje del Señor en un cuartel de disciplina militar, donde él recibió la educación de los primeros años.

La nieta de Cneio Lucio lo escuchaba con profunda admiración.

Por lo que demostraba el portero, su espíritu observador comprendió, de pronto, que el retiro de los hermanos en oración estaba igualmente lleno de las más penosas intrigas.

Mientras hacía estas reflexiones íntimas el hermano Felipe continuó:

_ Imaginad que nuestro superior ha transformado el carácter de todas las enseñanzas, dando lugar a las más increíbles extravagancias religiosas. En contraposición de las enseñanzas del Evangelio nos obliga a llamarlo "padre" o "maestro", nombres que el propio Jesús se negó a aceptar en su divina misión. Además de imaginar toda suerte de trabajo para los cuarenta y dos hombres desencantados el mundo que viven aquí, está aplicando las lecciones de Jesús a su manera. Aunque nada podemos revelar afuera, por el bien del carácter cristiano de nuestra comunidad, es lastimoso observar del que todo el recinto está lleno de símbolos que nos recuerdan las festividades materiales de los dioses crueles. Y nada podemos decir en tono

de crítica o de censura porque el padre Epifanio manda sobre nosotros como un rey.

La joven todavía no había podido manifestar su opinión por la fluidez con que el portero discurría, cuando llegó hasta ellos el sonido de unos pasos fuertes

que se aproximaban. Felipe se calló como si ya estuviese habituado a escenas como aquellas y, modificando su expresión, exclamó con voz sofocada:

_ ¡Es él!...

Celia, metida en su traje extraño y pobre, no consiguió disimular su espanto.

En el umbral de una amplia puerta surgió la figura de un anciano septuagenario, cuyos rasgos fisonómicos presentaban la más profunda expresión de convencionalismo y orgullosa severidad.

Vestía como un sacerdote romano en los grandes días de los templos politeístas y, apoyado en su significativo bastón, paseaba por todas partes su fulgurante mirada, como si buscara motivos de irritación y desagrado.

_ ¡Felipe!_ exclamó él en tono intempestivo.

_ Maestro_ dijo el hermano de la portería con la más fingida humildad_, os presento al hijo de Mariño, cuyo corazón de padre no pudo acompañarlo hasta aquí, dado que lo sorprendió la muerte en Minturnes.

Escuchando esa inesperada aclaración, Epifanio se dirigió hacia el joven que le era completamente desconocido y pronunció casi secamente el saludo

evangélico, como si fuera un león utilizando el lema de un cordero:

_ ¡Paz en nombre del Señor!

Celia respondió conforme le había enseñado su venerado amigo antes de

morir, entregando al superior de la comunidad la carta paterna. Después de mirar rápidamente el pergamino, Epifanio acentuó con

austeridad:

_ Mariño debe de haber muerto con todo su idealismo de cigarra.

Y como si hubiera emitido ese concepto tan sólo para sí mismo, agregó con

expresión severa dirigiéndose a la joven:

_ ¿Deseas realmente permanecer aquí?

_ Sí, padre mío_ respondió el supuesto muchacho entre tímido y respetuoso._

Continuar las tradiciones de mi padre fue siempre un deseo desde mi infancia.

Ese tono humilde agradó a Epifanio, que le habló en forma menos agresiva:

_ ¿Sabes, sin embargo, que nuestra organización está constituida por cristianos convertidos que pueden cooperar en nuestros esfuerzos no solamente con el valor espiritual, sino también con los recursos financieros imprescindibles para nuestras realizaciones? ¿Tu padre no te dejó algún peculio después de haber bajado al sepulcro en Minturnes?

_ Mi herencia se redujo apenas al capital indispensable para viajar hasta Alejandría. Sin embargo, acentuó inocentemente_, mi padre me reveló hace tiempo que su pequeña fortuna fue depositada aquí, y me aseguró que la administración de la casa me acogería en recuerdo de sus servicios.

_ Pues_ replicó Epifanio evidenciando contrariedad_, fortuna por fortuna, todos los que descansan en este retiro la tuvieron en el mundo y trajeron su mejores valores para esta casa.

_ Mas, padre mío_ imploró Celia con sincera humildad_, si existen aquí los que descansan deben existir igualmente los que trabajan. Si no tengo dinero, tengo fuerzas para servir a la institución en cualquier cosa. No me neguéis la realización de un ideal por tanto tiempo acariciado.

El superior parecía conmovido y replicó con énfasis:

_ Está bien. Haré por ti cuanto esté a mi alcance.

Y mandando a Felipe al interior en busca de un gran libro de apuntes, inició un minucioso interrogatorio:

_ ¿Tu nombre?

_ El mismo de mi padre.

_ ¿Donde naciste?

_ En Roma.

_ ¿Dónde recibiste el bautismo?

_ En Minturnes.

Y después del detallado cuestionario, Epifanio le habló secamente, investido de una austera superioridad:

_ Atendiendo a tu vocación y en memoria de un antiguo compañero, te quedarás con nosotros trabajando en las tareas de la casa. Quiero, sin embargo, aclararte que aquí adentro hago cumplir rigurosamente el Evangelio del Señor de acuerdo con mi voluntad inspirada en lo Alto.

Después de muchos años de experiencia llegué a la conclusión de que el pensamiento evangélico habrá de organizarse según las leyes humanas o no podrá sobrevivir en la mentalidad del futuro. Los cristianos de Roma como los de Palestina padecen de una hipertrofia de libertad que los lleva instintivamente a la expansión de todos los absurdos, Aquí, sin embargo, la disciplina cristiana se caracteriza por la abdicación total de la propia voluntad.

La joven lo escuchó serenamente sin expresar sus impresiones de cuanto le era dado observar. Luego Epifanio la condujo hacia el interior y le presentó a los demás compañeros.

Transformada en el hermano Mariño, Celia comenzó a vivir una vida nueva, singular y desconocida.

El amplio monasterio donde se reunían más de cuatro decenas de cristianos ricos desilusionados del mundo, constituía uno de los puntos de partida en el siglo II del Catolicismo y del sacerdocio organizado sobre bases económicas, que anulaban el florecimiento del mesianismo.

Reparó que allí no existía la simplicidad de las catacumbas. La simbología pagana parecía invadir todos los ambientes de la casa. Aquellos cristianos convertidos no dirigían las fórmulas de oración a sus antiguos dioses, pero por todas partes pendían cruces grandes y pequeñas talladas en mármol o en madera, esculpidas de diversas formas. Había salas de oración con imágenes de Cristo de marfil y de cera plateada, durmiendo inertes entre un verdadero tufo de rosas y violetas. El culto exterior del politeísmo parecía redivivo, indestructible e ineluctable. Para su mantenimiento, ella notaba la misma intriga de los padres flamíneos de Roma, y le parecía que allí el Evangelio era un mero pretexto para resucitar las creencias muertas.

El espíritu formalista de Epifanio procuraba dotar al establecimiento de todas las convenciones imprescindibles.

Una campana anunciaba el cambio de las meditaciones, la hora del trabajo, de las oraciones, de las reflexiones, y el tiempo destinado al reposo del espíritu.

El sentido de espontaneidad que existía en las enseñanzas del Señor en Tiberíades, que conciliaba la posibilidad y la necesidad de los creyentes, había desaparecido. La disciplina implacable de Epifanio reglamentaba todos los servicios.

Lo más interesante es que en aquellos remotos monasterios de África y de Asia, donde se refugiaran los cristianos temerosos de las inflexibles persecuciones de la metrópoli, ya existían las mamosas horas de capítulo, o sea, la reunión íntima de todos los miembros de la comunidad, que daban cabida a las intrigas y a los puntos de vista individuales.

Celia se extrañó de que dentro de una institución cristiana por excelencia pudiesen tener lugar aberraciones como esa, que venían directamente de los colegios romanos, donde adoctrinaban sacerdotes flamíneos o vestales; pero estaba obligada a aceptar las órdenes superiores sin dejar translucir su desencanto. Aunque condenaba tales manifestaciones nocivas del culto exterior, la hija de Helvidio conquistó enseguida la admiración y la confianza de todos por la rectitud de su proceder que evidenciaba los más elevados actos de humildad y comprensión del Evangelio. De trato amenísimo, con el encanto de sus palabras afables y amigas, el hermano Mariño se transformaba en el imán de todas las atenciones, haciendo aflorar el afecto más puro en aquella singular convivencia.

Sin embargo, allí había alguien que sentía el más venenoso despecho en vista de su vida pura. Ese alguien era Epifanio, cuyo espíritu despótico y original se había habituado a mandar en todos los corazones con brutalidad y aspereza. La circunstancia de no encontrar nada que censurar en el hijo del antiguo compañero irritaba su espíritu tiránico. En las horas de capítulo observaba que las opiniones del hermano Mariño triunfaban siempre, por la sublime comprensión de fraternidad y de amor de que daban pleno testimonio. La joven, no obstante extrañarle sus actitudes, no podía comprender por su candidez espiritual, los modales rudos del superior.

Cierto día, en la hora consagrada a las intrigas e indagaciones que antecedieron en el Catolicismo al establecimiento de la confesión auricular, llena de austeridad y artificialismo, Epifanio hizo una larga prédica sobre las tentaciones del mundo, hablando de sus abominables caminos y de las tinieblas que rodean el corazón de los pecadores, envolviendo todo en su condenación y en su furia religiosa.

Una vez terminada su fanática disertación solicitó, al modo de las primeras asambleas cristianas, que todos los hermanos se pronunciasen sobre la prédica, pero mientras todos aprobaron sus conceptos irrestrictamente, Celia, en su inocente sinceridad, replicó:

_ Maestro Epifanio, vuestra palabra es extremadamente respetable para cuantos trabajan en esta casa, mas pido licencia para alegar que Jesús no desea la muerte del pecador… Creo justo que nos refugiemos en este retiro hasta que pase la ola sanguinaria de persecuciones a los adeptos del Cordero; sin embargo, amainada la tempestad, encuentro imprescindible que regresemos al mundo y nos sumerjamos en sus dolorosas luchas, porque sin esos campos de sufrimientos y trabajo, no podremos dar el testimonio de nuestra fe y de nuestra comprensión del amor de Jesús.

El director espiritual le lanzó una mirada sombría, mientras toda la asamblea parecía satisfecha con la oportunidad de esa aclaración:

_ En el próximo capítulo proseguiremos, entonces, con los mismos estudios_ dijo Epifanio en tono casi rudo, visiblemente contrariado con el

argumento incontestable presentado en contra de su innovación despótica, que iba en detrimento de las enseñanzas evangélicas.

Al día siguiente el hermano Mariño fue llamado al gabinete del superior, quien le habló en estos términos:

_ Mariño, nuestro hermano Dioclecio, proveedor de esta casa desde hace más de diez años, se encuentra enfermo, doliente, y yo necesito confiar ese cargo a alguien cuya responsabilidad me dispense de inspecciones y cuidados especiales. Por eso desde mañana en adelante tendrás la tarea de ir al mercado más próximo dos veces por semana, de modo de que puedas ocuparte convenientemente de las escasas provisiones del monasterio.

La joven recibió el encargo agradeciendo la confianza de que era objeto y, con semejante providencia, la palabra de Epifanio en los días de capítulo ya no sería perturbada por sus observaciones simples, pero hacían comprender mejor los conceptos evangélicos.

El mercado distaba tres leguas del convento, ya que estaba situado en una gran población en el camino de Alejandría. De ese modo, en su caminata a pie, cargando dos enormes cestos, la hija de Helvidio estaba obligada a pernoctar en la única posada que había allí para esperar la mañana siguiente, cuando el mercado exhibía sus productos.

Al principio aquellas jornadas semanales la cansaban mucho, pero poco a poco se fue habituando al nuevo género de obligaciones. Aprovechaba la soledad de los caminos para los mejores ejercicios espirituales: no solo releía los viejos pergaminos que contenían los principios evangélicos y los relatos de los apóstoles, sino que también ejercitaba las más saludables meditaciones, en las cuales dejaba que su corazón volara en amorosas plegarias al Señor.

En el monasterio todos los hermanos la respetaban. Por sus actos y palabras era objeto del afecto general y así su espíritu recibía consideración y amor desvelado…

Pasaron tres años sin que un solo día diese prueba de desánimo, de indecisión o amargura o fuera causa de disturbios, consolidando caca vez más su fama de virtuosa.

En la población más próxima a donde iba para hacer las compras, en el mercado cumpliendo con su deber, todos apreciaban las generosas dotes de su alma, principalmente en la posada en que pernoctaba dos veces por semana.

Acontecía, sin embargo, que Menenio Tulio, el posadero, tenía una hija que se llamaba Brunehilda, la que había reparado en los bellos rasgos fisonómicos del hermano Mariño, los que la impresionaban sobremanera. En vano se ataviaba para provocar su atención, la que siempre estaba

dirigida hacia los asuntos espirituales, y se irritaba íntimamente con su indiferencia, aunque cordial y fraterna.

Largos meses habían transcurrido sin que Brunehilda pudiese desvelar el misterio de esa alma esquiva, a sus ojos, llena de belleza y de delicada masculinidad; mientras tanto el hermano Mariño, por sus elevadas disposiciones espirituales, nunca llegó a percibir la bastardía de los pensamientos y de las intenciones de la joven, que tantas veces lo colmaba de cariñosas gentilezas.

Fue entonces que Brunehilda, desengañada de sus propósitos inconfesables, trabó relación con un soldado romano amigo de su padre y de la familia, recién llegado de la capital del Imperio y lleno de osadía y de actitudes insinuantes.

Rápidamente la hija del hostelero transitó por el camino de la perdición, al mismo tiempo que el seductor de su alma inquieta y versátil se marchaba a Roma a propósito, después de obtener el consentimiento de sus superiores.

Abandonada en su durísima prueba, Brunehilda trató de disimular sus angustiosos pensamientos íntimos. Con el alma llena de inquietud, dada la severidad de los principios familiares, deseaba morir para eliminar todos los rastros de su falta y desaparecer para siempre. Sin embargo, le faltaba coraje para llevar a cabo tan odioso crimen.

No obstante, llegó el día en que no pudo ocultar más la realidad a los ojos paternos.

En la víspera de la llegada del fruto de sus amores se acostó en su lecho y se vio obligada a comunicarle a Menenio todo cuanto ocurría. Con dolor salvaje, el corazón paterno la obligó a confesarse plenamente para poder vengarse. Brunehilda, en el instante de revelar el nombre de quien la había deshonrado, sintió el pavor de la situación y dijo calumniosamente:

_ Padre mío, perdonad la falta de deshonra vuestro nombre respetable y sin mancha, pero quien me llevó a transgredir tan penosamente los más sagrados principios familiares que nos enseñasteis fue el hermano Mariño con su capciosa delicadeza...

Menenio Tulio sintió que su corazón se abría en una llaga viva. Nunca hubiera podido imaginar semejante cosa. El hermano Mariño merecía su más alto concepto y confiaba en su conducta como hubiera confiado en el mejor de los amigos.

Pero ante la evidencia de los hechos exclamó con voz ríspida:

_ Pues bien, mi casa no se quedará con esa mancha indeleble. ¡Tu proceder no deshonrará el nombre de mi familia, porque ninguno sabrá que accediste a los criminales propósitos del infame! ¡Yo mismo llevaré a la

criatura a Epifanio para que sus seguidores consideren la enormidad de este crimen! ¡Si fuera necesario no vacilaré en empuñar la espada en defensa del sagrado círculo familiar, mas prefiero humillarlos devolviendo al seductor el fruto de su cobardía!...

Cuando el sol ya estaba alto, llamado a la portería por el hermano Felipe, para atender al insistente visitante, el superior de la comunidad escuchó los improperios de Menenio con el corazón helado de rencor. Enterado de todas las confesiones de Brunehilda con relación a Mariño, el maestro Epifanio ordenó llamarlo a su presencia con la brutalidad que lo caracterizaba.

_ Hermano Mariño_ le dijo el superior a la hija de Helvidio que lo escuchaba amargada y sorprendida_, ¿es así entonces cómo demuestras gratitud a esta casa? ¿Dónde están tus avanzadas concepciones del Evangelio que no te han impedido cometer tan nefando delito? Recibiéndote en el monasterio y confiándote una misión de trabajo en este retiro del Señor, depositè en tu esfuerzo una sagrada confianza de padre. ¡Sin embargo, no vacilaste en lanzar nuestro nombre al escándalo, mancillando una institución que nos es sumamente venerable!

Observando a la miserable criatura que estaba junto al hostelero, quien no había respondido a su saludo, la joven preguntó, mientras Epifanio hacía una pausa:

_ ¿Pero de qué me acusan?

_ ¿Todavía preguntas?_ replicó Menenio Tulio con el rostro congestionado._ Mi desventurada hija me reveló tu torpe acción, ya que no vacilaste en llevar a mi honesto hogar la llama de tu concupiscencia. Te engañas si supones que mi casa recogerá el fruto criminal de tus disolutas pasiones, porque esta miserable criatura permanecerá en esta casa para que el infame padre resuelva sobre su destino.

Después de dirigirle palabras llenas de improperios al supuesto conquistador de su hija, el posadero se marchó ante el asombro de Celia y de Epifanio y allí dejó a la mísera criatura en completo abandono.

La joven comprendió repentinamente que el mundo espiritual le exigía una nueva prueba de su fe, y mientras caminaba casi serenamente para tomar en sus brazos al pequeño, el superior de la comunidad le advirtió colérico:

_ Hermano Mariño, esta casa de Dios no puede tolerar por más tiempo tu escandalosa presencia. ¡Explícate! ¡Confiesa tus faltas para que de acuerdo con mi autoridad pueda resolver oportuna y necesariamente!...

Celia, durante instantes, ocupó su pensamiento dolorido en la indispensable reflexión sobre el caso y valiéndose de la misma fe intangible y cristalina que le había guidado en todos los penosos sacrificios del

destino, exclamó con humildad.

_ ¡Padre Epifanio, quien comete un acto de esta naturaleza es indigno del hábito que nos debe aproximar al Cordero de Dios! ¡Estoy pronto a aceptar con resignación las penas que vuestra autoridad me imponga!...

_ ¡Pues bien_ replicó el superior con orgullosa severidad_, debes salir inmediatamente del monasterio llevando contigo esa criatura miserable!...

En ese instante casi todos los religiosos se habían aproximado observando la importancia de la escena. Les costaba creer en la culpabilidad del Hermano Mariño, que se mostraba humilde y evidenciaba la más consoladora serenidad en el brillo calmo de sus ojos húmedos.

Y, sintiendo que todos los compañeros eran simpáticos a su causa, la hija de Helvidio con una inflexión de voz inolvidable, se arrodilló delante de Epifanio y le rogó:

_ ¡Padre mío, no me expulséis de esta comunidad para siempre!... ¡No conozco las regiones que nos rodean! ¡Soy ignorante y sufro! ¡No me desamparéis teniendo en cuenta la palabra del Divino Maestro, que se proclamaba como el consuelo de todos los enfermos y desvalidos de este mundo! Si tengo el alma indigna de permanecer en este retiro de Jesús, dadme permiso para habitar la choza abandonada cerca del huerto. Os prometo que trabajaré de la mañana a la noche en el cultivo de la tierra para olvidar mis desvíos... ¡Padre Epifanio, si no me concedes esta gracia por mí, hazlo por este pequeñito abandonado, para quien viviré con todas las fuerzas de mi corazón!...

Al hacer el doloroso ruego lloraba copiosamente. El orgulloso Aufidio Prisco, que deseaba aplicar el Evangelio a su manera, quería negarse, pero inesperadamente notó que todos los compañeros de la comunidad estaban conmovidos y apiadados.

_ No resolveré yo solo_, todos los miembros del monasterio deben considerar extraña e inmerecida tu solicitud.

Sin embargo, consultados los compañeros a quienes la joven calumniada miraba suplicante, hubo un movimiento general favorable a la hija de Helvidio. Epifanio no consiguió el deseado rechazo. Dirigiendo a sus benefactores una cariñosa mirada de agradecimiento, el hermano Mariño abandonó el recinto y se dirigió hacia la choza abandonada cerca del inmenso huerto del monasterio, después de levantar valientemente a la criaturita en sus brazos.

Esta vez Celia no tugo que peregrinar por ásperos caminos, mas sólo Dios conocía sus inmensurables sacrificios. Con inauditas dificultades intentó adaptarse con el pequeñito a su nueva vida a costa de los más ingentes trabajos, en una dolorosa soledad, cuya angustia era mitigada por

algunos hermanos del monasterio que le extendían sus manos cariñosas.

Recordando a Ciro, rodeaba al pequeñito de todos los cuidados y esperaba que Jesús le concediese fuerzas para el total cumplimiento de sus pruebas.

Durante el día trabajaba exhaustivamente en el cultivo de hortalizas y aprovechaba el crepúsculo para las meditaciones y los estudios, que parecían poblados de seres y de cariñosas voces de lo invisible.

Un día una pobre mujer de pueblo pasaba por el lugar a pie con un pequeñito casi agonizante buscando los caminos de Alejandría, para obtener recursos. Era de tarde. Golpeó a la humilde puerta del hermano Mariño y éste consoló a su alma y la invitó a las preciosas meditaciones del Evangelio. El ambiente de confianza y de amor que sabía crear con sus palabras era tal que la humilde mujer le pidió con insistencia que impusiera sus manos sobre la doliente criatura tal como lo hacían los apóstoles de Jesús. Celia se entregó a ese acto de fe por primera vez y tuvo la ventura de observar que el pequeño agonizante recuperaba el aliento y la salud con una sonrisa. Entonces la mujer de pueblo se prosternó allí mismo dándole gracias al Señor y mezclaba sus lágrimas con las del hermano Mariño, que también lloraba de emoción y de agradecimiento.

Desde ese día la casita del huerto nunca más dejó de recibir a los pobres y afligidos de todas las categorías sociales, que iban allá a implorar la bendición de Jesús, a través de aquella alma pura y simple, santificada por los más acerbos sufrimientos.

.

CAPITULO V - EL CAMINO EXPIATORIO.

.

Mientras Celia cumple su misión de caridad a la luz del Evangelio, volvamos a Roma donde encontraremos a los personajes ya conocidos.

Diez años habían transcurrido en el andar incansable del tiempo desde que Helvidio Lucio y su familia experimentaban las más singulares vicisitudes del destino.

A pesar de que en el medio social en que se movían disimulaban las amarguras, Fabio Cornelio y su familia sentían el corazón inquieto y angustiado desde el día infausto en que la hija menor de Alba Lucinia se había ausentado para siempre por la dolorosa imposición de su desdichado destino. A veces en la intimidad se comentaba qué habría sido de aquella que Roma recordaba tan sólo como a una muerta querida de la familia. La esposa de Helvidio era la que soportaba los más tristes padecimientos morales desde la mañana fatal en que le comunicaron los sucesos protagonizados por su hija.

Alba Lucinia no poseía más la franca jovialidad y la espontaneidad de sentimientos que siempre había dejado translucir en los días felices, en los que su semblante parecía conservar indefinidamente las líneas graciosas de la primera juventud. Los tormentos íntimos surcaban su rostro en una expresión de angustia concentrada. En sus ojos tristes parecía vagar el fantasma de la desconfianza, que le perseguía por todas partes. Los primeros cabellos blancos, hijos de su espíritu atormentado, caían sobre su frente como el doloroso marco de su virtud sufriente y desolada. Nunca había podido olvidar a su idolatrada hija, quien aparecía en su imaginación afectuosa, errante y afligida bajo el signo tenebroso de la maldición doméstica. Por mucho que la confortara la palabra amiga y cariñosa de su esposo, quien hacía todo por mantener inquebrantable su valiente y decidida entereza, moldeada en los rígidos principios de la familia romana, la pobre señora parecía sufrir indefinidamente, como si una enfermedad misteriosa la estuviera conduciendo traicioneramente hacia las sombras del túmulo. De nada servían las fiestas de la corte, los espectáculos, los lugares de horror en los teatros o en las diversiones públicas.

Helvidio Lucio, haciendo lo posible por ocultar su propio dolor, trataba de levantar en vano el ánimo abatido de su compañera. Cómo padre, sentía muchas veces el corazón torturado y afligido, pero procuraba evadirse de su propio interior intentando distraerse en el torbellino de sus actividades políticas y en las fiestas sociales, donde concurría habitualmente, llevado por la necesidad de escapar de las meditaciones solitarias, en las cuales el corazón paterno mantenía los más acerbos diálogos con la razón prejuiciosa del mundo. Así sufría intensamente, entre la indecisión y la nostalgia, la energía y el arrepentimiento.

Muchos cambios se habían operado en Roma desde el doloroso suceso que había sumergido a su familia en espesas sombras.

Después de varios años de injusticia y de crueldad desde que había transferido la corte para Tíbur, Elio Adriano había partido para el Más Allá y había dejado el Imperio en las manos generosas de Antonino, cuyo gobierno se caracterizó por la concordancia y la paz, por la mejor distribución de justicia y de tolerancia. El nuevo emperador conservó a Fabio Cornelio como uno de los mejores auxiliares de su administración liberal y sabia. Esa prueba de confianza imperial le agradaba sobremanera al antiguo censor, y se destacaba el hecho de que en su vejez decidida y experimentada se mantenía en franca posición de ascendencia delante de los mismos senadores y de otros hombres de estado obligados a escuchar sus opiniones y pareceres.

Había un hombre que lograba cada vez mayor confianza al lado del censor y se había transformado en su agente ideal en todos los servicios: era Silano. Satisfecho por cumplir una afectuosa recomendación de su viejo amigo de otros tiempos, Fabio Cornelio había hecho del antiguo

combatiente de las Galias un oficial inteligente y culto que era objeto del máximo de honras. Silano representaba de algún modo su fuerza de otra época, cuando la senectud no se había aproximado, obligando al organismo al mínimo de aventuras. Para el viejo censor el antiguo recomendado de Cneio Lucio era casi un hijo, en cuya poderosa virilidad él sentía la prolongación de sus energías. Ambos se encontraban siempre juntos en todas las empresas y en la ejecución de todas las órdenes privadas de César, así se había entablado entre ellos una muy elevada atmósfera de afinidad y confianza.

De todos estos personajes, había uno que se había encerrado en un profundo enigma: era Claudia Sabina. Desde la muerte de Adriano había sido relegada al ostracismo social, retirándose de nuevo al anonimato de la plebe, desde donde había surgido hasta los más altos círculos del Imperio. De sus aventuras le había quedado la fortuna monetaria, que le permitía residir donde quisiese con todas las comodidades de su tiempo. Disgustada por el absoluto retraimiento de las encumbradas amistades de los buenos tiempos de prestigio social, había adquirido una pequeña casa de campo en los alrededores de Roma, en un modesto suburbio entre las Vías Salaria y Nomentana, donde pasó a vivir entregada a sus dolorosos recuerdos.

No faltaban rumores acerca de sus nuevas actividades y algunas de sus más antiguas relaciones llegaban a afirmar que la viuda de Lolio Urbico comenzaba a dedicarse a las prácticas cristianas en las catacumbas, olvidando el pasado de locuras y desvíos.

En verdad, Claudia Sabina había tenido los primeros contactos con la religión del Crucificado, pero sentía el corazón demasiado intoxicado de odio para identificarse con sus postulados de amor y sencillez. Transcurridos diez años, no había conseguido averiguar el resultado real de la tragedia que había tramado en la estera de su destino. Vivía con la terrible preocupación de reconquistar al hombre amado, aunque para eso hubiera tenido que mover todos los resortes del crimen. Sus planes fracasaban. Sin el apoyo de otros tiempos, cuando el prestigio de su marido le propiciaba una multitud de aduladores y de siervos, nada conseguía, ni siquiera la comunicación con Hateria, quien aparada por Helvidio se había retirado a su casa de Benevento, donde vivía en compañía de sus hijos con la máxima prudencia, necesaria para su propia seguridad.

Claudia Sabina había encontrado algún consuelo para el remordimiento que devoraba su alma, pero no habría podido nunca, a su modo de ver, conciliar su odio y su orgullo inflexibles con el ejemplo de ese Jesús crucificado y humilde que prescribía la humildad y el amor como sostén de todas las venturas terrenas.

En vano había escuchado a los predicadores cristianos de las asambleas a las que había concurrido con ávida curiosidad. Las teorías de tolerancia y penitencia no encontraban eco en su espíritu intoxicado. Y sintiéndose

íntimamente desamparada con los penosos recuerdos de su pasado criminal, la antigua plebeya se veía como una hoja suelta a merced de los vientos impetuosos. De vez en cuando le asaltaba el pavor a la muerte y al Más Allá desconocidos. Deseaba una fe para su corazón exhausto de las pasiones del mundo; mas, si por un lado estaban los antiguos dioses que no satisfacían su raciocinio, del otro estaba ese Jesús inmaculado y santo, inaccesible por sus angustias tristes y odiosas. A veces, lágrimas amargas inundaban sus ojos oscuros y, sin embargo, bien percibía que lágrimas no eran purificadoras, sino de desesperación irremediable y profunda. Transportado en su interior el pesado féretro de sus sueños muertos, Claudia Sabina entraba en el crepúsculo de la vida como un náufrago cansado de luchar contra las olas de un mar tempestuoso, sin la esperanza de un puerto y con la desesperación de su orgullo y de su odio ignominioso.

El año 145 transcurría calmo, con los mismos recuerdos amargos de nuestros amigos, cuando alguien en las primeras horas de la mañana de un soberbio día de primavera golpeaba la puerta de Helvidio con singular insistencia.

Era Hateria que, en extrañas condiciones de delgadez y abatimiento, fue llevada al interior y recibida por Alba Lucinia con simpatía y agrado.

La antigua sierva parecía extremadamente afligida y perturbada, mas expresaba con claridad sus pensamientos. Solicitó a su ex patrona la presencia de su padre y de su esposo, con el fin de exponer un asunto grave.

La esposa de Helvidio imaginó que la mujer deseaba hablar particularmente de algún asunto de orden material que le interesaba en Benevento.

Ante tanta insistencia llamó al viejo censor que desde la muerte de Julia vivía en su compañía e invitó igualmente a su esposo a atender la solicitud de Hateria, quien se había granjeado desde el drama de Celia singular consideración y especial estima.

Con asombro de los tres, pidió estar en un compartimento reservado para tratar libremente el asunto.

Fabio y Helvidio la juzgaron demente, pero la dueña de casa los invitó a acompañarla con el fin de satisfacer lo que creían mero capricho.

Se reunieron en un pequeño y encantador aposento y Hateria habló nerviosamente con intensa palidez en el semblante:

_ ¡Vengo aquí a hacer una confesión dolorosa y terrible y no sé cómo puedo exponer mis crímenes de otrora!... Hoya soy cristiana y delante de Jesús necesito esclarecer algo a los que me dispensaron en el pasado una estima dedicada y sincera...

_ ¿Entonces_ preguntó Helvidio, juzgándola bajo la influencia de una perturbación mental_, eres ahora cristiana?

_ Sí, mi señor_ respondió con los ojos brillantes, enigmáticos, como si hubiera tomado una resolución extrema_, soy cristiana por la gracia del Cordero de Dios que vino a este mundo a redimir a los pecadores... Hasta hace poco hubiera preferido morir antes que revelaros mis dolorosos secretos. Tenía la intención de bajar al túmulo con el terrible misterio de mi pasado criminal, pero de un año a esta parte asisto a las prédicas de un hombre justo que en las afueras de Benevento anuncia el reino de los cielos con Jesucristo e induce a los pecadores a reparar sus faltas. Desde la primera vez que escuché la promesa del Evangelio del Señor siento el corazón molesto bajo el peso de un gran remordimiento. Además Jesús enseña que ninguno podrá llegar hasta Él sin cargar la propia cruz para seguirlo... Mi cruz es mi pecado... ¡Vacilé en venir, recelosa de las consecuencias de mi revelación, mas preferí arrastrar todos los resultados de mi crimen, pues solamente así presiento que tendré la paz de conciencia indispensable para el trabajo de sufrimiento que ha de regenerar mi alma! ¡Después de mi confesión, matadme, si quisiereis! ¡Me someteré al sacrificio! ¡Ordenad mi muerte!... ¡Eso aliviará de algún modo mi conciencia manchada!... ¡En lo Alto aquel Jesús amado que prometió auxilio sacrosanto a todos los cultivadores de la verdad, tendrá en cuenta mi arrepentimiento y me dará consuelo en mi amargura, concediéndome los medios para redimirme con su misericordia!...

Entonces, ante la perplejidad de los tres, Hateria comenzó a explicar el drama siniestro de su vida. Relató los primeros encuentros con Claudia Sabina, sus combinaciones, la vida privada de Lolio Urbico, el siniestro plan para arruinar la reputación de Alba Lucinia en el concepto de su familia y de la sociedad romana, la actividad de Plotina y el epílogo del trágico proyecto, que había terminado con el sacrificio de Celia, cuya mención embargaba su voz en un torrente de lágrimas, porque recordaba su bondad, su candor, su sacrificio... Narración larga, dolorosa... Por más de dos horas captó la atención de Fabio Cornelio y de los suyos, que la oían estupefactos.

Escuchando y considerando los pormenores de la confesión, Alba Lucinia sintió que la sangre se le helaba en las venas, invadida por singular angustia. Helvidio tenía el pecho oprimido, sofocado, e intentaba en vano decir una palabra. Solamente el censor, por su inflexibilidad terrible y orgullosa, se mantenía firme, aunque evidenciando el pavor íntimo con una expresión desesperada que dominaba su rostro.

_ ¡Desgraciada!_ murmuró Fabio Cornelio con gran esfuerzo. ¡Hasta dónde nos condujiste con tu ambición despreciable y mezquina!... ¡Criminal! ¡Bruja maldita, ¿cómo no temiste el peso de nuestras manos?!

Su voz, sin embargo, parecía igualmente asfixiada por la misma emoción que había embargado a los hijos.

_ ¡Me he de vengar de todos!..._ gritó el anciano censor con la voz estrangulada.

En ese instante Hateria se arrodilló a sus pies y murmuró:

_ ¡Haced de mí lo que queráis! ¡Después de haberme confesado, la muerte será para mí un dulce alivio!...

_ Pues morirás, infame criatura_ dijo el censor desenvainando un puñal que relució a la claridad del sol que se filtraba a través de una ventana alta y estrecha.

Mas, cuando su diestra parecía pronta a descender, Alba Lucinia, como impelida por una misteriosa fuerza, detuvo el brazo paterno exclamando:

_ ¡Atrás, padre mío! ¡Cese para siempre la tragedia de nuestros delitos!... ¿Qué se gana con un crimen?

Pero, al tiempo que Fabio Cornelio cedía atónito, una marmórea palidez se extendía por el rostro de la desventurada señora, que se desvaneció sobre la alfombra bajo la angustiada mirada de su marido que se apresuró a socorrerla.

Lanzando, entonces, una mirada de profundo desprecio a Hateria, quien ayudaba al tribuno a acomodar a la señora en un largo diván, el anciano censor subrayó:

_ ¡Coraje, Helvidio!... Voy a llamar a un médico inmediatamente. ¡Dejemos a esta maldita bruja librada a su suerte, pero hoy mismo mandaré eliminar a la infame que envenenó nuestras vidas para siempre!...

Helvidio Lucio hubiera deseado hablar, mas no sabía si debía aconsejarle a su impulsivo suegro mesura, o socorrer a su esposa, que tenía los miembros fríos y rígidos a consecuencia del traumatismo moral.

Atendiendo a Alba Lucinia en el diván, mientras Hateria se dirigía al interior para tomar las primeras providencias, Helvidio Lucio vio que su suegro se marchaba pisando fuerte.

Por más que se esforzaba, el tribuno no conseguía coordinar sus ideas para resolver la angustiosa situación. Llevada al lecho, Alba Lucinia parecía estar bajo el influjo de una fuerza destructora y absoluta que no le permitía recobrar el sentido. En vano el médico le suministraba medicinas y le recomendaba eficaces ungüentos. Las fricciones no habían dado resultado. Movimientos convulsos apenas indicaban en su letargo la plétora de energías orgánicas. Los párpados continuaban cerrados y la respiración dificultosa, como la de los enfermos que están por entrar en agonía.

Mientras Helvidio Lucio se prodigaba en cuidados y procuraba tranquilizarse, Fabio Cornelio se dirigió al gabinete, llamó a Silano para hablarle en privado y le dijo austero:

_ ¡Hoy preciso más que nunca de tu dedicación y de tus servicios!

_ ¡Ordenad!_ exclamó el oficial, presuroso.

_ Hoy te necesito en una misión punitiva para eliminar a una antigua conspiradora contra el Imperio. Desde hace más de diez años vengo observando sus maniobras, sin embargo, sólo ahora conseguí comprobar sus crímenes políticos y resolví confiarte preferentemente esta tarea de singular importancia para mi administración.

_ Pues bien_ exclamó el joven con serenidad_, decid de qué se trata y cumpliré vuestras órdenes con el celo de siempre.

_ Llevarás contigo a Lidio y a Marcos, ya que considero necesario que te acompañen dos hombres de entera confianza.

Y con voz discreta le indicó el nombre de la víctima, su residencia, su condición social y todo cuanto pudiese facilitar la ejecución del siniestro mandato.

Por fin subrayó con voz cavernosa:

_ Ordenaré que algunos soldados rodeen la finca, de modo de prevenir cualquier tentativa de resistencia de los siervos. Y después de que ordenes la abertura de las venas de esa mujer infame, le dirás que la sentencia parte de mi autoridad, en nombre de las nuevas fuerzas del Imperio.

_ Así lo haré_ repuso el resuelto emisario.

_ Trata de actuar con la mayor prudencia. En cuanto a mí, vuelvo ahora a casa, donde reclaman mi presencia. Por la tarde estaré aquí para saber lo que hubiere ocurrido.

Mientras Silano se reunía con los auxiliares destinados a la empresa, Fabio Cornelio regresaba a su hogar, donde se practicaban todos los recursos médicos para despertar a Alba Lucinia de un extraño sopor. Movilizando a todos los siervos, Helvidio Lucio hacía todo para despertar a su compañera. Estaba como loco, su corazón se deshacía amargamente en torrentes de lágrimas e infructuosamente recurría a promesas silenciosas a los dioses familiares. En tanto Hateria se sentaba humildemente a la cabecera de la antigua patrona, el tribuno desplegaba esfuerzos inauditos, y en un gabinete próximo Fabio Cornelio se paseaba agitado de un lado a otro, ora esperando la mejoría de la enferma, ora contando las horas, a fin de conocer el resultado de la siniestra comisión.

En efecto, por la tarde, el emisario del censor, rodeado de soldados y con los dos compañeros de confianza que debían penetrar en la residencia de Claudia, llegaron al apacible sitio arbolado y florido, donde la antigua plebeya se entregaba a sus meditaciones en el doloroso otoño de su vida.

La viuda de Lolio Urbico pasaba el día a reflexiones amargas y

angustiosas. Como si una fuerza misteriosa la dominase, experimentaba las sensaciones más tristes e incomprensibles. Se paseaba en vano por los deliciosos jardines de la principesca residencia, donde los encantadores y bien cuidados senderos estaban saturados de los fuertes perfumes de la primavera. La ahogaban en su interior sentimientos extraños e inexpresables, como si su espíritu estuviese sumergido en presagios muy amargos. Procuraba fijar su pensamiento en algo que apelara a su sensibilidad y, sin embargo, su corazón estaba indigente de fe, cual árido desierto.

Estaba con el alma inmersa en penosas obsesiones cuando vio aproximarse con gran sorpresa el destacamento de los pretorianos.

Consternada y recordando lo que representaban en otros tiempos aquellas pequeñas expediciones de terror, recibió en su gabinete al oficial que la buscaba acompañado de dos hombres corpulentos y atléticos, con los cuales había cambiado significativas miradas.

_ ¿A qué debo el honor de vuestra visita?_ preguntó después de sentarse, dirigiendo una mirada de intensa curiosidad.

_ ¿Sois, en realidad, la viuda del antiguo prefecto Lolio Urbico?

_ Sí..._ replicó la interpelada con displicencia.

_ Pues bien, yo soy Silano Plautio y estoy aquí por orden del censor Fabio Cornelio, quien después de un largo proceso expidió la última sentencia en contra vuestra. ¡Yo espero que sepáis morir dignamente, dada vuestra condición de conspiradora del Imperio!

Claudia escuchó esas palabras sintiendo que la sangre se helaba en sus venas. Una palidez de alabastro cubrió su frente y las sienes le latían con celeridad. Extendió precipitadamente las manos hacia un mueble próximo intentando tocar una campanilla, pero Silano se lo impidió y exclamó con serenidad:

_ ¡Cualquier resistencia es inútil! La casa está cercada. ¡Encomendad a los dioses vuestros últimos pensamientos!...

En ese momento y obedeciendo a las señales ya convenidas, Lidio y Marcos, dos gigantes, avanzaron hacia Claudia Sabina, que se había levantado con dificultad, tambaleante... En tanto el primero la amordazaba sin piedad, el segundo le cortó las muñecas con una hoja de acero...

Sintiendo el horror de la situación irremediable, Claudia se entregó a los verdugos sin resistencia, mientras dirigía a Silano una mirada inolvidable.

Sin embargo, fuese por el pavor de ese instante imborrable o por la conmoción irresistible y profunda, la sangre de la desventurada no brotaba de la venas abiertas. Se diría que una abrasadora emoción sacudía todas

sus fuerzas psíquicas contrariando las leyes comunes de las energías orgánicas.

Ante el insólito hecho raramente observado en las sentencias de esa naturaleza y notando la mirada angustiosa e insistente que la víctima le dirigía, como suplicándole que la escuchase, el oficial ordenó que Lidio le quitara la mordaza, para que la condenada pudiese hablar y morir tranquila.

Aliviada de la opresión, Claudia Sabina exclamó con voz lúgubre:

_ ¡Silano Plautio, mi sangre se niega a salir antes de que te confiese todas las peripecias de mi vida! ¡Aparta a tus hombres de este gabinete y nada temas de una muer indefensa y moribunda!...

Altamente impresionado, el hijo adoptivo de Cneio Lucio ordenó a sus compañeros que se retirasen a una sala próxima. Ya a solas con él, Claudia se arrojó a sus pies con las venas goteantes y le dijo amargamente:

_ ¡Silano, perdona al corazón miserable que te dio la vida!...

¡Soy tu madre, desgraciada y criminal, y no quiero morir sin pedirte que me vengues! Fabio Cornelio es un monstruo. ¡Lo odio! ¡Mi pasado está lleno de espesas sombras!... ¡Pero quien te hizo hoy un matricida es el que ha ordenado muchos crímenes!

El pobre joven contemplaba a su víctima embargado de doloroso espanto. Una blancura de nieve le cubrió el rostro denunciando conmociones íntimas; sin embargo, si sus ojos reflejaban ansiedad angustiosa, sus labios continuaban mudos, mientras la viuda de Lolio Urbico le besaba los pies deshecha en llanto.

¿Entonces era allí que estaba el misterio de su nacimiento y de su vida? Una dolorosa emoción lo dominaba y Silano prorrumpió en sollozos que brotaban de su pecho saturado de angustias. Desde la muerte de Cneio tenía el deseo de esclarecer el misterio de su nacimiento. Muchas veces había proyectado constituir una familia pero se sentía desarmado para enfrentar los prejuicios sociales pensando en el futuro de su descendencia. En determinadas ocasiones sentía el deseo de abrir el pequeño medallón que el venerado protector le había confiado en los estertores de la muerte y, sin embargo, un recelo atroz a la verdad paralizaba sus propósitos.

Mientras las más penosas reflexiones abrumaban su mente, Claudia, de rodillas, le narraba detalle por detalle la historia dolorosa de su vida. Horrorizado ante esas verdades pronunciadas por una voz que estaba al borde del túmulo, Silano se enteró de sus primeras aventuras amorosas, de su encuentro con Helvidio Lucio en los audaces disturbios de la vida mundana, de su incertidumbre en cuanto a la paternidad legítima de su resolución de confiarlo a Cneio, porque conocía su cariosa dedicación a

Helvidio, circunstancia que le garantizaba al niño abandonado un dichoso porvenir, de los golpes posteriores de la suerte desposando a un hombre de Estado, de su combinación con Fabio Cornelio en otros tiempos para la ejecución de sentencias inicuas en el seno de la sociedad romana; omitió sin embargo, el drama de su vida en relación a Alba Lucinia. Sentía que la inminencia de la muerte aumentaba su odio por el censor que la había determinado y por su familia. Dando curso a los últimos desvíos de su alma. Claudia Sabina insinuó que la muerte de Lolio Urbico había sido obra de Fabio Cornelio y de sus secuaces, ávidos de sangre, con el fin de llevarla a la ruina.

En los últimos instantes, arrastrada por la perversidad de su odio sanguinario, no vacilaba en construir el último castillo de calumnias y mentiras para llevar la desolación a la familia detestada.

Estas terribles confidencias sonaban en los oídos del oficial como un clamor de venganzas que exigían desagravios supremos. Sin embargo, por cierto, no le bastaban solamente las emociones para hallar la verdad. Necesitaba algo que apelase a su razón.

Más, como si Claudia Sabina adivinase sus pensamientos, salió al encuentro de sus silenciosas vacilaciones:

_ Silano, hijo mío, ¿Cneio Lucio no te confió un pequeño medallón que envolví en tus ropitas de abandonado?

_ Sí_ dijo el joven extremadamente perturbado_, traigo conmigo ese recuerdo...

_ ¿Nunca lo abriste?

_ Nunca.

En ese instante, sin embargo, el emisario de Fabio revolvió en una bolsa que siempre llevaba consigo y retiró el pequeño medallón que la condenada contempló ansiosamente.

_ Ahí adentro, hijo mío_ dijo ella_, escribí un día estas palabras: Hijito, yo te confío a la generosidad ajena con la bendición de los dioses. Claudia Sabina.

Silano Plautio abrió el medallón nerviosamente y verificó una por una todas las palabras.

En ese momento una emoción violenta alteró todas sus facultades. Se acentuó la blancura de mármol de su frente. La mirada inquieta y triste tomó una expresión vítrea de pavor y asombro. Las lágrimas se le habían secado como si un nuevo sentimiento hubiera aflorado en su alma. Claudia Sabina, sintiéndose en los últimos instantes, contemplaba ansiosa esas súbitas transformaciones.

Como si hubiera experimentado la más radical de las metamorfosis, el joven se inclinó hacia la víctima y gritó aterrado:

_ ¡Madre!... ¡Madre mía!...

En sus palabras había una mezcla de sentimientos indefinibles y profundos; ellas se escaparon de su pecho como un grito de saciedad afectuosa, después de muchos años de inquietud y de angustia.

Recibiendo esa suprema y dulce manifestación de cariño en la hora extrema, la condenada con voz que se extinguía dijo:

_ ¡Hijo mío, perdona mi pasado vil y tenebroso!... ¡Los dioses me castigan haciéndome perecer en manos de aquel a quien di la vida!... ¡Hijo mío, hijo mío, a pesar de todo amo esas manos que me traen la muerte!...

El protegido de Cneio Lucio se inclinó sobre el tapete manchado de sangre. En un gesto supremo que evidenciaba su angustia y su olvido del abandono materno, para considerar solamente el destino doloroso que lo había conducido al matricidio, tomó entre sus manos la cabeza exánime de la condenada, cuya mirada parecía alegrarse con los pensamientos enigmáticos y criminales de su alma.

Se produjo, entonces, un fenómeno interesante. Como si hubiera satisfecho cabalmente el último deseo, el espíritu de Claudia Sabina abandonaba el cuerpo terrestre. Satisfecha su voluntad psíquica, la sangre comenzó a brotar de las venas abiertas a borbotones intensos y rojos...

Sintiéndose en los brazos del oficial que la miraba alucinado, volvió a decir con voz entrecortada:

_ ¡Así... hijo mío... siento... que me... perdonas!... ¡Véngame!... Fabio Cornelio... debe morir...

Las convulsiones de su agonía no le permitían continuar, pero sus ojos le enviaban a Silano los mensajes más singulares, que él joven interpretaba como apelaciones supremas de desquite y venganza.

Cuando una palidez de cera cubrió su frente contraída en un rictus de pavor angustiado, el mensajero del censor abrió las puertas y se presentó ante sus compañeros con la fisonomía de un trastornado.

Su mirada fija y terrible parecía la de un loco. En su interior, las más fuertes perturbaciones mentales apremiaban su espíritu desolado. Se sentía el más despreciable y el más desgraciado de los seres. Emitió, apenas, una palabra ordenando la marcha de vuelta hacia el centro urbano, mientras los cariñosos siervos de Claudia amortajaban su cadáver entre lágrimas.

En vano Lidio y Marcos, así como otros pretorianos amigos llamaban su atención sobre diferentes detalles de la empresa, porque Silano Plautio mantenía un silencio inflexible y sombrío.

La idea de que Fabio Cornelio conocía su doloroso pasado y no había vacilado en hacerlo asesino de su madre, así como las historias calumniosas de Claudia Sabina en su hora extrema respecto del censor y de su proceder en otros tiempos, le producían una perturbación mental indescriptible. El pensamiento de que para el resto de sus días debía considerarse un matricida lo atormentaba, sugiriéndole los más horribles proyectos de venganza. Dominado por sentimientos inferiores, acariciaba un puñal que descansaba en su armadura, gozando por anticipado del instante en que habría e sentirse vengado de todos los ultrajes experimentados en su vida.

Ya había anochecido cuando penetró en el imponente edificio donde Fabio lo esperaba en un gabinete soberbio y ampliamente iluminado.

El anciano censor lo recibió con visible interés y procuró apartarse de los presentes hacia un rincón de la sala para preguntarle:

_ Entonces, ¿Qué noticias me traes? ¿Todo bien?

Silano le clavó sus ojos verdes, como preso de las más atroces perturbaciones.

_ Pero, ¿Qué es esto?_ insistía el censor sumamente inquieto_ i¿Estás enfermo?!... ¿Qué te ha sucedido?...

Fabio Cornelio no pudo proseguir, porque sin decir una palabra y como un alucinado en crisis extrema, el oficial desenvainó con rapidez el puñal y lo clavó en el pecho del censor, quien cayó al suelo pidiendo socorro.

Silano Plautio contemplaba a su víctima con la expresión terrible de los dementes, sin demostrar la más mínima señal de responsabilidad... Veía con indiferencia la sangre del viejo político que se escaba a chorros por la herida entre la garganta y el omóplato, mientras el herido en los estertores de la muerte, le dirigía una mirada terrible... Fue en ese instante que los numerosos guardias rodearon al antiguo protegido de Cneio Lucio, quitándole igualmente la vida en pocos segundos. En vano el oficial intentó resistirse a los pretorianos y a los otros amigos del asesinado, porque en pocos minutos estaba reducido a despojos por los golpes de espada, con lo que pagaba la perpetración de su crimen, el que era una afrenta al Estado.

La noticia corrió rápidamente por la ciudad.

Asistido por sus mejores amigos, Helvidio Lucio necesitó apelar a todas sus fuerzas para no flaquear bajo tan rudos golpes.

Dada la situación delicada en que se encontraba su esposa, tomó medidas para que los despojos sangrientos fueran llevados a la residencia con especial cuidado, para que el cuadro siniestro y doloroso no agravase el estado de Alba Lucinia en el caso de que se produjera una mejora después del prolongado síncope.

Un correo rápido fue despachado hacia Capua para que Cayo Fabricio y su mujer se presentaran inmediatamente en Roma.

Con las preocupaciones más amargas e imposibilitado de confiar el peso que oprimía su corazón a algún amigo, dadas las penosas circunstancias familiares en juego, el hijo de Cneio vertía dolorosas lágrimas al lado de la esposa que se debatía entre la vida y la muerte, mientras Marcia asumía en su residencia la dirección de todos los protocolos sociales, para atender a cuantos visitaban los despojos de los dos desaparecidos.

Alba Lucinia despertó y, sin embargo, había en su mirada una expresión de alejamiento del mundo. Pronunciaba palabras inteligibles que Helvidio Lucio hubiera dado la vida por comprender. Se notaba que ella había perdido la razón para siempre. Además, los desmayos se producían periódicamente, como si las células cerebrales se hubieran ido destruyendo lentamente una por una bajo la presión de una fuerza irreprimible...

Obedeciendo a los imperativos de la situación, el tribuno dio órdenes para que los funerales del suegro y del hermano adoptivo se llevasen a cabo con la mayor rapidez posible; tanto fue así que antes de cumplirse una semana de los sucesos llegaron de Campania Helvidia y el esposo, sin alcanzar a presenciar las ceremonias fúnebres, y penetraron a la casa paterna tan sólo para arrodillarse a la cabecera de Alba Lucinia quien, desde la víspera, había entrado en dolorosa agonía...

La presencia de los hijos constituyó para el tribuno un dulce consuelo, sin embargo, a su espíritu dilacerado se le figuraba que no había ningún alivio en el mundo para un corazón humillado y herido como el suyo.

Tocado en sus fibras más íntimas, veía agonizar lentamente a su esposa, como si un sicario invisible le hubiese clavado en su corazón un acerado puñal. Delante de la muerte de nada valían todos sus poderes, toda su cariñosa dedicación. Sumergido en un océano de lágrimas y teniendo entre las suyas las frías manos de su compañera, Helvidio Lucio no abandonó su aposento ni siquiera para atender a los hijos recién llegados. Presintiendo que la muerte le arrebataría pronto a la esposa idolatrada, permanecía a su cabecera dominado por las meditaciones más atroces.

De cuando en cuando emergía del abismo de sus reflexiones y exclamaba amargamente como si tuviese la convicción de que era escuchado por la moribunda:

_ Lucinia, ¿también me abandonas? ¡Despierta, ilumina de nuevo mi soledad!... Si te ofendí alguna vez, perdóname. ¡Mas no hice otra cosa que amarte mucho!... Vamos. Atiéndeme. ¡Yo venceré a la muerte para tenerte en mis brazos! ¡Lucharé contra todos! Junto a ti tendré fuerzas para vivir reparando los errores del pasado, pero ¿qué haré solo y abandonado si partes para el misterio? ¡Dioses del cielo! ¿No bastan las ruinas de mi hogar, la destrucción de la felicidad doméstica para redimirme a vuestros

ojos? ¡Tened compasión de un desventurado! ¿Qué hice para pagar tan pesado tributo?...

Y contemplando al cielo como si estuviese vislumbrando los números que presiden los destinos humanos, señalaba a la esposa agonizante repitiendo con voz apagada y dolorida:

¡Dioses del bien, conservad su vida!...

Sin embargo, como si sus ruegos hubieran sido dirigidos a una esfinge, Alba Lucinia partió del mundo al amanecer con lágrimas silenciosas, mientras la claridad rojiza del sol teñía las primeras nueves del cielo romano en el agradable despuntar de la aurora.

Al percibir su último suspiro, Helvidio Lucio se ensimismó en una tristeza indescriptible. Por sus ojos, en esos momentos secos y raros, pasaba una expresión de rebelión contra todas las divinidades que según su parecer eran insensibles a sus padecimientos e invocaciones desesperadas. La residencia del tribuno se cubrió, entonces, de crespones negros, mientras su triste figura permanecía junto a la urna magnífica que encerraba los restos de su compañera, cual centinela que se hubiera petrificado por desesperanza.

Enérgico e impasible, respondía al saludo afectuoso de los amigos con amargos monosílabos, mientras Cayo, Helvidia y la bondadosa Marcia hacían los honores de la casa.

Después de una semana de homenajes de la sociedad romana se efectuó el funeral de la infeliz señora, que había sido derribada cual un ave herida en su profundo amor materno, mientras su esposo, padeciendo la más angustiosa soledad, se sentía desamparado y herido para siempre...

Triste y silenciosa, Hateria permaneció en la casa hasta el instante en que los carros mortuorios acompañaron a Alba Lucinia a las sombras del sepulcro.

Impresionada con la tragedia que su revelación había provocado en ese hogar otrora tan feliz, se sentía avergonzada en lo más íntimo de su corazón. Muchas veces en las terribles horas de agonía de su ex patrona le había dirigido al tribuno una mirada suplicante para comprobar si la perdonaba, de modo de tranquilizar su concia abatida. Helvidio Lucio parecía no verla, indiferente a su presencia y a su vida...

Experimentando un terrible remordimiento, Hateria abandonó la residencia de Helvidio, donde se sentía como un gusano repulsivo, tal era la angustia de sus tristes pensamientos en la dolorosa noche caída en la casa del tribuno después del funeral.

Hacía frío. Las sombras nocturnas eran espesas, impenetrables como la congoja que helaba su corazón... Su permanencia allí después del entierro

ya no era posible por las amargas emociones que vibraban en su alma.

La vieja criada salió, entonces, y se dirigió a Trastevere, donde tenía antiguas relaciones de amistad. Es interesante señalar que en su marcha por las calles estrechas siguió el mismo trayecto que la joven Celia cuando se vio obligada a abandonar el hogar paterno... Después de mucho caminar se vio obligada a abandonar el hogar paterno... porque temía proseguir. Era casi medianoche y las proximidades de la isla del Tíber estaban desiertas. Quiso retroceder presionada por una fuerza inexplicable, como si presintiese algún peligro inminente, cuando dos hombres enmascarados se le acercaron cual dos cuerpos oscuros que se movían rápidos entre las pesadas sombras de la noche. Intentó gritar, pero era tarde. Uno se abalanzó sobre ella y la amordazó fuertemente.

_ Lucano_ dijo en voz baja el desconocido decepcionado_, ¡se trata de una vieja despreciable!

_ No te desanimes_ prosiguió el otro_, se me hace que es una buena presa. ¡Vamos! ¡Estas viejas acostumbran a llevar su dinero oculto en el seno cuando son astutas y avarientas!...

El bandido que tenía las manos libres las puso sobre el tórax de la anciana criada de Helvidio Lucio y sintió que su corazón latía acelerado. En efecto, era allí que Hateria guardaba en una bolsa reforzada todo el capital sobrante de sus ahorros. Cuando le encontraron el pequeño tesoro ambos malhechores esbozaron una sonrisa de satisfacción y, obedeciendo a una señal de su compañero, Lucano golpeó fuertemente con un bastón de hierro la cabeza de la víctima amordazada, exclamando con voz apagada cuando percibió que ella se había desmayado:

_ ¡Siempre es mejor así! Mañana no podrás contar la proeza a los vecinos para que las autoridades nos vengan a molestar.

En seguida arrastraron a la víctima aturdida por los fuertes golpes y la arrojaron sin piedad en las pesadas aguas del río que corría silenciosamente. Hateria tuvo así en los últimos instantes de su vida la oportunidad de expiar el torpe delito de su pasado culpable.

Después de ver la postrera prueba de la vieja cómplice de Claudia Sabina, volvamos junto a Helvidio Lucio en su pesada noche de sufrimientos íntimos.

Solamente al día siguiente del funeral de su muer el tribuno pudo reunir a sus hijos en un gabinete privado y confiarles las tristes revelaciones que habían desembocado en los terribles acontecimientos, aniquiladores para siempre de su ventura

Terminado el impresionante relato, Cayo Fabricio les contó a su esposa y a su suegro el encuentro con Celia, diez años antes, cuando se dirigía a

Campania requerido por intereses urgentes. Jamás había aludido al hecho por el voto formal de recordar a la joven tan sólo como a una muerta querida. Nunca había podido olvidar cuadro triste de la cuñada abandonada en la soledad de la noche junto a la montaña de Terracina, y muchas veces se había recriminado por haberse mantenido indiferente y sordo a su pedido de auxilio.

Helvidia y su padre lo escucharon con pesar y asombro.

Solamente ahí, en el examen de todos los sacrificios de su hijita, considerando sus tormentos morales para salvar a su familia de los golpes de la desventura y de la calumnia, el hijo de Cneio Lucio consiguió despertar un resquicio de su sensibilidad para apegarse de nuevo a la vida. La narración de su yerno le indicaba que Celia vivía en alguna parte. Se acordó de su esposa, y se puso a pensar que si Alba Lucinia hubiera estado en la Tierra habría sentido inmenso júbilo si hubiese podido abrazar de nuevo a la hija despreciada. Seguramente desde el cielo su compañera querida habría de orientar sus pasos y bendeciría su esfuerzo. Y un día, cuando la providencia de los dioses lo permitiese, el ama de la esposa guiaría su corazón lastimado hasta la hija para que pudiese morir besándole las manos.

Sumergido en esas meditaciones angustiosas, con una serenidad triste que hacía claro el camino a seguir, Helvidio Lucio consiguió llorar para poder aliviar la íntima congoja. Sus lágrimas, que Helvidia enjugaba con cariño, eran como esas lluvias benéficas que lavan el cielo después del fragor de la tempestad.

Entonces, como si lo animase una esperanza nueva, el tribuno convirtió todos los dolores en la preocupación de reencontrar a la hijita expulsada del hogar, fuese donde fuere, para alivio de su conciencia. Deseaba morir para reunirse con la amada compañera, pero quería llevarle también la certeza de que Celia había reaparecido y que, de rodillas había suplicado el perdón de la hija a quien no había podido comprender. Con ese propósito se encaminó hacia Campania con sus hijos que iban de regreso a Capua y, después de algunos días de reposo, sin llevar consigo a ningún siervo a fin de dedicarse solo a las investigaciones necesarias, partió para el Lacio, a pesar de todas las súplicas de Helvidia para que aceptase, al menos, la compañía de su yerno.

Triste y solo, el viejo tribuno deambuló por todas las ciudades próximas a Terracina y se quedó largo tiempo junto a la gruta de Tiberio, para evocar los penosos recuerdos de su yerno. A despecho de todos sus esfuerzos, fue en vano que viajó por Italia entera.

Así que, transcurrido un año después de la muerte de Lucinia regresó a Roma abatido y desolado como nunca.

Sintiéndose profundamente desamparado, era cual árbol frondoso

singularmente aislado en la extensa planicie de la vida. Mientras había tenido a su lado a sus compañeras, había podido soportar los huracanes violentos que descendían de los montes, pero, destruidos los troncos próximos cuya presencia lo fortalecía era entonces incapaz de resistir a los vientos más suaves de los valles oscuros del dolor y del destino.

Refugiado en su gabinete, recibía tan sólo la visita de los amigos más íntimos, cuyas palabras no llevasen a su espíritu atormentado ningún recuerdo del infortunado pasado.

Un día, sin embargo, un esclavo le anunció la visita de un antiguo compañero de infancia, Rufio Propercio, cuya amarga historia de los últimos tiempos él conocía bien. A pesar de sus propias luchas se había enterado de todas sus desgracias e infortunios.

Helvidio Lucio ordenó que lo hicieran pasar ansiosamente, como hermano de dolores y martirios íntimos.

Cambiadas las primeras impresiones, Rufio Propercio le advirtió:

_ Querido Helvidio, después de tan larga separación te sorprende mi fortaleza moral ante las hecatombes de la existencia. Debo explicarte porqué de mi resignación y serenidad. ¡Es que hoy abandoné nuestras creencias inexpresivas para acercarme a Jesucristo, el Hijo de Dios vivo!...

_ ¿Es posible?_ exclamó el tribuno interesado.

_ Sí, hoy comprendo mejor la vida y los sufrimientos en este mundo. Solamente en los tesoros de la enseñanza cristiana encontré la fuerza indispensable para la comprensión del dolor y del destino. Solamente Jesús con su lección de piedad y misericordia puede salvarnos del abismo de nuestras angustias profundas para una vida mejor, que no tiene los engaños y desilusiones amargas de la Tierra...

Y mientras Helvidio Lucio lo escuchaba sombrado por encontrar un amigo íntimo afianzado en la fe ardiente y pura entre los escombros de la época, Propercio agregó:

_ Ya que te sientes igualmente herido por el destino, ¿por qué no vienes a las reuniones cristianas, a las que yo te podría acompañar? Es posible que encuentres en el Evangelio la ansiada paz y la energía necesaria para vencer todos los tormentos de la vida.

Escuchando la cariñosa invitación del amigo de la infancia el tribuno se acordó instintivamente de su hija y de sus convicciones. Sí, había sido el Cristianismo el que le había dado tantas fuerzas para el sufrimiento y para el sacrificio. Además recordó las figuras de Nestorio y de Ciro, que habían caminado hacía la muerte sin un gemido, sin una queja.

Como cediendo a una súbita resolución, respondió decidido:

_ Acepto la invitación, ¿Dónde es la reunión?

_ En una casa humilde, junto a la Puerta Apia.

_ Pues bien, iré contigo.

Rufio se despidió prometiendo volver por él al anochecer, en tanto pasó el resto del día en meditaciones graves y profundas.

A la hora convenida se dirigieron hacia el lugar de las reuniones humildes, donde por primera vez Helvidio escuchó la lectura del Evangelio y los comentarios sencillos de los cristianos. Al principio le extrañó ese Jesús que perdonaba y amaba a todos con el mismo cariño y la misma dedicación. Pero en el curso de las numerosas reuniones entendió mejor el Evangelio y, a pesar de no sentir las enseñanzas enteramente, admiraba al profeta puro y amoroso que bendecía a los pobres y a los afligidos del mundo, prometiendo un reino de luz y de amor para después de las ingratas luchas de la tierra.

Su esfuerzo en la adquisición de la fe seguía el curso común, cuando un famoso predicador apareció un día en ese núcleo de gente humilde y bondadosa. Se trataba de un hombre todavía joven, inteligente y culto, que se llamaba Saulo Antonio y había hecho de su existencia un sacrosanto apostolado en el trabajo de evangelización.

Su palabra ardiente y vibrante sobre los hechos de los Apóstoles después de la partida del Cordero hacia las regiones de la luz había impresionado al tribuno profundamente. Por primera vez escuchaba a un intelectual, casi sabio, exaltar las virtudes de los seguidores de Cristo, haciendo comparaciones extraordinarias entre el Evangelio y las teorías de su tiempo, que él se había habituado a considerar como pautas de evolución insuperables.

Terminada la prédica inspirada y brillante, Helvidio se acercó al orador y exclamó con sinceridad:

_ Amigo mío, le traigo mis votos para que su palabra iluminada continúe aclarando los caminos de la Tierra. Desearía, sin embargo, escucharlo sobre una duda que tengo desde hace mucho en el corazón.

Y mientras el predicador recibía sus palabras con profunda simpatía, continuó:

_ ¡No dudo de los hechos de los Apóstoles de Jesús, pero me resulta extraño que desde hace mucho tiempo hasta ahora no existan más en la Tierra organizaciones privilegiadas como la de los antiguos seguidores de Cristo, que puedan aliviar nuestros dolores y esclarecer nuestro corazón en los sufrimientos!...

_ Hermano mío_ replicó el orador sin perturbarse_, antes de recurrir a

los intermediarios, urge preparar el corazón para sentir la inspiración directa del Cordero. Su objeción, sin embargo, es muy justificable. Sin embargo, cúmpleme aclarar que las vocaciones apostólicas no han muerto en el mundo. En todas partes ellas florecen bajo las bendiciones de Dios, que nunca se cansó de enviarnos los mensajeros de su misericordia infinita.

Y después de una ligera pausa, como si desease transmitir una impresión fiel de sus reminiscencias más íntimas, Saulo Antonio agregó con convicción:

_ Hace algunos años era un enemigo acérrimo del Cristianismo y de sus divinos postulados; sin embargo, bastó la ayuda de un verdadero discípulo de Jesús para que mis ojos se aclararan buscando el verdadero camino... Aún hoy, allá está él, débil y humilde como una flor del cielo que no se puede aclimatar entre los brezos de la Tierra... Se trata del hermano Mariño, que en los alrededores de Alejandría es una bendición de Jesús permanente y divina para todas las criaturas... ¡Imagen del bien, personificación de la perfecta caridad evangélica, lo vi curar leprosos y paralíticos, devolver la esperanza y la fe a los más tristes y empedernidos! ¡A su miserable tugurio acuden multitud de afligidos y desamparados, que el venerable apóstol del Cordero reanima y consuela con las profundas enseñanzas de amor y humildad! ¡Después de peregrinar por las sendas más oscuras tuve la dicha de encontrar su palabra cariñosa y benevolente que me arrancó para Jesús de las tinieblas de mi destino!...

Sintiendo que hablaba con profunda sinceridad, Helvidio Lucio preguntó ansioso:

_ ¿Y ese hombre extraordinario recibe a todos indistintamente?...

_ Todas las criaturas merecen atención y amor.

_ Pues, mi amigo_ respondió el tribuno con íntimo desconsuelo_, no obstante mi posición financiera y la consideración pública de que disfruto en Roma tengo el corazón apesadumbrado y doliente como nunca... Las lecciones del Evangelio me han levantado, de algún modo, el espíritu abatido. Con todo, siento la necesidad de un remedio espiritual que a la vez de suavizar mis íntimos dolores me haga comprender mejor los divinos ejemplos del Cordero... Sus referencias me llegan oportunamente, pues iré a Alejandría a buscar en las actuales circunstancias de mi vida me ha de hacer un gran bien al corazón...

Al día siguiente el hijo de Cneio Lucio dio los primeros pasos para efectuar la excursión con la mayor presteza posible.

Y antes de que la galera partiese de Ostia comenzó a concentrar sus esperanzas en aquel hermano Mariño, cuyas famosas virtudes eran veneradas en todas las comunidades cristianas y era considerado como emisario de Jesús, destinado a sustentar en el mundo las tradiciones

divinas de los tiempos apostólicos.

.

CAPITULO VI - EN EL HUERTO DE CELIA.

.

En los alrededores de Alejandría la hija de Helvidio se había ganado la mejor y merecida fama de amor y bondad.

Trasladada a esa región de gente pobre y humilde, había convertido todos sus recuerdos más queridos como sus dolores más íntimos, en himnos de caridad pura que se dirigía al cielo entre las bendiciones de todos los infelices sufrientes.

El dolor y la nostalgia le habían modelado sus facciones angélicas, porque en su sereno semblante se destacaba una impresión indescriptible de visión celestial... La vida de ascetismo, de abnegación y renuncia le había dado una fisonomía que dejaba translucir en su mirada serena y brillante la pureza indefinible de los que se encuentran prestos a alcanzar la luz radiante de la otra vida.

Desde hacía mucho había presentado los síntomas de la tuberculosis y, sin embargo, no había abandonado la tarea apostólica junto a los sufrientes. De tarde leía el Evangelio al aire libre para cuantos buscaban su amparo espiritual y les explicaba las enseñanzas de Jesús y de sus divinos seguidores. En esos momentos parecía que una fuerza divina se posesionaba de ella. La voz, habitualmente débil, tomaba tonalidades diferentes, como si las cuerdas vocales hubieran vibrado al soplo de una inspiración divina.

Vivía en el mismo tugurio junto al huerto, cuyos trabajos rudos nunca habían dejado de merecer su atención y cariño. Todos los hermanos del monasterio, excepto Epifanio, buscaban entonces su compañía, acatando sus aclaraciones del Evangelio y cooperando en sus esfuerzos.

La joven romana, transformada en hermano cariñoso de los infelices, tenía las mismas disposiciones íntimas de siempre, llena de fe y esperanza en el Señor de bondad y sabiduría.

El pequeño abandonado por Brunehilda después de mitigar su soledad por algunos años con sus caricias y sonrisas, había fallecido, dejándola más triste y abatida que nunca. Impresionada con el acontecimiento, Celia había suplicado fervorosamente y, una noche, cuando se entregaba a la soledad de sus plegarias y meditaciones, vio a su lado la figura de Cneio Lucio contemplándola con infinita ternura.

_ ¡Hija querida, no te apenes por esta nueva separación del ente idolatrado! ¡Prosigue en tu fe, cumpliendo la misión divina que el Señor

tuvo por bien conceder a tu alma sensible y generosa! ¡Después de perfumar por algunos años tu senda terrena, el espíritu de Ciro ha vuelto de nuevo al Más Allá para tomar nuevas fuerzas! ¡No te desanimes por la nostalgia que lastima tu corazón sensibilísimo, pues nuestra alma siembra el amor en la Tierra para verlo florecer en los cielos, hasta donde no llegan las tristes inquietudes del mundo!... ¡Además, Ciro tiene necesidad de esas pruebas que le han de templar la voluntad y el sentimiento para los gloriosos hechos de su porvenir espiritual!...

A esa altura, la dulce entidad se detuvo intencionadamente para observar el efecto de sus palabras.

Deshecha en lágrimas, la joven habló mentalmente como si conversara con el abuelo con el corazón en la mano:

_ No dudo de que todos los dolores nos sean enviados por Jesús para que aprendamos el camino de la redención divina, pero ¿cuál es la razón de esas vidas temporarias de Ciro en la Tierra? Si él ha llegado a vivir en el ambiente humano y todavía está necesitado de las experiencias terrestres, ¿por qué viene la muerte a disipar nuestras esperanzas?

_ Sí_ replicó la entidad amorosamente_, son las leyes de las pruebas que rigen nuestros destinos.

_ Mas Ciro, hace algunos años, ¿no llegó a morir por el Divino Maestro en el martirio y en el sacrificio?

_ Hija, entre los mártires del Cristianismo están los que parten del mundo en misión sacrosanta y los que mueren por las más penosas expiaciones... Ciro se encuentra entre estos últimos... En siglos anteriores él fue un déspota cruel, exterminando esperanzas y envenenando corazones... Sumergido después en la lucha expiatoria renegó de los dolores santificantes y se encaminó por la senda ignominiosa del suicidio. Es justo, que ahora aprecie los beneficios de la lucha y de la vida, en la dificultad de volverlos a adquirir para su redención espiritual ansiosamente colimada. Las experiencias fracasadas han de valorizar su futuro de realizaciones y esfuerzos nobilísimos. En la vida del dolor y del trabajo, en el porvenir que se aproxima, su corazón amará todos los detalles de la lucha redentora. ¡Sabrá apreciar en el trabajo ingente y doloroso los recursos sagrados de su elevación hacia Dios, reconociendo la grandeza del esfuerzo, de la renuncia y del sacrificio!...

Confortada con las aclaraciones del mentor espiritual, luego entrevió otra entidad de semblante noble y triste que la contemplaba con una mezcla de alegría y amargura.

Extrañada por la visión, escuchó que la palabra cariñosa de su abuelo le aclaraba:

_ ¡No te sorprendas ni te asustes! ¡Tu madre, hoy en el plano espiritual, aquí viene conmigo para entregarte su corazón bondadoso y agradecido!...

Dolorosas emociones vibraban en su interior por esas revelaciones inesperadas: Las lágrimas se hicieron más amargas y copiosas. Dudaba de su propia videncia, recordando el pasado con sus espinas y sombras desoladoras. Pero, ángel o sombra, el espíritu de Alba Lucinia, que estaba cubierto como por un velo de tristeza impenetrable, se aproximó y le besó las manos.

Celia deseaba que aquella entidad triste y bienhechora le hablase a su corazón. La sombra materna, sin embargo, continuaba muda y consternada. Con todo, sentía que en la mano derecha que la sombra había besado, persistía una sensación indefinible, como si con su beso Alba Lucinia le hubiera dejado también una lágrima ardiente y dolorida.

Ante el choque inesperado, la joven romana notó que ambas entidades escapaban nuevamente a su mirada.

En esa noche meditó sobre el pasado más que otros días y entregó a Jesús sus preocupaciones y sus amarguras, rogando al Señor que fortificase su espíritu, a fin de comprender y cumplir integralmente los santos designios de su voluntad divina.

Al día siguiente de sus amargas reflexiones concernientes a su doloroso pasado, gran multitud buscó sus fraternos servicios. Eran ancianos desolados que necesitaban su palabra consoladora y amiga, mujeres de los poblados más próximos que le llevaban sus hijitos enfermos, sin hablar de las muchas personas de Alejandría en busca de un lenitivo espiritual para los sinsabores de la vida.

A medida que las cercanías del monasterio se llenaban de vehículos, su figura débil y melancólica se desdoblaba en esfuerzos inauditos para consolar y esclarecer a todos.

De vez en cuando le sobrevenía un acceso de tos, provocando la piedad ajena; ella, sin embargo, transformando su fragilidad en energía espiritual inquebrantable, parecía no sentir el aniquilamiento del cuerpo, de modo de mantener siempre encendida la luz de su misión de caridad y de amor.

De tarde, invariablemente, procedía a las lecturas evangélicas escuchadas por los visitantes numerosos y por la gente simple del pueblo.

Fue ahí, bajo los reflejos pálidos del crepúsculo, que sus ojos advirtieron un vehículo elegante y noble, de cuyo interior saltó Helvidio Lucio, a quien su corazón filial identificó inmediatamente. El viejo tribuno, encontrando la pequeña asamblea al aire libre, procuró acomodarse como pudo, mientras en el rostro del hermano Mariño aparecían las señales de la emoción que vibraba en su alma... Sin embargo, su palabra prosiguió siempre saturada

de inmensa ternura en un minucioso comentario de una parábola del Señor. El hermano de los infortunados y dolientes hablaba de las prédicas del Tiberíades, como si hubiera conocido a Jesús de Nazaret, tal era la fidelidad y la amorosa vibración de su palabra.

¡Extasiado en la contemplación del maravilloso cuadro, el hijo de Cneio Lucio observaba al famoso misionero con extraña sorpresa! Esa voz, ese perfil que parecía un mármol precioso burilado por las lágrimas y los sufrimientos de la vida, ¿no le recordaban a su propia hija? Si ese hermano Mariño se hubiera vestido con indumentaria femenina, pensaba el tribuno vivamente interesado, habría sido la imagen perfecta de la hijita que él estaba buscando por todas partes sin consuelo y sin esperanza. Conjeturando así, escuchaba sus palabras gratamente sorprendido.

Hasta ese momento ninguno le había hablado del Evangelio con esa claridad y sencillez, con esa unción de amor y firmeza, que instintivamente penetraron en su corazón y le brindaron un suave consuelo. Había hecho el viaje de Ostia a Alejandría abatido y enfermo. Su estado físico había llegado a despertar el interés de algunos amigos romanos, al punto de que insistían para que regresara inmediatamente a la metrópoli. Un profundo cansancio se traslucía en sus ojos tristes, de una tristeza inalterable y de un penoso desencanto de la vida. Pero al escuchar a ese apóstol extraordinario, lleno de benevolencia y dulzura, experimentaba en su interior un alivio saludable. La brisa vespertina le acariciaba el rostro suavemente, mientras los últimos reflejos del sol se diluían en las nubes distantes. A su lado, la multitud de los pobres, de los enfermos, de los desventurados de la suerte, concentrada en plegarias fervorosas, como si esperasen toda la felicidad del cielo para sus días tristes.

A pocos pasos, la figura esbelta y delicada del hermano de los infortunados y afligidos que le hablaba al corazón con maravillosa suavidad.

A Helvidio Lucio le parecía que había sido transportado a su país misterioso, lleno de figuras apostólicas, y sentía entre esos creyentes anónimos un bienestar indefinible.

Desde la dolorosa desencarnación de su compañera tenía el espíritu envuelto en un velo de amarguras atroces. Nunca más había disfrutado de la tranquilidad interior, por el peso de sus pungentes angustias. Sin embargo, las enseñanzas del hermano Mariño, sus consideraciones y sus plegarias le brindaban inefable esperanza. Se le figuraba que bastaba ese instante para que pudiese resurgir su confianza en un futuro espiritual, pleno de realidades divinas. Sin poder explicarse la causa de su emoción, comenzó a llorar silenciosamente, como si solamente en ese instante hubiese captado realmente las bellezas inmensas del Cristianismo. Terminadas las interpretaciones y las plegarias del día, mientras la multitud se retiraba conmovida, Celia se quedó en el mismo lugar, sin saber qué actitud tomar en esas circunstancias. En su interior, sin embargo, agradecía

a Dios la gracia sublime de sorprender al espíritu paterno tocado de sus luces divinas y le suplicaba al Señor que permitiese a su corazón filial recibir la necesaria inspiración de sus augustos mensajeros.

Cuando inmóvil estaba reflexionando en ese momento grave de su destino, llegó hasta ella la voz de Helvidio que se le aproximó exclamando:

_ Hermano Mariño, soy un pecador desencantado del mundo que ha venido hasta aquí atraído por vuestras virtudes sacrosantas. Vengo de lejos y bastó un momento de contacto con vuestra palabra y enseñanzas para que me reconfortase un poco, sintiendo más fe y más esperanza. Desearía hablaros... La noche, sin embargo, no tardará en llegar y temo molestaros...

La humildad dolorida de esas palabras le dio a la joven cristiana la idea exacta de todos los tormentos que habían aniquilado el corazón paterno.

Helvidio Lucio ya no presentaba aquel porte erguido y firme que lo caracterizaba como legítimo ciudadano del Imperio y de su época. Los labios tranquilos de otrora se amoldaban a un rictus de tristeza y angustia indefinibles. Los cabellos estaban completamente blancos, como si un invierno implacable y duro le hubiese dejado en la cabeza un puñado de nieve permanente. Los ojos, aquellos ojos que tantas veces le habían expresado una energía impulsiva y orgullosa, eran entonces melancólicos, y se extendían con humildad sincera por todas partes o se dirigían con expresión suplicante hacia lo Alto, como si desde mucho tiempo atrás estuviesen sumergidos en los más angustiosos ruegos.

Celia comprendió que una tempestad dolorosa e inflexible se había desatado sobre el alma paterna, para que se pudiese llevar a cabo esa metamorfosis.

_ ¡Amigo mío_ murmuró con los ojos húmedos_, ruego a Dios que no se disipen vuestras primeras impresiones y en su nombre que os ofrezco mi humilde choza! ¡Si os place, os quedaréis conmigo, pues tendré gran júbilo con vuestra generosa presencia!...

Helvidio Lucio aceptó el delicado ofrecimiento enjugándose una lágrima.

Y fue con enorme sorpresa que reparó en la morada donde vivía conforme el hermano de los infelices.

En pocos instantes el hermano Mariño le arregló un lecho humilde y limpio y lo obligó a reposar. Teniendo en su alma una santa alegría, la joven se movía de un lado para otro y no tardó en alcanzarle al sorprendido tribuno un caldo sustancioso y una copa de leche pura que lo confortaron. Después, le aplicó remedios caseros manipulados por ella misma con satisfacción inefable.

La noche había caído completamente con su cortejo de sombras, cuando

el hermano Mariño se sentó frente al huésped, quien estaba encantado y conmovido con tantas pruebas de cariñoso desvelo.

Hablaron entonces de Jesús, del Evangelio y coincidieron en las opiniones y los conceptos acerca del Cordero de Dios y del ejemplo de su vida.

De vez en cuando el tribuno contemplaba a su interlocutor con el más acentuado interés y tenía la impresión de que lo había visto en otra parte.

Por fin, con el profundo bienestar que sentía renacer en su interior, Helvidio Lucio dijo:

_ ¡Llegué al Cristianismo como un naufrago, después de las más terribles derrotas del mundo! Siento que el Divino Maestro dirigió a mi alma todos los dulces llamados de su misericordia; sin embargo, yo estaba sordo y ciego, dominado por lamentables desvaríos. Fue preciso una hecatombe se desatara sobre mis hogar consiguiera romper las murallas que me separaban de la clara comprensión de los nuevos ideales que florecieron para la mentalidad y el corazón del mundo.

Jamás le confié a nadie los episodios pungentes de mi vida, pero siento en vos, apóstol de Jesús y seguidor del Maestro en la ejemplificación del bien, podréis comprender mi existencia, ayudándome a pensar evangélicamente para que cumpla con mis deberes en estos últimos días de actividad terrena. Nunca, en ninguna parte, dejé de tener dudas que me desconsolaban; aquí, sin embargo, sin saber por qué, experimento una tranquilidad desconocida. ¡Creo que puedo confiar en vos como en mí mismo!... ¡Desde hace mucho siento la necesidad de un consuelo directo y solamente a vos confío mis llagas con la esperanza de un auxilio cariñoso y fraterno!...

_ Si eso os hace bien, mi amigo_ replicó la joven, enjugando una discreta lágrima_, podéis confiar en mi corazón, que rogará al Señor por vuestra paz espiritual en todos los trances de la vida...

Y mientras el hermano Mariño acariciaba su cabeza encanecida prematuramente, atormentado por sus dolorosos recuerdos, Helvidio Lucio, sin saber explicar el motivo de su confianza, comenzó a contarle la penosa historia de su existencia. De vez en cuando su voz se tornaba apagada por uno que otro recuerdo o episodio. A cada pausa, su interlocutor, conmovido, respondía a su estado de alma con una u otra advertencia de acuerdo con sus propias reminiscencias. El tribuno se sorprendía con eso, mas atribuía el hecho a facultades adivinatorias, presumibles en el apóstol del amor y de la caridad pura que tenía enfrente.

Después de largas horas de confidencias en las que ambos lloraron silenciosamente. Helvidio concluyó:

_ Ahí tiene, hermano Mariño, mi triste y amarga historia. De todos los

sucesos mencionados tengo un profundo remordimiento, pero lo que más me apesadumbra es recordar que fui un padre injusto y cruel. ¡Con un poco más de calma y un poco menos de orgullo habría llegado a la verdad, alejando a los genios siniestros que pesaban sobre mi hogar y sobre mi destino!...

Recordando esos acontecimientos, todavía hoy me siento transportado al terrible día en que expulsé de mi corazón a mi querida hija. Después que me enteré de su inocencia la busco ansioso por todas partes. Me parece que Dios, castigando mis actos condenables, me entregó a los supremos martirios morales para que yo comprendiese la extensión de mi falta. Es por eso, hermano, que me siento un reo de la justicia divina sin consuelo y sin esperanza. Tengo la impresión de que para reparar mi gran crimen habré de andar como el judío errante de la leyenda, sin reposo y sin luz en el andar como el judío errante de la leyenda, sin reposo y sin luz en el pensamiento. Por mi exposición sincera y amarga comprenderéis ahora que soy un pecador desencantado de todos los consuelos del mundo. Por eso resolví apelar a vuestra bondad para que me proporcionéis un lenitivo. ¡Vos que habéis iluminado tantas almas, apiadaos de mí que soy un náufrago desesperado!

Las lágrimas sofocaban su voz.

Celia también lo escuchaba con los ojos húmedos, sintiéndose tocada en las fibras de su corazón de hija tierna y afectuosa.

Deseaba darse a conocer al padre, besarle las manos arrugadas, decirle de su júbilo por encontrarlo en el mismo camino que la conducía hacia Jesús... Quería afirmarle que lo había amado siempre y que había olvidado el pasado de llantos dolorosos, para que ambos pudieran elevarse hacia el Señor en la misma vibración de fe, pero una fuerza misteriosa e irreprimible paralizaba su impulso.

Fue así, que murmuró cariñosamente:

_ ¡Amigo mío, no os entreguéis por completo al desánimo y al abatimiento! ¡Jesús es la personificación de la misericordia y seguramente ha de confortaros el corazón! ¡Creamos y confiemos en su bondad infinita!...

_ ¡Pero_ observó Helvidio Lucio con dolorosa sinceridad_ yo soy un pecador que se juzga sin perdón y sin esperanza!

_ ¿Quién no lo es en este mundo, amigo mío?_ exclamó Celia llena de bondad_ Por ventura, no está destinada a todos los hombres la lección de "la primera piedra" ¿Quién puede decir "nunca me equivoqué", en el océano de sombras en que vivimos? ¡Dios es el juez supremo y en su misericordia infinita no puede hacer pagar a sus hijos una deuda inexistente!... ¡Si vuestra hija ha sufrido, hubo en todo una ley de pruebas que se ha

cumplido conforme a la sabiduría divina!...

_ ¡Sin embargo_ gimió el tribuno con voz triste_, ella era buena, humilde, cariñosa y justa! ¡Además, siento que no he tenido piedad, por lo que ahora experimento las más graves acusaciones de mi propia conciencia!...

Y como si quisiese transmitir a su interlocutor la imagen exacta de sus recuerdos, el hijo de Cneio Lucio agregó, enjugándose las lágrimas:

_ Si la hubierais visto, hermano, en el día fatídico y doloroso, concordaríais, por cierto, en que mi desventurada Celia era como una oveja inmaculada destinada al sacrificio. ¡Nunca podré olvidar su pungente mirada al alejarse del aprisco doméstico, al separarse del santuario de la familia, honrando siempre por su alma de joven con los actos más nobles de trabajo y de renuncia! ¡Recordando esos hechos me veo como un tirano que, después de abandonarse a toda suerte de crímenes, anduviese por el mundo mendigando la justicia de los hombres para lograr el deseado alivio de su conciencia!

Escuchándolo, la joven lloraba copiosamente, y daba curso a sus propios recuerdos llenos de dolor y de amargura.

_ Sí, hermano_ continuó el angustiado tribuno_, sé que lloráis por las desventuras ajenas; siento que mis sufrimientos han llegado hasta vuestro corazón. ¡Pero, decidme!... ¿Qué debo hacer para encontrar de nuevo a mi amada hija? ¿Será que también ella ha buscado el cielo bajo el látigo de las angustias humanas? ¿Qué hacer para besarle un día las manos antes de la muerte?

Esas preguntas dolorosas encontraban tan sólo el silencio de la joven que lloraba conmovida. En seguida, sin embargo, como influida por una súbita resolución, agregó:

_ ¡Amigo mío, antes que nada necesitamos confiar plenamente en Jesús, observando en todos nuestros sufrimientos la determinación sagrada de su sabiduría y bondad infinitas! No perdamos el tiempo en deplorar el pasado. ¡Dios bendice a los que trabajan y el Maestro prometió amparo divino a cuantos trabajaban en el mundo con perseverancia y buena voluntad!... Si todavía no habéis reencontrado a la hijita cariñosa, es necesario dilatar los lazos sanguíneos para que ellos se unan con los lazos eternos y luminosos de la familia espiritual. Dios velará por vos desde que, para sustituir el afecto de la hija ausente, procuréis tender el corazón a todos los desamparados de la suerte... ¡Hay millares de seres que suplica una limosna de amor a los semejantes! En vano muestran los brazos desnudos a los que pasan felices por os caminos floridos de esperanzas mundanas.

Conozco Roma y el torbellino de sus miserias angustiosas. ¡Al lado de las residencias nobles de las Carinas, de los edificios soberbios del Palatino y

de los barrios aristocráticos están los leprosos de la Suburra, los ciegos del Velabro, los huérfanos de la Vía Nomentana, las familias indigentes del Trastevere, las negras miserias del Esquilino!... ¡Extended vuestro brazo a las hijas de padres anónimos con los miserables, repartamos nuestro pan para mitigar el hambre ajena! ¡Trabajemos por los pobres y por los desgraciados, pues la caridad material, tan fácil de ser practicada, nos llevará al conocimiento de la caridad moral que nos transformará en verdaderos discípulos del Cordero! ¡Amémonos mucho!... ¡Todos los apóstoles del Señor son unánimes en declarar que el bien compensa la infinidad de nuestros pecados! Cada vez que nos desprendemos de los bienes de este mundo adquirimos tesoros de lo Alto, inaccesibles al egoísmo y a la ambición que devoran las energías terrestres. Convertid lo sobrante de vuestras posibilidades financieras en pan para los desgraciados. ¡Vestid a los desnudos, proteged a los huerfanitos! Todo el bien que hagamos al desamparado constituye moneda de luz que el Señor atesora para nuestra alma. Un día nos reuniremos en la verdadera patria espiritual, donde las primaveras de amor son permanentes. Allá ninguno nos preguntará lo que fuimos en el mundo, pero seremos interrogados sobre las lágrimas que enjugamos y las buenas o malas acciones que practicamos en la estancia terrena.

Y con los ojos fijos como vislumbrando paisajes celestes proseguía:

_ Sí, ¡hay un reino de luz donde el Señor espera nuestros corazones! – trabajemos por merecer las glorias divinas. Los que practicaban el bien son colaboradores de Dios en el infinito camino de la vida... Allá no lloraremos más en noche oscura como ocurre en la Tierra. Un día perenne bañará la frente de todos los que hayan amado y sufrido en los caminos espinosos del mundo. ¡Armonías sagradas vibrarán en los espíritus elegidos que hayan conquistado esas agradables moradas! Ah! ¡¿Qué no haremos nosotros por alcanzar esos jardines de delicia, donde reposaremos en las realizaciones divinas del Cordero de Dios?! Mas, para penetrar en esas maravillas, tenemos al comienzo el trabajo de perfeccionamiento interior, iluminando la conciencia con el ejemplo del Divino Maestro.

Había en la mirada del hermano Mariño una claridad sublime, como si sus ojos mortales estuviesen descansando en ese país de luz, hermoso y fulgurante, que sus promesas evangélicas describían. Lágrimas serenas se deslizaban de sus ojos calmos, sellando la verdad de sus palabras.

Helvidio Lucio lloraba sensibilizado, sintiendo que las sagradas emociones de la joven invadían igualmente su corazón en un divino contagio.

_ Hermano Mariño_ dijo con dificultad, presiento la realidad luminosa de vuestros conceptos y por eso trabajaré incansablemente, para obtener la necesaria paz de conciencia y poder meditar en la muerte con la belleza de vuestras concepciones. Practicaré el bien de ahora en adelante bajo todos los aspectos y por todos los medios a mi alcance, y espero que Jesús se

apiade de mí.

_ Seguramente el Divino Maestro nos ayudará_ concluyó la joven, acariciándole los cabellos blancos.

La noche ya había avanzado y Celia, dejando el corazón paterno bañado de consoladoras esperanzas, se retiró a un mísero cubículo donde, deshecha en llanto, rogó a Cneio Lucio que la guiase en aquel trance difícil, porque el afecto filial se apoderaba de sus fibras más sensibles.

Sonriendo piadoso y sereno, el espíritu del anciano contestó a sus súplicas hablándole de su intenso agradecimiento a Dios por ver a su hijo entre las luces cristianas, pero advirtiéndole que la revelación de su identidad filial era en esas circunstancias sin provecho y extemporánea, y destacándole la delicadeza de la situación y las realizaciones del porvenir.

Fortalecida y animada, Celia preparó la primera refacción de la mañana, que el tribuno ingirió sintiendo un nuevo sabor y experimentando las mejores disposiciones para enfrentar de nuevo la vida.

Conociendo su antigua predilección por el ambiente rural, el hermano Mariño lo llevó a visitar el extenso huerto, donde a costa de sus esfuerzos e ingentes trabajos el monasterio de Epifanio poseía un verdadero terreno de producción saludable y sin costo.

En los grandes canteros de tierra se elevaban árboles frutales cultivados con esmero, destacándose las secciones de legumbres y la zona bien cuidada donde se alineaban animales domésticos. Bajo los ramajes frondosos descansaban cabras mansas que se juntaban con las ovejas de lana clara y suave. Además pasaban barras tranquilas y de cuando en cuando nubes de palomas pasaban alto en alegre revoloteo. Entre las verduras saltaban los movibles hilos de agua de un gran arroyo y en todo observaba Helvidio Lucio cuidadosa limpieza, convidando al hombre a la vida bucólica, sencilla y generosa.

De tanto en tanto encontraban a un anciano humilde o a un niño robusto que el hermano Mariño saludaba con un gesto de ternura y de bondad.

Profundamente impresionado con lo que veía, el hijo de Cneio Lucio agregó conmovido:

_ ¡Este huerto maravilloso me parece un cuadro bíblico! ¡Entre estos árboles respiro un aire balsámico, como si aquí el campo me hablase más íntimamente al alma! ¡Contadme! ¿Cuáles son vuestros elementos de trabajo? ¿Cuánto le pagáis a los trabajadores de dicados, como deben de ser vuestros ayudantes?...

_ Nada pago, mi buen amigo, cultivo este huerto desde hace muchos años y de aquí se abastece al monasterio, del cual he sido modesto jardinero. No tengo empleados. Mis auxiliares son antiguos moradores de la

vecindad que me ayudan gratuitamente cuando pueden disponer de algún momento libre. ¡Los demás son criaturas de mi modesta escuela, fundada hace más de cinco años para satisfacer las necesidades de la infancia desvalida de los poblados más próximos!...

_ Pero ¿qué secreto habrá en estos parajes_ exclamó Helvidio respirando profundamente_, para que la tierra se muestre tan dadivosa y exuberante?

_ No sé_ dijo el hermano de los pobres con sencillez_, aquí tan sólo amamos mucho la tierra. Nuestros árboles frutales nunca son cortados para que recibamos sus dádivas y sus flores. Los corderos nos dan la preciosa lana, las cabras y las burras, la nutritiva leche, pero nunca permitimos que se los maten. Los naranjos y los olivos son nuestros mejores amigos. A veces, en los días de reposo, es a su sombra que hacemos nuestras plegarias. Aquí somos una gran familia. Y nuestros lazos de afecto se extienden a la naturaleza.

Dando explicaciones que Helvidio aceptaba atentamente, enumeraba hechos y describía episodios de su observación y experiencia propias, imprimiendo en cada palabra el sello de amor y simplicidad de su espíritu.

_ Un día_ explicó con una sonrisa infantil_ observamos que a los cabritos más grandes les gustaba perseguir a los mansos corderitos más pequeños. Entonces, los niños de la escuela, recordando que Jesús obtenía todo por la ternura de sus enseñanzas, resolvieron ayudarme en la cría de las ovejas y de las cabras, haciendo para eso un solo redil... Todavía pequeños, unos y otros, hijos de diferentes madres, estaban juntos en todos los lugares y, bajo la vigilancia de los chicos, eran llevados cuando hacíamos oración y a las clases al aire libre. Los niños siempre habían creído que las lecciones de Jesús debían sensibilizar a los propios animales y yo les he permitido alimentar esa convicción encantadora y dulce. El resultado fue que los cabritos peleadores desaparecieron. Desde entonces el redil fue un nido de armonía. ¡Creciendo juntos, comiendo el mismo pasto y estando siempre en compañía, unos y otros eliminaron las instintivas aversiones!... ¡Y yo, observando estas lecciones de cada instante, me pongo a pensar cómo será de feliz la humanidad cuando todos los hombres comprendan y practiquen el Evangelio!...

El tribuno escuchó la historia de radiante simplicidad con lágrimas en los ojos.

Mirando a su interlocutor Helvidio Lucio agregó, dejando translucir un nuevo brillo en su mirada:

_ Hermano Mariño, estoy comprendiendo ahora la exuberancia de la tierra y la maravilla del paisaje. Todos estos hechos son un milagro de la dedicación con que venís consagrando todas las energías a la tierra, si algún día volviera a cultivarla. Hoy entiendo que todo en el mundo es amor y todo exige amor.

La joven escuchaba las consideraciones paternas llena de esperanzas.

Helvidio Lucio permaneció allí tres días para reconfortarse en aquella paz inalterable. Horas de dulce tranquilidad, en que todas las amarguras terrestres se aquietaron como por encanto en el interior de su corazón entristecido.

A veces Celia tuvo impulsos de comunicarle las afectuosas emociones de su corazón filial y, sin embargo, una extraña fuerza parecía coartarle la voluntad, dándole a entender que cualquier revelación todavía era prematura.

Por fin, al despedirse, más fortalecido y confortado, el tribuno dijo:

_ ¡Hermano Mariño, parto con el espíritu embargado de nuevas disposiciones y de otras energías para enfrentar la lucha y las tristes expiaciones que me competen en la Tierra!... Rogad a Dios por mí, pedid a Jesús que yo tenga la ocasión y la fuerza para poner en práctica vuestros consejos. Vuelvo a Roma con la idea del bien cantándome en el alma. Seguiré siempre lo que me habéis sugerido y en ese intento es bien posible que el Señor satisfaga mis justas aspiraciones paternas. ¡En cuanto pueda regresaré para abrazaros!... ¡Jamás podré el bien que me hicisteis!

Ella tomó, entonces, su diestra y la besó con los ojos húmedos, mientras el tribuno valoraba conmovido ese gesto de humildad.

Ansiosamente se quedó contemplando el vehículo que lo transportaba de vuelta a Alejandría, hasta que desapareció a lo lejos en una nube de polvo.

Encerrándose entonces en su cubículo, abrió una pequeña caja de madera traída de Minturnes, en la que guardaba la túnica con que había salido de su casa en el triste día de su exilio. Entre las pocas cosas estaba la perla que el padre le había traído de Fócida, única joya que le había quedado, después de haber sido despojada por la criminal ambición de Hateria. Y entre lágrimas tenía en sus manos los objetos antiguos y sencillos de sus agradables recuerdos.

Elevada en oración a Dios, rogó que no le faltaran las energías necesarias para cumplir integralmente su misión.

En cuanto a Helvidio, de regreso, se sentía como bañado en una corriente de pensamientos nuevos.

El hermano Mariño, a sus ojos, era un símbolo perfecto de los días apostólicos, cuando los seguidores de Jesús obraban en el mundo en su nombre.

Desembarcado en Nápoles, se dirigió a Capua, donde fue recibido por los hijos con excepcionales demostraciones de cariño.

Cayo y la esposa se alegraron con sus mejoras físicas y espirituales,

extrañándose algo de que regresase de Egipto con tantas ideas de caridad y beneficencia.

Después de hablarles del hermano Mariño y de la fascinación que él había ejercido en su espíritu, Helvidio Lucio agregó:

_ Hijos, siento que no podré vivir mucho tiempo y quiero morir de acuerdo con la doctrina que abracé de corazón. Regresaré a Roma y trataré de preparar el porvenir espiritual conforme a mis nuevas concepciones.

Espero que no contraríen mis últimos deseos. Dividiré nuestros bienes y la tercera parte se les entregará en el momento oportuno. Lo restante procuraré emplearlo de acuerdo con mi nueva creencia.

Cuento con la cooperación de ambos en este particular.

En su interior, Cayo y Helvidia atribuían la súbita transformación paterna al sortilegio de los cristianos, que a su modo de ver, habían abusado de su situación de flaqueza y abatimiento por las muchas conmociones morales. No obstante, con la generosidad que la caracterizaba, la esposa de Fabricio acentuó:

_ ¡Padre mío, no oso discutir lo que atañe a vuestra fe, pues, por encima de cualquier controversia religiosa, está nuestro amor a vuestro bienestar! Proceded como mejor os parezca. Financieramente, no debéis preocuparos por nuestro futuro. Cayo es trabajador y yo no tengo grandes pretensiones. Además los dioses velarán siempre por nosotros como lo han hecho hasta ahora. Por lo tanto podéis obrar, siempre confiando en nuestro afecto y en el acatamiento de vuestras decisiones.

Helvidio Lucio abrazó a su hija en señal del júbilo por su compresión, mientras Cayo con una sonrisa demostraba su asentimiento.

Volviendo a la Roma de sus días de triunfo y juventud, el orgulloso patricio estaba radicalmente transformado. Su primer acto de verdadera conversión a la doctrina cristiana fue libertad a todos los esclavos de su casa, preocupándose solícitamente por su futuro.

Afrontando los peligraos de la situación política, no mantuvo en el misterio sus convicciones religiosas y exaltaba las virtudes del Cristianismo en las esferas más aristocráticas. Los amigos lo escuchaban apenados. Para los de su esfera social, Helvidio Lucio padecía las más evidentes perturbaciones mentales, provenientes de la dolorosa tragedia que había llenado su hogar de un luto perpetuo y angustioso. El tribuno, sin embargo, como si prescindiese de todas las honras exigidas por los de su condición, parecía no hacer caso de lo que pensaban los demás y, con asombro de todas sus relaciones, empleó la mayoría de los bienes patrimoniales en obras piadosas, con las cuales los huérfanos y las viudas se beneficiaron. Sus humildes compañeros de la Puerta Apia se regocijaban del ardor

evangélico de que daba entonces pleno testimonio, cooperando con sus esfuerzos y defendiéndolos públicamente. No se entregó más a los pasatiempos sociales y a veces por la mañana era visto en el Esquilino o en la Suburra, en el Trastevere o en el Velabro, buscando información sobre familiares de indigentes. No sólo eso. Visitó a los descendientes de Hateria y la buscó con el objeto de perdonarla, pero no supo nada de ella, pues ninguno conocía el trágico fin de la anciana, ocurrido de la misma forma oculta que ella había utilizado para la práctica del mal. El tribuno, sin embargo, aprovechó su estadía en Benevento para enseñar a los miembros de esa familia que consideraba bajo su tutela, los métodos seguidos por el hermano Mariño en el trato cariñoso de la tierra. Después, en la heredad de Cayo Fabricio, asumió voluntariamente la dirección de numerosos trabajos rurales, utilizando esos procedimientos que jamás habría podido olvidar, y fue amado como a un padre por los que recibían de buena voluntad sus ideas nuevas e interesantes.

Sin embargo, después de tantas tareas benéficas el viejo tribuno enfermó, preocupando a sus hijos y amigos.

Así estuvo un mes abatido y doliente, hasta que un día llamó melancólico y trémulo a su hija y le dijo con la mayor ternura:

_ Helvidia, siento que mis días en este mundo están contados y desearía volver a ver al hermano Mariño antes de morir.

Ella le hizo notar la inconveniencia del viaje, pero el tribuno insistió con tanto empeño que terminó aceptando con la condición de que lo acompañara su yerno. Helvidio Lucio se negó, alegando que no deseaba interrumpir el ritmo doméstico. Entonces resolvieron que fuera acompañado por siervos de confianza para prevenir cualquier eventualidad.

Sintiéndose mejor con la consoladora perspectiva de regresar a Alejandría y volver a ver los sitios donde había logrado tanto consuelo para su espíritu abatido, el tribuno se preparó convenientemente a pesar de los temores de la hija, que besó sus manos enternecida y con el corazón présago cuando lo vio que partía.

Helvidio Lucio la estrechó en sus brazos con una mirada inefable, contemplando después melancólicamente el paisaje rural, como si quisiese guardar en su retina el precioso cuadro observado por última vez.

Cayo y su mujer, a su turno, no consiguieron ocultar las lágrimas afectuosas.

Con el espíritu de resolución que lo caracterizaba, el hijo de Cneio Lucio no se dio cuenta de los temores e inquietudes de sus hijos y partió serenamente, seguido por dos siervos de Cayo Fabricio que no lo abandonaron ni un solo instante.

Sin embargo, antes de que la embarcación llegase a Alejandría, comenzó a sentir el recrudecimiento de su mal orgánico. Por la noche no conseguía liberarse de la inflexible disnea y durante el día sentía una profunda debilidad.

Hacía más de una año que conocía íntimamente al hermano Mariño. Un año más de trabajos incesantes al servicio de la caridad evangélica. Y Helvidio Lucio, que había quedado fascinado por el espíritu cariñoso del hermano de los infortunados y los humildes, no quería morir sin demostrarle que había aprovechado sus sublimes lecciones. No podía explicarse la simpatía infinita que el moje le había despertado. Sabía, tan sólo, que lo amaba con arrobos paternales. Así, vibrando de júbilo por haber aplicado sus enseñanzas con dedicación y sin temor, aguadaba ansioso el instante de reencontrarse con él para contarle todo lo que había hecho, lo cual, aunque tardío, había calmado extraordinariamente su corazón.

De Alejandría al monasterio viajó en una litera especial con la mayor comodidad posible. Aun así, llegó a destino muy abatido.

El hermano Mariño, a su vez, estaba viviendo los últimos días de su apostolado. Los ojos se le habían tornado más profundos y en el rostro tenía una expresión dolorosa y resignada, como si tuviese la absoluta certeza de su próximo fin.

El reencuentro de ambos fue una escena conmovedora y patética, ya que Celia también esperaba ansiosas a su padre, porque creía que en breve habrá de partir al encuentro de los seres queridos que la habían precedido en las sombras del sepulcro. Hacía meses que había interrumpido las prédicas porque todos los esfuerzos físicos le producían hemoptisis. Sin embargo, los estudios evangélicos continuaban siempre. Los hermanos del monasterio se ocupaban de proseguir la sagrada tarea, y los ancianos y los niños la reemplazaban en los trabajos del huerto, donde los árboles se cubrían nuevamente de flores. En vano Epifanio, entonces conmovido por el sacrificio y humildad de aquella alma generosa, intentó llevarla a un aposento confortable y bañado de sol en el interior del monasterio, para atenuar sus padecimientos. Ella prefirió la casita pobre y sencilla del huerto, con la excusa de permanecer sola para realizar sus meditaciones y plegarias, convencida de que su padre habría de volver y deseando revelarle su identidad antes de morir.

Era casi noche cerrada cuando el patricio golpeó su puerta, atormentado por singulares padecimientos.

Lo recibió con intenso júbilo y, aunque muy débil, dispuso el albergue inmediato de los siervos en una sencilla dependencia distante, y luego volvió al interior, donde Helvidio la esperaba afligido, dado el agravamiento súbito de todos sus males.

En vano la joven le aplicó los recursos de su medicina casera, porque de hora en hora sentía la disnea cada vez más intensa, mientras el corazón le latía con ritmo acelerado...

La noche ya estaba entrada cuando Helvidio Lucio, haciendo que la hija se sentara junto a él, murmuró con dificultad:

_ Hermano Mariño, no cuidéis más de mi cuerpo... Tengo la impresión de estar viviendo los últimos instantes... Guardaba el secreto deseo de morir aquí, oyendo vuestras plegarias, que me enseñaron a amar a Jesús... con más cariño...

Celia comenzó a llorar amargamente, percibiendo la dolorosa realidad.

_ ¡¿Lloráis?!... Sois siempre el hermano... de los infelices y desdichados... No me olvidéis en vuestras oraciones...

Y dirigiendo a su hija una triste e inolvidable mirada, continuaba con la dificultosa voz de la agonía:

_ Quise volver para deciros que procuré poner en práctica vuestras sublimes lecciones. Sé que en otros tiempos fui perverso, orgulloso... Fui pecador, hermano, vivía lejos de la luz y... de la verdad. Mas... desde que me marché de aquí he procurado proceder conforme me habéis enseñado... Dispuse de la mayor parte de los bienes a favor de los pobres y de los más desfavorecidos de la suerte... He procurado proteger a las familias del Trastevere, busqué a los huérfanos y a las viudas del Esquilino... Proclamé mi nueva creencia entre todos mis amigos, quienes me ridiculizaron... Doné una casa a los compañeros de fe que se reúnen cerca de la Puerta Apia... Busqué a todos mis enemigos y les pedí perdón para poder reposar mis atormentados pensamientos... Permanecí muchos meses en la heredad de mis hijos, les enseñé el Cristianismo a los esclavos y les hablé de vuestro huerto, donde la tierra recibe la más elevada cooperación del amor... Entonces veía que todos trabajaban como me enseñasteis... En cada moneda que ofrecía a los desgraciados, os veía bendiciendo mi gesto y mi comprensión... No tengo coraje para dirigirme a Jesús... Me siento débil y pequeño ante su grandeza... Por eso pensaba en vos, que conocéis la dolorosa historia de mi vida... Pedid por mí al Divino Maestro, pues vuestras oraciones deben ser escuchadas en el cielo...

Hizo una pausa en la dolorosa exposición, mientras la joven se mantenía en silencio, orando con lágrimas en los ojos.

Sentándose con dificultad, el patricio le tomó la diestra y clavándole su penetrante mirada continuó con voz entrecortada y le reveló sus últimas esperanzas y deseos:

_ Hermano Mariño, todo lo hice siempre con la misma aspiración paterna de encontrar a mi hija en el plano material... Buscando a los pobres y a los

desamparados de la suerte muchas veces creí encontrarla, restituida a mi corazón... Desde que me hice adepto del Señor creo firmemente en la otra vida... Creo que encontraré más allá del sepulcro todos los afectos que me antecedieron en el túmulo y quisiera llevar a mi compañera la certeza de haber reparado los errores del doloroso pasado... Mi esposa fue siempre mesurada y generosa y yo deseaba llevarla la noticia... de haber reparado los impulsos de otros tiempos, cuando no sentía a Jesús en el corazón...

Y como si desease expresar su último desencanto, el moribundo concluyó después de una pausa:

_ Sin embargo... hermano... el Señor no me consideró digno de esa alegría... Espero, entonces, su breve juicio, con el mismo remordimiento y el mismo arrepentimiento...

Ante aquel acto de suprema humildad y de suprema esperanza en el Señor Jesús, el hermano Mariño se levantó y clavándole sus ojos húmedos y brillantes exclamó:

_ ¡Vuestra hija aquí está y esperaba vuestro regreso!... ¡Habéis de reconocer que Jesús escuchó nuestras súplicas!...

Helvidio le dirigió una mirada penetrante, llena de amargura y de incredulidad, mientras por sus pálidas mejillas corría copioso el sudor de la agonía.

_ ¡Esperad!_ dijo la joven con gesto cariñoso.

Y volviendo rápida al interior se sacó el hábito y se puso la túnica con se había ausentado del hogar en el momento crítico de su doloroso destino, y se colocó en el pecho la perla de Fócida que el padre le había obsequiado en la víspera del angustioso acontecimiento. Y peinándose los cabellos como lo hacía antiguamente, penetró en el cuarto con ansiedad, mientras el moribundo comprobaba su metamorfosis lleno de asombro.

_ ¡Padre mío, padre mío!..._ murmuró abrazándolo con ternura, como si en ese instante hubiese conseguido realizar todo lo que esperaba de la vida.

Pero Helvidio Lucio, con la frente empapada de frio sudor, no tuvo fuerzas para exteriorizar su alegría íntima, embargado por la sorpresa y el asombro indefinibles. Quería abrazar a la hija idolatrada, besarle las manos y pedirle perdón en su alegría suprema. Deseaba tener voz para expresarle el júbilo que dominaba su corazón paterno, para hacerle preguntas y para contarle sus sufrimientos inenarrables. Sin embargo, la intensa alegría había anulado sus últimas posibilidades verbales. Apenas sus ojos, penetrantes y lúcidos, reflejaban el estado de su alma, expresando su emoción indescriptible. Lágrimas silenciosas comenzaron a rodar por sus descarnadas mejillas, mientras Celia lo besaba murmurando tiernamente:

_ ¡Padre mío, desde su reino de misericordia Jesús escuchó nuestras plegarias! Heme aquí. ¡Soy vuestra hija!... ¡Nunca dejé de amaros!...

Y como si quisiese identificarse por todos los medios ante los ojos paternos en el instante supremo, agregó:

_ ¿No me reconocéis? ¡Mirad esta túnica! Es la misma con que salí de casa en el día doloroso... ¿Veis esta perla? Es la misma que me disteis en la víspera de nuestras pruebas angustiosas e insoportables... Loado sea el Señor que nos reúne aquí, en esta hora de dolor y de verdad. ¡Perdonadme si me vi obligada a adoptar una indumentaria diferente para enfrentar mi nueva vida! ¡Necesité de ese recurso para defenderme de las tentaciones y para huir de la concupiscencia de los hombres inferiores!... Desde que salí de nuestra casa he empleado el tiempo en honrar vuestro nombre... ¿Qué más deseáis que os diga para demostraros mi afecto y mi amor?...

Pero Helvidio Lucio sentía que una misteriosa fuerza lo arrebataba de su cuerpo; una sensación desconocida vibraba en su interior y lo envolvía en una atmósfera glacial.

Intentaba hablar, pero sus cuerdas vocales estaban rígidas. La lengua se le entumecía en la boca hinchada. Además, dando pruebas de los profundos sentimientos que embargaban su corazón, vertía copiosas lágrimas, envolviendo a la hija adorada en una mirada amorosa en indefinible. Esbozó un gesto supremo deseando llevar las manos de Celia a sus labios, pero fue ella quien, adivinando su intención, tomó sus manos inertes frías, y las besó largamente. ¡Después, embargada de inmensa ternura, besó también su frente!...

Se arrodilló en seguida y le rogó al Señor en voz alta que recibiese al espíritu generoso del padre en su reino de amor y de bondad infinita...

Con lágrimas de afecto y de agradecimiento al Altísimo cerró sus párpados en el último sueño, y observó que la fisonomía del tribuno estaba nimbada de paz y de serenidad.

Permaneció arrodillada por algunos instantes y vio que el ambiente se había llenado de numerosas entidades desencarnadas, entre las cuales destacaban los perfiles de su madre y de su abuelo, que le parecían allí con el semblante sereno y radiante, extendiéndole los brazos generosos.

Se le figuró que todos los amigos del tribuno estaban presentes en el instante extremo para escoltar su alma regenerada hasta los luminosos parajes del Cordero de Dios.

Con las primeras luces del alba solicitó la presencia de los siervos del muerto que acudieron presurosos a su llamado.

Nuevamente con su hábito de monje, Celia se encaminó al monasterio y comunicó el hecho a la autoridad superior, rogándole que tomara las

providencias del caso.

Todos, inclusive el propio Epifanio, auxiliaron al hermano Mariño en la solución del asunto.

Los siervos de Cayo Fabricio explicaron que sus patrones en Capua estaban seguros de que el viajero no podría resistir las dificultades del viaje, más que penosas, y les habían dado instrucciones para que los despojos fueran trasladados a Campania en caso de que el tribuno falleciera.

Y así, por la mañana bien temprano, un grupo de cuatro hombres, inclusive los dos siervos aludidos, transportaron el cadáver de Helvidio Lucio hasta la ciudad próxima.

Apoyada en la puerta de su choza y ante la vista de los hermanos del monasterio que la acompañaban, Celia contempló la litera fúnebre hasta que desapareció a lo lejos entre nubes de polvo.

Cuando el grupo se perdió en las últimas curvas del camino, Celia se sintió como nunca sola y abandonada. La revivificación del afecto paterno en tales circunstancias le había producido amarga tristeza. Jamás la angustia se había apoderado tan fuertemente de su alma. Buscó refugio en la plegaria y sin embargo le parecía que las más pesadas sombras habían invadido su ser. No estaba desesperada ni la sensación de infortunio le provocaba quejas y lamentaciones. Pero una añoranza singular de sus amados muertos le llenaba el corazón como de un filtro misterioso de indiferencia hacia el mundo. Comenzó a fijar el pensamiento en Jesús, mas enseguida las rosas de sangre comenzaron a brotar de su boca en un flujo continuo.

Algunos hermanos amigos se acercaron, mientras Epifanio, conmovido en lo más profundo de su corazón, ordenó trasladarla para el monasterio con la mayor solicitud.

De nada valieron, sin embargo, los recursos médicos y los máximos cuidados de la hora extrema.

Las hemoptisis se prolongaban en forma alarmante sin dar lugar a ninguna esperanza.

En su vejez llena de unción y de arrepentimiento, el superior hacía todo lo posible para restituir la salud al joven monje, cuyas virtudes se habían impuesto como símbolo de amor y de trajo...

Pasaron dos días de infinita angustia.

Durante esas horas torturantes Epifanio permitió que se recibiesen visitas. Por primera vez las puertas del convento se abrieron para el pueblo y los ancianos de los alrededores se acercaron al hermano Mariño virtiendo

lágrimas sinceras.

Uno a uno se aproximaron a la joven y le besaron las manos trémulas y delgadas.

_ ¡Hermano Mariño_ dijo uno de ellos, tú no debes morir!... Si partes ahora, ¿quién enseñará el Evangelio a nuestros nietos?_ clamaba otro disimulando las lágrimas.

Más la joven, con la mirada firme y serena, exclamaba bondadosamente:

_ ¡Ninguno muere, hermanos míos! ¿No os prometió Jesús la vida eterna?...

Para cada uno tenía una mirada de ternura y la luz cariñosa de una sonrisa.

A la noche siguiente sus padecimientos se agravaron de manera atroz.

Comprendiendo que el fin se aproximaba, el anciano Epifanio la interrogó con respecto de sus últimos deseos, y ella, dirigiéndole al superior una serena mirada, acentuó:

_ ¡Padre mío, os ruego que me perdonéis si alguna vez os ofendí con actos

o con palabras!... Orad por mí para que Dios tenga compasión de mi alma... y si me es permitido pediros algo... deseo ver a las criaturas de la escuela antes de morir...

Epifanio ocultó las lágrimas llevándose las manos al rostro, y antes del amanecer tres hermanos salieron a recorrer los poblados más próximos con el fin de reunir a los pequeños, para satisfacer los últimos deseos de la agonizante.

Después del mediodía todos los niños de la escuela entraron al cuarto respetuosamente.

El hermano Mariño les brindó una sonrisa buena y compasiva, aunque respiraba penosamente.

En un gesto extremo los llamó a su lado y les preguntó a cada uno sobre sus estudios, el trabajo, la escuela...

Los niños, sin percibir el doloroso momento, se sentían a gusto mientras Celia les sonreía.

_ ¡Hermano Mariño_ dijo un pequeño de ojos graves_, todos nosotros allá en casa hemos pedido a Dios por vuestra mejoría!

_ ¡Gracias hijo mío!..._ dijo la agonizante haciendo lo posible por disimular sus sufrimientos.

Después una pequeñita interesante, con un vestido pobre, balbuceó en tono discreto:

_ Hermano Mariño, el padre Epifanio no permitió que yo plantase el rosal junto al redil y me reprendió ásperamente.

_ ¿Qué es eso, hijita?... El padre Epifanio tiene razón... El redil no es lugar para flores... Plantarás el nuevo rosal cerca de la ventana. Allí recibirá el sol... Y tú le darás al padre Epifanio la primera flor...

_ Hola, hermano_ le dijo otro pequeñito de cabellos despeinados_, las ovejas esta noche nos darán dos nuevos corderitos.

_ ¡Cuidarás de ellos, hijo mío!... dijo la joven con dificultad.

_ Hermano_ exclamó otro niño_, he rogado a Jesús para que te devuelva la preciosa salud.

_ Hijo mío..._ le dijo la agonizante_, nosotros no debemos pedir al Señor esto o aquello, y sí la compresión de su voluntad que es soberna y justa...

Pero en vista de la inquietud infantil que la rodeaba, exclamó, deseando concentrar sus últimas energías en la plegaria:

_ Hijitos... canten... para mí...

Entre las criaturitas se produjo un ligero tumulto por la elección del himno que iba a ser cantado.

Fue entonces que una pequeñita mencionó que el sol se preparaba para sumergirse en el horizonte, recordando a sus compañeros que a esa hora el hermano Mariño prefería siempre el "Himno del atardecer", que les había enseñado con cariño fraternal.

Entonces todos con las manos tomadas rodearon el lecho, en el cual la enferma ofrecía a Dios sus últimos pensamientos, mientras todos los hermanos de la comunidad observaban llorando y a distancia la conmovedora escena.

Después de algunos instantes se elevaban a los cielos las cristalinas notas del sencillo cántico:

.

¡Loado seas, Jesús!
En la aurora llena de rocío,
Que trae el día, el trabajo,
Que nos permite aprender.

.

¡Loado seas, Señor!
Por la luz de las horas clamas,

Que adormece nuestras almas,
En el instante del atardecer...

El campo reposa en preces,
El cielo hermoso centellea,
Y nuestra fe tranquila
Reposa en tu amor;
Es la hora de tu bendición
En las luces de la naturaleza,
Que nos conduce a la belleza
Del plano consolador.
.

¡Es en esta hora divina, en Que tu amor grande y augusto Da paz a la mente del justo, Alivio y consuelo al dolor! ¡Amado Maestro bendice Nuestra plegaria sencilla, Da luz a la agitación Del corazón pecador!.

¡Ven hacia nosotros! ¡Desde el cielo dichoso,Tenemos sed de bonanza, De amor, de vida y de luz! ¡En la tarde hecha de calma, Sentimos que eres nuestro abrigo, Queremos vivir contigo, Ven hacia nosotros, mi Jesús!...

Celia escuchó el himno de los niños hasta sus últimos acordes.

Le pareció que la humilde sala estaba poblada de artistas inimitables. Eran todos jóvenes graciosos y criaturas risueñas que tocaban flautas y arpas siderales, laúdes y timbales divinos. Deseaba contemplar a los pequeños de su humilde escuela y hablarles una vez más de su infinita alegría, pero al mismo tiempo se sintió rodeada de seres cariñosos que, sonrientes, le extendían los brazos. Allí estaban sus padres, el venerado abuelo, Nestorio, Hateria, Lesio Munacio y la figura encantadora de Ciro, como envuelta en un peplo de nieve translúcida... A un gesto de la benévola entidad de Cneio Lucio, Ciro avanzó extendiéndole los brazos. ¡Era un gesto de cariño que su corazón había esperado toda la vida!... Quiso hablar de su felicidad y gratitud al Señor de los Mundos, pero se sentía exhausta, como si llegase de una lucha extenuante:

Sosteniéndole la cabeza con sus manos, cuando todavía se oía la música fruto del cariño, Ciro le dijo con los ojos húmedos:

_ ¡Escucha Celia! ¡Este es uno de los sublimes cantos de amor que te consagran en la Tierra!

Ella no vio que las criaturas ansiosas cubrían de lágrimas sus manos inmóviles y albas, abrazando tiernamente su cadáver de nieve... A un mismo tiempo todos los hermanos del monasterio se lanzaron conmovidos sobre sus despojos, a la vez que, en el plano invisible, un grupo de entidades amigas y cariñosas conducía a esa alma dichosa de mártir en una onda de luz y perfumes a los páramos del infinito.

.

CAPITULO VII - EN LAS ESFERAS ESPIRITUALES.

.

Los religiosos del monasterio conocieron la dolorosa verdad cuando rendían los últimos homenajes al hermano Mariño. Sólo entonces comprobaron que el calumniado hermano de los pobres y de la infancia desvalida era una virgen cristiana, que había ejemplificado entre ellos las más elevadas virtudes evangélicas.

Ante el hecho imprevisto y pasada la conmoción de la sorpresa, todos los monjes, inclusive Epifanio, se prosternaron humildes, bañados en el llanto de la compunción y del arrepentimiento.

En vano procuraron investigar el origen y los antecedentes de la joven mártir, únicamente con el propósito de conservar de su persona y de sus actos recuerdo imperecedero, a fin de probar más tarde de su ejemplo santificante.

Lleno de amargura, el anciano superior de la comunidad reclamó la presencia de Menenio Tulio y de su hija, para que se aclarase la pérfida calumnia, pero ante el cadáver de la virgen cristiana y recordando su humildad, Brunehilda perdió la razón para siempre.

La figura de Celia no fue olvidada nunca por los religiosos, por los creyentes, por los desventurados y por los afligidos, Convertida en símbolo de amor y de piedad, su memoria concentró en los alrededores de Alejandría los votos y las súplicas de las almas fervorosas y sinceras.

Si acompañamos a nuestros principales personajes hasta la vida más allá del túmulo, antes de que inicien nuevas luchas redentoras, vamos a encontrarlos en grupos dispersos, conforme a su estado de conciencia, en las vísperas de su regreso, convocados al esfuerzo colectivo en la sagrada institución de la familia.

Con excepción de Celia, reclamada en un mundo superior, donde le fue concedida la tarea de velar por la evolución de sus entes bien amados, los demás permanecían en las esferas más próximas a la Tierra, regiones de trabajo y de lucha, buscando cada uno proveerse de energías para los esfuerzos subsiguientes en el plano material.

De todo el grupo, Claudia Sabina, Lolio Urbico, Fabio Cornelio y Silano Plautio eran los que estaban en las regiones más bajas y más sombrías, de acuerdo con el doloroso estado de conciencia que los caracterizaba.

En esferas más elevadas, Helvidio Lucio con todos los que le habían sido familiares, inclusive Ciro, reposaban después del trabajo, esforzándose en conjunto por establecer las bases espirituales que aseguraban el éxito

futuro.

Algunos personajes, como Nestorio y Policarpo, hacían grandes excursiones por los alrededores sombríos del planeta, cooperando con los mensajeros de Jesús, que predicaban la Buena Nueva a los espíritus desalentados y sufrientes, llevando a cabo el más saludable aprendizaje evangélico para las luchas del futuro en los ambientes terrenos, donde proseguirían más tarde en la bendita labor de redención del pasado culpable.

La agradable vida del plano espiritual constituía para todos un dulce consuelo.

Continuamente los grandes portadores de las determinaciones divinas enseñaban allí las verdades del Maestro, colmando los corazones de paz y de esperanza.

Las almas afines reunidas en grupos familiares saben apreciar fuera de las vibraciones pesadas del mundo físico los bienes supremos de la verdad y de la paz, por los lazos sublimes del amor y de la sabiduría.

Examinadas las disposiciones felices de esas esferas cuya encantadora intimidad no podemos describir a los lectores humanos vamos a encontrar al grupo de Cneio Lucio en la región de descanso en la que todos nuestros personajes se encontraban ligados por el dulce cariño de numerosos afectos de siglos lejanos.

Todo era una hermosa esperanza en los corazones y un generoso propósito en las almas.

Los nobles proyectos con vistas al porvenir se sucedían unos a otros.

En el grupo en que la tranquilidad dominaba en el espíritu de todos los componentes esperaban a Julia Spinter, quien, acompañada por Nestorio, había descendido a los ambientes inferiores del orbe terrestre, intentando despertar con su amor los sentimientos ofuscados de su compañero, que se mantenía en la misma actitud de odio y de venganza.

_ ¡Es inútil_ decía Cneio Lucio bondadosamente dirigiéndose a los hijos y a los amigos_, es inútil mantener propósitos de venganza después de las luchas terrestres, pues la reencarnación, en esa caso, soluciona todos los problemas! En mi última ida a Roma tuve la ocasión de ver al emperador Elio Adriano en el cuerpo miserable del hijo de una esclava. Desde ese momento he considerado bastante nuestros deberes y la necesidad de recibir con el mayor amor la voluntad divina.

_ Sí_ exclamó Lesio Munacio entonces presente_, en mis excursiones evangélicas por las zonas inferiores he encontrado nobles de nuestra época que suplican a Dios una nueva oportunidad en la Tierra, sin elegir las condiciones del futuro aprendizaje.

_ El conocimiento en el Espacio_ dijo Helvidio Lucio_ parece que nos llena el corazón de profunda entrega al sufrimiento. En vista de la grandeza divina y reconociendo aquí nuestra insignificancia, nos sentimos capaces de todas las tareas de redención, por cuanto ahora, a nuestros ojos, los más grandes hechos en la Tierra son acciones humildes y pequeñas.

_ Grande es la misericordia de Jesús_ agregó Cneio_ que nos concedió el patrimonio de la vida eterna.

Mientras la conversación era animada con el concurso de Alba Lucinia y de su antigua sierva, regresaron Nestorio y Julia Spinter de su excursión de amor y de fraternidad.

La anciana matrona tenía el semblante contrahecho, dando a sus compañeros la prueba de su amargura y de sus lágrimas.

_ Y bien, madre mía_ exclamó Lucinia abrazándola y utilizando el mismo lenguaje amigable y cariñoso de la Tierra_, ¿conseguiste algo?...

_ Nada, hija_ respondió Julia Spinter enjugándose las lágrimas_, todos mis esfuerzos resultan inútiles. Infelizmente Fabio no trabaja en lo íntimo por adquirir la suprema comprensión de las grandes leyes de la vida. ¡Encarcelado en sus pensamientos tristes no cede de ningún modo a mis súplicas!...

_ Entretanto_ aclaraba Nestorio a los compañeros que lo escuchaban con interés_, Policarpo ya se prepara junto a cuantos lo acompañan en la lucha para la próxima reencarnación colectiva. La nuestra no podrá demorar mucho. El único obstáculo que parece retardar nuestra marcha es la ausencia de una comprensión perfecta de aquella inolvidable enseñanza de Jesús que se refiere a perdonar setenta veces siete.

_ ¿Bastaría que perdonemos para que el Señor nos permita volver al trabajo santificante?_ preguntó Cneio Lucio intencionalmente.

_ Sí_ aclaró Nestorio lleno de fe_, el perdón sincero es una gran conquista del alma.

En esos momentos Cneio Lucio preparaba a sus hijos que se miraban con cierta tristeza, por la dificultad que tenían en olvidar los actos de Lolio Urbico y de Claudia Sabina.

_ Por mi parte_ decía Julia Spinter, resignada_, no tengo nada que perdonar a los demás. Desde mi desencarnación rogué insistentemente a Jesús que me hiciese olvidar todas las expresiones de orgullo y de amor propio.

_ Muy bien hermana mía_ advirtió Cneio con una serena sonrisa, el corazón femenino es inaccesible a los sentimientos de odio y de represalia.

Y como si percibiera que los presentes se acordaron interiormente de

Claudia por su alusión generalizada, agregó con bondad:

_ ¡La mujer que odia es una dolorosa excepción en el camino de la vida, pues Dios confió al alma femenina su ministerio más santo en el seno de la creación infinita!

Todos comprendían sus generosos pensamientos y aprobaban sus ideas fraternales, cuando Hateria murmuró:

_ He suplicado al Señor de los Mundos que me haga digna de vivir junto a Cneio Lucio en mis próximos trabajos.

_ Pues hija_ replicó el anciano con una sonrisa_, bien sé que nada valgo, pero tendré inmenso júbilo si alguna vez te puedo ser útil... Tan sólo te recomiendo que en el futuro debes temer al dinero como al peor enemigo de nuestra tranquilidad.

Todos sonrieron ante esa alusión y la conversación continuó animada.

Pasó algún tiempo en el que los corazones de nuestros personajes se vigorizaban con las ideas del amor y del bien, de la fraternidad y de la luz, esperando las nuevas luchas.

Un día, sin embargo, un mensajero de las alturas convocó al grupo de Cneio Lucio a comparecer delante de los espíritus tutelares que dirigían sus destinos, para que efectuaran la libre elección de las pruebas futuras.

Examinados los proyectos del esfuerzo con la libre cooperación de todos los que se hallaban en condiciones evolutivas, imprescindibles para el acto de resolución y de elección en la esfera de la responsabilidad individual, el grupo de Cneio Lucio continuaba aguardando las decisiones superiores para regresar a la Tierra.

De vez en cuando se escuchaban entre nuestros personajes impresiones como estas:

_ Una de las situaciones que más recelo_ exclamaba Helvidio Lucio_ es la vida en común con Lolio Urbico, pues temo que él reincida en las tendencias inferiores de su personalidad.

_ Lo hemos de convencer por la dedicación y por el amor_ aclaraba Alba Lucinia._ Le he suplicado a Jesús que nos conceda fuerzas para eso y estaré constantemente a tu lado, a fin de que podamos transformar sus sentimientos en fraternidad y en afecto espiritual.

_ ¡Sí, hijos míos_ consideraba el experimentado y generoso Cneio Lucio_ necesitamos amar mucho! Solamente con la renuncia sincera podremos alcanzar el reino de la luz prometido por el Salvador. ¡Entre todos los que quedarán bajo nuestra responsabilidad en el porvenir existe un alma acreedora de nuestra compasión más profunda!...

Y como Helvidio y su compañera guardaban silencio adivinando sus pensamientos, el anciano continuó:

_ Me refiero a Claudia Sabina, quien todavía tiene el corazón como un desierto árido. ¡Las últimas visitas que le hice en la región de las sombra me dejaron envuelto en un velo de amargura!... ¡Terribles remordimientos transforman su mundo psíquico en un caos de angustiosas perturbaciones! En vano le he hablado de Dios y de su infinita misericordia, pues en la tenebrosidad de sus pensamientos no consigue percibir nuestras advertencias consoladoras.

Alba Lucinia y su compañero lo escuchaban conmovidos, pero no obstante se abstenían de comentar el doloroso asunto.

Hateria, sin embargo, que bebía ávidamente sus palabras, objetó dejando entrever los amargos recelos que poblaban su mente;

_ Mi generoso protector, ya fui notificada de que mi derrotero en las luchas se desarrollarán en líneas paralelas al de Claudia Sabina en vista de mis imperdonables yerros; sin embargo, y a pesar de las nuevas energías que regocijan mi alma, suplico vuestro amparo. Claudia es autoritaria e insinuante, y si hoy se encuentra apesadumbrada y enloquecida en virtud de los sufrimientos en el plano invisible, no dudo de que nuevamente en la Tierra, procure retomar su carácter orgulloso y autoritario.

_ Hija_ le dijo el anciano con una leve sonrisa_, Jesús velará por nosotros, concediéndonos la fuerza necesaria para el desempeño de nuestros deberes más sagrados.

Julia Spinter que escuchaba las impresiones de todos con amoroso interés exclamó:

_ Yo daría todo por cultivar en nuestro medio, en el porvenir que se aproxima, la paz perpetua y la armonía duradera. Repararé mis faltas del pasado procurando comprender la esencia del Cristianismo, hacia cuya eterna luz he de conducir el corazón de Fabio con el amparo del Cordero de Dios, que ha de escuchar mis sinceros ruegos...

La vida del grupo del venerado Cneio Lucio transcurría así con expectativas promisorias para el futuro. Cada cual irguiendo muy alto el corazón, procuraba aprender cada vez más y mejor las enseñanzas de Jesús, de modo de recordar su sublime claridad entre las espesas sombras de la Tierra.

Los grupos afines de Policarpo y de Lesio Munacio ya habían regresado a las labores del mundo, cuando nuestros personajes fueron llamados por mandato superior a fin de que bajaran a los tormentos y luchas purificadoras del ambiente terrestre.

Llenos de veneración y de esperanza se pusieron delante de la justicia

divina, mientras a su lado se colocaban casi un centenar de compañeros, incluyendo a los esclavos, sirvientes y amigos de otros tiempos.

En el recinto espiritual de belleza maravillosa, intraducible en el pobre lenguaje humano, había la agradable vibración de una plegaria colectiva que se escapaba de todos los pechos, plenos de incertidumbre y de esperanza.

_ ¡Hermanos_ comenzó diciendo un mentor divino, bajo cuya responsabilidad estaba la dirección de aquel amistoso cónclave_, en breve estaréis de nuevo en la Tierra, donde seréis convocados para practicar las divinas enseñanzas adquiridas en el plano espiritual!... Agradezcamos la misericordia del Señor que nos concede las preciosas oportunidades del trabajo a favor de nuestra propia redención, en marcha incesante hacia el amor y la sabiduría. ¡Vosotros que partís, amad la lucha como se debe amar una alborada divina! Aquí, bajo la luz de la bondad infinita del Cordero de Dios, el alma regresa del mundo puede descansar de sus profundas amarguras. ¡Los corazones ulcerados se vigorizan junto a la fuente inagotable del consuelo evangélico; pero, por encima de nosotros, hay un reino de amor perenne y de paz inolvidable que necesitamos conquistar con los más altos valores de la conciencia! ¡Adquiristeis aquí los más elevados conocimientos en materia de sabiduría y de amor; experimentasteis la ayuda de sublimes consuelos, como solamente puede sentirlos el espíritu liberado de las sombras y de las angustias materiales; observasteis la belleza y la ventura que aguardan en el infinito a las almas redimidas; todavía es necesario que regreséis a la carne a fin de poder experimentar el valor de vuestro aprendizaje! Es en la Tierra, escuela dolorosa y bendita del alma, que se despliega el campo inmenso de nuestras realizaciones. ¡Los errores de otros tiempos deben ser reparados ahí mismo, entre sus sombras angustiosas y espesas!... Mientras se reparan en su superficie los desvíos de épocas remotas, se hace necesario aplicar en sus caminos sombríos las enseñanzas recibidas de lo Alto, en virtud de la acrecencia de la misericordia de Jesús que no nos desampara. En la Tierra está el aprendizaje mejor y aquí se vigoriza el examen elevado y justo. Allá está la sementera, aquí la cosecha. ¡Volved nuevamente a los caminos terrestres y reparad el pasado doloroso!... ¡Abrazad a vuestros enemigos de ayer para aproximaros a vuestros benefactores en el futuro! ¡Cerrad las puertas de la exaltación en el mundo y sed indiferentes a las ambiciones! Construid el reino de Jesús en lo íntimo, porque un día la muerte os arrebatará de nuevo de las angustias y las mentiras humanas para que realicéis provechosos análisis. ¡No os lamentéis por la falta de orientación precisa, porque en todas partes del mundo, como en todas las ideas religiosas y doctrinas filosóficas, hay una atalaya de Dios iluminando las conciencias de las criaturas! El mundo tiene sus lágrimas penosas y sus luchas incruentas. En sus sendas de espinas torturantes se congregan todos los fantasmas de los sufrimientos y de las tentaciones, y estaréis

obligados a probar vuestros valores intrínsecos. ¡Amad, sin embargo, la lucha, como si sus beneficios fuesen los de un alimento espiritual imprescindible y precioso!... ¡Después de todas las conquistas que el plano terrestre os pueda proporcionar, seréis entonces promovidos a los mundos de regeneración y de paz, donde prepararéis el corazón y la inteligencia para los reinos de luz y de bienaventuranza supremas!...

La palabra sabia e inspirada del esclarecido mentor de lo Alto era escuchada con singular atención.

En un momento dado su voz aclaró después de una pausa:

_ Ahora, queridos hermanos, encontraréis aquí a los adversarios de ayer para la reconciliación y para los futuros trabajos. ¡Escogisteis y delineasteis el mapa de vuestras pruebas, pues ya poseéis la noción de responsabilidad y la necesaria educación psíquica para colaborar en ese esfuerzo de vuestros guías!... Nuestros hermanos infelices, entretanto, aún no poseen estas condiciones evolutivas y estarán obligados a aceptar las decisiones de esos espíritus tutelares que acompañan su trayectoria en la trama de los destinos humanos... ¡Y esos espíritus de bien determinaron que ellos vivan con vosotros, que aprendan con vuestros actos, que vibren en vuestras experiencias del futuro! Los ejecutores de estas elevadas resoluciones os han traído a todos, a fin de tomar la decisión final con vuestro concurso en esta asamblea de divinas enseñanzas. ¡Tenéis, pues, el derecho de escoger entre ellos a los compañeros del porvenir, sin olvidaros de que en estos momentos puede nuestro corazón dar las mejores pruebas de la comprensión de aquel "amaos los unos a los otros" de la enseñanza del Evangelio, donde está la base de la suprema evolución hacia los planos divinos!...

Nuestros personajes se miraron ansiosos.

En ese momento algunas entidades penetraron en el recinto. Detrás de las nobles figuras de algunos espíritus caritativos y amigos iban Claudia Sabina, Fabio Cornelio, Silano Plautio, Lolio Urbico y, un poco distantes, numerosos siervos de otros tiempos, comparsa de los mismos yerros y de las mismas ilusiones de nuestros amigos, como, por ejemplo, Pausanias, Plotina, Quinto Bíbulo, Pomponio Grato, Lidio, Marcos y otros, en tanto el recinto se poblaba de sus vibraciones extrañas, saturadas de indefinible amargura.

La mayor parte demostraba sorpresa triste y dolorosa.

Casi todos se mantenían cabizbajos y abatidos, haciendo escuchar de cuando en cuando sollozos desconsolados.

Observando la penosa impresión de sus hijos y percibiendo que ambos se encontraban bajo las tenazas de la indecisión angustiosa, Cneio Lucio suplicaba al Señor que lo inspirase en cuanto a la mejor manera de

sacrificarse por los hijos amados, armonizando su cariño con sus propias necesidades con miras al futuro.

Entonces se vio que el generoso anciano se levantó con resolución y serenidad, y caminando hacia la desolada Claudia Sabina, que no osaba erguir los ojos saturados de lágrimas, le habló con infinita dulzura:

_ ¡Ya que la misericordia de Jesucristo me faculta para elegir a los vivirán conmigo, desde ahora, hermana mía, te he de considerar como mi hija, a quien debo consagrar un afecto duradero y divino!...

Y abrazándola concluyó:

_ ¡En el futuro permanecerás en mi hogar, a fin de transformar el odio y la venganza en fraternidad sublime y sacrosanta!... _ ¡Comerás de nuestro pan, participarás de mis alegrías y de mis dolores, serás hermana de mis hijos!...

Claudia Sabina sollozaba, sensibilizada por el amor de esa alma amiga y generosa.

Hateria se levantó, se dirigió hacia Cneio Lucio y le besó las manos, que en ese instante estaban luminosas y translúcidas.

En ese momento Julia Spinter amparaba a su desolado compañero y abrazando a Silano Plautio le prometía su auxilio cariñoso y amigo en el curso de las luchas planetarias.

Fue entonces que Helvidio Lucio y Alba Lucinia se levantaron y se dirigieron hacia Lolio Urbico, quien estaba arrodillado, como oprimido por un tormento implacable, y le extendieron los brazos fraternos prometiéndole amor y dedicación.

Continuando la misma obra de solidaridad y consagración todos llamaron junto a sí a uno que otro antiguo siervo que había sido partícipe de sus pasados actos, a fin de asociarlos en sus esfuerzos en el futuro.

Terminada esta bendita tarea, el mentor de la reunión preguntó serenamente:

_ ¿Todos estáis seguros de haber perdonado suficientemente?

Amargo silencio... En lo íntimo, nuestros personajes tenían todavía ciertas dificultades para olvidar el pasado. Helvidio Lucio no había olvidado las acciones de Sabina, y Fabio Cornelio, por su parte, a pesar de los sufrimientos, no se sentía capaz de perdonar el crimen de Silano.

La indecisión era general, mas una luz suave y misericordiosa comenzó a verterse desde lo Alto alcanzando plenamente a todos los corazones. Sin excepción de uno solo, todos los miembros del grupo de Cneio Lucio empezaron a llorar poseídos de una emoción indefinible.

A un mismo tiempo divisaron en lo Alto la figura sublime de Celia, quien los incitaba llena de ternura y de cariño.

Movidos entonces por un dulce misterio dieron cabida a un perdón, sincero y puro, sintiéndose recíprocamente embargados por una profunda piedad.

Como si las sustancia del ambiente fuesen sensibles al estado íntimo de los presentes, una claridad dulce y suave comenzó a producirse en torno, mientras la mayoría de nuestros personajes lloraban enternecidos.

Esbozando una dulce sonrisa, el mentor exclamó:

_ ¡Gracias a la misericordia del Altísimo siento que todos regresaréis a los planos terrestres con una vibración nueva, que os prepara el corazón y la conciencia para las más hermosas expresiones de la espiritualidad! ¡Que las bendiciones del Señor llenen de luz y de paz vuestros caminos en el porvenir!... ¡Sed felices! ¡Todos los secretos de la ventura están en el amor y en el trabajo de la conciencia remida!... Olvidad el pasado umbroso y dolorido y lanzaos a la lucha redentora con heroísmo y humildad... ¡Siento que estáis hermanados por la misma vibración de piedad y hago votos a Dios para que comprendáis en todas las circunstancias que somos hermanos por las mismas debilidades, y por las mismas caídas en el camino de la redención suprema, en las luchas del Infinito!...

Por la palabra cariñosa y sabia del mensajero divino que los dirigía, nuestros amigos se sentían confortados por una nueva luz, que los iluminaba interiormente con la más bella comprensión de la existencia real.

La visión de Celia había desaparecido, pero como si su gran alma estuviese asistiendo a la conmovedora escena a través de las luminosas cortinas de lo ilimitado, se escuchaba en agradables vibraciones que provenían de lo Alto, un himno maravilloso cantando por centenares de voces infantiles, derramando en todos los corazones coraje y amor, consuelo y esperanza... ¡Las armoniosas estrofas atravesaban el recinto y se elevaban hacia las alturas en notas melodiosas, llegando hasta el solio de Jesús, cual divino incienso! Era un clamor de fe y de incitación, que hacía nacer en las almas de los presentes las más piadosas lágrimas.

En seguida, bajo las plegarias de los cariñosos amigos y benefactores espirituales que permanecían en el plano invisible, todos los miembros del grupo de Cneio Lucio abandonaron el recinto reunidos en una caravana fraterna, en dirección a las esferas más inferiores que envuelven el planeta terrestre.

En ese momento había en todos el buen deseo de consolidar una paz íntima antes de recomenzar la lucha.

Fue entonces que Claudia Sabina, en un gesto espontáneo, se aproximó

a Alba Lucinia y exclamó con angustiada expresión:

_ ¡No me atrevo a llamaros hermana, pues fue en otro tiempo el implacable verdugo de vuestro corazón sensible y bondadoso!... Pero, por quién sois, por los sentimientos generosos que os adornan el alma, perdonadme una vez más. Fui el verdugo y vos la víctima, sin embargo, bien veis aquí mi dolorosa ruina. ¡Perdonadme para que yo sienta la claridad de un nuevo día!...

Cneio Lucio contempló a su nuera con evidente ansiedad, como implorándole clemencia.

Alba Lucinia comprendió la gravedad de ese instante y venciendo las vacilaciones que turbaban su espíritu, murmuró conmovida:

_ Estáis perdonada... ¡Dios me ayudará a olvidar el pasado, para que la genuina fraternidad surja entre nosotros en las luchas del futuro!...

Julia Spinter miró a su hija dejando translucir el júbilo de su corazón por su generoso gesto, al mismo tiempo que Cneio Lucio envolvía a la compañera de Helvidio en una cariñosa mirada de satisfacción y de profundo reconocimiento.

Mientras la mayoría de los personajes cambiaba ideas sobre el porvenir, apareció a lo lejos la atmósfera del planeta terrestre, envuelta en un torbellino de espesas sombras.

Del seno de la caravana surgió una voz melancólica e imponente:

_ ¡He aquí nuestra escuela milenaria!...

Decididos en su fe, con los ojos hacia lo Alto, implorando la misericordia divina, guiados todos ellos por las fuerzas esclarecidas del bien que los envolvía, penetraron en la atmósfera planetaria, preparados para una comprensión del trabajo y de la lucha.

Nestorio se mantenía en oración junto a los fluidos terrestres con los ojos llenos de lágrimas, por la conmoción de ese momento lleno de aprensiones y de esperanzas.

_ Señor_ exclamó el antiguo esclavo, evocando amargos recuerdos_, nuevamente en la Tierra, escuela bendita de nuestras almas, contamos con tu misericordioso beneplácito, a fin de que cumplamos todos nuestros deberes en el camino del arrepentimiento y de la reparación. ¡Ayúdanos en la lucha! ¡Solamente los siglos de trabajo y de dolor podrán anular los siglos de egoísmo, orgullo y ambición que nos han conducido a la iniquidad!... ¡Perdónanos Jesús! ¡Dígnate bendecir nuestras aspiraciones sinceras y humildes!... ¡Enséñanos a amar el planeta con sus regiones procelosas, a fin de poder encontrar en las sendas terrestres la luz de nuestra regeneración espiritual, en marcha hacia vuestro reino de paz

indestructible!...

Entre las lágrimas de su plegaria, Nestorio fue el último en sumergirse en la vastedad de los fluidos planetarios.

De lo Alto emanaba una luminosidad suave y compasiva. Toda la caravana sintió el soplo divino de una esperanza nueva y se lanzó al ambiente de la Tierra embargada de un coraje redentor. Reconfortados por la meditación y por la plegaria, los corazones adivinaban que la luz de la Divina Providencia seguiría sus experiencias en el dolor y en el trabajo como una bendición.

.

FIN

.

ÍNDICE

.

Página.

Carta al lector. 5

PRIMERA PARTE.

Cap. I.-Una familia romana. . . .. 8 .

Cap. II.-Un ángel y un filósofo. . .. . 22.

Cap. III.- Sombras en el hogar. .. . . 48.

Cap. IV.-En la Vía Nomentana. .. . . . . .69.

Cap. V.-La prédica del Evangelio. . . .. . .78.

Cap. VI.-La visita a la cárcel. . . .. 95.

Cap. VII.-En las fiestas de Adriano. . .. 113.

SEGUNDA PARTE .

Cap. I.-La muerte de Cneio Lucio. . .. . 131.

Cap. II.-Calumnia y sacrificio. . .. . . . 146.

Cap. III.-Camino de amargura. . . . .. . .171.

Cap. IV.-De Minturnes a Alejandría. . . .. . 191.

Cap. V.-El camino expiatorio. . . . . .222.

Cap. VI.-En el huerto de Celia. . .. . . .245.

Cap. VII.-En las esferas espirituales. .. 272.

.

NI RITOS, NI SIMBOLISMOS, NI LITURGIA.

.

Difiere el Espiritismo de todas las religiones conocidas por la demostración y la lógica de sus enseñanzas a través de experiencias científicas, además de presentar también una filosofía basada en observaciones documentadas por una legión de sabios de renombre universal.

Doctrina científica, filosófica y religiosa, confirma las enseñanzas básicas de todas las religiones, por lo cual no pretende demoler a las que la precedieron, puesto que reconoce la necesidad de ellas para gran parte de la humanidad, cuya evolución se viene procesando lenta pero inevitablemente.

Doctrina profundamente religiosa, sin dogmas de fe, sin ritos, sin liturgia, sin símbolos, sin sacerdocio organizado, contrariamente a todas las demás religiones, no adopta en sus prácticas y reuniones:

a) Ningún tipo de vestimenta especial;

b) Vino o cualquier otra bebida alcohólica;

c) Incienso, mirra o la quemazón de otras sustancias;

d) Altares, imágenes, velas o cualquier objeto material como medio de atracción de público;

e) Himnos o cantos en lenguas muertas o exóticas, aceptando sólo, en la lengua del país, los realizados en reuniones festivas de infancia y la juventud, o bien en las sesiones de las llamadas de efectos físicos o de materializaciones;

f) Danzas, procesiones o actos similares;

g) Pago por cualquier servicio solidario cumplido con el prójimo;

h) Talismanes, amuletos, oraciones milagrosas, escapularios, estampitas y cualquier objeto o cosa semejante;

i) Horóscopos, cartomancia, quiromancia, astromancia y otras prácticas supersticiosas;

j) Administración de sacramentos, concesión de indulgencias, otorgamiento de títulos nobiliarios y honoríficos;

k) Rituales escenografías tendientes a excitar la sensibilidad del público;

l) Términos exóticos o heteróclitos para la designación de seres o cosas;

m) Hacer promesas, besar crucifijos o bustos, arrodillarse ante cuadros o imágenes y todo el numeroso y supersticioso ritual de las viejas y

primitivas concepciones religiosas;

n) Ceremonias religiosas tales como bautismos, casamientos, funerales, etcétera.

El fenómeno psíquico puede surgir en cualquier medio religioso y su aparición puede conducir a la persona al Espiritismo, pero la convicción respecto a la Doctrina, el conocimiento de las leyes superiores que presiden el destino universal del hombre y la perfecta asimilación de ella se logra_ únicamente_ por el estudio serio y profundo de las obras de Allan Kardec y las que giran en torno de ellas.

El espiritismo, siendo el Consolador que prometió Jesús enviar a la Tierra para restablecer "todas las cosas", reafirma y pone en práctica esta enseñanza del Maestro de maestros:

.

ADORARÉIS A DIOS EN ESPIRITU Y VERDAD.

.